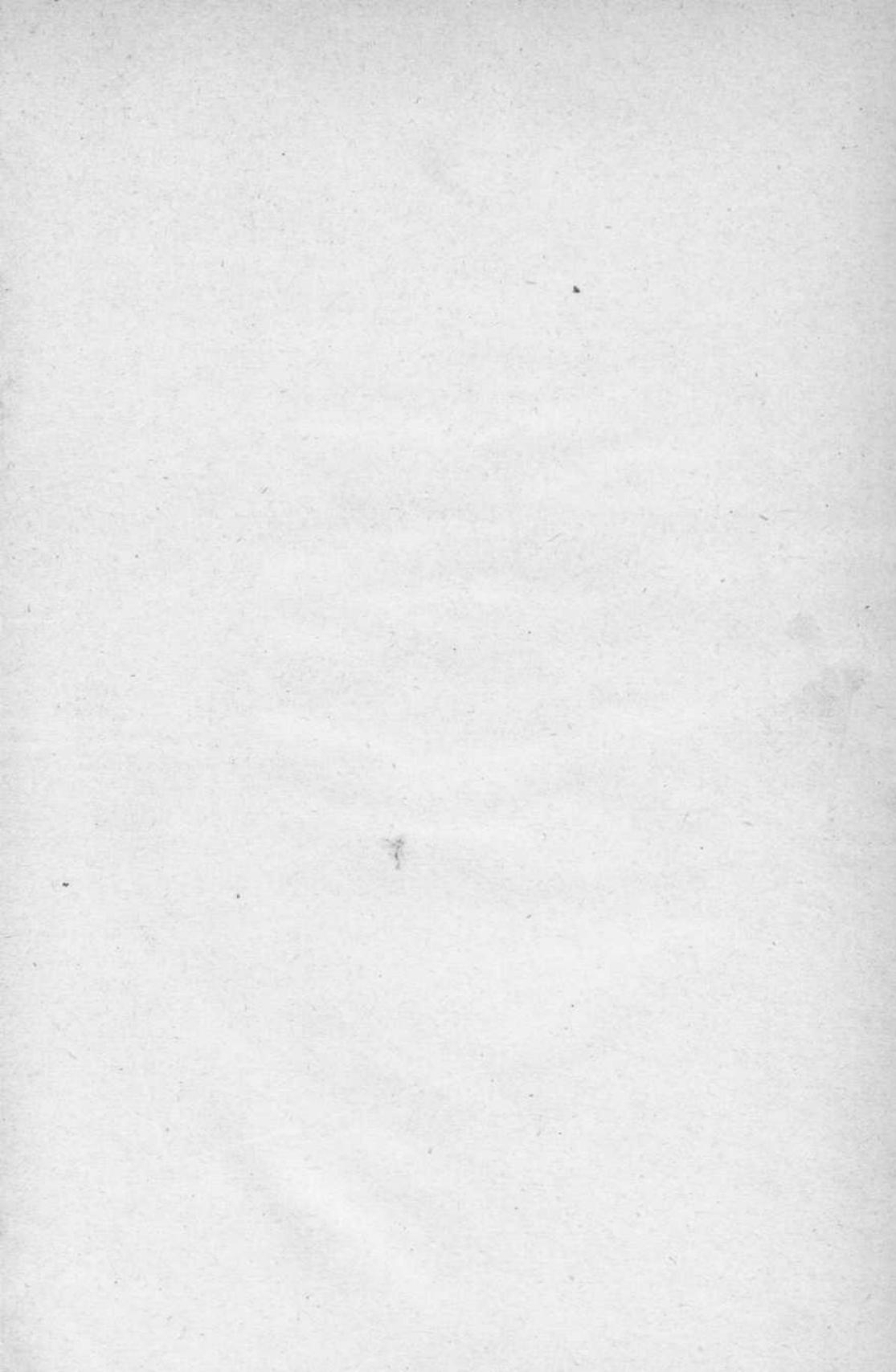


2

EO
RID
TE





III CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN
DE
EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA



LA BIBLIOTECA MUSEO CIVICO DI LA MASERA

EL ATENEEO DE MADRID

EN EL

III CENTENARIO DE LA PUBLICACIÓN

DE

EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA

— ○ ○ ○ —

CONFERENCIAS

DE LOS SEÑORES

BONILLA, CANALEJAS, CEJADOR, IBÁÑEZ MARÍN,
JIMÉNEZ CAMPAÑA, MARTÍNEZ RUIZ (Azorín), MESA,
MORATO, NAVARRO Y LEDESMA, NOGALES, OVEJERO, PALOMERO
PÉREZ DE AYALA, RODA, ROYO VILLANOVA, SALILLAS,
URBANO, VAL y VICENTI.

Poesías de los Sres. DARIO é ICAZA.

MADRID, MAYO 1905

- 89 -



IMPRESA DE BERNARDO RODRÍGUEZ
Bravo Murillo, 37, y BARQUILLO, 8
MADRID



La Sección de Literatura del Ateneo de Madrid acordó celebrar el centenario del *Quijote* con una serie de conferencias breves, familiares é íntimas, sin aparato académico. Bien acogida la idea por las personas cuyo concurso se estimó necesario y por todos los Sres. Ateneistas, así como por el numeroso público que asistió á las conferencias, éstas se pronunciaron ó leyeron en nueve noches, desde el día 29 de Abril al 7 de Mayo de 1905, el día 13 se celebró una velada para terminar y resumir las conferencias y para hacer entrega solemne del premio concedido por esta Sección al trabajo GRAMÁTICA Y VOCABULARIO DEL QUIJOTE.

La Sección de Literatura cumple su deber de dar las gracias á los ilustres literatos que han tomado parte en estas conferencias y en la velada.

El Presidente de la Sección de Literatura, FRANCISCO NAVARRO Y LEDESMA.—*El Vicepresidente*, FRANCISCO A. DE ICAZA.—*Los Secretarios*, MAURI-

CIO LÓPEZ ROBERTS, JOSÉ ORTEGA GASSET, RAMÓN
PÉREZ DE AYALA, ENRIQUE DE LA VEGA.

El Ateneo de Madrid ha acordado publicar,
reunidos en un volumen, todos los trabajos relati-
vos al centenario del *Quijote* que han sido pronun-
ciados ó leídos en esta Casa.

Ateneo de Madrid, 15 de Mayo de 1905.

EL PRESIDENTE,

Segismundo Moret y Prendergast.

EL SECRETARIO GENERAL,

Mariano Miguel de Val.

Cómo se hizo el Quijote.

Por Francisco Navarro y Ledesma.



CÓMO SE HIZO EL QUIJOTE

Primera conferencia.

(29 de Abril.)

SEÑORAS, SEÑORES:

La obligación del cargo que el Ateneo, en dos cursos seguidos, me confió, me ha puesto ya algunas veces en el caso de inaugurar ó presidir sesiones en honor de muertos ilustres.

Hoy, por dicha, no venimos aquí á enaltecer á un muerto, sino á honrar á un vivo, más vivo que todos nosotros los que aquí estamos y que todos los demás que andan por ahí fuera: al Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha, que goza la vida eterna más apetecible, la del ideal que toma carne, la de la ficción que á la sangrante realidad se impone. Envidiemos á Don Quijote, veneremos su perdurable vivir y no vayamos á buscar á luengas tierras superhombres de trastrigo cuando tenemos al mayor de todos en casa...

Pero las alabanzas y jaculatorias á Don Quijote, ya se han encargado de cantarlas dos poetas amigos nuestros. Quien os habla (harto lo sabéis), no es más que un profesor de humanidades. Su oficio, algo semejante al del relojero remendón, consiste en desarmar las piezas, los rodajes y muelles que dan movimiento y apariencias de vida á toda obra literaria; averiguar cómo están hechas, cómo se hacen esas artificiosas ficciones que tienen el poder de endulzar nuestras horas y engañar nuestras pesadumbres. Por eso, es natural que os hable de cómo, cuándo, dónde y por qué

se hizo esa obra única de Don Quijote de la Mancha. Y para ello no podemos seguir otro método que el histórico, escudriñando en qué momentos de la vida de Cervantes se engendraron los primeros estímulos de la concepción quijotesca, cuando tuvo la nebulosa visión del héroe y la neta percepción del medio, cuando *vió* con toda claridad la idea del libro y fecundó esta idea y la hizo parir hechos, y la forzó á embutirse en la piel de los personajes y á hacerlos moverse, y fué sangre en sus venas, aire en sus pulmones, acero en sus músculos, fuego en su corazón, relámpago en sus sesos, rayo en su boca, y cuando, en fin, aquello que pedía el P. Granada, la hartura del corazón puso en las manos de Cervantes la pluma inmortal, la pluma que liberta sin sembrar muertes, como la espada; la pluma que redime sin derramar inocente sangre, como la cruz.

No fué la idea de Don Quijote una idea innata de Cervantes, sino una despaciosa creación de su trabajada existencia. Podemos señalar, sin embargo, en la vida de Cervantes varias ocasiones característicamente quijotescas, varios puntos liminares, varias sazones en que la realidad ante sus ojos presente, fué calentando la fragua donde había de forjarse el Quijote.

La primera visión quijotesca la tuvo á los dieciocho años, al volver de Sevilla y cruzar la Mancha y ver desplegarse en guerrilla amenazadora los molinos de viento. ¿Quién ha pasado por la llanura manchega, que el ferrocarril recorre, sin sentir la emoción más fuerte, la que al conovernos, nos lo explica todo? ¿Quién al ver descollar en el llano los perfiles de los molinos, al verlos mover los brazos locos no se ha explicado que la febril fantasía de Don Quijote viese en ellos los soberbios gigantes que tienen sojuzgado el mundo, y quién no ha aplaudido, lleno de heroica alegría, la bizarra decisión con que el Ingenioso hidalgo los acomete sin reparar en sus monstruosas fuerzas?

En la dilatada y áspera campiña, los molinos cortan el lejano horizonte, extraños, deformes, ilógicos, absurdos. Tal vez vemos al molinero que, trepando por las aspas para sujetar el velamen, nos parece una araña gigantesca prendida á su tejido; tal vez las aspas sin lienzo semejan los

tentáculos de un bestión apocalíptico, cuya cola, que es la guía ó pértiga con que se mueve todo el aparejo, arrastra por el polvo. Sí, moviéndose con el viento que arrasa la llanada, son los molinos algo imponente, como un ejército de exóticos seres caídos de otro planeta para conquistar el nuestro y esclavizar á los hombres, cuando están parados y sin velas, se nos antojan trágicas y temibles máquinas ó ingenios de guerra que en el campo quedarán clavados después de un sangriento combate en que miles y miles de hombres perdieron las vidas amadas. Sus figuras enhiestas se hierguen en el campo solitario como algo siniestro, como algo que insulta á la Naturaleza apacible y tranquila. Hemos de acercarnos á ellos, hemos de contemplarlos y examinarlos con ojos de miope para persuadirnos de que son unos sencillos artefactos que no encierran maldad alguna, para volver de nuestra insania y hacernos cargo de que son como los molinos las más de las cosas que nos espantan en la vida.

Cervantes se acercó á ellos, los vió de cerca, y mirando á los hórridos fantasmas trocarse en apacibles artilugios de pan moler, soltó una gran risa, una anchurosa carcajada creadora, prolífica, sin pensar, por su puesto, ni preveer que con ella formulaba el concepto fundamental de Don Quijote; sin columbrar que cuando un concepto universal como el de Don Quijote emerge de una sensación dolorosa ó placentera, de un sollozo anonadante ó de una carcajada homérica, ese concepto se eternizará y se endurecerá y hará callo en los cerebros por siglos y siglos.

Pero el Cervantes de los molinos de viento, aún no sabe, sino por figuraciones, lo que es el heroísmo de veras. Esto lo aprende seis años después en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni verán los venideros. Y primeramente, en la isla de Ulises, conoce que el héroe verdadero es un hombre de camino (Ulises y Eneas son los precursores de Don Quijote), y después, en el fragor del combate de Lepanto, sabe lo que es ser un héroe y lo es él mismo.

Veamos á Cervantes, navegando, como simple soldado del tercio de Moncada, á las órdenes del capitán Diego de

Urbina, en la galera *Marquesa*, cuyo patrón era Francisco de Santo Pietro, el día 15 de Septiembre de 1571.

Como naves cargadas de flores y frondas, al aire esparciendo los desmayados olores setembrinos, espesos del mosto que reventaba en los dorados parrales, las islas Jónicas parecían navegar de Albania á Sicilia, dudando entre la belleza de una y de otra costa. Caliente soplaba el aire de la Gran Sirte, hinchando las velas hacia el Adriático. Las galeras venecianas recorrían el mar Jónico y se acercaban al canal de Otranto, como quien abre la puerta de su casa para entrar en ella. El turco había doblado la costa de Morea; se le había visto desde Cefalonia y desde Zante. Prudentes los venecianos, aconsejaron á Don Juan tomar un reposo antes del ataque, y se encaminó la escuadra á Corfú, donde la gran ensenada ó laguna de Govino podía abrigar á la escuadra mientras se disponían los últimos apercebimientos.

La galera *Marquesa* navegaba alegremente por aquellos sitios. Entre los marineros y los hombres de guerra que llevaba, pronto escuchó Miguel un idioma que canto dulce parecía; certificó ser griego, y aun cuando él no lo entendía, luego, evocadas por tal música las bellas imágenes de la poesía antigua, le llenaron de contento. Divagando por entre una y otra isla, no tardaron las naves en llegar á la de Corfú. Inefable emoción inundaba el alma del joven soldado; Miguel va en la galera *Marquesa* mareado, asfixiado, comido de pulgas y piojos, asqueado por las groserías de la chusma, lleno de todas las aprensiones posibles, menos de miedo. Los héroes de leyenda, los bravos de atezado rostro, despiértanle un interés grande, pero que pronto, con el trato, se amengua y disminuye. Un héroe á diario es un sér insoportable.

En la galera, que tiene escasísimo tonelaje, van cientos de forzados, de marineros y hombres de armas. Miguel va deseando saltar á tierra, lavarse cara y manos, lujo imposible en aquellos recintos de tortura, y mover brazos y piernas. En estos pensamientos, la costa corfiota le aparece como una de las riberas del Paraíso terrenal. Acércanse á ella, y un pormenor, en que los demás no se fijan, extasia á

Miguel. Junto á la desembocadura de un manso río, solas mirándose en las aguas, dos olivas, una silvestre ó acebuche, de afiladas hojas, y otra machote, sin ingertar, de acarascada pinta, parecen dos amigos que se confían algún secreto. El paraje es tan sugestivo, que á Miguel le asalta un recuerdo clásico: el de la llegada de Ulises á la tierra de los Feacios, en el canto V de la Ulisea; y ya que no en griego, rumia en la traducción latina, que le enseñó el Licenciado Jerónimo Ramírez, ó que acaso leyera en Sevilla con algún alumno de la casa de Maese Rodrigo, los consoladores versos homéricos:

*...duo autem inde subiit arbusta
ex uno loco enata, hoc quidem, oleastri, illa d autem oleæ.....*

Y Miguel, con el estómago levantado y la cabeza vacilante, recuerda las fatigas del héroe griego, y como él considera providencial asilo la playa de Corfú. Después hace memoria, y cae en la cuenta de que su imaginación no era vana. Aquella playa es la playa misma de los Feacios, que acogió benéfica á Ulises el errante. Aquel río es el río donde lavaba Nausicaa, la virgen de los brazos cándidos... Allí, en un recuesto, se divisa el sagrado bosque de álamos blancos que los ascendientes del Rey Alcinoo advocaron á Minerva, la diosa de la sabiduría. La imagen del aventurero, del prudente Ulises, alborozó el corazón de Miguel. Pronto, tripulaciones y soldados saltan á tierra, y Miguel se regala el oído oyendo hablar el dialecto jónico, tal como en el banquete de Alcinoo lo cantaba ó declamaba Demódoco, el vate del viejo poema. La suavidad del clima jónico le baña el espíritu á Miguel, y las aguas del río caro á Nausicaa bañan su cuerpo.

Pero, por desgracia, los hombres del día no son como los héroes de la Iliada. La isla de los Feacios, Corfú en lenguaje moderno, es una bella isla dondè se padecen continuamente cuartanas. Miguel cae enfermo con la calentura, y se traslada á la galera *Marquesa*. Allí se acurruca en un rincón, tiritita, se abrasa, delira, se encuentra solo entre una muchedumbre de soldados que juran, gritan, beben y á quienes no se les da nada que haya entre ellos un enfermo, ó dos, ó

ciento, porque están hechos á beber y vivir entre montones de cadáveres, y no tienen olfato ni cutis para las miserias ajenas ni para las propias. Sólo hay entre aquellos basiliscos un hombre humano y compasivo. Llámase Mateo de Santistéban, es de Tudela, en el reino de Navarra, hombre franco y de animoso corazón, alférez de la compañía aumentada en Nápoles al tercio de Moncada, la cual manda el capitán Alonso de Carlos. Santistéban atiende á Miguel á ratos; tal vez avisa á su capitán, Diego de Urbina, y este valiente alcarreño anima á su medio paisano el de Alcalá de Henares, cuya fisonomía no le es desconocida, entre las otras doscientas de los soldados á sus órdenes. Mas tanto Urbina como Santistéban tienen mando, y con él mil cuidados é incumbencias. Cervantes pasa lo más recio de la calentura solo y desamparado en su rincón, mal envuelto en una frazada, por donde las chinches pululan, y defendiéndose de las ratas, que de noche, y aun de día, en la obscuridad de la bodega, acuden á roerle las botas.

La fiebre y la impaciencia abrasan á Miguel. Un día y otro oye noticias de los movimientos de la armada. Los soldados viejos hablan poco de esto y mucho de vino y de pendencias. Los bisoños disparatan lindamente, y mal disimulan el miedo que va invadiéndoles al sentir acercarse la acción. Miguel no sabe en qué día vive ni qué hora es. Amodorrado y enflaquecido, le sostiene la esperanza, la fuerza misteriosa que guía las escuadras y los mundos.

Una mañana, la del 7 de Octubre, tremenda algazara se escucha á bordo. Como de costumbre, los soldados dejan solo á Miguel en su rincón, pero pronto los ve tornar apresurados, pálidos unos, rojos los otros, llameantes las pupilas, los pasos trémulos, las manos torpes. ¡Arma, arma! son los gritos que suenan. El ataque ha llegado. De pronto las cuerdas del barco crujen, todo el maderamen tiembla y un rosario de estampidos anuncia que la *Marquesa* acaba de disparar su primera andanada. Miguel, suelta la manta, se encasqueta el acerado morrión, va en busca de su arcabuz. Las piernas le flaquean, la cara tiene amarilla como un desenterrado.

Sobre cubierta, tropieza con su capitán, con el alférez

Santistéban, con otro alférez montañés que Gabriel de Castañeda se llama. Todos, al ver aquel soldado amarillento y ojeroso, desencajada la faz y turbia la vista, le dicen que se resguarde y ampare bajo cubierta, pues no está para pelear. Pero Miguel, ha visto ya el fuego, ha respirado el humo, ha olido la pólvora. La ocasión es única, la muerte nada importa. Caen acá y allá muertos y heridos. Gritan á una *¡a-vante! ¡bo-ga!* los forzados en sus bancos. Estampidos que no se sabe de dónde salen aturden las orejas y enardecen los ánimos. Miguel, no quiere volverse á su rincón. Miguel es un hidalgo, tiene vergüenza, osadía le sobra. *¡Qué dirían del, que no hacía lo que debía!* Son sus mismas palabras. Miguel, excitado por la fiebre y por el peligro, endereza á sus amigos y jefes un pequeño discurso que nos ha transmitido el alférez Gabriel de Castañeda con la calmosa puntualidad de los montañeses:—«Señores—dice el Ingenioso hidalgo de Alcalá,—en todas las ocasiones que hasta hoy se han ofrecido de guerra á Su Majestad y se me ha mandado, he servido muy bien como buen soldado, y así ahora no haré ménos, aunque esté enfermo y con calentura; más vale pelear en servicio de Dios y de Su majestad y morir por ellos, que no bajarme so cubierta. Póngame vmd., señor capitán, en el sitio que sea más peligroso y allí estaré y moriré peleando.» Con estas quijotescas palabras, Miguel muestra el gesto y ademán de los héroes antiguos, que no deja lugar á réplicas. El capitán alcarreño, Diego de Urbina, que ya iba aficionándose á su medio paisano, meneaba la cabeza pesaroso y, como quien abandona á la destrucción una valiosa prenda que aún podría servir de mucho, manda á Miguel colocarse en el lugar del esquife con doce hombres. ¿Por qué se distingue á este soldado de los otros y en el momento del combate se le confía un mando, siquiera sea tan pequeño? ¿Qué hay en sus ojos, en sus palabras ó en su apostura y planta?

Cumpliendo sin vacilar las órdenes de Urbina, va Miguel á ocupar su puesto. Desde allí se otea y divisa el lugar de la batalla y por entre los girones que en nubes de humo se abren á ranchos, se ven las tajantes proas, los amenazadores espolones, los ganchos y puntas de fierro con que unas

galeras tratan de engarrafar á otras para el abordaje. Miguel ve pasar, envuelto en un nimbo de fuego y de humo, volando en *ligero* eskuife sobre las aguas, *mensajero* de la victoria, el colorado y rubio rostro *surgiendo* bajo el casco argentino, un hermoso *mancebo* semejante al arcángel San Miguel, que adorna como una llama de oro, de sangre y de plata los retablos góticos. Es el Señor Don Juan de Austria, la espada desnuda, cuyos gavilanes de oro relumbran al sol en la diestra, y en la siniestra el crucifijo de marfil y ébano. Va gritando oraciones ó blasfemias, va incólume, impávido, sereno, presentando el pecho á las balas que cruzan el aire y se estrellan en las bandas ó se hunden silbando en las aguas verdosas, pesadas del golfo. Todos los hombres de guerra le miran, todos tienen fe en él, y su arcangélica aparición les excita y les embravece.—¡Víctor, victor el Señor Don Juan!—gritan enronquecidos y fieros los españoles. Los aguerridos venecianos callan absortos. Nunca vieron tanta audacia en tan pocos años.

Pronto la visión desaparece y el mar pare nuevas y nuevas bandas de galeotas turcas que, en cerrado escuadrón, van acercándose. Ya se oyen distintos y claros en ellas los gritos de los cristianos que van al remo. Son griegos, italianos, españoles que reman con furia, sin que hayan menester en tal sazón los rebencazos crueles del cómitre. Más de los turcos quisieran quizás, se acercan sus naves á las cristianas. De los bancos ocultos salen hacia la escuadra de la Liga voces angustiosas de ánimo y de súplica.—Aquí estamos, cristianos somos, sacadnos del cautiverio. ¡Por Cristo! ¡Por la Virgen María! *Por la Santa Madona*—y al compás de los gritos los pechos jadean, fatigosos.

Los ávidos ojos de Miguel ven entonces «embestirse dos galeras por las proas en mitad del mar espacioso; las cuales, enclavijadas y trabadas, no le queda al soldado (y este soldado es él mismo, que treinta años después lo contaba) más espacio del que conceden dos pies de tabla del espolón, y con todo esto, viendo que tiene delante de sí tantos ministros de la muerte que le amenazan, cuantos cañones de artillería se asestan de la parte contraria, que no distan de su cuerpo una lanza, y viendo que al primer descuido de

los pies iría á visitar los profundos senos de Neptuno, y con todo esto, con intrépido corazón, llevado de la honra que le incita, se pone á ser blanco de tanta arcabucería y procura pasar por tan estrecho paso al bajel contrario. Y lo que más es de admirar, que, apenas uno ha caído donde no se podrá levantar hasta la fin del mundo, cuando otro ocupa su mismo lugar, y si éste también cae en el mar, que como á enemigo le aguarda, otro y otro le sucede, sin dar tiempo al tiempo de sus muertes; valentía y atrevimiento el mayor que se puede hallar en todos los trances de la guerra. ¡Bien hayan—seguía pensando Miguel, al verse en este trance que, como quien por él ha pasado, contó, — bien hayan aquellos benditos siglos que carecieron de la espantable furia de aquestos endemoniados instrumentos de la artillería... la cual dió causa que un infame y cobarde brazo quite la vida á un valeroso caballero, y que sin saber cómo ó por dónde, en la mitad del coraje y brío que enciende y anima á los valientes pechos, llega una desmandada bala, disparada de quien quizás huyó y se espantó del resplandor que hizo el fuego al disparar de la maldita máquina, y corta y acaba en un instante los pensamientos y vida de quien la merecía gozar luengos siglos!»

Y así, como él mismo lo contaba y nadie mejor que él, sucedió punto por punto. Con la extraña acuidad y lucidez que la fiebre alta y el peligro y cercanía de la muerte comunican á todos los espíritus, recorrió Cervantes en aquella alta y memorable ocasión, la mayor que han visto los siglos, todo cuanto había discurrido, proyectado y soñado en su corta vida; cruzaron por su mente las ilusiones de la gloria, los halagos de la fama poética, tal vez se acordó del estudio de Madrid, tal vez le aparecieron juntas á la fantasía la tierna imagen de la reina Doña Isabel y el bonachón semblante del maestro López de Hoyos, la bella é incitante figura de su hermana Andrea y el monástico perfil de su hermana Luisa. En medio de estas imaginaciones, un golpe recio y un intensísimo frío le paralizaron la mano izquierda. Miró Miguel y vió que de ella le manaban chorros de sangre; pero aquello era poco. Sin retorcer labio ni ceja, sufrió el dolor de la herida. La calentura y el orgullo le sos-

tenían en su puesto, no menos que la curiosidad y el ansia de ver cómo terminaba, si terminaba el combate.

Sin duda no vió que frente á él, en la galera turca que á la *Marquesa* acometía, dos pares de ojos traidores acechaban á aquel soldado, á quien herido en la mano veían é impertérrito en su lugar. Dos balas al mismo tiempo disparadas de sendos mosquetes buscaron el pecho de Miguel, y casi le derribaron por tierra... Roja nube le cubrió la vista y un rato le privó del sentido.

Escuchad como lo cuenta él mismo:

«...En el dichoso día que siniestro
tanto fué el hado á la enemiga armada
cuanto á la nuestra favorable y diestro,
de temor y de esfuerzo acompañada,
presente estuvo mi persona al hecho,
más de esperanza que de hierro armada.

Vi el formado escuadrón roto y deshecho
y de bárbara gente y de cristiana
rojo en mil partes de Neptuno el lecho.

La muerte airada con su furia insana
aquí y allí con priesa discurriendo,
mostrándose á quién tarda, á quién temprana.

El son confuso, el espantable estruendo,
los gestos de los tristes miserables
que entre el fuego y el agua iban muriendo.

Los profundos suspiros lamentables
que los heridos pechos despedían
maldiciendo sus hados detestables.

Helóseles la sangre que tenían
cuando en el son de la trompeta nuestra
su daño y nuestra gloria conocían.

Con alta voz de vencedora muestra,
rompiendo el aire, claro el son mostraba
ser vencedora la cristiana diestra.

A esta dulce sazón, yo triste estaba,
con la una mano de la espada asida
y sangre de la otra derramaba.

El pecho mío de profunda herida
sentía llagado, y la siniestra mano
estaba por mil partes ya rompida.

Pero el contento fué tan soberano
que á mi alma llegó viendo vencido
el crudo pueblo infiel por el cristiano,

que no echaba de ver si estaba herido,
aunque era tan mortal mi sentimiento
que á veces me quitó todo el sentido...»

Aunque muy engolfado en el combate, bien le vió en una de estas veces el capitán Diego de Urbina, y, sin acercársele, creyéndole muerto, movió triste la cabeza, y tal vez, entre orden y orden, musitó un *pater noster* por su pobre compatriota. La galera *Marquesa* había sufrido mucho en el combate. Su patrón, Francisco de Santo Pietro, cayó muerto, y con él muchos hombres de la tripulación y no pocos soldados de los viejos y de los bisoños. Miraba Cervantes, herido, caer aquellos hombres atezados que parecían fortalezas, y él mismo no se creía vivo. Quizás todo aquello era un sueño de la fiebre. Asordado por el tronar de la artillería, y medio cegado por el humo y el fuego, veía, insensible, pasar, como fantásticas sombras, las grandes masas de las galeras, y los contornos de los soldados peleantes le parecían empequeñecidos, como figurillas de retablo. Todo debía de ser mentira, una bella y épica mentira como los combates de la Iliada.

De su estupor y eretismo nervioso le sacaron los ecos triunfales de los claros clarines que proclamaban por donde quiera la victoria; la gritería de los cinco ó seis mil soldados que en las galeotas turcas remaban, y que al verlas invadidas y abordadas por cristianos prorrumpían en voces de júbilo y de alabanza á santos y vírgenes. Por cima de todos los gritos sonaba, ronca ya, honda, vibrante, la voz española, proferida por españoles é italianos:—¡Víctor, el Señor Don Juan! ¡El Señor Don Juan, víctor!

La alegría pudo con Miguel más que el sufrimiento y le derribó en tierra, exhausto, aniquilado, medio muerto...

Tras aquel día de gloria vinieron otros muchos de abatimiento y pobreza; pero ¿no se vé claro cómo lo que más estimaba Cervantes en su vida fué su heroica hazaña de Lepanto? El paso de la suma gloria de Lepanto á la miseria suma del cautiverio de Argel, da á Cervantes la medida justa, la exacta proporción de lo que pudiéramos llamar la *quijotez* de la vida humana.

Como soldado en Lepanto, en la Goleta y en Túnez, hay

veces en que es Cervantes grande como Aquiles, como Rol-dán y como el Doncel del Mar Amadís de Gaula, y veces en que es chico y pobre, desarrapado y roto, vecino del hampa y rondador de la picardía, sin pasar los umbrales de lo ilícito, como el soldado Miguel de Castro, como Alonso de Contreras, como el alférez Campuzano, como el escudero Marcos de Obregón. El cautiverio de Argel le hace ma-ñero y avisado como el cautivo Ruy Pérez de Biedma. En las intenciones y en los conatos de fuga y de liberación, su alma se templea y se agiganta, llega á una sublimidad evan-gélica. Tras cuatro ó cinco intentos de escapar, tras cinco años de cautivo, tras cien albures en que lo perdió todo, menos la cabeza, allá en 1580 se halló en el baño de Azan-bajá con su argolla al pie, con su cadena arrastrando.

Veía las pasiones que le circundaban; caíansele de los ojos las escamas, y pensando ser imposibles las soñadas caballerías y viendo cómo la humanidad se daba prisa á vivir bien ó mal, pero á vivir ante todo, fuera como fuese, recordó la misteriosa muerte de Don Juan de Austria, sobre la cual se oían los más peregrinos comentarios, pensó tam-bién en los muchos cautivos, algunos de ellos caballeros ilustres de muy rancia nobleza que en el cautiverio habían sido como hermanos suyos, y que, libres, no volvieron á acordarse de él ni á darle señales de vida siquiera...

Todo esto merecía meditarse largamente, y meditándolo se hallaba un día Miguel, cuando, tal vez en un cacho de espejo roto, tal vez en una bacía de agua clara, vió repro-ducida su figura, larga, amarilla y ojerosa, con una expre-sión melancólica y desengañada que jamás antes tuvo, y rompiendo en una bella, en una heroica y homérica risa, se le ocurrió llamarse á sí mismo *el caballero de la Triste Figu-ra*, en memoria del *caballero de la Ardiente Espada* y de los demás sobrenombres y altisonas apelaciones de los hijos y descendientes de Amadís.

Esta segunda risa de Miguel, consecuencia y repercusión de aquella gran carcajada que soltó ante los molinos de viento al volver de Sevilla, fué otro salto hacia la inmortalidad. La risa después del llanto ó de la tristeza, redime á los hombres del cautiverio del olvido y hace sus nombres

eternos. Muerto estaría Homero, á pesar de todos los arrestos de Aquiles, si no tuviese en lo más sangriento y encarnizado de sus estrofas un poco de aquello que él, con divina sencillez, puso en labios de Andrómaca al ver el espanto de Astianax, que se atemorizaba de su padre Héctor; aquel *dakruóen guelásasa* (entre lágrimas riendo), es el secreto de los grandes. La creadora llanura de la Mancha, el fecundo baño de Argel, pusieron en labios de Cervantes la risa reudentora que de las lágrimas emerge, como la misteriosa nereida de las aguas hondas de la gruta.

Libre por fin y restituído á la patria, cumplidos los treinta y tres años, abrió su corazón á nuevas esperanzas quijoteskas, y acuciado por la necesidad, no vaciló ni un momento en pedir recompensas de sus servicios. Acaso creía quijoteskamente que de ellos debía tenerse ya particular y elogiosa noticia en la Corte. Ya sabía él, como Don Quijote, que las hazañas en que los caballeros prueban el ardimiento de su corazón y la fortaleza de su brazo, ofrecen galardones de imperios y coronas; ya sabía, como Sancho, que la obra hecha la paga espera, y que por pan ó por al baila el can. Años habían de transeurrir antes que se persuadiera de que en España tan iluso es Don Quijote aguardando coronas, como Sancho esperando ínsulas; años habían de pasar antes que se contentase con alguna bacía de barbero, con algunas alforjas de fraile, con algún olvidado maletín de loco por toda ganancia y botín de sus andanzas en el mundo.

Cuando se persuadió de que las recompensas no llegaban, buscó ocupaciones, compuso versos y novelas pastoriles y comedias heroicas y se casó, en Esquivias.

Allí conoció á un pariente de su mujer, llamado Alonso Quijada de Salazar, tío de doña Catalina de Salazar Palacio Vozmediano, por parte de su padre.

Quiere una tradición infundada que fuese Alonso Quijada de Salazar quien se opusiera á los amores de ella con Miguel. No es creíble tal aserto. Bastaba el espíritu mezquino de los Palacios para oponerse, si hubo oposición, como lo hace pensar la desconfianza mostrada por Catalina, la madre, respecto de su yerno el soñador Miguel, pues-

to que dejó pasar dos años del matrimonio de éste sin cumplir la promesa de dote. Y sí parece probable y verosímil, en cambio, que el D. Alonso Quijada fuese, como la familia de Salazar, un hidalgo dado á la lectura de caballerías y un tanto alucinado por ellas, quien sirvió de primer boceto ó de dato sugestivo á Miguel para su más grande creación. Es ridículo é imbécil suponer que Miguel no amaba á Don Quijote, y creer que se propuso construir una figura grotesca para burlarse de un pariente que se opusiera á su boda. No es, en cambio, desatinado imaginar que en tal ó cual parte de la figura recordase al bueno é iluso hidalgo Alonso Quijada de Salazar, muerto ya cuando se publicó el *Quijote*, y que no lo hiciera movido por ruin afán de sátira personal, sino al contrario, deseoso de fijar un grato y amable recuerdo.

No fué, pues, el Alonso Quijada de Esquivias el modelo de Don Quijote ni los principales tipos de la obra, ni el ambiente de ella lo vió Cervantes hasta que en 1585 volvió nuevamente á Sevilla para comisiones particulares, antes de ser empleado como comisario para el abastecimiento de flotas, y pérdidas en alguna parte sus dos grandes ilusiones: la de las armas y la de las letras.

Volver á Sevilla es algo con que sueña todo el que allí ha estado una vez. No hay que decir el gusto con que Miguel volvía, ganoso de paladear lo que, siendo casi niño, le rozó los labios apenas. No hay tampoco manera de ponderar el placer con que tornaba á la vida sabrosa del camino, después de haber corrido por tantas y tan diversas vías, ni el buen humor y alegre talante con que regresaba al hato de los arrieros y á la risueña estrechez de las posadas y mesones.

Aquellos venteros gordos y pacíficos, cuyas hijas miraban medio serias, medio burlonas al estropeado hidalgo que las requebraba gracioso; aquellas mozas del partido que iban camino de Sevilla incesantemente para pasar á las Indias pródidas, donde faltaban mujeres; aquellos muchachos que machacaban el camino, con los zapatos al hombro y la media espada al cinto, cantando la vieja copla:

A la guerra me lleva
mi necesidad...

aquellos ladrones en cuadrilla que llevaban en el pecho la S y la H de los cuadrilleros de la Santa Hermandad y en el alma todas las raterías sabidas en el mundo y otras muchas nuevas; aquellos golosos de uñas de vaca que parecían manos de ternera ó manos de ternera que parecían uñas de vaca; y las mozas retozando y pisando el polvico á tan menudico ó pisando el polvó á tan menudó, y los frailes de San Benito caminando en mulas grandes como dromedarios y los escuderos vizcaínos y los negros pegajosos y los estudiantes capigorriones de las Universidades chicas, dándola de esgrimidores y ergotizantes y toda la inmensa é indisciplinada masa popular que al través de España se movía, sin saber de cierto por qué ni para qué, aquello sí que era la verdadera imagen del mundo. En cada hombre y en cada mujer podían hallar los ojos sagaces una novela ó un drama harto más interesantes que cuantos se escribieran hasta entonces. El mundo era el grande y el único teatro; la vida, la única gran novela.

Miguel notaba cuán lejos se hallaba todo ello de la corte y de su vida engañosa y artificial, mezquina y limitada. Al cruzar la llanura manchega, los molinos de viento le saludaban con sus aspas andrajosas, le sonreían con sus puertabocas abiertas, le guiñaban con sorna uno de sus ojos-ventanas. A un arriero ó á un caminante le oyó cantar el antiguo son de *La niña*, con letra más apicarada y graciosa que nunca:

La niña
cuando me ve, me guiñá:
la llamó
se me viene á la manó:
la cojó
debajó del embozó
la digó
cara de sol y lunaá
vente conmigó...

y la voz ronca y hamponesca añadía, tras una pausa, la coletilla

que no eres la primeraá
que se ha venidó...

¡Oh, vida alegre, canciones del camino, con qué ansia os sorbía Cervantes y cómo le hacíais recordar primero las negruras de su cautividad, después, los hermosos días de Italia!

En el camino y en los más bajos y miserables menesteres pasó Cervantes diez años y entró en el otoño de la cuarentena. En estos años, la decadencia de España fué tan rápida, tan enorme, que saltamos desde las glorias épicas de Lepanto, hasta las vergüenzas miserables de la Armada invencible. El antiguo soldado de don Juan de Austria miró con lágrimas en los ojos, cómo las liadas de antaño iban trocándose en Batracomiomaquías ridículas, y cómo el siempre vencedor Amadís se convertía en el siempre apaleado don Quijote.

En tanto, Cervantes era comisario de flotas y andaba por Eciija, Montilla, Castro del Río, por los reinos de Sevilla, Córdoba, Jaén y Granada ¿perdiendo el tiempo?, no; elaborando su obra inmortal, sin pensar en ella.

Los ciegos y sordos, que hablan de Cervantes sin amarle y sin haber pensado en él y en las circunstancias de su vida, sino sólo por darse lustre ellos y echárselas de literatos, suelen maldecir la temporada larguísima que pasó Miguel arbitrando trigo y aceite para la escuadra y cobrando atrasos de alcabalas y tercias. Los que tal piensan, no comprenden que la ciencia de la vida, ella misma la enseña y no ningún maestro, y que sin estos años de ires y venires, de malandanzas y venturas de Miguel por los pueblos, aldeas, cortijos, ventas y caminos y trochas de Andalucía, no tendríamos *Quijote*, de igual modo que no tenemos hoy otros literatos dignos de estimarse por hijos de Cervantes, sino los que han andado en su juventud ó andan ahora por trochas, caminos, ventas, cortijos, aldeas y pueblos. La vida es una peregrinación: quien no camina, ¿qué sabe de ella?, y quien no sabe de ella, por mucho talento que haya, ¿podrá hablarnos de algo que nos interese?

Cervantes había conocido ya la humanidad heroica en Lepanto, la humanidad alegre y libre en Italia, la humanidad trágica y feroz en Argel, la humanidad cortesana y culta en Lisboa y en Madrid; pero aún no había hecho sino

entrever la humanidad corriente y moliente, la de todos los días, la que formaba y forma la cantera grande de la nación, y también esa pequeña, retirada, angosta y engruñida humanidad, que vive recoleta en el rincón de un pueblo y que no sale jamás de él; pero sin salir de él, como la carcoma en su viga, roe, trabaja, comunica á los de fuera sus aprensiones, egoísmos y cicaterías.

Allá, en los últimos rincones de la miseria, tuvo que meterse el comisario de provisiones de la Armada, huronear y fisgar hasta el más mínimo grano de trigo, sorber y chupar hasta la más escondida gota de aceite en el más obscuro condesijo ó alacena. Mandábasele clara y terminantemente que lo husmease todo, que rebuscase, inquiriera y requisase hasta las más defendidas moradas, que recogiese hasta los rebojos de todo bien privado y público, que se entrometiese hasta en los bienes sagrados de la Iglesia. Preveníasele que había de *ir con vara alta de justicia*, visitar á los cabildos ó Ayuntamientos y corregidores de cada pueblo, exigirles un repartimiento entre los vecinos; si no le tenían hecho, hacerlo él y procurar, percancear, lograr y arramblar con todo trigo, cebada y aceite que hubiera útil para el servicio de Su Majestad.

¿Tenéis claro concepto de lo que era *ir con vara alta de justicia*? Ir con vara alta de justicia era presentarse á caballo y con un bastón ó junco de mando en las aldeas, como alguacil que va persiguiendo un delito ú olfateando criminales: era llevar consigo cuatro ó cinco ó más corchetes ó porquerones que, naturalmente, serían individuos de lo más abyecto y zarrapastroso del hampa, gente hecha al remo y al azote, exayudantes de alguacil y de verdugo, despedidos y echados de tan honestos oficios por la longura de sus uñas, borrachós, rufos y jaques: era presentarse con todo este tranquilizador aparato y santa autoridad en un pueblecillo pacífico, donde los hombres andaban al campo á arar cantando la gañanada, y las bestias *estudiaban* apaciblemente en el prado ajeno y las mujeres hilaban, hacían pleita, labraban ropa ó cosían ó rezaban horas en la iglesia ó convento, y los frailes y clérigos se paseaban al sol y los alcaides y regidores preparaban con reverenda calma sus

cohechos y granjerías: era entrar en este pueblo sosegado, en donde cada cual iba trampeando su existencia como mejor podía, sembrar la intranquilidad y el desasosiego, romper la monotonía de las horas, requerir á los concejales y alcaldes á que tomasen resoluciones que lesionaban sus intereses y les indisponían con sus convecinos, amigos y parientes, imponérseles, si resistir osaban, en buena ó mala forma, acudir á la cilla ó pósito, donde se guardaban los granos y á los graneros y cámaras de los particulares, mandar que se abriesen las puertas y si no las habrían de buen talante, echarlas abajo, forzando cerraduras ó rompiendo tablas, entrar en el granero ó en la almazara, ó en el almacén de aceite y, obligando y conspuyendo á los medidores del pueblo, envasar el aceite en corambres traídas de otro lugar, porque allí no se encontraban, y el trigo en jerga prestada por los molineros lejanos, sacar á los tremulentos y llorosos labradores, aquellos pedazos de su corazón y frutos de sus entrañas y logros de sus sudores, que hanegas de trigo y arrobas de aceite se llamaban, dejándoles, por todo consuelo, un papel donde el comisario, en nombre de otro, y éste en nombre del proveedor, y éste en nombre de Su Majestad, que todos tenían merecida y justa fama de malos pagadores, prometían pagar por aquellos frutos, cuando fuera posible, la cantidad que ellos mismos habían fijado. Era, después de todo esto ó antes, buscar por los alrededores, si los había, arrieros ó carromateros que acarreasen lo sacado y lo llevasen hasta Sevilla. En pos de las reatas y de los carros iban las lágrimas y las maldiciones de todo un pueblo despojado de su riqueza, los ayes de las mujeres, las excomuniones de los clérigos; y el blanco de todas las iras era el maldito comisario, ángel malo que había traído al pueblo la destrucción y la rapiña.

De aquí se sigue que en muchos pueblos, en los más, el comisario no encontraba cama para dormir, cena que comer, ni aun casa donde albergarse. El inspector del timbre, el investigador de la riqueza oculta, el ingeniero de montes que hoy andan recorriendo España en cumplimiento de sus deberes, saben algo de esta terrible y medrosa hostilidad con que el pueblo recibe siempre al forastero, cuya cara

desconoce, cuyo lenguaje no entiende bien, porque le falta el peculiar acento de la tierra. Esos únicamente podrán conocer é inferir lo que pasaba á Cervantes en los pueblos á donde iban *con vara alta* y no á anunciar un peligro más ó menos lejano, sino á llevarse en el acto y sin dilación y sin pagar las esperanzas y las realidades del pueblo.

El pequeño propietario rural es siempre y de juro tiene que ser un hombre desconfiado y aprensivo: más entonces, cuando sobre ser terrateniente era un *hidalgo*, lleno de pretensiones y de orgullo. Solía ser además un hombre de escasa cultura, de cortas luces, á quien lo mismo daba hablarle del Rey, de las empresas guerreras acometidas por honra y necesidad de la nación y de la reunión de la escuadra Invencible contra el poder y soberbia de los ingleses, que cantarle las coplas de Caláinos. ¿Qué sabía él de si había barcos ni qué le importaba lo que hiciese Inglaterra?

Para llegar hasta el pueblo aquél de las sierras sevillanas ó granadinas, mucho tenía que andar el inglés. En cuanto al Rey, el hidalgo no le debía más favor sino haberse llevado los hijos á la guerra, haber subido las alcabalas, las tercias, el chapín de la Reina y todas las tallas y tributos, y quizás haber enviado por el pueblo una compañía de soldados que entre sus plumas y sus correaes se llevaron enredadas las mejores gallinas del corral y el honor de la hija moza...

Pongámonos en el caso de este hidalgo y pensemos que este hidalgo vive en Ecija y se llama D. Gutierre Laso. ¿Quién sabe lo que es llamarse D. Gutierre Laso, y no haber para la manutención de tal nombre y de tal apellido más de noventa y seis fanegas y media de trigo en la troje, extraídas trabajosamente de la tierra árida y avara de Ecija, donde todos los veranos los trigos se asuran con el excesivo calor que hace llamar al pueblo *la sartén de Andalucía*? ¿Quién imaginará la pena y la rabia que se apoderarían de D. Gutierre Laso al ver á aquellos caifases que con Miguel de Cervantes iban, entrar en su granero y llevarsele las noventa y seis fanegas y media de trigo, á la tasa puesta por el proveedor de Sevilla, de diez reales y medio la fanega? Por muy ignorante y apartada vida que D. Gu-

tierra Laso hiciera, llegó hasta sus oídos la especie, que en aquellos tiempos no necesitaba casi nunca confirmación, de que el licenciado Diego de Valdivia, encargado por el proveedor de las galeras de recoger el trigo y la cebada, no tenía un maravedí para pagarlo, ni se veía medio de que lo abonase en manera alguna. Aquello, pues, llevaba trazas de no cobrarse jamás, y el cuitado hidalgüelo preveía una serie larga de días y meses en que habría de ayunar, y no por santidad ni devoción, y sus macilentas facciones á pura necesidad, se maceraban y ennoblecían, y sus mejillas se enflaquecían, y se aguzaba su mentón y sus manos se afluaban, hasta tomar todo él ese espiritado aspecto de los señores de la época, que, entre desmayos de hambre y vértigos de debilidad, les conducía á las altezas del más acendrado misticismo.

Estas malandanzas de Cervantes duraron, por lo menos, hasta 1593. Entonces, hallándose cesante, su ingenio se aguzó y sutilizó hasta un punto extremado, inverosímil. Fué el autor del Quijote, el más ilustre y el más genial de los ilustrísimos y genialísimos cesantes españoles, y lo que en ellos han sido arbitrios disparatados, en él fué la más original creación de nuestra raza, la que él vislumbró en Sevilla, en el corral de los Olmos. Cuando se ahonde en la Psicología del *cesante* español, cuando se estudien á fondo sus maravillosas ideas, las estupendas creaciones que la cesantía y el flato le sugieren y que serían bastantes para engendrar un mundo nuevo de sistemas filosóficos, una Política y una Economía originales y una Etica inaudita, se comprenderá que si los más valientes pensamientos redentores de España se han malogrado en las mesas de los cafés y se han disuelto entre la humareda y el vaho apestoso de los colmados, no podía salir un libro-resumen ideal de España como es el Quijote, sino de la imaginación de un cesante como Miguel de Cervantes y de un sitio medio colmado, medio merendero como el corral de los Olmos.

El corral de los Olmos, junto á la Catedral, era uno de esos lugares de holgorio donde se reúne gentè de toda laya y alternan caballeros con ladrones y gente principal con perdigachería ambulante. Recinto cerrado, pero de entrada

llana y de puerta abierta á todas las horas del día y entreabierta por la noche, siempre había sido punto de cita para los famosos mojones de Andalucía que por el olor, á cierra ojos, diferenciaban el mosto de Alanís del de Guadalcanal; para los blancos y negros jugadores de las dos, de las cuatro y de las doce, alzadores de muertos y corredores de la raspa; para los valentones y matantes que pregonaban cabezas y rebanaban narices, sin más tretas que las de la esgrima vulgar y común, así apellidada con menosprecio por los tratadistas que ya empezaban á salir, teorizando la práctica de las espadas negras; y, en fin, para chalanes, belitres, vergantes, corchapines, bujarras y gentualla como la que denotan tales y otros muchos nombres conocidos y desconocidos por Juan Hidalgo, el exlicógrafo de la germanía.

En tres corrales venía entonces á reunirse lo mejor y lo peor de Sevilla: uno, este corral de los Olmos; otro, el corral de los Naranjos, único que aún existe y no es sino un patio de la Catedral, la que se entra por la puerta árabe del Perdón y en donde aún se ve el púlpito á que tantos predicadores y maestros subieron para evangelizar á aquella sociedad más corrompida que la presente, ó lo mismo, por lo menos; y otro, era el corral de D. Juan, donde se representaban las comedias, sitio de muy reciente boga.

De uno á otro de los corrales iba Miguel desocupado, mientras aguardaba que el nuevo proveedor de las galeras, que lo era interinamente y después lo fué en definitiva, el contador Miguel de Oviedo, le encargase algunas comisiones. En el Corral de los Olmos ó á sus tapias, se habían refugiado desde el anterior año de 1592, en que se derribaron los poyos de las Gradadas, muchos de los baratilleros, cantadores, tenedores de tablas y de naipes, que antes se encostraban en la Catedral. En sus tiempos ociosos vivía Miguel, en cierto modo, la vida de esta gente, para la cual no había horas fijas, comida segura, ni sueño suelto y sin aprensiones.

Sentado en un banquillo ó apoyado en la pared, dejaba que su gran espíritu divagase en la atmósfera tibia y aromosa de la primavera sevillana. Examinando su vida en

aquellos momentos de laxitud, los más fecundos para el artista que en ellos entrevé los indecisos contornos de sus creaciones, iban formándose, de una manera misteriosa y arcana en el alma de Miguel, ya en procesiones graves y pausadas, ya en desenfrenados aquelarres, las estantiguas y soñaciones de las figuras que bajo su pluma habían de adquirir vida inmortal. La verdad sangrienta y desgarrada se le ofrecía en el Corral de los Olmos, roncando porvidas y ceceando valentonescas ponderaciones: la honda verdad humana que es de todos los tiempos, iba desentrañándola en la consideración de su agitada existencia, en el recuerdo de sus muertas ilusiones y de sus desvanecidos embaiamientos.

Mentiras y ficciones eran, en realidad, como las tretas de los matantes y como los floreos de los tahures y como las borracheras de los mojones y como las gachonerías de las daifas del Compás, los demás alicientes que en competencia con el Corral de los Olmos, ofrecían el de los Naranjos y el de D. Juan. La verdad habitaba en el interior del hombre, según el dicho santo, y allí era forzoso buscarla: y al pensar así, Miguel recordaba la milagrosa fragancia que los vecinos de Ubeda habían oído en el cuerpo putrefacto de San Juan de la Cruz. La ilusión fraguaba el vivir externo y muchas gentes no tenían otro. La vida interior comenzaba á laborar en los espíritus, no para dar frutos de hechos, sino para acabar con la acción, para aniquilar *lo otro*, la materia, el *asnillo* del Santo. ¿Qué era, pues, la vida?

A las reflexiones acumuladas por Miguel en sus interminables y disgustosos días de Ecija, mientras el tamillo de la zaranda volaba como polvo de oro por el sol cernido en torno suyo, sucedían sus pensares de desocupado en el Corral de los Olmos, entre el ruido y turbamulta de la gentuza sevillana: y en el límpido cielo á veces, á veces en un rincón penumbroso de la taberna, cuándo bajo la sombra de los copudos olmos, tristes como todos los árboles de merendero en cuyo corazón se meten arteramente clavos cuelgacapas y prendegorras, y cuyo follaje ensucia la polvareda del bairoteo, veía Miguel abocetarse y diseñarse, aún como transparentes sombras, de su propia vida surgiendo, la figura del

caballero vagabundo que pensaba reconquistar la muerta edad de oro, revivir los siglos dichosos en que las ilusiones se realizaban, como en la frontera catedral se había cuajado en piedra y parecía sostener la bóveda del cielo la andaluzada de aquel canónigo que dijo: «Hagamos una iglesia tal que nos tengan por locos los siglos venideros.»

En Ecija, en Ubeda y en Montilla, había aprendido Miguel que á las pasadas locuras de la edad caballeresca estaban ya reemplazando las andantes caballerías del misticismo y del ascetismo. Aquí y allá, por los pueblos de sus negras comisiones, había aprendido Miguel cómo la araña milagrosa que se alimenta chupando la sangre de los corazones ardientes iba tejiendo su tela de hilillos sutiles por toda España: cómo los enflaquecidos caballeros de la Cruz y las maceradas damas del Amor divino tomaban las ventas por castillos interiores y recorrían en un arrobó inefable los siete cielos de sus Moradas, engolfándose en ellas y perdiendo de vista el mundo. En aquellos conventos de monjas y frailes, donde tal vez entró, perdidos entre las callejuelas de un lugarón seco ó colgados en unos breñales de las tierras de Jaén y de Córdoba, latían trémulos los pulsos y vibraban los corazones al recontar las recién acabadas proezas del Caballero de Loyola y de su recio escuadrón de negros paladines, ó los crueles triunfos del Hombre de Almodóvar del Campo y sus batallas contra los gigantes del mundo, y en particular contra el Caraculiambro que antes se llamaba Amor humano; en fin, las andantes empresas de la valerosa Mujer de Avila, para cuyas aventuras no bastaba la pluma de Amadis si no se le juntaba la de Cide Hamete.

Ya sabía muy bien Cervantes lo que podía hacerse con ingenio y sutileza, sin más que fijarse en todo cuanto á su alrededor veía en los corrales dichos: Cristóbal de Lugo y Pedro de Urdemalas, Monipodio y su cofradía, nada le podían revelar. Hermanos de Lazarillo y de Guzmán de Alfarache eran, y como tales procedían y hablaban, á veces mejor, siempre con más sobriedad; pero aquello era poco, era solamente la cáscara de la vida, y bajo ella había que ahondar y exprimir para llegar á su agridulce jugo.

De estas imaginaciones vino á sacarle una vez la apari-

ción en el Corral de los Olmos de dos figuras amigas, que con gran alborozo le tendían los brazos. Eran el gran representante y ex albañil Jerónimo Velázquez y su compañero y compinche Rodrigo de Saavedra, quienes llegaban á Sevilla para hacer las fiestas del *Corpus Christi*. A la redonda sentados, prontos los picheles y con la fresca de los Olmos, los tres viejos amigos departieron. A Miguel se le remozaba el corazón al hablar con aquellos otros vagabundos que cruzaban España sembrando la alegría.

Hablando con los cómicos, Cervantes veía crecer y ensancharse la ficción; ocupar toda España la gran farsa de la vida hipócrita y fullera, donde todo era trapacería, trama, intrigas y recomendaciones, favores logrados por las faldas y ventajas conseguidas con el colorete y la peluca.

Para más y mejor desarrollar este negocio de la carátula triunfante, las compañías cómicas, en las cuales en tiempos anteriores y hasta 1587 no habían figurado hembras, haciéndose por muchachos lampiños ó motilones los papeles de mujer, llevaban ya consigo su gallinero de actrices, mujeres ó medio mujeres de los comediantes, como decía Quevedo, generalmente, á una por cada dos hombres. Con Saavedra y Velázquez iban Mari Flores, mujer de Pedro Rodríguez; Ana Ruiz, mujer de Miguel Ruiz, y Jerónima de los Angeles, mujer de Luis Calderón, quizás pariente del marido de Elena Velázquez. Qué eran estas mujeres marimachos que osaban parecer en público y afrontar los tropiezos del camino y de la venta, no han para qué decirlo.

Con el aliciente de las faldas, creció por extremo la afición de los pueblos al teatro. Era entonces, como ahora en muchos lugares, el carro de los autos ó de las comedias, *la alegría que pasa un momento y que no vuelve jamás, ó vuelve tarde*, cuando ya en los pechos donde nació, se han secado las flores que hizo brotar.

Imaginémonos qué sería, allá por los cerros de Ubeda, en los días en que hombres y mujeres se hallaban más impregnados del perfume místico, guardándose el secreto de su grande y piadosa ficción, ver aparecer el carro de los representantes, las desvergüenzas y chistes del bojiganga, las desenvolturas, picarescos bailes, incitativos meneos y

desgarradas canciones de la graciosa, que siempre había de ser bailarina: qué sería, oír rasgar el silencio henchido y preñado de tentadoras sugerencias, el repiqueteo de las castañuelas, y regalar la vista, las danzas, los trajes de telas de reluz, los deslumbradores atavíos de lentejuelas y azabaches, y luego ver repetir á aquella corrobila de perdidos y perdidas, con reverendísima entonación, los metafísicos razonamientos, ya escuchados en el púlpito ó leídos en cartas espirituales y en libros devotos, pero que en labios de los cómicos solían tener una entonación amorosa y mundana, hondamente perturbadora. Mari Flores ó Ana Ruiz, haciendo los papeles de la Culpa ó de la Lujuria en los devotísimos autos del Corpus, y procurando presentarse galanas y bien arreadas, como la Lujuria y la Culpa suelen ofrecerse, ¿qué de estragos no harían en los corazones jóvenes y qué reguero de malogradas é inútiles llamas no dejarían al marcharse de cada pueblo? Con esto, la hipocresía emanada de lo más alto y pronto corrida por todos los estados sociales, iba enseñoreándose de los espíritus.

El Corpus de 1593 en Sevilla dejó memoria. A más de los autos y representaciones, con joya ó galardón para la obra más gustada, hubo otra infinidad de regocijos públicos, dándose premios á las cofradías más bizarramente vestidas, á los arcos que se alzaron en los sitios por donde había de pasar la procesión y cuyo mérito no consistía en la traza artística ó arquitectónica, sino en lo ingenioso y complicado de las figuras alegóricas y en los lemas, coplas y versos que en carteles y tarjetones aparecían escritos en latín y en castellano.

Joyas hubo también para las danzas que seguían al Santísimo y que fueron una danza de la Serrana de la Vera, donde había algo de representación y mucho de baile, en el que tomaban parte danzarinas guapas y jacarandosas que sacaban las modas nuevas del bailar y del vestir; otra danza de espadas, como las que aún se hacen desde las Provincias bascas hasta Andalucía; otra, que era una zambra á la morisca, algo así como las mojigangas de *Las odaliscas y el sultán*, que hemos visto en la plaza de toros hace veinticinco años; otra danza del *triunfo de Sevilla*, que fué la que se

llevó el premio, y donde, sin duda, figuraban moros y cristianos, y salía el Santo Rey D. Fernando III; otra, para acompañar á la tarasca y á la mojarrilla ó Anabolena que la cabalgaba; otra danza *del dios Pan*, donde se representaría alguna escena báquica entre ninfas, silvanos y faunos, ó salvajes mejor ó peor contrahechos; otras danzas de gigantes, de indios, de gitanos y gitanas jugadores de navaja y bailadores de seguidillas ó panaderos; un volteador que iba dando saltos mortales en un carro, para celebrar el triunfo del Santísimo Sacramento, como el titiritero de la Virgen (que nuevo nada hay en el mundo) y, finalmente, el disloque, el colmo y extremo y ápice de la furiosa algazara y del desenfrenado regocijo, que fué la procaz, la escandalosa, la vibrante, la lúbrica y cínica *zarabanda*, aquel baile que desde el momento solemne en que apareció hasta los días en que fué bailado en los salones de la corte del Rey Sol de Francia, Luis XIV, hizo pasar por toda España primero, y por toda Francia después, un espasmo de voluptuosidad incandescente, al cual, cuando acudieron moralistas y legisladores para ponerle remedio, ya era tarde.

Quien no creyese en la existencia del diablo ó no supiese de ella, se habría visto forzado á inventar y á reconocer á Satanás como el autor de aquel baile ó zarandeo archilujurioso que se presentó en el Corpus de 1593 en Sevilla, y en breve corrió por toda España. Lo que, al hacer los ensayos no habían sabido ver, ó si lo vieron se lo callaron los señores del Cabildo, no podía una penetración tan sagaz como la de Cervantes, dejar de advertirlo. La aparición de la Zarabanda y de sus vueltas, cabriolas y acompasados bati-manes, era para el espíritu menos observador, un signo de enervación y de decadencia. Habían muerto ya, y bien muertos y enterrados estaban, el heróico Don Juan y el prudente Don Alvaro, con Aquiles y Ulises comparables: se había hundido en los mares, con la Invencible, la bravura española por mar, y en Flandes se estaba gastando lo que de ella quedaba por tierra. En el corazón de la patria, el eco de los desastres, habían sido elevaciones místicas y ascéticos desvaríos y teatrales ficciones. Las almas se habían acoquinado, empequeñecido, arrugado, impotencia-

do: allá en el Escorial, más gris que la piedra y más que ella duro, iba pudriéndose entre la sombra de los sillares el duro y gris monarca, amarrado á la silla de sus dolores; á la devoción de Cristo y de su Madre, reemplazaba la de los conceptos teológicos, que se esforzaban por presentarse al pueblo con imágenes tangibles, sensuales y atractivas, y en medio de una fiesta ostentosa, hecha para celebrar esta devoción, aparecía brincando, meneando las caderas, entornando los ojos, cimbreando el talle y arqueando los brazos, la Zarabanda diablesca, incitadora, terrible, sudorosa, roja y morena, en el calor del Julio sevillano, á todas las laxitudes y flojeras propicio.

Miguel notaba el sordo rugir de la mocedad que, con los ojos desencajados y los labios sangrientos, seguía los pasos y vueltas de la danza. Miguel conocía que el pueblo vencido acababa de morder el fruto de perdición: y las estantiguas y fantasmas que surgían poco antes en su magín, iban concretándose y tomando la forma de hidalgos apaleados con sus ideales rotos, y de encantadas princesas, que en zafias labradoras se convertían. La primera salida de la Zarabanda era la primera derrota seria y temible de los caballeros de lo ideal.

Pasado aquel Corpus, en donde se mostró un tan grave signo de decadencia, al siguiente año tuvo que ir Cervantes á Granada con otra comisión, y no debemos pensar que si las demás grandes ciudades por él recorridas causaron efecto en su espíritu, no había de suceder lo mismo con la ciudad más inquietante y perturbadora, con la que ha criado los ingenios andaluces más parecidos á los de Castilla y más clásicamente castellanos.

Si es Córdoba la ciudad del contemplativo y del dogmático, es Granada la ciudad del pensador revolucionario, del forjador de contrastes fecundos y de fértiles antinomias. Lo hace esto la presencia constante de la nieve en la altura, de la vegetación africana en lo bajo. Aunque atareado y ajetreteado por la premura de su comisión, Cervantes, en la ciudad y fuera de ella, después en los pueblos de la Alpujarra, que recorrió para bajar á Málaga y volver á Sevilla, tuvo tiempo de otear por un lado los picos del Veleta y del Mul-

hacen, eternamente blancos é impasibles, y al pie de ellos la fecunda y floreciente vega granadina, en cuyas verdes frondas reposaron su vista los reyes poetas y las cautivas nostálgicas á quienes desazonaban los recuerdos. La nieve de los picachos parecía cada amanecer un poco más cerca del cielo, y la espléndida verdura del suelo semejaba crecer, ensancharse y multiplicarse de día en día, amagando envolver la tierra circunstante donde los nopales se *arrastraban*, las pitas se erguían y las cañas *bravas* surgían como candelabros de cien púas por sobre las tapias de los huertos. En los patios y jardines de las casas, el acre olor del arrayán y del mirto empujaba hacia arriba el olfato, y al levantar la cabeza se tropezaban los ojos con la sombra benévola de los granados, cuyos frutos comenzaban á rojear, pintados con oro y con sangre por el sol de minio que por el cielo cobaltino navegaba. Allí los hombres paseaban graves, ahidalgados, sin la bulliciosa alegría sevillana; allí las mujeres, celadas y enceladas tras de las rejas y celosías, arrullaban y se dejan arrullar sin sacar á la calle más que una mano ó un brazo. La grandiosa calma de los moros poderosos y la incomportable y suicida fiereza de los moros peleantes, de los últimos días de los Nazaríes, habían dejado aquí y allá profundos surcos en los caracteres y en las palabras. El *contraste* notado ya en el *paisaje*, se advertía también en los espíritus. Los cristianos granadinos parecían moros de la víspera y los moriscos, que aún muy numerosos ocupaban la ciudad, eran morigeradísimos y suaves como si les hubiera educado el Evangelio.

Granada era la ciudad conveniente para que la considerase el Ingenioso Hidalgo al llegar á la madurez. Ella hizo que Miguel ahondara más y más la idea concebida ya, ó, al menos, diseñada de un grande y fundamental contraste en el que se podría encerrar la vida entera. A las blancas cimas del Veleta y del Mulhacen, vistas frente por frente á los verdes granados y á las carnosas chumberas y á las deshilachadas y socarronas pitas de la Vega granadina, debemos en gran parte la antítesis ideal y la magna síntesis de Don Quijote y de Sancho.

Peró sabemos, porque el mismo Cervantes nos lo dijo,

que el Quijote se engendró en una cárcel. ¿En qué cárcel?, en la de Sevilla. ¿Cuándo? De Septiembre á Diciembre de 1597, en que Cervantes estuvo preso por culpa de los malos administradores de la Hacienda pública.

Entremos, pues, en la cárcel de Sevilla.

El callejón de Entrecárceles, formado por la espalda de la Audiencia y el frente de la Cárcel Real, más que sitio humanamente accesible al paso era un lodazal de miserias, una rebujina de maldades y de podredumbres, á donde se acogía todo lo peor de Sevilla y de sus contornos. A cuatro pasos, mirándose de cerca, echándose el aliento como dos valentones prontos á reñir, la Cárcel Real y la Cárcel de Audiencia se provocaban constantemente: de vez en cuando la Real le soltaba á la de Audiencia unos cuantos desechos, que ni para galeras ni para la horca servían, con ser el de la horca servicio harto fácil para un hombre honrado. Vertían al callejón muchas inmundicias de la Cárcel, y con esto, y con estar á todas horas lleno de gentuza infecta y hedionda, que de entra y sal de los presos hacía, sólo al asomarse allí daba en el rostro una bofetada de todas las podriciones del mundo.

Atravesando aquel muladar humano, pasó Miguel, seguido de porquerones, los umbrales de la Cárcel Real. Allí topó antes que nada con el portero de *la puerta de oro*, quien le tomó el nombre y le preguntó el delito. Un escribano asentó ambos datos en un libro mugriento, y el de la puerta de oro no se metió en más averiguaciones, puesto que de un hombre preso por deuda al fisco no se podía extraer unto mejicano como de los que entraban allí por guapos ó *hombres*, ó por lo contrario, ó por ladrones, amancebados y alcahuetes.

El portero de la de oro se asomó á una escalera, y diciendo á Miguel que subiese por ella, con voz aflautada y tenue susurró:—¡Ho-la!—sonido silbante que, escurriéndose por los muros, fué contestado por otro que decía:—¡Ai... la!—Esto significaba:—Preso viene—y—Venga.—Después el de la puerta de oro avisaba á la de plata el delito:—¡Ahí va el señor Cien-ducados!—puesto que Miguel iba por deudas, y al rematar la subida, el de la puerta de plata

decía:—¡Acá está!—con lo que bastaba para que Miguel fuese destinado, no á la cámara del hierro, ni á las galeras vieja y nueva, recintos carcelarios donde se encerraba á los presos peligrosos, salteadores, asesinos y sodomitas, sino á las cámaras altas, cerca de la enfermería, junto á las habitaciones del alcaide.

El delito de Miguel era, más que como tal, estimado como un contratiempo ó revés de fortuna, y no era justo que un preso de escasa calidad fuera confundido entre la turbamulta de los matantes, rufos, tomajones y germanes. En el camino, desde la puerta de oro á las cámaras altas, vió Miguel lo único que aún le quedaba por ver en el mundo.

Gracias á la famosa *Relación de la cárcel de Sevilla* y al sainete del mismo título, que compuso el discreto y gracioso jurisconsulto de Sevilla, licenciado Cristóbal de Chaves, y que Gallardo atribuyó á Cervantes con error manifiesto, conocemos punto por punto aquel inverosímil rincón de la vida española en los últimos años del siglo xvi. Por dichas obras sabemos cómo vivían, comían y gozaban de las ciento cincuenta mujeres, por lo menos, que se escurrían por allí á diario, y cómo se herían, se mataban, se jugaban hasta el cuero, se emborrachaban, se encenagaban en otros vicios peores y salían tan guapamente para *el servicio de Su Majestad*, ó para la horca, los mil ochocientos presos que escondía aquel caserón: conocemos sus tretas, mañas, mohatras y triquiñuelas para ganarse la vida ó la muerte, su fanfarria incurable, sus increíbles ánimos en el tormento y en la capilla, sus extrañas devociones, sus locuras, simplezas y niñerías. El hombre que tenía á su cargo diez ó doce muertes, y á quien le habían cosido las tripas y remendado las asaduras sin que pestañease, daba lo mejor de su hacienda á otro preso listo de pluma porque le escribiera una carta amorosa á su daifa, que en el Compás ó en San Bernardo quedó con padre y madre conocidos (los de la mancebía), y porque en el mensaje chorreara los más retumbantes conceptos de amor y ternura, y dibujase al final un corazón atravesado por muchas saetas y pintarrajeado con azafrán ó almagre, ó le figurase al mismo hombre con gri-

llos y amarrado por una cadena á la boca de su querida, de la cual salían expresiones eróticas.

Sobre los mil ochocientos presos y sobre sus vicios, necesidades é inclinaciones, vivían unos cuantos centenares de individuos peores que ellos, puesto que á servirles se avenían; cuál tatuaba herraduras, sierpes ó *eses* con *clavos* en las piernas, brazos y pechos de los futuros galeotes; cuál les rapaba las barbas y les empinaba los mostachos; cuál andaba á la rebatiña, hurtando á éste y revendiendo á aquél las dagas de ganchos ó los cuchillos de cachas amarillas, sin contar los pastorcillos, que eran unos palos aguzados y con la punta quemada que pasaban á un hombre lo mismo que navajas barberas; otros eran listos en las *flores* y tenían maña para *herrar los bueyes*, que era marcar las cartas de la baraja en beneficio de los tahures, ya con raspadillo, ya con humillo ó con berrugueta; otros eran águilas en manejar el cortafrío y la sierra para abrir *guzpátaros* (agujeros), en rejas, paredes y tejados; otros en ocultar mujeres bajo las camas, amontonándolas en camisa ó en cueros, como si fuesen tarugos de madera.

Por el día y de noche hasta las diez, en la cárcel había incesante trasiego de gente de la peor; á nadie se le preguntaba la causa de que entrara ó saliera como no fuese preso, y aun éstos, no siendo de los graves, salían también mediante su *cumquibus* al alcaide, al sotaalcaide y á los bastoneros ó vigilantes, que eran otros presos, pues no había en el caserón nadie que no fuera criminal ó ayudante, amigo y servidor de los criminales. Toda aquella morralla se mantenía de cuatro tabernas que en la cárcel llevaban una vida floreciente, y de lo que cada cual pudiera agenciarse, pues ha de entenderse que allí nadie demandaba rancho ni comida, si no era por caridad y aprovechando la común largueza de los presos. Los puestos de la cárcel, alcaide, sotaalcaide, bodegoneros, porteros y demás, eran cargos envidiados por lo productivos; el de verdugo era tan lucrativo como el de alcaide, pues á ninguno atormentaba sin cobrar antes por apretar más ó menos los cordeles y el pobreto que había de sufrir la tortura sacaba de las entrañas de la tierra los escudos para no quedar cojo, manco ó quebrado.

Bien da á entender Cervantes que el ruido y la incomodidad de la cárcel eran insufribles. Por el día, á la baraunda y estrépito de tantos entrantes y salientes, había que sumar el estruendo de las riñas y zurizas, los gritos, cantes y bailes flamencos y el disputar y gruñir de los jugadores perdidosos. Separadas de los presos, pero en el mismo edificio, las presas pasaban todo el santo día cantando en coro, acompañadas de vihuela y de arpa ó laud las seguidillas recientes:

Por un sevillano
rufo á lo valón
tengo socarrado
todo el corazón...

Otras veces les recogían las guitarras é instrumentos de cuerda, y era peor, porque entonces llevaban el són traqueteando con los mismos grillos que en manos y piernas llevaban. A puros gritos y al través de las paredes, se entendían con sus hombres y les hacían declaraciones amorosas, cuales nunca se oyeron en el infierno de los enamorados, como las de las *chuchas* en la actual Galera de Alcalá. — ¡Ah, mi ánima, ponte á la reja, que mañana salgo! ¡Envíame un contento, vida mía! ¡Lindo, por mis vidas, es el regalo! ¡Sano te vea yo, valeroso!... — Ruidosas eran las alegrías, silenciosas las pependencias. El *hombre*, con las tripas fuera, callaba como bueno. Así pasaba que solían enredar en la cuerda de azotados y en la de galeotes á quien menos culpa tuviese.

La trisca y la zumba eran mayores cuando había sentenciado á muerte: entonces la cárcel entera vibraba de gusto. Hombres y mujeres eran á alabar y á halagar al condenado, y más cuanto mayores fueran la serenidad de su rostro y el sosiego de sus palabras. Allí se jugaba con la muerte y se hurtaba todo, menos el cuerpo al dolor ó á la horca. El condenado continuaba impertérrito su partida de naipes, y si podía, á dos pasos de la soga, les soltaba cuatro ó cinco floreos para sacarles los cuartos á sus compinches.

Tampoco se burlaba con la devoción. En cada cámara y en los aposentos ó celdas de los que estaban separados había

una, dos y más imágenes, ante las que se renovaban á toda hora las candelicas de cera ó de aceite. Cristos patibularios, pintados con azafrán en la pared ó estampas de Vírgenes y Santos milagrosos, iluminadas con los más extraños y fantásticos colores. Al cerrarse las puertas de la cárcel, todos los altarcillos é imágenes tenían sus luces encendidas. Encendíanse también las del altar que en el fondo del patio grande había, y el sacristán, rebenque en mano, iba haciendo hincarse de hinojos á todos los presos. Soltaban ellos la baraja ó la mujer con que estaban entretenidos, y mil ochocientas voces, desgarradas y aguardentosas unas, atipladas y femeniles otras, entonaban la Salve, con ese antiguo y trágico sonsonete de las Salves carcelarias, que hiela los huesos de quien por primera vez las escucha. Presos grandes y chicos, de escasa pena y de muerte, cantaban con la misma devoción, atarazados por el miedo á la otra vida ó creyentes en milagros que les salvaran, para volver á sus correrías y bandidajes.

Mientras rezaba con ellos, siguiendo el conjunto aterrador de aquellas voces, sentía Miguel cómo por cima de todas las miserias humanas aletea un ideal, que para cada sér es distinto, pero que á todos los une y ensambla, como se machihembraban las voces en aquel inesperado y no previsto concierto de la Salve, y lo que siempre en él fué presentimiento de cuán interesante es y puede hacerse la humanidad alta y la baja, si se la considera y hace ver en busca de algo, peregrinando con una intención noble y peleando por un fin irrealizable y desvariado, se trocaba ahora en convicción profundísima. En la hedionda y lúgubre obscuridad del patio y de los corredores y aposentos que á él hacían, las luces de las candelicas y cerillos titilaban, parpadeaban las puertas y las ventanas, unas voces ceceaban roncadas, otras galleaban sutiles, y por cima de todas ellas solía asomar un claro són femenino, que con angelical blandura, entonaba el canto religioso. Miguel reconocía en aquella voz la misma que al són de los grillos había cantado por la tarde la seguidilla ardorosa:

Por un sevillano
rufo á lo valón...

En aquel mundo chico y bajo de la cárcel de Sevilla estaban, pues, compendiadas todas las ansias, altezas y pequeñeces del mundo grande: y todas ellas importaban, conmovían, hacían reír, sangraban, estremecían, excitaban: todas eran por igual interesantes como los hechos heroicos que el historiador y el poeta épico ensalzan.

Aquel contraste fecundo notado por Miguel entre las nieves del Veleta y la lujuriosa vega granadina, encerraba el secreto del vivir y del arte. Y entonces, sumido en las repugnancias de la cárcel, sintiendo correr por su cuerpo la miseria, viendo en los ajenos y en las paredes y en el suelo otro menudo y espantoso colmo de chinches, pulgas, ladillas, piojos, reznos y garrapatas, remembraba Miguel sus pasados días de gloria, recordaba el sol de oro que le alumbró en Lepanto y que le acarició en Nápoles y en Lisboa, y pensó que ni era otro el sol, ni tampoco él había variado, pero que en la vida nos engañábamos inocentemente pensando que es grande lo grande y chico lo chico.

No hacía Miguel estas reflexiones á solas, ni quizá las hubiera hecho, á no hallarse también allí en la cárcel preso, como él y por razones análogas de rendición de cuentas, otro empleado del fisco, que había sido oficial mayor de la Contaduría en pasados tiempos, el cual, mejor aún que Miguel, conociera las ficciones de la corte española y las lozanías de Italia y de su libre vida. Era cincuentón, por lo menos, hombre sagacísimo y pausado, maestro de la vida y con tan feliz memoria y buen arte para contar sucesos de grande y de menor cuantía como ningún otro: con esto, hombre tan curtido y baqueteado, que podía dar lecciones de experiencia al dios Saturno, y tan filósofo que tal vez ninguno mayor ha tenido España, si se exceptúa al jesuíta autor de *El criticón*. Conversando con Miguel, pronto se hizo amigo suyo, cuanto pueden serlo dos hombres desgraciados que se conocen al llegar la cincuentena: con Miguel comunicó, desde luego, un libro que ya tenía manuscrito y terminado y que, ó mucho se engañaba, ó había de ser uno de los mejores entre los de entretenimiento que en España se compusieran.

El libro se titulaba *La atalaya de la vida humana*, aven-

turas y vida del pícaro Guzmán de Alfarache. El amigo que mejor trato tuvo con Miguel en aquella negra prisión, se llamaba Mateo Alemán. Antes que lo dijera el contador Hernando de Soto, conoció Miguel que era aquél libro donde

ni más se puede enseñar
ni más se debe aprender...

Y véase por dónde y cómo tal vez la misma pluma de ave que escribió los últimos capítulos de *Guzmán de Alfarache* sirvió para escribir los primeros del *Quijote*, engendrado en una cárcel donde toda incomodidad tiene su aliento y donde todo triste ruido hace su habitación: la cual no pudo ser sino la cárcel de Sevilla, en donde Miguel pasó todo aquel Otoño, saliendo de ella á los primeros días de Diciembre.

Muchos Otoños fértiles había tenido Miguel: ninguno más que aquel pasado en la cárcel de Sevilla, donde engendró el libro único. ¡Quién pintará su alegría cuando salió de ella y se vió de nuevo en la anchurosa plaza de San Francisco, paseando los soportales, con unos cuantos pliegos manuscritos bajo el brazo, mientras por cima de las casas paredañas de la Audiencia, la Giralda, más contenta que nunca, se le aparecía graciosa y gentil, pronta á romper en desenfrenada y gachona zarabanda! Lo que de aquellos meses de la cárcel había sacado, fuera de las canas que entre lo rubio de las barbas se le parecían, era, y de ello Miguel estaba seguro, la más alta ganancia y el más rico hallazgo de su existencia. Y Miguel, desde un principio, contento y seguro de que había entrado con pasos firmes en el camino de la inmortalidad, se reía, se reía pensando cómo lo que no le agenció el trato con los mayores héroes de su tiempo, lo que no ganó á las órdenes de Don Juan de Austria y de Don Alvaro de Bazán, habían de procurárselo y lográrselo aquellos días piojosos y chinchosos, llagados y lacerados de la cárcel de Sevilla y la compañía de Carihartas y Gananciosas, de Solapos y Paisanos, de maniferros y Escarsamanes. ¡Ah, qué bella, qué ancha, qué imprevista y qué original es la vida!

En la cárcel fué engendrado y se comenzó á escribir *Don Quijote*. Cuando Cervantes salió de ella estaba muriéndose ya Felipe II. Para el pensar libre, toda España era ya cárcel. Pero esta transformación ideal de España es preciso estudiarla despacio, y, si queréis, mañana lo haremos.

Segunda conferencia.

(30 de Abril.)

Decíamos ayer, que no es posible explicar la necesidad de la aparición del Quijote, sin considerar la transformación que á España trajo la muerte de Felipe II y la subida de Felipe III al trono.

Los tiempos habían cambiado. Felipe II fué un hombre capaz de afrontar las iras de los Papas y de las demás naciones católicas: gran pecador, la varonil entereza que heredó de su padre y que en él se ofrecía entreverada de apocamientos y desmayos, hijos del alma amorosa y débil de su madre, lograba sobreponerse en los casos de apuro, y dominándose á sí mismo, dominaba á los demás.

Su hijo Felipe III era, en cambio, todo blandura linfática: era un pequeño pecador, y sus deslices, en aquel tiempo mínimos, le pesaban sobre la vacilante conciencia y necesitaba depositarlos, soltar aquella carga que oprimía su alma floja, confiárselos á cualquier santo varón que los absolviese y perdonara. Fué entonces cuando comenzaron á turbarse las conciencias y cuando la Iglesia, y más particularmente los frailes, principiaron, apoderándose de las casas, conquistando todos los castillos interiores, domeñando á la empobrida y trémula sociedad, que al perder la alegría, desterrada de España por las negras voces de los predicadores biliosos, perdió la confianza en sí misma y en la ayuda que Dios prestó antes y presta siempre al individuo que en sí propio tiene fe, sin valerse de intermediarios ni correveidiles. Perdieron los ánimos la fuerza para resolver sus conflictos interiores y salir de sus espirituales apuros. La corte y su crecimiento, el cambio en las costum-

bres cortesanas contribuyeron también á esta situación, arrancando de su soledad bravía á la nobleza territorial, zambulléndola en las promiscuidades más enervantes y desmoralizadoras.

Miguel, que en sí propio, en su espíritu rendido y martilleado incesantemente por los golpes de la adversidad, notaba este desfallecimiento, iba haciéndose cargo de cuán necesarias eran las personalidades superiores, las individualidades poderosas, absorbentes, capaces de conducir á los hombres, de encauzar los hechos, de excitar los sentimientos y de guiar las ideas. Miguel veía desaparecer de la escena de España los héroes de la realidad y ser reemplazados por los de la ficción disparatada.

Ni las peticiones de las cortes de Valladolid, en 1555, seguidas por numerosas protestas de los hombres más sabios y eminentes, como los maestros Luis Vives y Alejo de Venegas, Melchor Cano y Fray Luis de Granada, ni las razones que el venerable Arias Montano, hombre de ojos sagaces, siempre abiertos, formuló, consiguieron desterrar la peste de los libros de caballerías, cuya lectura estragaba las almas ansiosas de ver repetirse y abultarse las pasadas aventuras de mar y de tierra, hasta tocar en lo imposible y cruzar los linderos de la honesta ficción para entrar en los del desvarío. ¿Acaso no eran libros de caballerías en cierto modo aquéllos tratados de las espirituales conquistas, de los ocultos y secretos reinos y de las moradas invisibles y de los interiores castillos? No lo eran también las relaciones habladas y escritas que á Sevilla, la ardiente y la imaginativa, y á Cádiz, la fantasiosa, llegaban de las proezas de los conquistadores y descubridores en el Nuevo mundo?

Contra el empuje imaginativo, contra la avidez insaciable que reclamaba constantemente lecturas de este género en que la épica llega á la insania, cuyas lindes ya tocó en el poema de Ariosto, no había recurso que oponer. Endeble reparo á tal invasión fueron las novelas pastoriles, y harto lo conoció Cervantes que había sido de los primeros en oponer la dulcedumbre y suavidad arcádicas al estrépito y baraunda de las caballerías. Persuadido iba estando de que ni sus esfuerzos en seguir la senda de Montemayor y de Gil

Polo, ni los de Suárez de Figueroa, Gálvez de Montalvo, Lope de Vega, Valbuena y demás patrulla de los bucólicos, bastarían á otra cosa que á empalagar al público.

Darle poesía pastoril y novela bucólica á quien pedía caballeros andantes, era como querer saciar con miel y hojuelas el estómago hambriento que pide carne cruda y bodigos de pan de tres libras. Llamar la atención de la gente hacia lo bajo y prosaico de la humanidad, como lo había hecho el autor del *Lazarillo* y lo intentaban ya el propio Miguel y su amigo Mateo Alemán, sólo podía ser un medio para acabar con la balumba de las caballerías, si el libro picaresco lograba entrar en todas las casas y llegar á todas las esferas sociales, lo cual su misma índole impedía que se consiguiese. Las novelas novelescas, como hoy dicen, ó de amores y de aventuras cortadas por el patrón del *Teágenes y Cariclea*, de Heliodoro, y tales como la *Selva de aventuras*, de Jerónimo de Contreras; el *Clareo y Florisea*, de Núñez de Reinoso, y el *Persiles y Sigismunda*, no se habían presentado aún á la imaginación de Cervantes como un remedio ecléctico y contemporizador para el mal de que se trataba. Las imitaciones de los novelistas italianos, en el estilo de las *novelas ejemplares* eran, sin duda, arbitrio insuficiente para lo que se pedía. Al mundo y al vulgo, como él dijo, coincidiendo con su amigo Alemán, convenía tratarle como á niño mal educado, no poniéndose de frente con sus gustos, sino llevándole el genio y trasteándole con maña, consintiéndole y halagándole.

Por eso, para combatir los libros de caballerías, tan aventajados y lozanos en el sentir del mundo y del vulgo y con tan grandes raíces que al Romancero, á las Gestas antiguas y á los orígenes mismos de la nacionalidad tocan, y prosiguen por la Edad media en verdaderas historias de reales y efectivos caballeros de ventura, como Suero de Quiñones, como el conde de Buelna D. Pero Niño, como los famosos Mosén Luis de Falces y Mosén Diego de Valera y como el condestable Miguel Lucas de Iranzo, cuyas crónicas pudieran intercalarse sin desdoro en lo más intrincado del Amadís, no cabía sino escribir otro libro de caballerías mayor que todos los anteriores y sacar á plaza un

caballero de carne y hueso y hasta hacerle pelear, ya con gigantes imaginados, ya con reales y cogotudos villanos, mercaderes y yangüeses y con fingidas tropas de Alifanfarrones y de Pentapolines, en quienes se personificase, para el discreto y advertido, á todos los personajes engendrados por la fanfarria y ficción andaluza y portuguesa, que á tales términos iban llevando á la nación.

Con fruición deliciosa hundía la mirada Cervantes en todo aquel increíble cosmos de vaciedades y absurdos, venido Dios sabe de dónde. Resonábanle en los oídos las antiqüísimas historias del caballo mágico, que de la India vino tal vez á posarse en el poema homérico y desde allí corrió por las viejísimas leyendas de Clamades y de Clarimunda, convertidos en Pierres y Magalona ó en el Príncipe Caramalzamán y la Princesa Badura. Montados también en mágicos corceles, en hipógrifos y alfanas, en cebras y dragones iban corriendo por su imaginación los primitivos héroes de las caballerías y de los maravillosos cuentos, Fierabrás, Partinuplés, Oliveros de Castilla y Artús de Algarbe y Tablante de Ricamonte, revueltos con los de las leyendas demoniacas y piadosas, como el San Amaro, gallego, y el Roberto el Diablo, de Bretaña ó Normandía, y con las verdaderas relaciones de viajes y andanzas del Infante D. Pedro de Portugal, que anduvo las cuatro partidas del mundo.

A este primer escuadrón, seguían la infinidad de caballeros imaginados por gentes que ni siquiera tenían la menor noción de las caballerías, como el famoso y archidisparatado Feliciano de Silva, padre de Florisel de Niquea ó de don Rugel de Grecia y de tantos otros dislates: como Bernardo de Vargas, sevillano, autor de D. Cirongilio de Tracia, hijo del noble Elosfrón de Macedonia; como Pedro de Luján, á quien debemos el Invencible Lepolemo, también llamado el Caballero de la Cruz; como el burgalés Jerónimo Fernández que, desde su bufete de abogado en Madrid, lanzaba al mundo á D. Belianís de Grecia; como la dama portuguesa que continuaba la historia de Primaleón y Polendos; como el curioso dialoguista, poeta y secretario del conde de Benavente, Antonio de Torquemada que, alternando con su

Jardin de flores y sus *Coloquios satiricos*, compuso el don Olivante de Laura, príncipe de Macedonia; como el caballero D. Melchor Ortega, que sacó de entre los cerros de Ubeda, su patria, al príncipe Felixmarte de Hircania; y el señor de Cañadahermosa, D. Juan de Silva y Toledo, que, en aquellos mismos días en que Cervantes pensaba el *Quijote*, componía el desafortado D. Policisne de Beocia; y el sesudo traductor de Plinio, Jerónimo de Huerta, que imaginó el Florando de Castilla; y el fraile observante Fray Gabriel de Mata, que en 1589 había hecho caballero andante nada menos que al seráfico Padre San Francisco de Asís, intitulándole *El caballero Asisio*. Frailes, damas, caballeros, poetas, naturalistas, secretarios, contadores y gente de toda laya, se entregaban á la composición y á la lectura de los descomulgados libros de caballerías.

La empresa de atacarlos y derribarlos era una de las más grandes que podían ser intentadas por ingenio alguno, y este propósito, no anterior, sino subsiguiente á la gran concepción del contraste humano, como base de una composición grandiosa y definitiva, debió de aparecer entonces claro á los ojos de Miguel, persuadido de las enormes consecuencias morales y literarias que tendría el derrocar la ficción caballescra, en la que iba envuelto el eterno mal crónico de los españoles, lo que en tiempos recientes se llamó la leyenda dorada, aquel embaimiento y elevación en que viven los espíritus de España cuando fatigados de la acción por exceso de heroismo y de energía, se tumban á la bartola pensando en mundos ignotos y en conquistas fantásticas.

Este desequilibrio entre la acción y el pensamiento, esta falta de sangre de hechos que á nuestras ideas suele caracterizar y, como consecuencia de ella, la ausencia ó carencia de jugo ideal que á los hechos distingue, este divorcio pura y netamente español de la teoría y de la práctica, que nos conduce ó á la utopia del caballero andante ó á la rutina del panzudo escudero y de sus compinches y congéneres los destripaterrones del arado celta... no diré que Cervantes lo meditó y reflexionó sobre ello, sí que la sensación y el presentimiento de todas estas cosas y de otras muchas iba posesio-

nándose de su ánimo y añadiendo nueva substancia de realidad á lo ya pensado de su obra.

Con esta convicción y con su libro bajo el brazo salió de Sevilla para la corte, que estaba en Valladolid, en 1603.

Camino adelante, desde Sevilla á Valladolid, iba Miguel pensando y repensando en su libro, contándose á sí mismo sus alabanzas y méritos y enumerando muy paso á paso las tachas que podrían ponérsele. En los forzosos descansos de ventas y mesones sacaba y repasaba el manuscrito, en tan diversos papeles y tintas estampado. Volvía á ver con grave y profunda atención los lugares donde los sucesos de su libro ocurrían, y acaso acotaba y atajaba lo escrito ó metía añadiduras é hijuelas.

Aun siendo tan grande la fertilidad de su ingenio, parece infantil suposición la de que Cervantes compuso al correr de la pluma y sin corregir ni releer su obra maestra. Probado está además, que en gran parte ó del todo se hallaba ya escrita la primera parte en 1602, y hasta era conocidísima de los sevillanos. Desconocer lo más elemental de la composición literaria sería pensar que en el *Quijote*, aun cuando haya descuidos puramente incidentales, hay algo hecho á la ventura, impensada ó irreflexivamente. Más lógico y más humano es creer, como las palabras del mismo Cervantes declaran, que todo cuanto allí está escrito, se escribió *por algo* y tiene un significado y una intención, aunque en la mayoría de los casos haya sido labor inútil la de los hermeneutas y exégetas del *Quijote*.

Distinguir en la composición de uno de estos libros que á la humanidad iluminan, la parte que á la inspiración casi inconsciente corresponde y la que á la meditación pausada compete, es punto menos que imposible. Fácil es hallar alusiones, cuando se refieren á personajes ó sucesos muy públicos y conocidos. Difícil y peligroso aventurar hipótesis y conjeturas como las amontonadas sobre este libro único, y las que en lo sucesivo puedan arriesgarse. De intenciones no juzga la Iglesia y realmente no importa cosa mayor que Cervantes, como Colón, pensando hallar las Indias de Oriente, descubriera las occidentales: pensión de quien busca nuevos mundos es tropezar con mundos no esperados.

Lo que importa es el arranque, la fe, el valor y la constancia para llegar á alguna parte, sea la que quiera.

De esas hipótesis y conjeturas, á las cuales me refería, es la de que el pueblo de Don Quijote fuese Argamasilla de Alba. Destruída la suposición de que Cervantes se halló preso en ese lugar, no hay motivo serio para insistir en que fuese Argamasilla el lugar de cuyo nombre no quería acordarse Miguel, quien, con estas frases no da á entender sino que tiene el propósito de despistar á sus lectores. «En un lugar cerca del suyo» dice que habitaba Dulcinea, y el Toboso dista ocho leguas de Argamasilla, y ningún manchego nacido ni por nacer llama *cerca* á ocho leguas. Lo mismo pudo ser ese lugar Miguel Esteban ó el Campo de Criptana, Quintanar de la Orden, Pedro Muñoz ó la Mota del Cuervo. A él le bastaba con que fuese un lugar de la llanura manchega, tierra apta para criar hombres amigos de engrandecer, ennoblecer y amplificar la vida, sacándola de los términos mezquinos, prosaicos y estrechos en que se desarrolla, y espaciándola por la anchurosidad de los campos, avaros de aventuras. «Por exceso de amor á la vida—dice Barrés—Don Quijote camina hasta la muerte.»

La de los fuertes, la de los grandes son su religión y su moral. En tal sentido, su locura es la misma de Nietzsche, ya que hemos admitido provisionalmente ser verdad que Nietzsche y Don Quijote estaban locos, hasta que pasen años y se demuestre que ellos eran los cuerdos.

Contentábale á Miguel haber colocado á Don Quijote en un lugar de la Mancha, y bien claro veía que su caballero andante no pudo ser andaluz, aunque tal vez, al principio, pensara hacerle andar por la andaluza tierra. ¿Concebís siquiera un Don Quijote sevillano? ¿Creéis que en Andalucía pudiera criarse un caballero enamorado tan castísimamente platónico, ni tan absolutamente grave en todos sus hechos y palabras? Le parecía bien á Miguel que Don Quijote fuese manchego, de lugar donde el cielo y la tierra se besan constantemente al amanecer y al anoecer, como los esposos puros de la leyenda áurea, sin penumbras tentadoras de árboles y selvas, ni cantos alegres de ríos serpenteantes y voluptuosos. Necesario era también que fuese manchego

Sancho. Facilísimo le hubiera sido á Miguel hacer del escudero un hampón gracioso, un socarra, un rufo de Sevilla, como tantos otros por él pintados; pero este contraste hubiera sido excesivamente burdo. No: Sancho había de ser otro manchego, como su amo, grave y digno, incapaz de proferir un chiste. Notemos que Sancho no dice gracias ni agudezas jamás: sus frases y refranes son oportunos por su naturalidad ó por su incongruencia aparente, según los casos; pero la gracia está en la figura y en la situación, como conviene al verdadero humorismo.

Todos los pormenores relativos á la locura de Don Quijote, tan sobriamente apuntados, le parecían á Cervantes discretos y puestos en su lugar. Le agradaba la primera salida, la descripción del campo de Montiel y de cómo el sol entraba tan aprieta y con tanto ardor como entra siempre el sol de la Mancha en Julio. Juzgando para sus adentros, celebraba Cervantes su oportunidad y tino en la llegada de Don Quijote á la venta.

Esta llegada—pensaba—es nobilísima. Todas cuantas razones Don Quijote profiere, son corteses y caballerescas. Bien es que tome al orondo y pacífico ventero por un poderoso castellano, y á las blanqueadas mozas del partido por nobles doncellas. La grandeza de su situación no le impide tener hambre y manifestarla sin retóricas, que el trabajo y peso de las armas no se puede llevar sin el gobierno de las tripas. Como se forma una idea fantástica de cuanto le circunda, Don Quijote no tiene tampoco noción del tiempo. Al poco rato de velar las armas le dicen que han pasado cuatro horas, y se lo cree. La escena de armarse caballero es manifiesta parodia de los libros de caballerías, pero la primera aventura, la de Juan Haldudo, el rico labrador del Quintanar, no es sino de la realidad misma, sin que en ella haya nada altisonante y desaforado. Cualquiera, sin ser caballero ni conocer á Amadís, haría lo que Don Quijote, juzgando y hablando con toda cordura. Al final de su reprensión lanza, como un grito de guerra, su nombre sonoro á los vientos: «que yo soy el valeroso Don Quijote de la Mancha, el desfacedor de agravios y sinrazones», con el mismo orgullo con que lo hace en las batallas de su poema

Miocid Ruy Díaz. Aquel es el primer choque de Don Quijote con la amarga realidad, con arte sublime preparado, pues la buena acción resulta fallida y contraproducente. La reaparición del muchacho Andrés al cabo de muchos capítulos, y sus maldiciones á Don Quijote y á sus caballerías, son un pequeño poema de Campoamor, intercalado con la intuición de lo que hay de humorismo irreparable en la vida.

Los mercaderes toledanos aparecen á Don Quijote, como tanta gente soberbia y descomunal se le había presentado á Cervantes en la vida. Confía Don Quijote que la razón servirá antes que la fuerza. Las palabras del mercader burión, pura, fina é hidalgamente toledanas, que es como decir de la más graciosa y encubierta sorna que existe en España, preparan cruelmente la brutalidad del mozo de mulas. A Don Quijote le han apaleado por primera vez, y como reputaba imposible tal insulto, no puede menos de emplear el gran recurso español de volver los ojos á la dorada leyenda, recordando el romance del Marqués de Mantua, y entregándose á las consiguientes lamentaciones. El vecino Pedro Alonso es la primer alma cuerda y compasiva, que hace algo porque Don Quijote vuelva á la razón. El malferido caballero se revuelve orgulloso al oír mentar sus locuras, y exclama, con altivez misteriosa, como obedeciendo al pensar de su autor: «Yo sé quien soy, y sé que puedo ser, no sólo lo que he dicho, sino todos los doce Pares...» donde se ve la arrogancia castellana fanfarroneando al día siguiente de la derrota.

Por no cansar los ánimos de los leyentes, introduce Miguel aquí, el escrutinio de la librería de Don Quijote, donde apunta sus gustos y preferencias críticas, halaga á sus amistades y consigna sus desgracias. Aparecen allí el cura y el barbero, aquél ingenioso, delicado, socarrón, como tantísimos clérigos que había entonces en España, á quienes aún no había invadido la oleada de tristeza negra que después cubrió y embadurnó todo cuanto con la religión tenía algo que ver. Este cura, Pedro Pérez, es un descendiente de los alegres clérigos españoles de que tan pocas muestras se ven ya en las ciudades, raza simpática y bon-

dadosa, humana é indulgente que valió á la religión más imperio en las almas que todos los téticos razonamientos de frailes y predicadores. El cura Pedro Pérez no mentaba á sus feligreses el infierno, sino en último caso; su discreción mundana se echa de ver desde las primeras réplicas á Don Quijote.

Cuando el buen hidalgo ve tapiada su librería, procede como loco á quien se le ha secado el cerebro (hoy decimos á esto falta de riego sanguíneo en la corteza cerebral): vuelve y revuelve los ojos *sin decir palabra*. ¿No es de loco *clavado* esta actitud?

Sale á relucir Sancho, cuya salida era menester preparar. El estado de ánimo propio de este sota-grande hombre al salir con Don Quijote, en el rucio «hecho un patriarca, con sus alforjas y su bota», es el mismo de los hidalgos extremeños y castellanos al partir para las Indias, sin saber lo que ello sería, atraídos por la curiosidad y la ganancia; él no sabía lo que eran ínsulas, reinos ni gobiernos; quizás no conocía el nombre del Rey, como les sucede hoy mismo á muchos labriegos y pastores de su tierra, pero en la bajeza de su alma cabían todas las ambiciones: sentíase capaz de ser emperador, aun cuando ignoraba con qué se comiese tal título. Don Quijote, un poco alucinado, un poco ladino, no quiere que su escudero aspire á poco, antes bien cultiva su ambición, diciéndole: «no apoques tu ánimo tanto que te vengas á contentar con menos que con ser adelantado».

Al salir ya Don Quijote prevenido con su escudero y todo el matalotaje de las caballerías andantescas, ¿cuál había de ser su primera aventura, sino la ya entrevista desde muchacho por Cervantes, tal vez al divisar los molinos del Romeral, ó los de la Mota del Cuervo, ó los de Criptana? Necesitaba acreditar con una temeridad épica la verdadera y denodada valentía de Don Quijote.

¿Puede creerse hecho y pensado al acaso un libro donde se inician los sucesos en esta forma, obedeciendo á una ponderación artística tan sutilmente buscada? Por los molinos de viento comenzó Cervantes á pensar en las caballerías y por los molinos de viento comenzaba Don Quijote al arrancarse resueltamente de su vida de hidalgo pobre y sensato,

«el más delicado entendimiento que había en la Mancha». «Esta es buena guerra—exclama ansioso al ver los gigantes—y es gran servicio de Dios.» Tal vez no de distinto modo que las aspas de los molinos, se movían en Lepanto, frente á los calenturientos ojos de Miguel, las palas largas de los remos que en los bancos de los bajeles enemigos los forzados manejaban. Gigantes eran también y aquella era buena guerra y servicio de Dios, de donde heridas honrosas é inútiles resultaban.

No se quejó Don Quijote del dolor, que no es dado á los caballeros andantes quejarse de herida alguna, aunque se les caigan las tripas; sí se lamentó de haberle faltado la lanza. ¿No recuerda esto algunas faltas de armamentos notadas después de la derrota? y ¿no pensamos siempre los españoles, tras un desastre, en los malignos encantadores que nos persiguen y achacamos á algún desconocido ó inventado Frestón nuestras propias culpas, causantes de todo daño?

El diálogo que al molimiento de Don Quijote sigue, pinta el carácter de Sancho é ilustra al lector sobre los sentimientos del caballero y del escudero.

Sobreviene la batalla con el vizcaino, y de nuevo adquiere la figura de Don Quijote proporciones humanas y su efectivo denuedo se manifiesta. ¿Por qué suspende Cervantes su narración? ¿Es por imitar al *Amadis*, como indica Bowle? No, no lo creamos. A Cervantes le hace falta sacar á Cide Hamete Benengeli, el historiador concienzudo é impasible que ha de contar las cosas como cree y expone él mismo que debe escribirse la historia.

Con el vencimiento del vizcaino, la ficción caballeresca, que anda siempre deseando agarrarse á dato cierto ó á hecho sangrante, cobra nuevo brío. Sale á relucir el bálsamo de Fierabrás, y con tal motivo, amo y mozo discurren sobre lo que deben comer los caballeros andantes. Poniendo pie en este coloquio y vuelto á una esfera de razón á que no llegará nunca ninguna inteligencia vulgar, pinta Don Quijote á los cabreros la edad dorada, se humaniza con Sancho, le hace sentar á su vera, trata de hermanos á aquellos pobres hombres que apenas le comprenden, pero que sólo de oírle ya le aman. Es la misma sublime sencillez de

Jesucristo hablando á los pescadores, la santa simplicidad del Pobre de Asís, dirigiéndose al lobo y á las tímidas alondras y á la hermana agua.

De tan elevada consideración desciende con suavidad el ánimo á la pastoril blandura de la muerte y amores de Grisóstomo. Aquí pone Cervantes la parte bucólica de su ingenio, buscando agrandar á los cortesanos y escritores de oficio, y para que no se dude del fingimiento, cuida Antonio el pastor de declarar que el admirable romance *Yo sé, Olalla, que me adoras* lo compuso el beneficiado, su tío, y Sancho se queda dormido al oír los versos del pastor. No era este pasaje para el vulgo, ni gentes de poco más ó menos podían gustar aquella vibración erótica, en que se ve temblando de anhelo á todo un valle por los amores de Marcela, ni los razonamientos de Don Quijote sobre si es posible existir caballero sin dama, ni la ideal descripción de Dulcinea, ni tampoco el elogio de Grisóstomo, en el cual no será osadía excesiva ver algo de autobiográfico, ni los conceptos platónicos en que la ensoñada Marcela, figura ideal fabricada con la pasta que sirvió á Shakespeare para forjar el volátil espíritu de Ariel, expone los conceptos platónicos que Fray Luis de León vulgarizó, y otros por él no tocados sobre el amor y la hermosura, é inicia el magno asunto del libre albedrío, que á novelistas y dramaturgos acuciaba ya, como antes á los filósofos y teólogos.

De estas alturas inefables desciende súbito Don Quijote para caer bajo las estacas puestas en las manos rústicas y enojadas de los desalmados yangüeses. Quisiera Don Quijote dejarse allí morir de enojo.—¿Qué quieres, Sancho hermano?—le dice, reconociendo la igualdad de escuderos y caballeros ante el dolor: y después, ya más sosegado, discurre sobre la calidad de la afrenta. Con esta parte tragicómica se preparan los sucesos que en la venta han de ocurrir.

La buena Maritornes nos abre el portón para penetrar en esta pequeña Iliada del humorismo. Sucesos reales é imaginados se mezclan y confunden aquí, y el arte del autor es tal, que no se sabe á donde la verdad comienza y la ficción acaba: ó es que la verdad, cuando con tanto rigor

se reproduce, trazas de ficción tiene. Comparaba quizás Cervantes aquella venta suya con las de Guzmán de Alfarache y con las de otros libros, y conocía cómo pasaba por la del Quijote un soplo de idealidad humorística en ninguna otra narración encontrada. Amontonaba él los hechos; pero no en forma que su tropel y sucesión no fueran posibles y aun probables. El manteamiento de Sancho y la mohina que le da y sus intenciones de volverse al pueblo, y aquél paternal y cariñoso «Hijo Sancho, no bebas agua, hijo, no la bebas», ya estaba Cervantes seguro de que habían de conquistar y convencer al lector. Al salir de la venta, Don Quijote ama tiernamente á Sancho, sin darse cuenta de ello, y el lector, á Sancho y á Don Quijote.

¿Quién duda que la aventura de los dos ejércitos de borregos, donde estallan y detonan los nombres y apodosos sevillanos y gaditanos de Alifanfarrón y de Pentapolín, de Micocolemo y de Laurcaleo, de Brandabarbarán y de Alfeñiquen del Algarbe, de Timonel de Carcajona y de Pírrres Papín, que era un naipero giboso de la calle de las Sierpes, encierra alusiones á personajes famosos de Andalucía? Quienes sean éstos no he de ser yo quien lo ponga en claro, que escritores de mayor autoridad han de esclarecerlo.

Surge, tras ésta, la aventura del cuerpo muerto, y por primera vez no las tiene todas consigo el temerario Don Quijote y los cabellos se le erizan, como al temido león la melena: excomuniones andaban de por medio y no olvidaba Cervantes lo que en Ecija le pasó, y á ello son debidas sus recelosas protestas, casi balbucientes: «La Iglesia á quien respeto y adoro como católico y fiel cristiano...» Ya había llevado muchos golpes el caballero: ya le llamaba Sancho *el de la Triste figura*: ya Sancho soltó su primer refrán, cuando se inicia con misteriosa entonación poética la aventura de los batanes. «Yo soy aquél—exclama recobrando toda su arrogancia de golpe, al olfatear el riesgo—yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las grandes hazañas, los valerosos hechos...» y con esto se decide á perecer en la demanda. ¿No es esto un verdadero libro de caballerías? ¿No es Don Quijote un real y efectivo caballe-

ro andante, quizá el único efectivo y real? ¿No se pone á los peligros con tanta valentía como la necesaria para vencerlos? Y en este punto extremo de su bravura y resolución, el genio de Cervantes pone el miedo y el mal olor de Sancho con admirable delicadeza y prodigiosa intuición de la fuerza humana del contraste. A esto no llegó Homero, ni otro autor ninguno antiguo ni reciente. El amanecer junto á los batanes, la risa de Sancho, la iracunda paliza que le dá Don Quijote y aquél oportuno preguntar el escudero por su salario, después que tiene las costillas brumadas, son lo divino que se humaniza, es el poema de caballerías que se agacha y se dobla hasta rozar y codearse con la novela de pícaros y, para más claramente mostrarlo, viene, en pos de ésta, la aventura de los galeotes, donde tonto será quien no vea un desahogo de Cervantes contra la sociedad entera que le había maltratado y menospreciado ó desconocido en tantas ocasiones.

No son caballerías soñadas aquellas, sino palpitantes y actuales malandanzas. Con el viejo alcahuete de la barba blanca entramos en el reino de la paradoja, que tanto nos gustó á los españoles recorrer. Con Ginés de Pasamonte vemos presentarse al único héroe capaz de afrontar al Ingenioso Hidalgo. Reparad el entono y magistral seriedad con que habla Ginés, el personaje de mayor inteligencia mundana que sale en la historia: fijáos en que tiene su vida «escrita por estos pulgares» y empeñada en doscientos reales. ¿Quién duda que esta *Vida de Ginés de Pasamonte* fué uno de tantos libros como Cervantes se prometió escribir? Pero no lo escribió, é hizo bien. Ya lo había escrito su amigo Alemán, y después lo escribiría su amigo Espinel. Claro en demasía era el concepto de una España servidora de muchos amos, en esos libros contenido. Los pícaros, donados habladores, buscones y mozos de buen humor, ya nada conservaban de las antiguas grandezas: eran los villanos andantes, hijos de Ginesillo, tal vez biznieto de Lucio el de las transformaciones. Pequeña cosa era esta para Miguel. Quizás intentó comenzar algo parecido al escribir las primeras hojas del *Licenciado Vidriera*, y en llegando á Italia y espaciándole en su grandiosidad, le volvió loco y

le hizo decir las verdades que solamente los niños, los locos y Don Quijote habían de poner en su lugar, las que al mismo Cervantes se le estaban pudriendo en el cuerpo desde hacía largos años...

La entrada en Sierra Morena es el *majora canamus* del *Quijote*, y es al propio tiempo una hábil retirada. Ha dicho el autor cuanto se le ha venido á las mientes sobre la justicia humana, ha escrito su protesta contra la dureza de hacer someter como esclavos á los que la Naturaleza hizo libres, ha fiado todo á la divina sanción, como un cristiano primitivo ó un anarquista de hoy. Consciente en todos los momentos del valor representativo y de la eficacia de su obra, comprende que hay que mezclar natura con bemol, como diría el gracioso Francisco Delicado, y se mete en las fragosidades de la sierra y discurre la penitencia de Don Quijote y hace aparecer á Cardenio desgreñado y torvo, brincando de risco en risco. Don Quijote ofrece al caballero sin ventura servicios cien veces superiores á los de la humanidad corriente. Sublime es la delicadeza con que se presenta á él, no ya como caballero andante de los que desfacen agravios y enderezan entuertos, sino como hombre dispuesto y apto para remediar y consolar cualquier dolor, compartiéndole.

Cardenio, que habla casi en rima, como un elegante poeta de la fina casta de Córdoba, nos conduce á un mundo de muy distinta calidad que el recorrido hasta entonces. Su espiritualidad cortesana induce á Don Quijote á la penitencia y magnifica y ennoblece la acción: sus palabras, dignas de D. Diego de Mendoza por lo bellas y sabiamente concertadas, llevan á Don Quijote y conducen al lector á alternar con caballeros de veras y señoras y señoritas de lo más empingorotado. Todas las cortesanas aventuras que se relacionan con la de Cardenio, como la aparición de Nausicaa, digo, de Dorotea, lavándose los pies en el arroyo, las discretas razones con que Ulises, digo, el cura Pedro Pérez, le habla, la lectura de la novela del *Curioso impertinente*, que Miguel tomó de una antigua *novella* italiana perdida é incrustada por Ariosto en su poema, levantan la acción y la llevan á términos tales, que Cervantes puede,

gracias á ello, introducir en la venta un abreviado resumen de toda la sociedad contemporánea y en él pintar cuánto y cómo sentían caballeros y señoras de la aristocracia, graves magistrados, capitanes cautivos, viandantes y cuadrilleros, y cómo toda aquella compleja sociedad, móvida por los más varios intereses, atendía á Don Quijote, se interesaba por él y, en el fondo, no acababa de resolverse en si estaba ó no loco.

Trazó en estos capítulos Cervantes, como de pasada, su Psicología del amor, en el estudio y pintura de los tipos de Dorotea, Luscinda, Clara y Zoraida y hasta en las azoradas y confusas Maritornes y la hija del ventero á quienes aquella cálida atmósfera aguza los dientes y les hace la boca agua. Pintó esa especie de tácito acuerdo que en la sociedad se opera ante un hombre ó un hecho extraordinario. Todos los asistentes á la venta estaban conformes en seguirle el humor á Don Quijote y embaucar al barbero, afirmando ser yelmo la bacía y todos después, sin manifestarlo, estaban de acuerdo con el cura en que se debía enjaular á Don Quijote por loco; pero al separarse, de fijo que cada cual por su camino iba pensando que sólo Dios podría conocer quién era el loco y quiénes los cuerdos. La perturbación que el haber oído á Don Quijote el discurso de las armas y las letras y el haberle visto en la batalla con los cueros de vino, produjo en el ánimo del oidor, del cautivo Pérez de Viedma, del amansado Cardenio, y el desasosiego que después en el espíritu del discreto canónigo causa esta misma duda, se comunican á los lectores y ya desde que el *Quijote* salió debieron acometer á todos los hombres de buena voluntad y de claro intelecto que leyesen el *Quijote*.

El episodio misteriosamente, esotéricamente simbólico del cabrero que va en pos de la hermosa cabra fugitiva, nos causa hoy una vaga inquietud. Esa cabra que, cuando su amo cuenta la historia de Leandra la antojadiza, *mirándole al rostro daba á entender que estaba atenta*, ¿qué significa? He aquí un incidente del más alto valor filosófico y estético en el que nadie se ha fijado. ¡Cuántas veces el combatido, el desgraciado Cervantes, sentiría perdersele la razón, extraviársele la inteligencia, desmayarle la voluntad y excla-

maría, como el cuitado pastor filósofo:—¡Ah, cerrera, cerrera, manchada, manchada, ¿y cómo andáis vos estos días de pie cojo? ¿Qué lobos os espantan?...

Y los lobos, que son los hombres unos para otros, aullaban en torno de él...

Veinte años casi eran pasados desde que Miguel, lleno de ilusiones, compuso la *Galatea*, casó con doña Catalina de Salazar y tuvo amores con Ana Franca. Lo que de su juventud le quedara en el corazón no sería mucho. Las horas de felicidad habían sido cortas: acaso entre todas ellas no compusieron un día: larguísimos, en cambio, los años de tristeza y desventura. Dejaba Miguel en Sevilla, gozando sus otoños ó sus inviernos á muchos ancianos poetas de blancas barbas florecientes, como Baltasar de Alcázar, que habían sabido pedir á la vida lo que ella dar puede y disfrutarla calmosos, discretos.

A la placidez y serenidad de Sevilla apenas llegaban aún las melancólicas nuevas de los males que afligían á España. Grave y hondo cambio se verificaba en costumbres y Gobierno. A la política personal del Rey, con Felipe II muerta, sustituyó la política personal del privado, y quiso la mala suerte que el privado fuese hombre de tan escasa valía intelectual y moral como el Duque de Lerma.

Quien haya visto el retrato de Felipe III por Velázquez no ha menester mayores ni mejores explicaciones de lo que no fué decadencia, sino despeñamiento.

Felipe III era un pobre ser linfático, clorótico, de colgante labio, de sumidos aladares, de claros, inexpresivos ojos, de planta neciamente fanfarrona; gran jinete, corto lector y tan pobre de inteligencia que su ayo y preceptor el arzobispo toledano D. García de Loaysa apenas pudo imbuirle cuatro devotos conceptos en el angosto cráneo. Muchas veces he tenido en mis manos el pectoral que usó don García de Loaysa: es un humilde, una sórdida cruz de latón, sin adorno, piedra, filigrana ni repujado alguno. Este cardenal no había sido hecho para infiltrar en el ánimo de su apocado alumno ideas de generosidad y de grandeza. Este cardenal, digan lo que quieran las historias, era un pobre diablo, y otro pobre diablo fué el Rey á quien dicen que educó.

Casaron á este pobre diablo de Rey con una princesuca austriaca, duodécima ó vigésima hija de cualquier duque ó príncipe de los que abundaban en su tierra como aquí los hidalgos. Doña Margarita de Austria era una buena é insignificantísima señora que, cuando fueron á buscarla para compartir el trono de España con su esposo, estaba en un convento, hospital ó asilo, dando muestras de las más relevantes virtudes. Formaron D. Felipe y doña Margarita un matrimonio burgués, arregladito y económico, cual era conveniente á los apuros de la nación, pues no se ponía aún el sol en los dominios de España y ya ni el mismo Rey tenía un cuarto.

Aunque Lerma tuviese, más que de águila, de urraca guardadora, bien conoció que á semejantes seres convenía divertirlos y los llevó por España de fiesta en fiesta, les procuró remuneradas ovaciones, les hizo creer en esa felicidad universal cuya ostentación tan propicios halla los ánimos de los tontos. Una espesa atmósfera de bobería comenzaba á formarse en los alrededores de palacio. De él iban huyendo los caballeros de las barbas agudas y de las mejillas macedadas y de los ojos soñadores que Theotócúlos pintó. De la semilla echada en las casas de la grandeza por los primeros místicos y ascéticos iban recogiendo el fruto aquellos escurridizos é insidiosos eclesiásticos que las gobernaban á su talante y voluntad, absolviendo los deslices de las señoras y compaginándolos habilidosamente con los de los señores. A la seguridad y firmeza con que se pensaba y se procedía en tiempo de Felipe II había reemplazado una voluble intranquilidad, una inconsistencia casi gelatinosa de las voluntades. El miedo reinaba en los palacios Reales y en los de la nobleza: un miedo inexplicable, absurdo, Dios sabe de qué, del pecado, de la contaminación, de la herejía.

La Inquisición velaba, pero la heterodoxia andaba no menos despierta, y si no contó con varones tan preclaros intelectualmente como los protestantes españoles del tiempo del Emperador, sí prosiguió haciendo su propaganda en la obscuridad, trabajando el pensamiento de este y de aquel, no el de la masa. Andaba la Inquisición persiguiendo á relapsos é iluminados, á ilusos é iludentes de menor

cuantía y mientras tanto dejaba pasar conceptos é ideas, que en el púlpito y en el libro moldeaban las almas é influían en ellas.

Hay toda una parte secreta de la Historia de España en estos años en que parecía todo el mundo suspendido y embozado, la cual está por escribir. Recelos, sospechas y desconfianzas increíbles dominaban á la general debilidad de los espíritus. Unos á otros se miraban de reojo todos los españoles. Necio sería no darse cuenta de cómo esta intranquilidad, esta inseguridad, esta mal saciada hambre del alma y del cuerpo, se reflejan en todas las obras de nuestro siglo de oro, y les privan de aquel empaque augusto, clásico y severo que en las obras del siglo de Luis XIV sustituye á la profundidad de la visión y á la humanidad de los personajes y de sus sentimientos. Como nunca nuestros escritores, ni siquiera el mismo Lope, gozaron del reposo indispensable á la perfección clásica, todos ellos son unos rebeldes, unos nerviosos, excitados, hiperestésicos, y así no tenemos verdadero clasicismo, y no debemos lamentarlo. Sólo un alma, serena y clarividente, la del gran P. Mariana, podemos considerar como clásica de veras, entre todas las demás, turbulentas y agitadísimas.

Poco hubiera sido para Cervantes tropezar con un ambiente clásico. Mejor que nadie hubiera podido ser clásico el autor del discurso de las armas y las letras y de la historia de Cardenio, y de las razones de la pastora Marcela: no lo fué, sin embargo, y es bien que no lo fuese. Con cuanto había sentido y pensado en sus tiempos heroicos, en los graves años de Felipe II, chocaba y se estrellaba cuanto, anticipándose al juicio general, sentía y pensaba ya en los caricaturescos días de Felipe III. Para alumbrar aquellos primeros años era menester la fuerza y brillantez del sol de la Mancha: para iluminar estos segundos, bastaba arrojar sobre ellos el resplandor de los anteojos implacables de D. Francisco Gómez de Quevedo. Se hallaba Cervantes á horcajadas sobre dos épocas tan distintas que, sólo alzando el vuelo cuanto lo alzó, pudo salvar las cumbres de los siglos y las de las naciones. En aquel momento crítico en que forjó su obra, España había dejado de ser

interesante. Le faltaba ya á la nación entera ese punto de locura que á destinos inmortales conduce á hombres y á pueblos. Por eso fueron locos Don Quijote y el licenciado Vidriera, y aquel otro de Córdoba y aquellos de Sevilla, portavoces de la verdad que á Cervantes se le escapaba de los escondrijos de la conciencia.

Sólo una grande y épica locura, sólo un libro de caballerías—pensó Miguel,—podía alzar á la vulgaridad y á la tontez generales del fangal y del terraguero, y por eso hizo un libro de caballerías de veras. Solamente la risa y el desprecio, los palos, las puñadas y las comilonas, pueden excitar á este vulgo cansado y abatido—pensó también,—y por eso creó á Sancho y quiso, no sin gran dolor de su corazón, que Don Quijote fuese apaleado, ultrajado, desconocido por la turbamulta, en lo cual no poco había de parte autobiográfica. No se ve claro aún el porvenir ni se vislumbra si tendremos redención ó quedaremos en tal estado—meditó después;—y dejó acabar la primera parte con una gran perplejidad para él mismo y para el lector.

No olvidemos que esto pasaba en 1603, cuando aún no existía el Felipe III de Velázquez. El caballero andante había sido enjaulado por loco, pero vivo se hallaba y podía volver á salir pidiendo guerra y el escudero se prometía aún nuevas ganancias. El yelmo de Mambrino era bacía, eso teníanlo por indudable cuantos le palparon, pero aún más grabados que esta convicción, estaban en sus almas los conceptos sublimes de labios de Don Quijote caídos. La cabra errante del malhumorado pastor sujeta estaba, pero aún podía salir huyendo de los imaginados ó reales lobos que la perseguían.

Quedaban, pues, la obra y el pensamiento de Miguel en relación con la realidad en que vivía, no en distinta situación de aquella en que el gallardo vizcaino y el valeroso Don Quijote quedaron antes que los enhebrase al hilo de su pluma el sabio Cide Hamete. Y reflexionando Cervantes sobre esto, notaba y hacía notar marcándolo aquí y allá, y recalcándolo en tal ó cual pasaje, cómo, en suma, aquel caso por él concebido era la imagen de la vida entera y no ya sólo el particular reflejo de un estado social que podía

seguir adelante ó transformarse radicalmente, que podía ser una siesta, un sueño ó un letargo. Turbados y confusos dejaba á los lectores, porque turbado y confuso estaba él, pero no tanto que no dejase abierta la puerta ó entornada por lo menos, para que una mano bienhechora ó un viente-cillo sùtil ó un huracán, la abriesen y dieran acceso á la esperanza.

No estaba Cervantes enteramente desesperanzado, no podía estarlo, conociendo á España, la resucitada eterna, y conociéndose á sí mismo, que de tales y tan recios trances había salido con vida, y apreciando en lo justo el valor de su obra. De la posteridad estaba seguro. Tratábase tan sólo, en la ocasión presente, de asegurar el día de hoy y el de mañana, en los que nunca pensó Miguel con la necesaria tenacidad y el indispensable empeño. El mundo grande, lo que fuera de España y del tiempo actual presentía, de sobra conoció él que no había de escapársele. El mundo pequeño era el que necesitaba conquistar y el momento presente, puesto que la vejez se acercaba y el sosiego del anochecer no venía á su agitado corazón.

Y ocurrió entonces el caso, menos raro de lo que suele pensarse, de que la visión artística de la realidad, en la forja y composición del Quijote adquirida y perfeccionada, le sirviese de pauta para encarrilar sobre ella su vida ó intentarlo cuando menos. No maldigamos nunca á los libros ajenos ni á los propios, ni á las locuras y á las corduras que engendran. De sí mismo había partido Miguel, de los contrastes, batallas y apuros porque había pasado en su existencia, y de ello saltó á los libros de caballerías que le esclarecieron y le ensancharon el horizonte, y en este ensanchamiento y claridad vió cuanto en su tiempo era posible ver de la vida particular y general de un pueblo, y cuanto de la vida universal y eterna saben ver tan sólo los genios como él.

Elástico ya su espíritu, se recogió en sí mismo, á sí mismo volvió, aunque ya no era, ¿cómo había de ser?, el mismo de antes. Si cualquier fruslería, unos amores fracasados, una cuestioncilla de amor propio, una obra teatral ó un discurso que tengan éxito nos transforman y nos vuel-

ven otros, ¿qué transformación no sería la de Miguel después de escribir la primera parte del Quijote y coincidiendo precisamente con el cambio que en todas las clases y estados de la nación se verificaba, manifestamente? Cuáles serían los aumentos y las inesperadas grandezas de su alma rica por fin y más que rica opulenta, apenas podemos imaginarlo.

Quizás entonces, con melancolía honda, cayó en la cuenta de su error pasado y pensó cuánto mejor le hubiera sido seguir escribiendo novelas y comedias y no meterse en las andanzas de comisario de abastos y cobrador de rentas y alcabalas: quizás, después de pensar esto, se hizo cargo de que no había perdido aquellos veinte años, durante los cuales el héroe y el poeta se convirtieron en lo mejor, en lo único que se puede ser en este bajo mundo, pues á ello nos envían: en un hombre, tan hombre que los demás con razón le llamasen genio. En el mundo no había que perder, en realidad, más que la vida: lo demás no eran pérdidas, ó cuando lo fuesen, medios había para trocarlas en ganancias seguras y perdurables. Y la vida por él presentada en el libro inmortal, aún no quería soltarle: y vivo estaba también Don Quijote.

La patente de vida más enérgica, más original, más alegre, más demostrativa del dominio de sí mismo y de la galanura y contento y lozanía de su alma la escribió Cervantes, componiendo el maravilloso, el donosísimo, el archimoderno, el suelto, el ligero, el agudo prólogo del *Quijote*, los versos de cabo roto y los demás en que, por cierto, sin gran disimulo, ataca resueltamente á Lope, quien, cediendo á su versátil condición se había enojado con Cervantes, á quien creía autor del soneto de cabo roto también que contra él y contra sus obras compuso D. Luis de Góngora:

Hermano Lope, bórrame el soné-

Quizás fué entonces, cuando Lope lanzó otro suyo insultante y procaicísimo contra Miguel. Fuera así ó no, Miguel veía que la atmósfera de gurruminez y de minucia en que estaba envuelto lo más alto de la nación contaminaba tam-

bién á los hombres á quienes él conocía por genios de primer orden, como Lope y Góngora.

Apenas apartados un momento de la tiesura y rigidez retórica anterior á Cervantes, los literatos volvían á ser literatos, políticos los políticos y la realidad se empequeñecía, circunscribiendo á los hombres y engurrufiéndoles dentro de su oficio. Divino oficio, en manos de Lope y de Góngora, pero oficio al cabo, con todas sus rutinas y sus patallanas.

Veía también Cervantes cómo la masa no lograba tener color definido, ni anhelos que la calificaran y concretasen, y en tanto, las individualidades poderosísimas que en tan fecunda época iban naciendo y trabajando, daban golpes en vago, batíanse con fantásticos gigantes y emprendían hazañas teatrales, como las de Lope, únicas que lograban sacar de su modorra al vulgo de abajo, ó caballerías culte-ranas, como las de Góngora, únicas que despertaban la atención del vulgo de arriba. La sociedad ficticia, que era reflejo del teatro ó de la cual el teatro era reflejo, pues algo de ambas cosas ocurriría y cuya existencia notara ya Cervantes en su último viaje á la corte, había crecido: las teatrales costumbres, que suelen reemplazar á las heroicas en los comienzos de toda decadencia, se abrían paso y se des-arrollaban hasta dominar en todas las clases de la sociedad. Los originales de Lope y los de Tirso pululaban ya en Madrid, en Toledo, en Valladolid, y al sutilizarse las sensaciones femeninas y las masculinas, que, al cabo, no son sino ecos de ellas, comenzaban á apuntar aquí y allá las debilidades y las excitaciones inesperadas y el *titititi* casi epiléptico de la melindrosa Belisa comenzaba á correr como un escarabajeo por pechos y espaldas de las mujeres, que guiaban á los hombres entonces, como ahora.

Nació en aquel tiempo lo que llamamos neurastenia, hiperestesia y otra porción de nombres raros, que no indican sino falta de robustez. Al rey linfático y clorótico y á la grandeza educada por frailes biliosos, neuróticos y candidatos á la locura en cualquier otro clima y lugar menos propicios á la paradoja y al absurdo como regímenes de vida, correspondía una sociedad inquieta, trastornada, in-

capaz ya de acciones grandes, ansiosa de emociones fingidas, amante del teatro.

En tal concepto, *Don Quijote* era un libro de caballerías hecho para castigar aquellos nervios, un revulsivo para la piel amarilleada en el encierro místico, y en las metafísicas amorosas aridecida, un libro azote, un libro martillo, un libro antorcha: y su elaboración no estaba concluida aún ni mucho menos, porque Cervantes no había acabado de penetrar en lo espeso de la sociedad española, que ya no se hallaba en la plácida Sevilla, sino en los secos y enjutos lugares acortesanados, en Madrid y en Valladolid: y ya se nota que en la primera parte del *Quijote* hay locos, pero no hay enfermos, y ya se reparará cómo en la segunda parte la duquesa tiene la fuente de que nos habla doña Rodríguez, y el hijo del caballero del Verde Gabán adolece de otra enfermedad característica, que se llama decadentismo poético, y Basilio, el pobre, está á punto de suicidarse por los amores... Por eso la segunda parte encierra ya lo irremediable, mientras que en la primera queda ancho lugar á la duda, que es una con la esperanza.

Desde la grandeza augusta del Escorial, la corte de España, cediendo á conveniencias del omnipotente Lerma, se había trasladado á Valladolid. Era esta una prueba á que el orgulloso Duque quería someter al rey, primero, cuya vacilante voluntad cedió pronto, y además á los otros cortesanos. Ya sabía Lerma que quienes se mudasen desde luego y de buen grado á Valladolid eran los suyos, los afectos, los incondicionales, como dicen ahora. Quería hacer un recuento de la gente noble, como hizo otro recuento de la gente rica, mandando que cuantas personas tuviesen plata en sus casas la mostrasen, bajo las más severas penas.

Iniciaba Lerma con esto el funestísimo error en que desde entonces han vivido en España todos los políticos conservadores, para quienes no ha habido en la nación más gente atendible y considerable que los nobles y los ricos, sin echar de ver que sólo con nobles y ricos no se gobierna, porque no es posible gobernar con los menos, cuando los menos valen poco. Tímida y medrosa iba saliendo la plata de los escondrijos y alacenas: medrosos y tímidos se mos-

traban ya cuantos poseían algo. Los grandes de España, que ya no iban á la guerra y vivían de fanfarrias y fingimientos exteriores, solían estar empeñados. Los burgueses que en sus arcas, en aquellas famosas y numerosísimas arcas donde se vendía el buen paño, según el refrán inventado por la desidia española, guardaban el metal rico, se apocaban y amezquinaban cada vez más. Nació entonces también la burguesía medrosica, amiga del apartamiento y de la reserva, de la cual es modelo el caballero del Verde Gabán: raza de sesudos, de sensatos, de mesurados, de ahorrativos, de egoístas, en suma, que para nada bueno sirve si no hay quien sepa aguijarla y dirigirla. También para estos eran necesarias las caballerías de Don Quijote y las gracias de Sancho. Aquellos burgueses no reían si no se les pinchaba un poco: su risa no era franca y noble, sensual y voluptuosa, como la de los gordos y lucios sevillanos de las barbas floridas, risa sin segunda intención cual la del maestro Baltasar del Alcázar: sino que había de ser risa maliciosa, provocada con cosquillas en el corazón, un poco miedosa, un poco ladina, risa como la del *Quijote*, después aguzada y agravada hasta el más vivo dolor por la pluma lanceta de Quevedo, cuyas cosquillas hacen brotar sangre.

El 26 de Septiembre de 1604 concedió licencia el Rey para que la primera parte del *Quijote* fuera impresa. Solían concederse estas licencias cuando ya la impresión estaba concluída ó muy adelantada. El 20 de Diciembre es la fecha de la tasa. Desde entonces, no se puede señalar día seguro á la aparición del *Quijote*. Pudo salir en Enero, en Febrero ó después, no después de Mayo, pues no hubiera dado tiempo á las nuevas ediciones que en el mismo año de 1605 se hicieron. La duda propuesta por el insigne Pérez Pastor sobre si salió antes de 1605, él mismo la ha absuelto, estudiando bien los libros de la Hermandad de Impresores de Madrid.

No ha averiguado nadie, en cambio, lo que el *Quijote* valió en dinero á su autor, que ciertamente no debió de ser mucho ni sacar de ahogos á Cervantes, pues aun cuando los literatos vaticinaran con sus envidias el buen éxito del libro y Miguel lo presintiese, no ha de suponerse que tales

razones *a priori* convencerían á Francisco de Robles para que pagase á su amigo una gran cantidad por la venta del privilegio. Injusto es pintar á Francisco de Robles como un editor codicioso é interesado que explotó á Cervantes. Al contrario, bien se ve que en sus tratos procedieron amistosamente y como antiguos conocidos. Indudable es también que Cervantes no cogió todo el dinero de una vez, sino que la prematura fama de su obra le dió pie para pedir á Robles varios anticipos sobre ella.

Pero si económicamente no le sacó de ningún apuro, moralmente la obra hizo surgir de un salto el nombre de Cervantes en el ánimo del mundo entero, por cima de los más altos y universales, y no menos que junto al de Lope de Vega y enfrente de él.

Había Lope despertado la popularidad que antes de él no existía, llamando al público de la nación entera con los gritos y acciones del teatro, á literatos é iliteratos comprensibles: la excitación producida por las obras de Lope iba ya convirtiendo hacia los libros de amenidad y recreación los ojos lectores. Ya se ve que eran populares el Lazarillo y el Guzmán de Alfarache y la Celestina, y que iban ganándoles terreno á los libros devotos y á los libros de caballerías. No obstante, popularidad tan grande ni tan rápida como la del *Quijote* no se había conocido jamás. Cinco ediciones se hicieron ó se sabe hasta ahora que se hicieron en aquel año 1605. El nombre de Cervantes, que no crecía en la boca ni en la pluma de los otros poetas, como hasta entonces solió suceder, se agigantaba en los labios del vulgo, de aquel vulgo cuyos instintos se habían educado en el teatro y que ya formaba donde quiera eso que hoy llamamos *público, opinión*, esos millares de ignorantes que componen un sabio infalible, esos millares de juicios ligeros y vanos que, unidos, forman el juicio más seguro y, á la larga, el único aceptable. ¿Por dónde andaba este público? ¿Quién era? ¿Dónde se le encontraba? Dos siglos después se hacía esta pregunta el gran Figaro y no acertaba á responderla.

El *Quijote* estaba en manos de todo el mundo, en las posadas, en las covachuelas, en los palacios, en los bufetes de los señores graves y en las aulas de la juventud loca. Los

tipos de Don Quijote y de Sancho hallaron instantáneamente en la humanidad el eco favorable á sus palabras, la atmósfera propicia á sus ideas y á sus hechos. Rara vez libro alguno apareció con tanta oportunidad. Miguel corroboraba entonces su opinión. No habían sido perdidos sus veinte años de malandanzas. En ese tiempo las ideas habían caminado, los gustos habían cambiado, las sensaciones se habían trocado. La transformación era enorme, crítica: enorme también la obra que de ella saltaba.

Todo el mundo, en su fuero interno, se reconocía como un poco Don Quijote, como un poco Sancho Panza, y nadie se enfadaba por ello. El mote de Sancho Panza corrió por el Palacio Real y fué pronto aplicado al P. Luis de Aliaga, que era el confesor del Rey, hombre gordo y rústicamente ladino.

Los dichos y refranes del escudero y las locuras del caballero se hicieron patrimonio común, como esas músicas y tonadillas que en pocos días corren de boca en oído por todo el mundo. Por fin llegaban para Miguel, para el viejo y cansado poeta, para el verdadero ingenioso hidalgo otros días grandes, de intensa felicidad, que nada tenían que pedir al gran día de Lepanto. Las armas cedían á las letras. Para gloria de la diestra perdió la siniestra mano el soldado viejo.

La mayor gloria posible en la tierra se le lograba: un pueblo entero se solazaba con su obra, quién reía, quién meditaba. Por las letras podía esperarse aún la redención, la inmortalidad.

Diez años median entre la primera y la segunda parte del *Quijote*: de 1605 á 1615.

Al terminar la segunda parte del *Quijote* y proseguir rematando, puliendo y acicalando el flamante *Persiles*; se encontró Cervantes en esa situación que á todos los grandes artistas les llega con la vejez, y de que él, por dicha suya, no supo darse cuenta, como no suelen percatarse ellos casi nunca. La maestría, la agilidad y ligereza alada en el concebir y en el expresar son ya para ellos tan grandes, y la fecundidad en el imaginar tan enorme, que les hacen perder los estribos, olvidarse de que tanto vale lo que se calla como

lo que se dice, y mayor y más definitivo arte hay en callar que en decir. Funesta es la facilidad de algunos jóvenes chirles: más lo es aún la ligereza y soltura de estos viejos *fa presto*, para quienes no existen obstáculos ni impedimentos en el pensar ni en el decir. Cervantes había llegado á la más alta cumbre á donde escritor alguno llegó: desde ella no cabía hacer otra cosa sino descender. El viejo ama la cuesta abajo: el viejo gusta de engañarse á sí mismo creyéndola cuesta arriba y afirmándose al bajarla en la ilusión de que para él no han llegado la senectud y el agotamiento, y de que aún son sus tropezones brincos gallardos, y sus caídas, efectos del sobrante brío juvenil.

Por eso prefería Cervantes el *Persiles* al *Quijote*, no porque no tuviese, como alguien neciamente ha insinuado, conciencia absoluta del enorme é inmortal valor de su obra compuesta *para universal entretenimiento de las gentes*, según Sansón Carrasco; de su obra, cuya claridad y popularidad eran tales, que «los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran... unos le toman si otros le dejan; éstos le embisten si aquéllos le piden;» de su obra, de la que el mismo Don Quijote decía: «Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia.» El amor de Cervantes al *Persiles*, su último hijo, fruto de la fecundidad de su vejez, no le quitaba conocimiento de cuánto valía el *Quijote*. En todos los lugares citados y en otros muchos del *Quijote*, reconoce Miguel y hace constar la inmortalidad y la universalidad de su libro, mientras que el *Persiles* lo elogia sólo para el Conde de Lemos, á quien probablemente gustó, en efecto, el *Persiles* más que el *Quijote*. «Con esto—son las palabras de Miguel—me despido, ofreciendo á V. Ex. los trabajos de *Persiles* (*sic*) y Sigismunda, libro á que daré fin dentro de quatro meses, Deo volente, el qual ha de ser, ó el más malo ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto, *quiero decir de los de entretenimiento*, y digo, q̄ me arrepiento de haber dicho el más malo, porque según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.»

¡El extremo de bondad posible! ¿No suena esto á las ala-

banzas que un padre viejo hace de su benjamín, sin olvidar en el fondo de su alma, el amor al primogénito, mozo honrado y fuerte que sostiene la casa? De la inmortalidad del *Persiles* no escribió Cervantes una línea sola: de la del *Quijote* se hallaba profundamente persuadido. El poeta amaba á la querida que en la vejez le deparó la suerte, pero sabía que no era ella quien había de salvar su nombre del olvido. Así es como parece justo entender este punto de la psicología de Cervantes, resuelto de plano por tantos escritores. No se puede creer en los genios inconscientes: retirada está ya en definitiva esa teoría romántica. Y si en alguna obra luce y brilla la más absoluta conciencia de cuanto el autor iba haciendo, es en la segunda parte del *Quijote*.

La segunda parte del *Quijote* marca, en cuanto al pensar y en cuanto al hacer, lo que puede llamarse *la segunda manera* de Cervantes: en ella el autor llega á vislumbrar y conocer las cosas y las personas en sus líneas y rasgos sintéticos y precisos. Ve de todo lo que vemos todos sin darnos cuenta, pero él lo ve haciéndose cargo y forzando á nuestra distracción y volubilidad á hacerse cargo. Para él no hay pormenor insignificante y si una vez se descuida ó parece olvidar algo, estad seguros de que lo ha hecho adrede, porque ello merecía descuidarse y desfumarse en una voluntaria dejación. Dice cuanto quiere decir, calla cuanto le importa callar, prescinde absolutamente del afeite retórico, aliña y adereza la frase con el pensamiento y no el pensamiento con la frase. No es un literato de los de su tiempo, ni de los de ningún tiempo.

Esta ficción vana y huera que bajo el nombre de *Literatura* ha venido por tantos siglos embaucando á la humanidad y que, por fortuna, va de capa caída en todas partes menos en Francia, donde apenas hay escritor cuya levita no tenga aire de casacón y en cuya cabellera no queden aún pegotes de polvos y restos de bucleado peluquín, no existe ya para Cervantes. A España estaba reservada la gloria, que nadie ha querido reconocerle, por la torpeza de sus hijos, de escribir antes que ningún otro país, con llana sinceridad, con naturalidad humana y de que el más grande y genial de todos sus escritores nada tenga de *clásico* en el

sentido académico, aparatoso y artificial de esta palabra terrible. Intentad empotrar á Cervantes en cualquier *gran siglo*, tan cómodamente como lo están en el de Luis XIV esos lindos señores de los casacones bordados y de las empolvadas pelucas que se llaman Racine, Fenelón, Labruyère, etc., etc., santos á quienes viene justa la hornacina, y veréis cómo los hombros del luchador, las piernas del caminante, los brazos del soldado y la noble cabeza, cuyos cabellos blanqueó solamente el polvo del camino, se salen del marco, le rompen, le resquebrajan. Afirmémoslo resueltamente y de una vez. Cervantes no es un literato, como Velázquez no es un pintor. La segunda parte del *Quijote* no es *literatura* como no son *pintura* las *Meninas*. La Naturaleza escoge á veces un hombre de estos para que pinte ó para que escriba, como escoge otro para que levante quinientas libras de peso y otro como el peje Nicolás para que nade veinte leguas sin cansancio y viva á su gusto bajo el agua.

Manoseadas, pero exactas, suelen ser las comparaciones pictóricas aplicándolas á la literatura. El Cervantes de la primera parte del *Quijote* es como el Velázquez anterior á las *Meninas* y al retrato del *Escultor*. La Naturaleza estaba poco á poco, porque ella no repentiza, elaborando, trabajando, perfeccionando los ojos y los cerebros del pintor y del poeta, para que llegasen á ver tan claro, como ella misma ve, y tan obscuro como lo hace, manejando á su antojo las luces y las sombras, pues para eso ella pinta con el sol y la luna en la paleta. Ni los pintores ni la pintura le importaban nada á Velázquez, como á Cervantes los literatos y la literatura, cuando el uno pintó *Las Meninas* y el otro escribió el segundo *Quijote*. Reparad que puso el libro en manos de todo el mundo: niños, mozos, viejos, posaderos, caminantes, menos en manos de escritores de oficio. Hubiera pasado de aquel punto supremo Velázquez y se habría convertido en un *fa presto*, por el estilo de tantos como ha criado la fácil y alegre Italia. Pasó de ese punto no más que un paso Cervantes y fué un poco, no más que un poco *fa presto* en el *Persiles*, admiración de los literatos, no del vulgo, sabio infalible en sus juicios *a posteriori*.

Como en su soledad tenía ratos para todo, pensaba y

examinaba atentamente el viejo Miguel su obra y le contentaba en extremo. Bien se le alcanzaba cómo en ella habían crecido y se habían ennoblecido hasta llegar á inmortales proporciones la acción y las figuras que la engendran, y no porque la acción se complicase, pues, al revés que Lope, cada vez á Cervantes le interesaba menos la acción, le hacía menos falta para conseguir el resultado artístico. Véanse en esta segunda parte once capítulos de preliminar y preparación, en los cuales casi nada ocurre. Don Quijote va creciendo en locura discursiva, que es como decir, va haciéndose más amplio en sus miras, más grande en sus propósitos, más humano en sus procederés. Para más engrandecerle y sublimarle, crea Cervantes la única figura nueva de la fábula, el eje y quicio de su comienzo y de su conclusión, es decir, el sentido común, la lógica, el método, la prudencia pura, la razón seca, el frío discurrir, encarnados en el bachiller Sansón Carrasco, el abuelo de Mefistófeles. ¿Habéis notado cómo se ríe el bachiller? Si lo habéis reparado, veréis de qué modo esa misma risa fría, aleve, socarrona, de quien está seguro de sí mismo, de quien se halla en posesión de la verdad, os sale al paso en son de burla ó de afectuosa despección ó de triunfante *conocimiento del mundo* en los labios de los razonadores, de los aprovechadores y de los establecidos, sesudos, sentados, acreditados y competentes, siempre que intentéis cualquier generosa locura. El bachiller Sansón Carrasco no os pondrá en ridículo con una pública y sonora carcajada, pero os minará el terreno á vuestras espaldas y os desacreditará, si puede, con una suave sonrisa. No es malo, ó nadie cree que es malo: las más puras intenciones (aquéllas de que está empedrado el infierno) y los más racionales propósitos le mueven. De una sola cosa parece enteramente convencido, y á esa convicción suya funestísima debemos el rebajamiento del carácter y de la intelectualidad en España. Esa convicción millones de veces la han formulado oradores y gobernantes, periodistas, seudofilósofos y seudopolíticos, y ya ha formado costra en millones de cerebros: que la *teoría* es una cosa y la *práctica* otra muy distinta.

Sansón Carrasco es un buen hombre razonador y sensa-

to que no cree en la eficacia de las ideas, á las cuales llama locuras. Por combatirlas llega hasta lo sumo en cuanto de él puede esperarse: hasta arriesgar el pellejo, si bien, como fía en la robustez de sus juicios, confía asimismo en la de sus puños, y en ello, como en lo demás, se equivoca. No vayamos á decir que Sansón Carrasco está enteramente bien avenido con el orden de cosas: no es un burgués tan pacífico y enemigo de discusiones y alborotos como el caballero del Verde Gabán, porque es algo peor aún, puesto que él comprende el valor de las locuras nobles y las combate, conoce el ideal y le niega el auxilio de su brazo y procura soterrarle con todas sus fuerzas. Ante todo, es un espíritu conciliador y tolerante, que trata de poner una de cal y otra de arena para meter en razón á Don Quijote, y en todo caso, para divertirse con él. No olvidemos, no olvidéis nunca en la vida que Sansón Carrasco y sus descendientes, no menos Carrascos por lo desapacibles que Sansones por la fuerza que mandan, son muy amigos de divertirse, y para ellos la diversión suprema consiste en ver un idealismo caído al suelo y en contemplar á un idealista apaleado. Pero les queda en el fondo del alma un cazurrismo temible, y en caso de ser ellos los apaleados, temedles, que ya se vengarán tarde ó temprano.

¿Véis claro desde el principio cómo ni el sentido vulgar y llano de Maese Nicolás, el barbero, ni la amable y superior filosofía del cura Pedro Pérez (uno de los antepasados de nuestro reciente y apacible amigo el abate Coignard), bastaban á que Don Quijote no renovase su locura, y cómo el desolador, el igualitario, el administrativo, el rapatección sentido común de Sansón Carrasco, máquina de esta Segunda Parte, eran suficientes para hacer morir á Don Quijote en la cama, dejando en pos los sueños de la gloria, sin volver hacia ellos la cabeza? ¿Os dáis cuenta de cómo para el contraste supremo de su obra, comprendió Cervantes que no le bastaba la honrada simplicidad de Sancho, y por qué en la segunda parte Sancho es no menos loco que su amo, á sabiendas de que su amo lo está, y al serlo Sancho es más bueno, más humano, más dulce en sus costumbres, más ameno en sus palabras, menos duro de mollera y

hasta más valiente y resuelto? ¿Por qué esto? Porque en el discurso de su trabajada existencia, había Cervantes visto que aun los Sanchos tienen buen natural, honrados prontos y de ellos se puede sacar mucho. *Todas* nuestras locuras— dice al capellán de Sevilla aquel loco graduado en cánones por Osuna, que afirmaba ser el Dios Neptuno,— *proceden de tener los estómagos vacíos y los cerebros llenos de aire.*— Ya conocía Miguel á los locos del estómago vacío y del cerebro lleno de aire, y comprendía que no eran los causantes de los mayores daños los Sanchos hambrientos ni los Neptunos desvariados, sino los Sansones ahitos y razonadores, los que digerían y discurrían con perfecta regularidad á costa del hambre y de la locura ajenas.

Caballero y escudero—piensa con gran acierto el cura— se forjaron en la misma turquesa. Locos están los dos, el uno por la vaciedad de su estómago, el otro por la de su cabeza: y cuanto más locos, son mejores y más tiernamente se aman, hasta que, al final, queremos tanto al caballero del ideal, como al simple é inocente escudero, á quien, desde el conffronte con la carreta de los comediantes llama Don Quijote «Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero». Conmovera es también la amistad de Rocinante con el rucio. Hasta en este pormenor se ve el empeño de Cervantes en hacer desaparecer las asperezas del contraste, ya inútil, pues ya amo y mozo iban, sin saberlo, guiados por la mano oculta de su *racional* amigo Sansón, en cuyo nombre hemos de ver el símbolo de quien todo lo podía ya entonces, de quien todo lo pudo después y lo puede hoy: Sansón se llama la medianía, la socarronería amiga de divertirse y de pasar el rato sin cavilaciones honradas, Sansón se llama y Sansón es y comenzaba á serlo entonces, desde que, muertos los héroes del tiempo de don Juan de Austria, vivían y triunfaban los medianos; como el Duque de Lerma, á la sombra de los insignificantes, como Felipe III.

El imperio de las medianías comenzaba: y estas medianías no quieren á nadie, estas medianías son egoístas y ahorradoras, todo lo desean para sí, no saben pronunciar aquellas evangélicas frases de Sancho el bueno á su vecino

Tomé Cecial: Mi amo «no tiene nada de bellaco; antes tiene un alma como un cántaro; no sabe hacer mal á nadie, sino bien á todos: un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día y por esta sencillez le quiero como á las telas de mi corazón y no me amaño á dejarle por más disparates que haga». Disparates ó no, de ello Sancho no se halla enteramente seguro y así responde á la tentación con que el sentido común le hurga, por boca de su vecino Tomé Cecial. Antes de esto, al tocar en las paredes del Toboso, al verse á punto de que se descubriese su invención de Dulcinea, un momento de humana, de bellísima y profunda flaqueza ha sobrecogido al escudero y también al amo. A tientas y á oscuras van caminando, temerosos de tropezar con la realidad. Ya están bien locos ó ya están cuerdos de remate, puesto que la verdad real y corriente les inspira pavor. Por eso Don Quijote deja que Sancho vaya solo, ansiando que Sancho invente alguna bien urdida mentira que sea bastante para tranquilizar su conciencia, para no cerrarle la ventana de las etéreas ilusiones con algún bulto grosero y material. ¿Hay nada más hondamente filosófico que el cambio ó encanto de Dulcinea, donde el caballero ve á la princesa como zafia labradora y el simple escudero quiere verla y finge verla como tal criatura sublime y delicada? La invención del encanto engrandece á Sancho Panza y le hace digno de la compañía y del amor de su amo. Sancho, al embaucar á Don Quijote, procede como hubiera procedido el divino Platón, y en su propio embaimiento llega á creerse sus mentiras y hasta á pensar con festiva melancolía, que es el colmo del humorismo, en la confusión y apuro de los gigantes y caballeros vencidos por Don Quijote cuando vayan á buscar á Dulcinea y no la encuentren.

Más ennoblece todavía á los dos la aventura con el caballero de los Espejos. Aquí Don Quijote supera y aventaja á todos los Amadis y Esplandianes, como superan y aventajan un lanzazo ó una cuchillada reales y efectivos á cuantos se dan en el papel. ¿Por qué no se habían de conquistar reinos y tierras de ese modo? ¿Habían pasado tantos siglos desde que hacían otro tanto Hernán Cortés, Pizarro, Alvarado y Valdivia?

Pero aun esta aventura no bastaba á hacer de Don Quijote el verdadero caballero andante que es, más en la segunda parte que en la primera. Llega la cima de la obra y el más alto punto de la resolución y denuedo del héroe con la aventura de los leones, seriamente emprendida por Don Quijote y seriamente contada por el poeta, en palabras que ni el mismo Homero emularía. Homero hubiese hecho salir de la jaula á los leones y hubiese pintado con maestría la lucha sangrienta. Cervantes, más humano, más verídico, pone en el pecho de su héroe todo el ánimo preciso para concluir la hazaña y en el momento más culminante de su locura le hace volver á la razón, no á la razón de Sansón Carrasco, sino al *nous* divino que gobierna los mundos, y le dicta estas sublimes palabras:

—Cierra, amigo, la puerta y dame por testimonio... lo que aquí me has visto hacer: como tu abriste al león, yo le esperé, él no salió y volvióse á acostar. *No debo más, y encantos afuera, y Dios ayude á la razón y á la verdad y á la verdadera Caballería.*

¿Es posible hablar más claro ni significar de manera más patente quién es Don Quijote? La razón y la verdad son la verdadera caballería: la razón y la verdad que andan desamparadas y errantes por el mundo, apaleadas aquí, apedreadas allá, desconocidas de los tontos, perseguidas de los medianos Sansones, malpagadas y desagraciadas de todo el mundo y prontas á morir en el camino ó en la calle, en la pelea ó en la posada. Ese es Don Quijote y con épica homérica seriedad le pone su creador el mote más honroso, el de *caballero de los Leones*. Poco importa ya cuanto venga después. Suceda lo que quiera, Don Quijote se ha puesto frente al león, le ha provocado, ha sido capaz de vencerle. El intento vale aquí más que el hecho. La idea ha tenido eficacia bastante para persuadir, para abrir un surco hondo en el ánimo de quien atento considera la hazaña.

Después de ser el caballero de los Leones, se puede ser todo lo demás sin desdoro.

Desde esta culminante escena, la fábula marcha cuesta abajo, por los senderos floridos, por los bosques umbrosos,

por los puertos rientes. Ya Don Quijote es cuanto puede ser en la vida. Ya sólo le falta, como á su autor, aquella sublime espiritualización que da la cercanía de la muerte.

Componer un libro con protagonista, si este es de la fuerza y valer de Don Quijote, viene á ser algo así como una lucha, semejante al amor ó á la guerra entre iguales, donde no se sabe quién vencerá á quién. En la primera parte, Don Quijote vencía á su autor, le dejaba con el ánimo rendido, suspenso. Miguel era ya en 1604 el primer ingenio de España, pero aún le quedaba por doblar la cumbre de los sesenta años, aún no había hecho el duro aprendizaje de la corte. Lo que en ella se adquiere de experiencia y de conocer á los hombres, cuando el aprendiz tiene sesenta años, ya no le sirve á él para nada, pero si tiene una pluma en la mano, sirve á la humanidad futura. Lo poco que sabemos acerca de nuestra estancia en el mundo y de los modos mejores de hacerla llevadera, es decir, lo que suelen llamar filosofía, lo hemos aprendido no en nuestros desengaños de jóvenes, sino en las desilusiones y desesperanzas de unos pocos viejos que han tenido la caridad de escribirlas para que de los escarmentados nacieran los avisados. Nada hay más hermoso ni más útil que un viejo con ilusiones, que es como decir un viejo mozo, un viejo alegre, un viejo resuelto, sagaz, simpático. Las ilusiones, las esperanzas, fueron el único caudal de Cervantes, pero de ellas era tan rico y opulento que pasó con ellas más allá de la muerte y con esperanzas é ilusiones murió, sin exclamar ni siquiera como el Justo: *Todo se ha consumado*.

En la primera parte, la fiereza y el brio con que van sucediéndose las aventuras y más aún, el miedo que su autor tenía de fatigar á sus lectores, cohiben un poco á Cervantes, Don Quijote se enseñorea de su autor como de sus leyentes: Don Quijote vuelve á su pueblo vencido, mas no convencido. En la segunda parte, Don Quijote se ha aventurado mucho ¿no lo notáis? Por él han pasado más años de los que transcurrieron entre la publicación del primer libro y la del segundo. Este segundo es un libro cien veces superior á todos los demás, ¿por qué? porque es un libro

cuyo principal asunto son desilusiones y desencantos de un viejo eternamente joven, es decir, lo más interesante é instructivo de cuanto escribirse puede. El primer *Quijote* no vale más que el primer *Fausto*, pero comparad las segundas partes de ambos poemas, y con ser esencialmente el mismo su pensamiento, notaréis al punto la seguridad con que Cervantes supo resolver todas las dificultades y rematar su obra de manera que á todos los tiempos y á todos los hombres dejase consolados, mientras que á Goethe le faltó en el momento más preciso la fortaleza y la confianza en su genio y lo echó todo á barato, creyendo deslumbrar á sus lectores con alardes de escenografía épica por él aprendidos en Italia. Comparad el frío que os queda en el corazón al terminar el segundo *Fausto* y la caliente, humana, melancólica emoción con que leéis el último capítulo del *Quijote*. La causa de esta diferencia es notoria, clara, y la dió aquel caballero francés que, hablando de Cervantes con el licenciado Márquez de Torres, le decía:—Si necesidad le ha de obligar á escribir, plega á Dios que nunca tenga abundancia.—Un hombre feliz, rico, dichoso, amado, como Goethe, un viejo pagano, clásicamente impasible como él, no puede escribir la segunda parte del *Quijote*; Goethe no posee el arte que á Cervantes le enseñó la vida suya, de convertir una lágrima y una mueca de dolor en sonrisa y una sonrisa en carcajada. No poseía el Gran Pagano el *quid* supremo del humorismo, expresión la más alta á que puede llegar el humano ingenio.

Además, Goethe no era católico, y Cervantes sí. A última hora, después de haber sufrido todas las desventuras, el viejo hidalgo cayó en la cuenta tristísima de que aún le quedaba por resolver el máximo problema, el del sentimiento: y á última hora se acogió á sagrado y puso la esperanza en lo incognoscible, ya que de lo conocido no podía fiarse. A esta última ilusión, ó á esta última esperanza, supo asirse en los trances postreros de su vida. Murió feliz, porque esperando murió. ¿Percibís la diferencia? Goethe hubiera desencantado á Dulcinea y hubiese llevado á Aldonza Lorenzo al pie del lecho mortuorio de Don Quijote, seguro de aquello que él mismo dijo:

La mozueta que, hecha un pingo,
barre el sábado mejor,
es la que con más amor
te acariciará el domingo.

A pesar de sus paganismos y de sus refinamientos, allegados en Italia, Goethe es un tudesco, á quien tal vez en una posada ó venta no hubiese detenido el hedor de Mariornes, mientras que Cervantes... ¡ah! Cervantes, el hidalgo español, es la más acabada representación de la finura humana, y su caballero, como dice un autor inglés, el prototipo del *gentleman* de todos los tiempos, sensible á la más leve indelicadeza.

Vedle así en casa del caballero del Verde Gabán: Don Quijote no está conforme, ni con el patriarcal régimen de vida que allí se lleva, ni con las relamidas razones y los cortesanos versos del hijo poeta que le ha salido al buen Don Diego; pero Don Quijote sabe contentar á padre é hijo, proceder con la más noble cortesía, ser superior á los mejores, más fino y delicado que quienes mayormente lo sean. El caballero del Verde Gabán se pasma al ver cómo un hombre tan loco cual hace falta estarlo para acometer la aventura de los leones, habla y obra bajo techado con tan refinada cortesanía. El caballero del Verde Gabán no comprende que de la hartura del corazón habla la boca. Vase Don Quijote, y aquella apañada, burguesa, tranquila y sosedadísima familia, se queda en profunda perplejidad. Lo que Don Diego de Miranda y su esposa Doña Cristina y su hijo Don Lorenzo sintieron y pensaron al partirse de allí Don Quijote, no lo dijo el autor, quien dejó tantos placeres y regalos á sus lectores cuantos cabos sueltos quedaron en su obra, pero cada cual puede imaginarse cómo al pasar Don Quijote por aquella casa honesta y recogida del discreto caballero, pasó con él la ilusión y la alegría heroica que sólo una vez nos visita en nuestras pobres soledades.

Tampoco Cervantes estaba conforme con el modelo de vida feliz ó de *aurea mediocritas* presentado en Don Diego y en la imagen horaciana de su casa solariega; pero el considerarlo así nos lo dejaba á nosotros. Torpe hace falta ser para pensar que tras la verdaderamente heroica proeza de

los leones, ponía la pintura del egoísta y confortable reposo de Don Diego para preferirle y presentarle como una perfecta condición de vida. Amaba Cervantes á Horacio el cuarentón, pero seguir, seguía, y admirar, admiraba á Homero, que tiene eternamente veinte años. Para que más se recalcase, á la visión de Horacio en casa del caballero del Verde Gabán, seguía una visión de Petronio ó de Rabelais en las bodas de Camacho.

Créese que este episodio lo compuso Cervantes sólo para Sancho: para que Sancho engulliese, trasegara, se ahitase y largase tres ó cuatro chistes entre cuatro ó seis regüeldos: ¡error indudable! En las bodas de Camacho habla poco y hace menos Don Quijote. El espectáculo de la abundancia grosera, de la felicidad material, no turba sus sentidos ni le hace proferir una sola palabra; pero en medio de tan carnal visión, que despierta en nuestra memoria los gratos recuerdos del Arcipreste de Hita y de su pantagruélica batalla de carnes y pescados, surge la desdicha amorosa con el suceso de Basilio el pobre, y allí todo se espiritualiza, y allí Don Quijote habla, y el autor siente y canta con igual simpatía el amor de Basilio y la generosidad de Camacho, como quiera que, al final de la vida, Cervantes se encuentra persuadido de que tan de estimar es un fino enamorado, pronto á matarse ó á morir por el amor, como un rico espléndido á quien no le duelen liberalidades.

No piensa entonces Cervantes ni lo mismo que Don Quijote ni lo mismo que Sancho, sino al par de los dos. El contraste va fundiéndose, la diferencia radical esfumándose, el autor haciéndose cargo de que una es la naturaleza humana, explicables todas sus contradicciones y conciliables sus antagonismos.

Antes que Kant y con mayor claridad que él ha visto el autor del *Quijote*, y humanamente ha pintado la diferencia entre el sentido común, consenso, universal ó conciencia inferior, llamado *razón práctica*, y la razón suprema, que está por cima de los hechos y es conciencia común á éstos y las ideas, la *razón pura*. Y antes que Kant y mejor que él ha resuelto y fundido humanamente la oposición, llegando á la identidad de los contrarios, á la armonía y síntesis

superior de la naturaleza humana, porque la compañía y el trato de Don Quijote, *razón pura*, llegan á ennoblecer y educar la rastrera razón práctica, el bajo sentido común de Sancho, y todo lector que no sea un belitre percibe cómo van armonizándose los sentimientos y las ideas del amo y del mozo, subiendo éste algo, bajando aquél un poquillo, hasta ser uno los dos espíritus. Nótase, con esto, cómo los disparates de Sancho en su grosería y las sinrazones de Don Quijote en su inaccesible sublimidad, van trocándose en discurso razonable, humano y proporcionado. Se entrevé aquí el vislumbre de un sistema de régimen y educación social del escudero por el caballero y viceversa, que ya tenía sus raíces en muchos libros medioevales, como los de D. Juan Manuel. Cree Cervantes en los superhombres como Don Quijote y el licenciado Vidriera, pero más racional y más bueno que Nietzsche, no los separa del vulgo, ni los hace despreciarle y zaherirle, sino que los aproxima á él, y con ello da un alto ejemplo de filosofía. No conocía el benigno Miguel esas petulancias y odiosas palabras despreciativas del literaturismo reciente hacia la gente humilde: para él no había *burgueses*, *filisteos* ni *vulgo*, en el mal sentido del vocablo.

Pero el libro de caballerías sigue adelante y á la poderosa inhalación de realidad prosáica que los dos héroes acaban de recibir, es menester que suceda algo tan disparatado, increíble y fantástico cual el relato de la cueva de Montesinos. Aquí surge un nuevo ligamen secreto entre Don Quijote y Sancho, ya unidos irremisiblemente por el encanto de Dulcinea. Movido quizás por la socarronería del primo del licenciado, de aquel estudiante que acompaña á señor y escudero en la excursión á la cueva y cuya presencia y palabras perturban y desasosiegan á los dos, no acostumbrados á que nadie se entremezcle en sus coloquios y aventuras, Sancho no cree nada de cuanto Don Quijote ha dicho ver en la cueva de Montesinos. Por su parte, Don Quijote no está muy seguro tampoco de que todo ello no haya sido una pesadilla suya: y esta admirable, esta soberbia dubitación, de tanto valor clínico, le coloca á Don Quijote en el caso terrible de un amo que, por algún estilo, es

inferior á su escudero y ha de vivir, en cierto modo, atenido y sujeto á su misericordia y bondad. Así tal vez en la vida nuestros mejores intentos se malogran por una nonada que amarra nuestra existencia á la de un ser que vale menos que nosotros y nos agua las fiestas y nos apaga los entusiasmos. ¡Cuántas veces no se halló Cervantes en esta misma situación!

Pocos pasos después, aparece la misteriosa, la épica, la formidable figura de Maese Pedro, á quien Cervantes amaba como á una de sus más bellas creaciones: y para que sea aún más interesante, Maese Pedro lleva consigo á su enigmático mono, cuyas muecas y brincos nos causan tan profunda é inquietante impresión como los saltos y ladridos del perro Montiel en el *Coloquio de Cipión y Berganza*. Nadie mejor que Cervantes ha logrado soliviantar el ánimo de sus leyentes sacando de la inagotable realidad estos animales dotados de inteligencia, que nos paran pensativos y soñadores. Con pena se despide el gran creador de la hermosa figura de Maese Pedro, jurándose continuar con más espacio sus fechorías. Pasa, tras esto, la aventura del barco encantado y cuando ya el bobo lector puede creer que la corriente de sus sucesos va á arrastrar á Don Quijote como á tantos personajes de la novela escrita y de la vivida, el encuentro del andante hidalgo con la duquesa introduce al amo y al mozo en un nuevo y desconocido mundo.

Los veintisiete capítulos que tratan de las aventuras de Don Quijote en el palacio de los duques son considerados por muchos como lo mejor de la fábula. Cervantes puso en ellos las más graciosas aventuras, los más variados incidentes, todo cuanto podía hacer por animar la narración.

En ellos el lenguaje se ennoblece, el diálogo es más vivo que nunca, la descripción más rápida y sintética. Nada hay que no pudiera haber ocurrido, ya en el castillo de Pedrola, donde habitaban los duques de Villahermosa, condes de Ribagorza, señores de la casa real de Aragón, ya en cualquier otra mansión señorial, como la que el privado Felipe III poseía en Lerma y otros nobles y grandes señores en diferentes lugares. Todo pudo pasar tal como se cuenta y todo pudo crear en la mente de Don Quijote nuevas ilusio-

nes que renovasen y agravasen el empeño y creencia de sus caballerías. Los sucesos van hilvanándose, de suerte que amo y mozo se vean envueltos en la ficción y á ella sometidos y con ellos el lector, quien tampoco discierne dónde empieza la comedia y dónde la realidad, como en ésta ocurre á menudo.

Hay en estos capítulos un equilibrio inestable de razón y locura, de lógica y desvarío, que es, á no dudar, el gran secreto de la vida humana, el que sólo Cervantes y otros pocos filósofos como él poseyeron. La bienhechora idealidad de Don *Quijote* iba poco á poco infiltrándose en los ánimos más duros, primero en el del simple y bueno Sancho, después en los de las gentes sencillas del pueblo con quien ha tratado hasta entonces: sólo en el palacio de los duques, donde residen personajes de la más elevada sociedad española, aun cuando en algunos momentos parezcan el duque y la duquesa tomarle en serio, la verdad es que desde el principio hasta el fin, se le considera como á un loco, bueno para divertirse con él. Sólo en aquellas almas cortesanas, habituadas al fingimiento y á la mentira, no hay un poco de compasión para el caballero del Ideal. Sólo allí se burlan de él y no le comprenden. ¡Oh, bien sabía Cervantes y bien conocía lo que eran los señores cortesanos, como el duque de Béjar, el conde de Saldaña y acaso algunos otros á quienes se había dirigido demandando protección!

Las nobilísimas, las delicadísimas palabras y las caballerescas acciones del Ingenioso hidalgo manchego, tal vez Miguel se las representaba como suyas para el caso de verse en aquella abundancia y nobleza: y quizás, desengañado y convencido por fin de que nada podía esperarse de la altanera, desconsiderada, frívola, ignorante y burlona aristocracia de su tiempo, ó quizás sin querer, dejando volar la pluma, hacía salir del castillo á Don Quijote, pasadas todas las aventuras y desventuras que en él acontecieron, como hacía salir de la ínsula Barataria á Sancho el grande y el bueno, sin que en las volubles é inconscientes almas del duque, de la duquesa ni de sus criados, quedase una suave memoria de las discretas locuras del caballero andante ni de las humanas simplezas del escudero. Cuantos, antes y

después que los duques, habían tratado á Don Quijote, al despedirse de él le querían ó le admiraban ó cuando menos se compadecían de sus desvaríos y recordaban sus razonables discursos y alababan sus loables propósitos y sus sinceros y honrados sentimientos. Nadie, ni siquiera Ginés de Pasamonte, habiendo hecho daño, molestado ó perjudicado una vez al buen caballero, se sentía capaz de segundar en sus malos procederés. Solamente los poderosos duques habían de ser tan inhumanos, que al volver el pobre caballero, vencido, de Barcelona, aún le preparasen una siniestra y ridícula mascarada sin gusto ni arte, como broma refrita y manida que de las que anteriormente imaginaron les sobró, cual es la de la muerte de Altisidora.

Mentira parece que haya habido quien califique á los duques de muy discretos y delicados y no advierta que precisamente ellos son los únicos indelicados, groseros y torpes con el Caballero, cuyas palabras habían bastado para urbanizar y acortésanar á pastores y aldeanos y para levantar á lo sublime el bajuno y villano carácter de Sancho Panza. En el palacio de los duques, el verdadero duque, el gran señor, el digno de ser respetado y servido es Don Quijote. ¿No os hace pensar algo el hecho de que á Don Quijote le entendieran y le estimaran los cabreros y no le conociesen ni le comprendieran los señores de alta sociedad? ¿No recordáis que Jesucristo nunca entró en ningún palacio y que le amaban solamente y le seguían los pescadores y las mozas de cántaro y las del partido? Vano es—Don Quijote lo acredita en esos veintisiete capítulos magistrales—llevar un ideal arrastrando por las aulas regias, implorando la protección de quien nunca le vió á la necesidad el feo rostro. No se predicán ideales ni se prometen edades de oro bajo techos de artesón, ante mesas ricas, so bordados reposteros, ni el predicador eficaz se sentó nunca en sillones muelles de terciopelo blasonado. Las ideas grandes requieren ser lanzadas con el cielo sobre la cabeza, con una piedra por púlpito ó por asiento, con un árbol por dosel, teniendo por oyentes hombres y mujeres á quienes el sol tostó las faces y la doblez no les arrugó los corazones. ¿Qué sabían ni qué entendían de estas cosas el duque y la duquesa?

Alegre por demás sacaba á Don Quijote su autor, del palacio ó castillo de los duques y le volvía á poner en el camino.

En la lucha perdurable, una vez más el camino había vencido á la casa. Tornaba á sus andanzas el caballero y por si no era bastante claro todo lo anterior, tropezaba con el valiente, discreto y generoso bandido Roque Guinart, ó Pedro de la Roca Guinarda, tatarabuelo de Carlos Moor y de los ladrones generosos de Schiller y de toda la caterva y numerosísima familia de estos grandes arregladores de la sociedad injusta y parcial. Después de Don Quijote, no hay en todo el libro personaje más simpático, más humano, con más claro concepto de la vida que este buen bandido Roque Guinart, en quien Cervantes ve, como ha visto siempre en los de su laya todo sagaz pensador, no otra cosa que un hombre resuelto encargado de compensar á su manera las irritantes injusticias y de reparar con el atropello brutal los nefastos errores y crímenes de una sociedad que se empequeñece, se acoquina y se adapta gustosa y cobarde á un régimen de caciquismo y de favoritismo, como el que entonces nos aquejaba ya y del cual aún no hemos podido librarnos.

Roque Guinart es el reverso y el contrapeso del Duque de Lerma: no hubiera existido Roque sin el duque. Vienen á veces en la historia rachas como esta, en que al bandidaje de las alturas responde otro esparcido con abundancia por los campos y que sólo á los directamente perjudicados por él inspira odio y repugnancia. Nadie aborrecía á Roque Guinart como nadie odió á los Siete niños de Écija ni á José María. El sentimiento ó el presentimiento de una justicia superior á la prostituída y corrompida en manos de jueces venales y de escribanos ladrones ha existido siempre en el pueblo. Tal sentimiento dictó las páginas en que Cervantes habla de Roque Guinart con tanta admiración como cariño. Las memorias de su juventud y de la vida libre de Italia regocijaban y refrescaban la mente del anciano escritor al pintar una vida envidiable como la de Roque Guinart: libertad con riesgo, con grandeza y bravura, era lo más estimable en el mundo. Obsérvese cuán finamente, cuán honda-

mente nota el autor del *Quijote*, el soldado de Lepanto, cómo el heroísmo español ha ido á refugiarse en las sierras fragosas y anida en los corazones de los bandidos, porque ya hace tiempo que le arrojaron de la corte. Roque Guinart es el primero de todos los capitanes de ladrones que reemplazan en la realidad y en la poesía épica popular á los antiguos capitanes de soldados: es un descendiente de don Juan y de D. Alvaro, de D. Lope de Figueroa y de D. Manuel de León. Llevadle á América y no se llamará Roque Guinart, sino Francisco Pizarro. La vida aventurera de Roque entusiasma al escritor hundido en las plebeyías y estrecheces de su *antigua y lóbrega posada*, piso bajo de la calle del León. Con esa vida sueña y no con la regalona medianía de D. Diego de Miranda.

Por desgracia, el tiempo de los heroísmos ha pasado. Es menester que el caballero de los Leones sea vencido y que su vencimiento llegue en solemne ocasión, de modo que no vuelva á erguir la altiva cabeza. Para ello elige Cervantes á Barcelona, la hermosa, la noble, la valiente, la rica. La alegría que en ella reina es el mejor fondo para «la aventura que más pesadumbre dió á Don Quijote de cuantas hasta entonces le habían sucedido». Leamos y releamos esta aventura y no dejaremos de caer en la cuenta en que modernamente se ha caído del profundo simbolismo que encierran todas sus partes y sobre todo, las tristes, las dolientes, las desmayadas y flacas palabras del desfallecido y derrotado caballero. Aquí puso Cervantes lo mejor de su corazón, aquí sacó el dón de lágrimas que poseía como pocos escritores de los nuestros. ¡Quién no se siente conmovido al ver derrumbarse en este caso el castillo interior, el ensoñado alcázar de las ilusiones de Don Quijote y no se compadece de él y de su pobre caballo, cuya flaqueza tiene algo de humana debilidad! ¿Quién no llora leyendo la cerdosa aventura que le aconteció á Don Quijote para colmo de humillación y de bajeza? ¿Y á quién no saca por última vez de la melancolía, por tales sucesos provocada, el ver cómo Don Quijote, al igual de su autor, sabía sacar nuevas ilusiones y esperanzas nuevas de las cenizas de las que acababan de hundírsele y quemársele y, no repuesto aún del amargor

de su vencimiento, soñaba con entregarse á la dulce vida pastoril y al cultivo de la apacible poesía de los campos, como quien sabe ya por sangrienta experiencia que en los campos encuentra la verdad quien la busca ó la piadosa mentira quien de la verdad está desengañado?

Llegan, por fin, Don Quijote y Sancho á su pueblo, abatidos, derrotados, pero alegres con la resolución bucólica que toman. Una liebre cruza el camino, perros la siguen: mal agüero es aquel. Unos muchachos pronuncian al descuido algunas palabras que misteriosamente pueden ser interpretadas. A Don Quijote le recorre el cuerpo un escalofrío de terror.

Don Quijote entra en su casa, cae malo, vuelve á la razón, muere. Una imponderable y grandísima pena inunda nuestro ánimo. Lloramos la muerte de Don Quijote y el renacer de Alonso Quijano el bueno: nos apesadumbra no tanto el que Don Quijote muera como el que muera convencido de que antes había estado loco. Nos parece un nuevo engaño su desengaño, una nueva ilusión la pérdida de todas sus ilusiones: y viéndole morir y oyendo sus palabras, á las que ningunas otras igualan en grandeza y sencillez, á no ser las del Evangelio, pensamos todos en nuestra muerte y recorreremos nuestra vida y reconocemos nuestro error, y tememos que aún nos queden nuevos retoños de ilusiones en el alma, los cuales, con acerbo dolor nuestro, han de ser arrancados ó destruídos.

A este íntimo arrancamiento de todo nuestro sér que la muerte de Don Quijote nos causa, no ha llegado ningún otro escritor conocido. Aquí Homero cede, calla Dante, Goethe se esconde avergonzado en su clásico egoísmo. Sólo Shakespeare puede mirar con ojos serenos esta gloria superior á las demás humanas, porque sólo él, como Cervantes, supo convertir una lágrima en sonrisa y una sonrisa en carcajada, y al final, trocar la carcajada en sonrisa y hacer que la sonrisa vuelva á ser sollozo.

Y Cervantes, luego que tal hizo, como Dios, *vió que era bueno*.

Así es como, según mi humilde entender, se hizo *El Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

La criminalidad y la penalidad en el "Quijote,,.

Por Rafael Salillas.



La criminalidad y la penalidad en el "Quijote,"

SEÑORAS Y SEÑORES:

En la cuarta edición italiana de la famosa obra del insigne Profesor César Lombroso, se dice en una advertencia lo que voy á leer: «Salillas (*La antropología en el derecho penal*, Madrid, 1888) demuestra que ya en el siglo xvi, Chaves, en la *Relación de la cárcel de Sevilla*, había observado los caracteres encontrados por mí en los criminales: religiosidad, vanidad, insensibilidad, jerga, tatuaje, etc., y también Mateo Alemán, en las *Aventuras y vida de Guzmán de Alfarache*.»

Hago esta cita, como toda persona discreta lo comprenderá seguramente, no por llamar la atención hacia mi modesta personalidad, que procuro que esté ausente en toda ocasión en que no sea imprescindible responder con acto de presencia, sino para enfocar el asunto y advertir que en el desarrollo del tema que me ha señalado el ilustre Presidente de la Sección de Literatura de este Ateneo, no vengo, como puede ocurrir en esta clase de conmemoraciones, con ideas y estudios improvisados, sino con investigaciones y convencimientos que por espontánea motivación surgieron hace muchos años y que la actualidad los resucita en momento oportuno.

Tan es exacto lo que consigna el Profesor Lombroso, que algún tiempo después, en la *Revista de Jurisprudencia y Legislación*, volví más ordenadamente sobre el asunto

para especificar en particulares enunciados *Los caracteres de los delincuentes, según el Licenciado Chaves*.

No era este merísimo abogado, que ejerció su profesión en Sevilla en asuntos criminales—y seguramente también en los civiles, aunque de esto no hace mención—en los tiempos en que tuvieron que ser inquilinos de aquella famosa cárcel Cervantes y Mateo Alemán; no era, vuelvo á repetir, un espíritu científico, sino simplemente un espíritu curioso, pero con ello basta para fijar algunos particulares que la ciencia recogerá en su día como observación y como cotejo, y, sobre todo, testimonia la atención de un hombre que no siguió descuidada y egoístamente el rumbo de su vida, como la inmensa mayoría de los profesionales suelen hacer, sino que dejó una estela de realidad, que es enseñanza para los que en generaciones sucesivas han de seguir los mismos pasos.

De sus observaciones se desprende una primera revelación del tipo criminal, caracterizado sobre todo en el tipo matonesco de la delincuencia asociada, de la *germania*, y en ese tipo, en el *valiente*, se señalan todos los caracteres á que Lombroso alude, aunque será conveniente distinguir los que corresponden á exclusivas propensiones individuales y los que dimanán del influjo del medio, que se revela muy salientemente—y éste tal vez sea el mayor mérito de la obra de Chaves—creando caracteres que son debidos á las tendencias y propensiones de la colectividad, que de este modo es moldeadora de los individuos.

La insensibilidad, por ejemplo, sería en algunos individuos condición meramente orgánica, pero en los otros respondía á un imperativo de la sociedad á que pertenecían. Al someter á los procesados á la prueba del tormento, entre los presos de la cárcel de Sevilla, muy principalmente entre los *agermanados*, se producía una gran expectación, no para dolerse de la escena inhumana, no para sentir encogido el corazón con los cruentos dolores que experimentaba el compañero, sino para saber si éste se había mantenido mudo resistiendo las violencias judiciales. Al que así lo hacía, al que resistía el dolor y no declaraba, lo recibían muy alegremente, con sábanas rociadas con vino, con vigüelas y

con panderetas, concediéndole así los honores del vencedor. Por el contrario, al que confesaba lo llamaban *músico*, lo desdeñaban, lo repudiaban y se tenía que acomodar con la peor gente de la prisión.

Con igual motivo que Garofalo, mantenedor *contro lo corrente* de la pena capital, atenúa los rigores de su sistema considerando que la frecuencia de las ejecuciones *endurece el corazón del pueblo*, se puede decir que la justicia con sus rigores inquisitivos *endureció la sensibilidad de los delinquentes*, y el caso está muy de manifiesto en lo que cuenta Chaves, dándonos un testimonio de insensibilidad que, sin ser medida con escala y por procederes eléctricos, como ahora se hace, tiene toda la máxima significación de un verdadero experimento.

«Vide una vez salir dos heridos, uno de cada parte: subiéronlos á la enfermería, lugar acomodado para todos los que se han de curar; y estando curando á uno dellos, *que le cabía la mano del cirujano por la herida que tenía por los riñones*, le rogaba que se estuviese quedo para sacarle los cuajos de sangre; el cual estaba contando la historia á otros desalmados, envolviendo su cuento con mil gentilidades y blasfemias; jurando que «aquel que estaba allí, su contrario, era honrado, y tenía amigos que como pudieron le dieron á él su pago». E importunándole todavía que se estuviese quedo, decía: «Déjeme todo hombre, y vuarcéd tape eso ahí como con algo.» Esto decía al barbero á cada importunación; y llegando un escribano á hacer esta averiguación, mandándole poner la mano en la cruz y que jurase y dijese quién le hirió y por qué, huyó la mano y respondió que «¿para qué se metía en aquello, y que si lo había él llamado?, que él no sabía si estaba herido ó no», y replicando el escribano que ¿cómo decía que no estaba herido, viendo él que lo estaba? A lo cual replicó el herido: «Pues yo no veo la herida. Si vuesa-erced la vé, ponga ahí que vido una herida en un hombre que no tiene la justicia que ver con él, porque es galeote de S. M.» Y dejando á éste se fué el escribano á el otro herido, el cual, *como supiese menos de germania*, puso la mano en la cruz, queriendo declarar; y atajólo otro hombre de buena vida, diciéndole *que perdía*

punto en aquello. Y así no quiso declarar, y díjole al escribano: «Vaya vuesa-erced con Dios, que lo que dijo ese hombre que está herido, digo yo.» Y no duraron veinte y cuatro horas vivos.»

Igual influjo se manifiesta en los procederes judiciales en cuanto concierne á una de las manifestaciones de la vanidad, resultando que el sentenciado á la pena de muerte, ofrecido por la justicia en espectáculo á la multitud con el fin de obtener efectos ejemplares, se presentaba no como arrepentido y pesaroso sino como héroe, aún más que por su propia voluntad y firmeza, por dar á los suyos una prueba que los dejara satisfechos. «Vuesa-erced tenga la muerte como ha tenido la vida—le dicen sus amigos al condenado á morir,—pues ninguno se la ha hecho que no se la pagase; y lleve buen ánimo; y cuando saliere, si lloraran las presas no las vuelva el rostro, ni sea predicador en el sitio desta desgracia, pues es hijo de Sevilla, y no ha de mostrar punto de cobardía.»

Así dice Chaves que «cuando van á morir les parece que van de boda», advirtiéndole que algunos «haciendo de las tripas corazón, muestran llevar mucho ánimo; y hacen demostraciones y visajes de bravos, casi dando á entender que no sienten la muerte y que la tienen en poco».

Volviendo á nuestra primera afirmación, puede decirse que la Antropología criminal, no como ciencia, no como resultante de una dirección y un procedimiento científicos, sino por observación atenta de la vida carcelaria y de los tipos delincuentes, asomó de un modo definido en el siglo xvi en la *Relación de la Cárcel de Sevilla* del Licenciado Chaves, y asomó aun más particularmente, con orientaciones que se aproximan á las de la ciencia actual, en la segunda novela picaresca, cuyo cuadro es de gran amplitud, sociológica y criminológicamente, en la obra de Mateo Alemán, *Aventuras y vida de Guzmán de Alfarache*, también mencionada por Lombroso.

Y para afirmararlo tengo algún motivo, que lo voy á exponer aludiendo de nuevo y necesariamente á mi persona.

Cuando las circunstancias de mi vida me llevaron á servir un destino administrativo en la Dirección general de

Establecimientos Penales, aspiré, en consonancia con los propios impulsos de mi educación científica, á orientarme en los rumbos de la ciencia penitenciaria y estudiando de primera intención en lo nuestro, busqué en nuestra gran novela las indicaciones referentes á nuestras cárceles y á nuestra penalidad, é inquiriendo y recogiendo esta clase de pormenores sentí un influjo, que ha causado un poderoso efecto en la manera de pensar que me distingue; sentí que en aquella novela estaba el contenido de algo que no sabía definir pero que me lo asimilé y lo traduje en mi primera obra, *La vida penal en España*, que, hallándose en curso de publicación en una Revista, fué motivo para que Lombroso en el *Archivo de Psiquiatria*, etc., escribiese una nota diciendo que en España había aparecido un verdadero Marro (que es el autor de *I caratteri dei delinquenti*); y cuando lo supe, me quedé grandemente sorprendido, porque en aquella ocasión ignoraba en absoluto la existencia de la Antropología criminal y me puse á estudiarla con ahinco percatándome de su técnica, de su método y de sus observaciones; pero para volver de nuevo á mi enlace intelectual con la novela picaresca, que es la motivadora de las originalidades que puedan existir en mis escritos, y que de ella deriva inmediatamente mi libro *Hampa* y la teoría que tengo del delito, formulada primeramente como bio-sociología en la *Teoría Básica*.

Y esta singularidad en las manifestaciones ostensibles de la obra de Chaves concerniente á la cárcel de Sevilla, y en la de Mateo Alemán, que también tomó asunto é incentivo en esa misma cárcel, no es impertinente al tema que me toca desenvolver y á las consideraciones que estoy haciendo, porque también en esa cárcel, según lo testimonia el genial autor del *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*, tiene su acta de nacimiento nuestra gran novela, y justo es referirla en alguna parte, tal vez de mucha consideración, al mismo influjo que determinó la de Mateo Alemán, hecho desconocido en absoluto hasta el presente por los cervantistas españoles, pero valorado ya por alguno de los hispanófilos extranjeros que más cuidadosamente que la mayoría de nuestros investigadores, se afanan por

descubrir el sentido íntimo de esa nuestra gran modalidad literaria.

Dice á este propósito el holandés F. de Haan, profesor en el Bryn Maw College (Pensylvania):

«Una de las mayores glorias literarias de España, y acaso, ó sin acaso, la más duradera, es la de haber hallado en la novela la verdadera forma de la epopeya de la vida humana. Si es lícito juzgar del valor de las obras por la influencia que hayan ejercido sobre la literatura del mundo, ya que de las españolas solo la novela ha dejado una huella imborrable, á ella corresponde el puesto preferente en la historia de la literatura española.

»Y en diciendo novela, no se debe pensar, en primer lugar, en la inimitada é inimitable obra de Cervantes, sino en la novela picaresca, que también «se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento, y donde todo triste ruido hace su habitación», como que se inspiró en la miseria y el desengaño de la realidad de la vida.»

Con decir esto no se expresa el verdadero sentido de la novela picaresca bien manifiesto en su mismo asunto, que acusa siempre una finalidad emanada de la consideración de nuestros mismos defectos sociales. En el *Lazarillo de Tormes* se advierte constantemente y como asunto del que la novela no se aparta, una consideración que es análoga á la de un estudio sociológico, porque lo que allí se manifiesta de diversos modos, es el hambre nacional enlazada en el personaje más sintético y admirable de la obra, con los «humos de hidalguía». En *Guzmán de Alfarache*, se definen los procedimientos nacidos de nuestra propia constitución, toda vez que se afirma axiomáticamente que «pobreza y picardía salieron de una misma cantera» y es la novela una catalogación y una consideración filosófica y sociológica de las diferentes maneras de engaño y de los innumerables procederes engañosos que se descubren en el modo de vivir de aquel entonces. Registraríamos este mismo sentido tendencioso en los novelistas posteriores hasta Afan de Rivera, quien encontró asunto no manoseado para presentar la mogigatería en su *Virtud al uso y mística á la moda*.

Pero aun más que á todo esto, nos debemos atener á la

primera afirmación, la de que en nuestra gran novela hay algo coincidente con el espíritu científico de las ciencias, con las que le hemos señalado analogía, porque esta clase de ciencias no surgen de la simple curiosidad investigadora, aunque de ello haya precedentes en algunas modalidades, sino de ciertas grandes conmociones despertadoras del ideal. Por eso en la evolución de la escuela psiquiátrica francesa, van unidamente el espíritu filantrópico y el científico. Pinel, siente en sí los alientos regeneradores de la revolución francesa, é impresionado por el espectáculo de los locos en Bicetre y conocedor de los procederes que en el manicomio de Zaragoza se seguían, formula su ideal en la gran aspiración de «elear al loco á la dignidad de enfermo». Morel, que viene algo más tarde, después de Esquirol y de Falret, y que no era un revolucionario, sino al revés, un espíritu profundamente religioso y á la vez profundamente científico, al dar la fórmula de la degeneración, que es la que la ciencia moderna sigue desarrollando, se inspiró en el ideal del «mejoramiento intelectual, físico y moral de la especie humana». En el mismo Lombroso actúa tan poderosamente el método científico como la filantropía, y su fin es grandemente regenerador, é inadvertidamente lo inspiran ideas como la del *pecado original* según se repara al advertir su concepto del niño que lo reputa asimilable al delincuente nato y al loco moral, y por esta afinidad con la doctrina teológica de la *concupiscentia antecedens*, el abate De Baets, acepta las soluciones y doctrinas de la escuela italiana. Pues ese mismo sentido regenerador palpita de algún modo en la novela picaresca, y bien terminante es la declaración de Mateo Alemán en *Guzmán de Alfarache*: «Como el fin que persigo es hacer un hombre perfecto, siempre que hallo piedras para el edificio, las voy amontonando.»

Mateo Alemán, según mis presunciones, es en algunas cosas inspirador y maestro de Cervantes, de igual manera que la influencia del Licenciado Chaves, también se deja conocer grandemente en Mateo Alemán.

Sin embargo, el temperamento literario de Cervantes, y su mismo carácter, son bien distintos de las mismas condi-

cionalidades en el autor de *Atalaya de la vida humana*. Cervantes no aborda el asunto criminológico de un modo especial, más que en *Rinconete y Cortadillo*, obra tan admirable, que puede figurar en una biblioteca y en una cátedra de Criminología. Es un estudio bien particularizado de la asociación delincuente. Lo aborda también, pero de otro modo, fragmentariamente y unido á particulares de diferente índole, en el *Coloquio de los perros*, donde estudia con minuciosidad y acierto el tipo de jifero ó matarife, «robusto, doblado y colérico», que «con la misma facilidad matan á un hombre, que á una vaca; por quítame allá esa paja, á dos por tres, meten un cuchillo de cachas amarillas por la barriga de una persona, como si acocotasen un toro: por maravilla se pasa día sin pendencias y sin heridos, y á veces sin muertos: todos se pican de valientes, y aún tienen sus puntas de rufianes: no hay ninguno que no tenga su ángel de guarda en la plaza de San Francisco, granjeado con lomos y lenguas de vaca; finalmente, oí decir á un hombre discreto, que tres cosas tenía el rey por ganar en Sevilla: la calle de la Caza, la Costanilla y el Matadero». En el *Licenciado Vidriera* sigue también el régimen alemanesco para definir una serie de tipos sociales, característicos de aquella sociedad, y por último, en *La ilustre fregona*, estudia singularmente la propensión nacional al nomadismo, á la vida errante, al *desgarre*, y nos describe á maravilla un lugar truhanesco, las famosas almadrabas de Zahara con «la suciedad limpia, la gordura rolliza, la hambre pronta, la hartura abundante, sin disfraz el vicio, el juego siempre, las pendencias por momentos, las muertes por puntos.....» En *Pedro de Urdemalas*, obra escénica que es una derivación del asunto de la jácara, de los romances de germanía, se inicia por primera vez el asunto gitano que ha de tener más tarde espléndido desenvolvimiento en la *Jitanilla*, donde el tipo gitano, como delincuente nato, con tendencias delincuentes absolutamente propias de su manera de ser y de su origen, aparece inequívocamente descrito. «Parece que los jitanos y jitanas *solamente nacieron* en el mundo *para ser ladrones: nacen* de padres *ladrones*, crianse con ladrones, estudian para ladrones y finalmente, salen

con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar, son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte.» Más caracteres nativos ni mayor afirmación de tales caracteres, no la daría ni el mismo Lombroso, definidor del delincuente nato, aunque el bautismo con este nombre le corresponde á Ferri.

Afine al tipo de gitano es Ginés de Pasamonte, «el cual—según se dice en el capítulo XXX, cuando Sancho tiene la fortuna de recobrar su jumento—por no ser conocido y por vender el asno, se había puesto un traje de jitano, cuya lengua y otras muchas sabía muy bien hablar como si fueran naturales suyas». El nombre de Pasamonte es simbólico (*Pasa-monte*) y alusivo á la vida errante propia de cierta clase de delincuentes y de los gitanos. Corresponde esa concepción á un apodamiento jergal con que actualmente se denomina á los quinquilleros, y así lo consigné en mi libro *Hampa* en la página 201. Ignoraba entonces el origen de la denominación de *anda-rios*, que es el calificativo á que aludo, pero era ya conocida en tiempo de Cervantes, consignándola *Pedro de Urdemalas* cuando dice «y *anda-rios* bulliciosos». Entre Pasamonte y *anda-rios* existe evidentemente una concordancia de significación, que alude á un mismo género de vida. Tal vez Ginés de Pasamonte no sea en absoluto un personaje inventado. El rasgo descriptivo que lo singulariza parece indicador de un conocimiento personal: «Un hombre de muy buen parecer, de edad de treinta años, sino que al mirar metía el un ojo en el otro.» La particularidad de ese estravismo convergente indica una observación directa. Fuera de esto, lo que verdaderamente simboliza el personaje es la novela picaresca escrita autobiográficamente, como lo está la de *Guzmán de Alfarache*. Al preguntarle Don Quijote si es tan bueno el libro que escribió y que dejó empeñado «en la cárcel en doscientos reales», le contesta aludiendo á la misma novela nacional. «Es tan bueno, respondió Ginés, que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito ó escribieren: lo que sé decir á voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y donosas, que no puede

haber mentiras que se les igualen.» La novela picaresca se podría definir de este modo.

Es más, la relación de los delitos que hacen los galeotes, refleja siempre el modo picaresco: «Aunque llevamos aquí el registro y la fe de las sentencias de cada uno destes malaventurados, no es tiempo este de detenernos á sacarlas ni á leellas: vuestra merced llegue, y se lo pregunte á ellos mismos, que ellos lo dirán si quisieren, que sí querrán, porque es gente que recibe gusto de hacer y decir bellaquerías.» Y lo dicen á lo ingenioso y lo bellaco, llamándose enamorado, por no decir ladrón, el que quiso «tanto á una canasta de colar, atestada de ropa blanca, que la abracé conmigo tan fuertemente, que á no quitármela la justicia por fuerza, aún hasta ahora no la hubiera dejado de mi voluntad», y diciendo el que por violador iba que «me burlé demasiadamente con dos primas hermanas mías, y con otras dos hermanas que no lo eran mías», resultando «de la burla crecer la parentela tan intrincadamente, que no hay sumista que la declare». El elogio que Don Quijote hace de la alcagüetería, es un divertimento picaresco, y todo lo demás, incluso lo del cuatrero que iba á las galeras por *canario*, por cantar en el *ansia*, por declarar en el tormento, y también el que dice que va por cinco años á las señoras *gurapas* (galeras) por faltarle diez ducados «que á tenerlos oportunamente hubiera untado con ellos la péndola del escribano, y avivado el ingenio del procurador».

Mateo Alemán era mucho menos artista que Cervantes, pero mucho más filósofo y pensador, y su pensamiento aparece condensado en la contemplación y análisis de los vicios constituyentes de la sociedad de su tiempo, y la sociedad es su asunto, lo que prestigia su obra con enseñanzas que se pueden incorporar muy cumplidamente á ciertos particulares de la sociología y de la criminología.

Procede conforme á un método de toda actualidad, pues estudia de primera intención el individuo y el medio, los dos factores necesarios para formar idea de las condicionales y motivaciones de la vida. Estudia, casi á la manera antropológica, su propia genealogía y lo justifica al decir que «no guardando mis faltas, mejor descubriré las ajenas»,

y si descubre las infamias de su propio padre las atenúa con la consideración de «que cuando todo corra turbio, iba mi padre con el hilo de la gente, y no fué solo el que pecó». Registrando una á una todas las capas sociales, hace una detallada investigación de tipos y procederes y tratándose de una genealogía delincuente y de un primer origen delincuente porque «el primero padre fué alevoso, la primera madre mentirosa y el primer hijo traidor y fratricida», el tipo delincuente, con la asociación delincuente y las diferentes maneras de delinquir, el estudio de la cárcel, de los tránsitos de justicia y de las galeras, destaca en la obra, especializándola inequívocamente en este sentido.

Por eso Mateo Alemán ha sido el maestro de todos nuestros novelistas de la novela picaresca posteriores á él, y el mismo Quevedo no resulta original en la famosa y escuálida figura del Dómine Cabra, pues la tomó evidentemente de la parte II, libro III, capítulo IV de *Guzmán de Alfarache*, donde aparece por primera vez en el pupilero que tuvo en Alcalá de Henares, viniendo en tal estrechez alimenticia «que había estudiante de nosotros que se le conocían ahilársese los excrementos en el estómago».

Pero el estudio de la gran obra de Mateo Alemán no es lo que aquí me trae, y por otro lado esa obra merece mucha mayor consideración que la que de pasada se le podría conceder. Surge por constituir un evidente influjo en la misma obra de Cervantes, que separadamente conviene estudiar con precisión y como asunto único, y surge, además, por la coincidencia de que este autor, lo mismo que Cervantes, recibió inspiraciones en la cárcel de Sevilla, que es una de las madres más notorias de la novela picaresca, que en la copulación de *Don Quijote de la Mancha* ejerció tan poderoso influjo, y por esto y por el sentido de crítica social de la novela á que aludimos, y su fondo antropológico, psicológico, criminológico y penitenciario, bueno será que el escenario de esa cárcel nos sirva para desenvolver la parte principal de nuestro tema, al que nos vamos á ceñir en absoluto.

No obstante, conviene una preparación. Si la novela genuinamente española se caracteriza por la significación de tipos españoles y estos tipos constituyen una síntesis por

superposición y acomodamiento de caracteres comunes, es conveniente hacerlos destacar como destacan en las concepciones generales. La ciencia, por el procedimiento á que acabamos de aludir, es formadora de esa clase de tipos conforme al asunto que cada ciencia desenvuelve, y por análogas determinantes, también es formadora de esos tipos la opinión. Mateo Alemán nos lo afirma. «Esto mismo le sucedió á este mi pobre libro, que habiéndolo intitulado *Atalaya de la Vida Humana*, dieron en llamarle *Pícaro* y no se conoce ya por otro nombre.»

El tipo picaresco es uno de los tipos nacionales de mayor relieve, diversificándose en variadísimos aspectos. En su mayor amplitud y con los testimonios de la novela, lo reproduje en mi libro *Hampa*. «El galeote moralizador, al confesar su picardía, acusa á las gentes con quienes se codea en los altos, bajos y medios sociales», y de igual modo que genealógicamente explica la causa de sus vicios, sin pretender justificarlos, los pone á la par de los vicios de la sociedad en donde vive, y señala las vetas de picardía que la profundizan y la envuelven. El pícaro se encuentra en todas partes, aunque no alardee de tal. Su número es infinito. Entre los pícaros, no con su nombre, pero sí con sus prácticas, aparece el regidor (hoy se le llamaría cacique), que esperando el tiempo de cabaña imponía una tasa muy baja á los buñuelos que fabricaban los moriscos para que no los pudieran hacer sin pérdida segura, y ya sin competencia, daba salida al esquilmo de sus ganados en mantequillas, natas, queso fresco y otras cosas; á los ricachos poderosos que «con voz de buen gobierno, gobierna cada uno como mejor venga el agua á su molino»; al comerciante que con contra-escrituras se queda con mucha hacienda de los pobres, que se la fiaron, engañados de su crédito; al mohatrero que presta con escritura llena de falsas declaraciones de propiedad de una finca, aun sabiendo no ser del declarante, «ó que tenía un censo por cada día, y que no había teja ni ladrillo que no fuese deudor de un escudo»; al ventero que sabía, entre otras ventajas y destrezas de su oficio, «adobar la cebada con agua caliente, que creciese un tercio, y medir falso, raer con la mano, hincar el pulpejo, reque-

rir los pesebres», y estafar en la cuenta; al provisionista que, al repartir las porciones á los compradores, sisaba en cada una dos onzas, jugando con destreza «de dedillo, balanza y golpete»; á los dispenseros, cocineros, botilleros, vendedores y los más oficiales, que «todos hurtaban y decían venirles de derecho, con tanta publicidad y desvergüenza como si lo tuvieran por ejecutoria», y vendían «lo que llaman ellos provechos y derechos, que es de diez dos, harto mejor pagado que el almojorifazgo de Sevilla»; á los testigos falsos, que acuden á los consistorios y plazas de negocios «de la manera que los trabajadores y jornaleros acuden á las plazas deputadas, para de allí ser conducidos al trabajo»; á las falsas relaciones, por cuyas indirectas y destiladeras se pretenden oficios y judicaturas, ocasionando el que los aspirantes, para volver «á poner su caudal en pie, se vuelvan como pulpos»; á la casta de porquérones, corchetes ó vellequines, «que roban á bola vista en la república»; á los alcaldes, sota-alcaldes, mandones y oficiales, que hacen «la cárcel de calidad como el fuego, que todo lo consume, convirtiéndolo en su propia sustancia»; y, en fin, para no mentar otras numerosísimas variedades de esta fecunda especie, á los procuradores, oficiales y ministros, que cargan sobre el procesado como enjambre sobre racimo, «dejando solamente las cáscaras vacías en la armadura»; al juez, á quien le doran los libros, y al escribano, á quien le hacen la pluma de plata.»

Así como en el tipo picaresco la característica constante es una manera de disimulo ó de argucia para engañar, en el otro tipo nacional, en el matonesco, la característica es constantemente una singular manera de ostentación.

Muy gráficamente se expresa en una poesía de Solís:

«Aquél si que era galán
airoso, hampón y alentado,
donde en efecto *lucía*
la persona su trabajo.

»Ese «lucir el trabajo de la persona», modo de movimiento y locución que se conserva en nuestros días, permite el análisis de las que hemos llamado «ondulaciones» de la picaresca. Ellas nos la retratarán.

»Aún más propiamente una locución jergal, y como jergal muy representativa, gráfica y sintética, define el modo de esas ondulaciones. El tipo *flamenco*, que ya se sabe que es el heredero del tipo *hampón*, es, reproducido jergalmente, *echao pa lante*. Y lo es en sus tufos ó *persianas*, planchadas y lustrosas, que adelantan á la frente; en su chaqueta muy ceñida y de vuelos avante, como las *persianas*; en su andar, como de barco que adelanta meciéndose, y en su mirar, que parece que lleva avanzadas desafiando. La progresión no es en él un acto indiferente. No se trata de andar por andar, encaminándose á un objeto y sin más fin que el de trasladarse más ó menos pronto al punto de destino. Andar es un trabajo, pero no trabajo por el trabajo, sino trabajo por el arte, por la presunción, trabajo que se luce, haciendo acompasadas y ostentosas las ondulaciones del movimiento. Cada pausa parece un llamativo punto de atención que convida al examen de las actitudes y las curvas, aunque se camine con ligereza. Esa atención llamativa, ya puesta en espectáculo, es la que distingue al torero al realizar las suertes más peligrosas con el toro. No le basta el valor, ni el valor por sí sólo arrebataría al público; es necesario que lo acentúe con airoso alarde, que lo «luzca». Por eso el valor, que indudablemente es un distintivo histórico y un alarde nacional, ha necesitado incorporarse á una «ondulación artística», y de aquí que popularmente el valeroso sea *guapo*, y que el valor ostentoso se califique de *majeza* ó de *guapeza*.»

Este estudio de los dos tipos salientes en que nuestra personalidad nacional se ha singularizado, no constituye tan sólo un interés literario, psicológico ó sociológico, sino que alcanza también á la consideración de nuestra personalidad histórica haciéndonos comprender los defectos que nos han acarreado las antipatías internacionales. Y esto no lo consignan los historiadores de nuestra pujanza ó de nuestra decadencia, que nos han juzgado demasiadamente en frío y alguna vez con malignidad intencionada, sino los novelistas cultivadores de la novela nacional. Cervantes en *La señora Cornelia*, dice en una alusión significativa: «muy ajenos de la *arrogancia* que dicen que suelen tener

los españoles». *Estebanillo González* señala un rasgo característico al decir «siendo español en lo *fanfarrón*». Espinel, en el *Escudero Marcos de Obregón*, advierte «que los españoles en estando fuera de su natural, se persuaden á entender que son *señores absolutos*». Mateo Alemán en su citada obra, declara terminantemente que «si eres por ventura español, donde quiera que llegues has de ser mal recibido, aunque te hagan buena cara, que aquesa ventaja les hacemos á todas las naciones del mundo, ser aborrecidos en todas y de todas; cuya sea la culpa yo no la sé». Cervantes, por último, cita en el *Licenciado Vidriera* una consoladora excepción: «habiendo visto primero á Luca, ciudad pequeña, pero muy bien hecha, y en la que mejor que en otras partes de Italia son bien vistos los españoles».

Al decir, como Cervantes dice, *arrogancia*, y *Estebanillo González*, *fanfarrón*, y Espinel, *señores absolutos*, todos los apelativos coinciden en la definición del tipo matonesco, pero no se les debe considerar aisladamente sin faltar á la evidencia, porque las más de las veces el tipo picaresco y el matonesco se refunden. Sin distingos lo afirma Menéndez y Pelayo. «Por todos los campos de batalla de Europa iba derramando su sangre una población aventurera en que apenas había término medio entre el caballero y el pícaro, y en que á veces andaban juntas las dos cosas.» Cita á este propósito alguna figura demostrativa como, por ejemplo, la de D. Diego Duque de Estrada, en cuya biografía «nos es difícil determinar si aquel hombre, que era de noble linaje y ejerció altos empleos al lado del virey duque de Osuna, en Nápoles, era un caballero furibundo, matón y duelista, ó una especie de Guzmán de Alfarache ó de Buscón Don Pablos, porque, según las circunstancias, se nos representa con uno ú otro carácter». Algo análogo puede decirse de otro personaje de categoría, aludido por Espinel en su novela. Don Fernando de Toledo, el tío (que por discretísimas travesuras que hizo le llamaron el Pícaro), viniendo de Flandes, donde había sido valeroso soldado y maestre de campo, desembarcándose de una falúa en Barcelona, muy cercado de capitanes, dijo uno de dos pícaros que estaban en la playa, en voz que él lo pudiese oír: «Este es D. Fernando

el Pícaro.» Dijo D. Fernando, volviéndose á él: «¿En qué lo echaste de ver?» Respondió el pícaro: «Hasta aquí en que lo oía decir, y ahora en que no os habéis corrido dello.» Dijo D. Fernando, muerto de risa: «Harta honra me haces, pues me tienes por cabeza de tan honrada profesión como la tuya.» Tal vez el tipo más característico lo sea Carvajal, el lugarteniente de Pizarro». Nació en Rágama, aldea de Arévalo. Militó en Italia y fué alférez en Rávena. Se trasladó á América en cuanto hubo camino descubierto. No hay que decir que salió de la pelea para ir á la pelea. Le gustaba el botín, pero como á la vez le gustaba la lucha, puede decirse que no gustaba ni de la propiedad ni del descanso. Era muy amigo del vino, y en cuanto á cristiano, debió necesitar sin duda una D.^a Inés para ganar el cielo. Se decía «tan cruel como Carvajal», porque en cuanto á falta de respeto á la vida humana, era mucho más aventajado que sus compañeros de correrías. También pudo decirse «tan alegre como Carvajal», porque el buen humor no le dejaba nunca. No sé si decir que era humorista, pero evidentemente era picaresco. Recitaba romances y salpicaba con bromas sus sentencias, aunque fueran de muerte. En una ocasión cayó con pulmonía en Andaguayles. Lo importunaron para confesarse. Mandó llamar á un clérigo que llevaba preso, destinado á hacer las crines á los machos y á las mulas, y se encerró con él. En vez de «santiguarse le preguntó si sabía el romance de Gaiferos», y bromeando una hora por el estilo, guardó las apariencias. En otra ocasión y en un encuentro, un soldado de los suyos, Matamoros, le disparó traidoramente y le hirió. Ni se quejó, ni dió á conocer la herida ni le hizo al traidor nada. Pasó tiempo. Salió una escolta en la que le correspondía ir á Matamoros, que se quiso quedar. Entonces pronunció donosamente su sentencia. «Señor Matamoros—le dijo,—yo quisiera que fuérades con vuestros compañeros y vos no querriades ir; ni se haga lo que yo quiero, que es ir, ni lo que vos queréis, que es quedar, sino que, como entre amigos, se tome un medio, que ni váis ni quedéis, sino que os ahorquen.» En otra ocasión, la última, cuando lo llevaban al suplicio «y llegado al lugar donde le habían de hacer cuartos, de que vió que la gente embarazaba al

verdugo, les dijo sin ninguna turbación:—«¡Oh, señores, dejen hacer justicia!» como si se tratara de descuartizar á otro y no á él. En la capilla le preguntó un Obispo: «¿Por qué mataste á mi hermano?» Y le respondió gentilmente: «No le maté yo.—¿Pues quién?—Su ventura.» En Cuarema mandó ahorcar tres hombres, y enseñándoselos á un vecino sospechoso, le insinuó: «Señor Alonso Alvarez, rogue-mos á Dios, muy de corazón, que se contente con aquella migajita que le habemos ofrecido.»

Así retraté á este singular personaje de nuestra historia en América, en la Conferencia que el 28 de Mayo de 1892, pronuncié desde esta misma cátedra, sobre el tema «El Pacificador del Perú».

Como síntesis de lo que acabo de exponer, la novela de Mateo Alemán nos ofrece una alusión desnuda en lo que el Embajador de Francia le dice á su paje en aquel entonces: «Guzmanillo, este soldado se parece á tí y á tu tierra, donde todo se lleva con fieros y poco vergüenza.»

Atengámonos á la *Relación de la cárcel de Sevilla* para comprobarlo, siendo la cárcel un reflejo algún tanto exagerado, pero reflejo al fin, del estado social.

Refirámonos en primer término á la ley. Se juzgaba entonces con las que constan en la Recopilación, el Fuero Juzgo, las Partidas, el Fuero Real, etc., y tal vez la costumbre alentara en algunos fueros particulares, como el municipal, por ejemplo, de lo que hay testimonio singular en nuestro teatro con *El Alcalde de Zalamea*, de Calderón, pudiendo aludir á semejantes prerrogativas un texto del *Persiles*. «Que al parecer servía de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo cuando se ofrecía.» España tuvo en sus leyes más generales, un código de uso general, lo que no ocurrió en Europa, señalándose la unificación legislativa en las Ordenanzas Carolinas y en las de Francisco I; pero esto no quiere decir que no siguieran en vigor otros usos particulares, aunque constituyeran excepciones.

De todas maneras lo que nos importa consignar, es que ni en la novela picaresca ni en el *Quijote*, se alude á una ley determinada, sino á un apodamiento legal muy significativo, y que por sí define la naturaleza de nuestras costum-

bres jurídicas. «*La ley del encaje*—dice Don Quijote en el discurso acerca de la Edad de oro—aún no se había asentado en el entendimiento del juez.» «Nunca te guíes—le dice á Sancho, dándole consejo para gobernar su ínsula—por la *ley del encaje*, que suele tener mucha cabida con los ignorantes que presumen de agudos.» No hay mayor acritud en las referencias que acerca de esta ley pone Cervantes en boca de su héroe y puede completarlas lo que la *Jitanilla*, con picaresca desenvoltura, le dice al juez, que en toda su casa no encuentra ni un solo real que darle para señalar la buenaventura. «Coheche vuesa merced, señor tiniente, coheche y tendrá dineros, y no haga usos nuevos, que morirá de hambre.»

La ley del encaje no alude solamente al cohecho, sino también al arbitrio judicial, que, por diferentes causas, estaba expuesto á ser grandemente pecaminoso. «Dios te libre de juez con leyes de encaje—dice Mateo Alemán,—de escribano enemigo y de cualquiera dellos cohechado». Esto indica que en el significativo apodamiento legal que se dió al conjunto de las leyes, de los procederes y de las costumbres legales, todo, absolutamente todo, está comprendido en una sola nota, en una sola concepción y en la misma censura.

Quiere decir lo de la ley del encaje que no teníamos justicia, y que en los pequeños y grandes consistorios se infiltró, como no podía menos, conforme á un modo de ser constitutivo, de una parte la manera matonesca legal, que consistía en resolver arbitrariamente, haciendo alarde de lo caprichoso del poder, y de otra parte la manera picaresca, que consistía en manejar la ley para obtener beneficios y satisfacciones personales.

Todo esto en su novela social, lo dice muy escuetamente el autor de *Guzmán de Alfarache*, manifestando que «donde la calle de la justicia es ancha y larga, puede con mucha facilidad ir el juez por donde quisiere, ya por la una ó por la otra acera, ó echar por medio. Puede francamente alargar el brazo y dar la mano y aún de manera que se les quede lo que pusieren en ella; y el que no quisiere perecer, doíselo por consejo, que al juez dorarle los libros, y al escribano

hacerle la pluma de plata, y echaos á dormir, que no es necesario procurador ni letrado».

Una parte de los efectos de esta ley sería mirar con diferente consideración á pobres y ricos, significándose de todos modos la diferente condición de la riqueza y la pobreza en aquellas sociedades cuyo sentido jurídico no llega á sólida constitución por mantenerse el predominio de las recomendaciones, los protectorados, el autoritarismo y la obediencia servil.

Esto lo siente con mucha acentuación Miguel de Cervantes Saavedra, y de tal modo que podría decirse que á la condición del menesteroso le atribuye en materia de honorabilidad todo género de condiciones negativas, considerando, como lo dice en el *Coloquio de los perros* que «la pobreza atropella á la honra, y á unos lleva á la horca y otros al hospital», como si la pobreza fuera constantemente la causa del delito y de la desolación.

Los textos son bien terminantes, y del *Quijote* los tomamos. «En este tiempo solicitó Don Quijote á un labrador vecino suyo, hombre de bien (si es que este título se le puede dar al que es pobre).» Cuando enumera los trabajos del estudiante: «principalmente pobreza, no porque todos sean pobres, sino por poner este caso en todo extremo que pueda ser, y en haber dicho que padece pobreza, me parece que no había que decir más de su malaventuranza, porque quien es pobre no tiene cosa buena». «El pobre honrado (si es que puede ser honrado el pobre) tiene prenda en tener mujer hermosa, que cuando se la quitan le quitan la honra y se la matan».

Cuando Cervantes siente una cosa con el convencimiento que en los indicados textos se revela, la pone en acción dramática y esto ocurre en el *Persiles* en una escena referida del siguiente modo: «acuérdome también de haber oído decir á mis mayores que llevando á horcar á un hombre anciano, y ayudándole los sacerdotes á bien morir, les dijo: vuestras mercedes se sosieguen, y déjenme morir despacio, que aunque es terrible este paso en que me veo, muchas veces me he visto en otros más terribles. Preguntáronle ¿y cuáles eran?, respondiósles: que el amanecer Dios y el rodealle seis

hijos pequeños pidiéndole pan, y no teniéndolo para dárselo, la cual necesidad me puso la ganzúa en la mano y fieltros en los pies, con que facilité mis hurtos, no viciosos, sino necesitados. Estas razones llegaron á los oídos del señor que le había sentenciado al suplicio, que fueron parte para volver la justicia en misericordia, y la culpa, en gracia».

La distinción pertinentísima entre los hurtos necesitados y viciosos, está consagrada en textos de juriconsultos y moralistas y ha motivado recientemente una sentencia de Magneaud, el buen juez de los franceses, y la doctrina criminológica que de esto se desprende, está justificada por Ferri y por Lombroso al afirmar que el mismo delincuente nato puede no llegar á delinquir si las bonancibles condiciones de su vida, lo alejan de todo estímulo y de toda tentación pecaminosa. Más terminante todavía es lo que el gran autor inglés Thackeray pone en boca de la famosa aventurera Becky Sharpe: «Es muy fácil ser hombre honrado cuando se posee una renta de 25.000 francos.»

Con la desembarazada y donosa acritud que caracteriza su estilo, Mateo Alemán inculpa á los pequeños delincuentes por la pequeñez de sus empresas y sus logros, conceptuándolos por esa razón pobres y como tales necesariamente incursos en castigo severo, y así dice: «Si fueras ladrón de marca mayor, destos de á trescientos, de á cuatrocientos mil ducados, que pudieras comprar favor y justicia, pasaras como ellos; más los desdichados, que ni saben tratos ni toman rentas ni receptorías, ni saben alzarse á su mano con mucho, concertándose después por poco, pagando en tercios, tarde, mal y nunca: esos bellacos vayan á galeras, ahórquenlos, no por ladrones (que ya por eso no ahorcan), sino por malos oficiales de su oficio.»

No es únicamente aplicable el afortunado señalamiento de Cervantes á las causas de la falta de hombría de bien y á una de las fuentes más constantes del delito, al estudio de ciertas orientaciones de la criminología, sino al de nuestra propia constitución nacional, origen de los mayores males.

Esta doctrina se puede traducir de la misma significación de los lugares truhanescos, enumerados fielmente por Cervantes en el *Quijote* y retratado á maravilla uno de ellos

en *La ilustre fregona*. El *desgarre* como pasión y como necesidad nacional, caracterizado en la misma novela para señalar nuestro nomadismo constitutivo, significa de igual modo un reflejo de nuestra constitución, formulada por el historiador de nuestra decadencia, Cánovas del Castillo, cuando hizo el siguiente retrato de nuestro suelo y de nuestro vuelo: «miseros habitantes y lugares miseros ó aldeas donde lo más necesario faltaba, alzándose sobre todo esto una aristocracia y un alto clero potentes, pero más ostentosos y derrochadores todavía». De aquí nació el que la inestabilidad de constitución de nuestro país determinase, no modos sólidos de vida, sino las manifestaciones parasitarias que en las novelas ejemplares de Cervantes se consignan, y unas menudencias en el modo de vivir relatadas en el *Coloquio de los perros*, donde se dice «que esto de ganar de comer holgando tiene muchos aficionados y golosos: por eso hay tantos titiriteros en España, tantos que muestran retablos, tantos que venden alfileres y coplas, que todo su caudal, aunque lo vendieren todo, no llega á poder sustentar un día». De nuestro mismo poderío militar ha quedado como medalla histórica, el nombre de *bisoño* que damos á los reclutas y que fué el apodamiento que los italianos dieron á los que se iban á incorporar á nuestros gloriosos tercios, llamándolos, por su aspecto desastrado, *bisogno*, que quiere decir necesidad.

Veamos ahora reproducido todo este estado social en la organización administrativa de las cárceles, según la curiosa relación que nos dejó Chaves de la de Sevilla.

La cárcel de Sevilla no tenía presupuesto. ¿De qué vivía? De los presos. ¿Vivir de los presos una cárcel? Así era y así tenía que ser. La corona enajenaba el oficio de alcaide, y para atender á la custodia y seguridad de los presos, le señalaba una tarifa con los derechos de carcelaje que había de percibir de los reclusos. Es lo que ocurre con nuestra presente organización judicial. ¿De qué vive el escribano? De su tarifa. Y he aquí por qué ha surgido el problema de la justicia gratuita como entonces pudo surgir con igual ó mayor motivo el de la cárcel gratuita, porque aquella cárcel en donde toda incomodidad tenía su asiento y en donde

todo triste ruido hacía su habitación, era tan exigente que obligaba á pagar las propias pesadumbres.

No se pregunte al tratar de la cárcel de Sevilla, ó de cualquiera otra cárcel de su época, cómo estaban organizados los servicios administrativos de alimentación y sus análogos. Nada de esto existía, ni el Estado se preocupaba de cómo el preso había de vivir. Su única preocupación era la de tener un encierro más ó menos seguro y á lo sumo se ocupaba de la policía de ese encierro. Con enajenar al alcaide las atribuciones, creía haber cumplido con lo esencial de sus deberes y lo que únicamente hacía era convertir al preso en despojo.

Desde que caía en poder de los porquerones, hasta que lo asediaban los procuradores y abogados solicitando la causa, é iba á parar á manos de los porteros de aquellas puertas que, como si fueran de aduana ó almojarifazgo, las llamó la gente mordedora, según Chaves dice, de *oro*, de *plata* y de *cobre*; y tras los porteros lo enredaban los presos cobradores de la patente ó rogadores de beneficios que se concedían por la remuneración, todo, todo constituía una serie no interrumpida de exigencias y vilipendios, por lo que Mateo Alemán dice con un simil enteramente exacto, que es la cárcel de calidad como el fuego, que todo lo consume.

El principio generador no podía conducir á otra cosa. Ya es mucho enajenar un oficio, pero en las condiciones en que se hacía, era una enajenación con carta blanca. De la tarifa legal surgió inevitablemente la tarifa abusiva. El alcaide, que no podía valerse de sí mismo estando á la vez en todas partes, enajenó algunas de sus funciones, siempre con el alcance de una remuneración más ventajosa, en su auxiliar el sota-alcaide, y en los porteros, que eran presos que arrendaban las puertas principales por dos ducados, más ó menos, pero generalmente más, resarciéndose muy á su gusto con otro género de gabelas que, nacidas del enajenamiento, vinieron á constituir costumbre.

De esta manera y por orden jurisdiccional se constituyó, á imagen y semejanza de lo que en el país ocurría, la aristocracia de la cárcel, que la representaron los *valientes*, ver-

daderos amos del cotarro, entendidos con el alcaide, el sotaalcaide, los porteros y también con el verdugo, para que no hubiera ningún favor que no estuviese tasado, y para que se estableciera un orden progresivo, desde el rigor más absoluto á la más desvergonzada tolerancia, viniendo á resultar que todos los rigores de la ley y las rigideces del procedimiento, solo sirvieron para deslindar de un modo categórico las dos clases de explotadores y explotados y para que á la manera matonesca y á la picáresca, los unos vivieran desca-
radamente de los otros.

«De lo que á este nuevo traen para comer—dice Chaves—comen todos los viejos; y es tan ley para ellos como la de Dios para los que la tienen.» Ley de necesidad, entre otras cosas, porque la cárcel no daba de comer, y el que los presos no se murieran de hambre, lo dejó la administración de justicia al cuidado de los mismos presos. De lo que éste tiene, se podría añadir, y lo dice Chaves en otras palabras, viven los presos que no tienen «quien los haga bien ni conozcan», faltos de familia ó de amigos y solos con su resolución y su ingenio. Estos presos establecían su alianza con los valientes; con el verdugo y con todos los que podían hacer mal, para ser de este modo dispensadores de un género de beneficio exigente de remuneración. Como dato estadístico indica Chaves «que se sustentan desto quinientos y más hombres».

La vida es un imperativo, una necesidad, un anhelo exigente, y por sólo el dictado de vivir, si se deja expansión, se organiza por su misma querencia y luchan para vivir los organismos, y se desenvuelven en las mismas condiciones en que aparecen colocados; y por esto lo que en aquel entonces ocurrió en la cárcel de Sevilla para que se manifestase una organización supletoria de los modos de existencia no previstos y desentendidos completamente por la administración, constituyen una de tantas espontaneidades, que son viciosas, como allí lo eran, por determinarlas un vicio de constitución de la sociedad de que todo aquello emanaba, y que se reproducía á sí misma, por aquella ley de que cada cosa engendra su semejante.

El autoritarismo carcelario era semejante del autorita-

rismo político, administrativo y religioso; la picardía carcelaria era semejante de la picardía social, hondamente infiltrada en innumerables maneras de engaños y codicias; el trato carcelario del rigor con los que no habían exprimido ó no podían exprimir la bolsa, y de la tolerancia con los que podían de continuo pagar favor y justicia, era semejante á idénticos procederes en el acerbo común, donde no había derecho, refundiéndose todas las leyes promulgadas en la *ley del encaje*, eterna reguladora del abuso; el matón carcelario, el valiente de la cárcel de Sevilla, con sus modales y actitudes, lo resolvía todo con «fieros y poco vergüenza» como los aludidos por el embajador de Francia; y en fin, los *pobretes*, apodados con ese nombre ya por ser gente honrada que sentía el sonrojo de encontrarse en aquella triste condición, ó gente absolutamente desamparada y mísera, eran como tantos otros *pobretes* del país, de la cárcel suelta, para que no se la pueda diferenciar poco ni mucho de su imagen y semejanza, la cárcel de las incomodidades y de los tristes ruidos.

En alguna otra cosa tiene la cárcel parecido con el aspecto del país. En ella había, como modos de actividad utilitaria, mandaderos, pregoneros de baratillo, ropavejeros, prestamistas, bodegoneros, taberneros, bolicheros, hospederos, memorialistas para escribir billetes amorosos y dibujantes para ilustrarlos, pero actividad industrial propiamente dicha sólo se menciona la de un morisco que estableció en beneficio propio, haciendo que los presos trabajasen en ventaja suya, un taller de espartería y de media, con lo cual «sacó de la cárcel más de mil y quinientos escudos de oro, que llevó en su poder». Los cristianos no se ocupaban en más que en despojarse los unos á los otros, poniendo muchas veces la religión como pantalla, pues con ello el alcaide se economizaba el alumbrado de la cárcel, con el pretexto de tener en cada aposento una imagen alumbrada, y para sostener este vicioso culto habían de pagar los desventurados tres reales de aceite, con otro medio real por la limpieza. Por eso dice Chaves que «si el portero se descuida de no echar á algún aposento los presos que le pertenecen, le riñen, dando voces, que se ha hecho muy mal, porque ha

sido esto causa de que aquella noche no se alumbrase la Madre de Dios, siendo estos más para alumbrar el raudal con vino y otras cosas».

Otra semejanza con el aspecto del país, consistía en que todo aquello que constituye imprevisión ó descuido lo suple la beneficencia, lo remedia la caridad, y por eso la alimentación de los presos enteramente desamparados, corría á cargo de los capellanes de la cárcel, teniendo el capellán mayor habitaciones en la enfermería, pues el servicio sanitario, completamente omitido por la administración de justicia, se constituyó como tutela de carácter religioso. Y eso que el tormento requería inmediatamente la intervención quirúrgica, y por no hacerlo así, ocurrían daños sin cuento. Chaves lo consigna, y es tal vez la más deplorable referencia de la situación de los que padecieron persecuciones por la justicia, aunque fueran los mayores delincuentes. Dice así: «Y tiene sólo un hombre que cura y repara los atormentados, que es único en esto: de manera que con ciertas medicinas y sebo y otras cosas extiende los nervios de los brazos, poniendo en su lugar la carne huída que han hecho las vueltas de los cordeles; porque antes que éste curase de este ministerio, quedaban muchos mancos del brazo izquierdo, que cae siempre debajo de los cordeles y garrotes.»

Sin que los causase el tormento, otro género de lastimosos males abundaba, pudiéndolo afirmar textualmente con lo que el mismo autor consigna. «Hay cuidado cada día en el *capellán menor* de hacer que los médicos de la cárcel y cirujanos visiten toda la cárcel y pregunten qué enfermos hay. Y si están para ello, al momento los suben á la enfermería; sin los que están heridos ó tienen llagas, que éstos á voces con pregón los llaman en subiendo los médicos arriba: «Hola, arriba, los pobres heridos y llagados.» «¡Arriba, arriba!» y suben como hormiguero, de donde bajan curados. Y para que ellos propios se curen, si han de darles parches y otros remedios, suele haber cuatro ó seis varas de aquel remedio hecho parche todo, y con unas tijeras cortan media vara, más y ménos, como es la llaga, y de una vez se lo dan para que el propio se cure. Tanta es la multitud de los presos, heridos, enfermos y llagados.»

Mucho se podría añadir, pero ¡a que más cuadros de lástima y de desorden!

La cárcel estaba constituida solamente para lo que se llama prisión provisional: no había penas carcelarias; mejor dicho, no existía la pena de privación de libertad en el recinto de un establecimiento destinado á prisión.

El sistema penal se constituyó también á modo económico y de igual manera que para todo el servicio carcelario de la famosa cárcel de Sevilla, que tenía más población reclusa que la mayor de nuestras actuales cárceles, el Estado ó la Corona, se contentaba con enajenar el oficio de guarda y custodia á un solo hombre, al alcaide; en lo concerniente á la penalidad le bastaba también un solo hombre, el verdugo, como aplicador de las penas de muerte, mutilación y azotes. La pena de mutilación era excepcional, pero aun aparece testimoniada en *Rinconete y Cortadillo* en la persona de Manferro. Otro testimonio de otra clase de penalidad, nos lo da el propio Don Quijote, cuando le dice al bachiller Sansón Carrasco en el capítulo III de la segunda parte: «Los historiadores que de mentiras se valen habían de ser quemados, como los que hacen moneda falsa.»

Pero en fin, aunque se aplicaba con prodigalidad la pena de muerte, y menudeaba la de azotes, no consistía en esto la penalidad genérica. Lo ordinario era condenar á azotes y destierro, ó á destierro únicamente, penalidad ciertamente muy económica pero en general muy poco efectiva, como nos lo dice Mateo Alemán en muy donosa crítica del segundo sistema. «Roba un ladrón una casa, y paseánlo por la ciudad. Cuando á mi entender y poco saber, no sé que decir contra las leyes, que siempre fueron bien pensadas y con maduro consejo establecidas; empero no siento que sea castigo para un ladrón sacarlo á la vergüenza ni desterrarlo del pueblo; antes me parece premio que pena; pues con aquello es decirle tácitamente: amigo, ya de aquí te aprovechaste como pudiste y te holgaste á nuestra costa; otro poquito á otro cabo, déjanos á nosotros y pásate á robar á nuestros vecinos. No quiero persuadirme que el daño está en las leyes, antes en los ejecutores dellas, por ser mal entendidas y sin prudencia ejecutadas. El juez debiera enten-

der y saber á quién y por qué condena; que los destierros fueron hechos no para ladrones forasteros, antes para ciudadanos, gente natural y noble, cuyas personas no habían de padecer pena pública ni afrentas, y porque no quedasen los delitos de los tales faltos de punición, acordaron las divinas leyes de ordenar el destierro, que sin duda es el castigo mayor que pudo dársele á los tales, porque dejan los amigos y los parientes, las casas, las heredades, el regalo, el trato y negociación; y caminar sin saber adonde, y tratar después no sabiendo con quién, fué sin duda grandísima y aun gravísima pena, no menor que de muerte, y fué promisión del cielo, que quien estableció la ley, siendo della inventor, la padeciese, pues lo desterraron sus mismos atenienses. Mucho lo sintieron muchos, y algunos igual que la muerte.»

Cita luego algunos ilustres desterrados, Demóstenes, Temístocles, Cicerón, Publio Rutilio, Scipión Nasica, Aníbal, Camilo, Licurgo, Solón y Trasíbulo, con indicaciones para hacer comprender que en estos prohombres el destierro fué pena dolorosa. «En esto acabarás de conocer qué grave cosa sea un destierro para los buenos, y cuán cosa de risa para los malos; á quien todo el mundo es patria común, y donde hallan qué hurtar, de allí son originarios.» Mateo Alemán es rigorista. «No, no: que no es útil á la república ni buena policía hacer á ladrones tanto regalo, antes, por leves hurtos debieran dárselos graves penas. Echenlos, échenlos en las galeras, métanlos en presidios ó dénles otros castigos, por más ó menos tiempo, conforme á los delitos; y cuando no fuesen de calidad que mereciesen ser agravados tanto, á lo menos debíanlos perdigar, como en muchas partes acostumbra, que les hacen cierta señal de fuego en las espaldas, por donde al segundo hurto son conocidos.»

Esta última indicación nos descubre que la marca no era un proceder seguido entre nosotros, y tal vez deba atribuirse á que se empleaba entonces como señal de esclavitud.

De todos modos la marca sólo constituía un señalamiento para descubrir la reincidencia, y no era un proceder tan avisador y denunciante como éste que Mateo Alemán refiere: «Yo conocí un ladrón, que siendo de poca edad y no capaz

de otro mayor, como lo hubieran desterrado muchas veces y nunca hubiese querido salir á cumplir el destierro, y también porque sus hurtos no pasaban de cosas de comer, le mandó la justicia poner un argollón con un virote muy alto de hierro, y colgado del una campanilla, porque fuese avisando con el sonido della, y se guardasen del.»

Había, además, otra penalidad establecida con sentido utilitario y determinada por la necesidad de proveer de remeros á nuestras cinco escuadras de galeras, y de obreros para las obras de fortificación á nuestros presidios militares de la costa de Africa. Por eso Mateo Alemán dice «échenlos en las galeras, métanlos en los presidios». De esta última penalidad no habla Cervantes, pero de las galeras sí y de tal modo que, con lo que se dice en la conversación de los galeotes con Don Quijote, se puede reconstruir la escala penal en lo concerniente á este género de pena. «Acomodáronme las espaldas con ciento, y, por añadidura, *tres años* de guraspas.» Esta parece ser la duración mínima de la pena. Se señala también otra combinación, que es la de salir á la vergüenza: «Este hombre honrado va por *cuatro años* á galeras, habiendo paseado las acostumbradas en pompa y á caballo.» El que se burló «demasiadamente con dos primas hermanas mías y con otras dos hermanas que no lo eran mías» iba «á galeras por *seis años*». Finalmente, Ginés de Pasamonte «va por *diez años* á galeras, que es como muerte civil».

En la ficción legal á que se acude para satisfacer una necesidad apremiante, la pena de presidio no es otra cosa que la localización de la antigua pena de destierro, testimoniándolo el que los presidiarios se han llamado casi hasta nuestros días desterrados: *desterrados al servicio de armas* (origen de los batallones disciplinarios) y *desterrados al servicio de las obras de fortificación*.

La pena de galeras parece motivada en el concepto de esclavitud penal, y así se llamaron los galeotes esclavos del Rey y la manera de estar sujetos á los bancos de la galera con cormas y cordeles, la orden de *fuera ropas* para la maniobra forzada y la acción del cómitre mosqueando con el rebenque las espaldas como el carretero cuando sacude á

sus bestias para vencer un camino difícil ó salir de un bache, todo lo que aparece en acción, con otros detalles de la maniobra naval, cuando Don Quijote visita las galeras en Barcelona, indica que, en efecto, á la esclavitud es asimilable el concepto y la ficción legal, generadores de esta clase de pena. Algo bueno han de tener las cosas, y la pena de galeras contribuyó á mermar en mucho la aplicación de la pena muerte, y por eso se dice que diez años de galeras eran como muerte civil, no porque estos diez años agotaran al galeote, pues el mismo Ginés dice que «en las galeras de España hay más sosiego de aquel que sería menester».

No obstante, no bastaba el suministro, la provisión de remeros que los tribunales hacían más de una vez ante las reclamaciones de los capitanes generales de las galeras para que los motores de las escuadras estuvieran completos, y se acudía á promover un juego en que el ganancioso ganaba una cierta cantidad de dinero, y el perdidoso perdía la libertad para bogar al remo. A este proceder acudió también nuestro país, y de ello hay testimonios en la obra de Fernández Duro, *La mar descripta por los mareados*, recogidos por mí en el primer capítulo de *La vida penal en España*. Cervantes en el *Persiles*, pone este hecho en acción dramática y cuenta lo siguiente: «Las galeras siguieron su viaje, y el suyo nuestros peregrinos, los cuales, llegando á Perpiñán, pararon en un mesón, á cuya gran puerta estaba puesta una mesa, y alrededor della mucha gente mirando jugar á dos hombres á los dados, sin que otro alguno jugase: parecióles á los peregrinos ser novedad que mirasen tantos y jugaran tan pocos. Preguntó Periandro la causa, y fuéle respondido, que de los dos que jugaban, el perdidoso perdía la libertad y se hacía prenda del Rey para vogar al remo seis meses, y el que ganaba, ganaba veinte ducados, que los ministros del Rey habían dado al perdidoso, para que probase en el juego su ventura: uno de los dos que jugaban la probó, y no le supo bien, porque la perdió, y al momento le pusieron en una cadena, y al que ganó le quitaron otra que para seguridad de que no huiría, si perdía, le tenían puesta: miserable juego y miserable suerte, donde no son iguales la pérdida y la ganancia. Estando

en esto, vieron llegar al mesón gran golpe de gente, entre la cual venía un hombre en cuerpo, de gentil parecer, rodeado de cinco ó seis criaturas, de edad de cuatro á siete años: venía junto á él una mujer amargamente llorando, con un lienzo de dineros en la mano, la cual, con voz lastimada, venía diciendo: tomad, señores, vuestros dineros, y volvedme á mi marido, pues no el vicio, sino la necesidad, le hizo tomar este dinero; él no se ha jugado, sino vendido, porque quiere á costa de su trabajo sustentarme á mí y á sus hijos: ¡amargo sustento y amarga comida para mí y para ellos! Callad, señora, dijo el hombre, y gastad ese dinero, que yo le desquitaré con la fuerza de mis brazos, que todavía se amañarán antes á domeñar un remo que un azadón: no quise ponerme en aventura de perderlos, jugándolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dejaba oír el llanto de los muchachos esta dolorida plática, que entre marido y mujer pasaba: los ministros que le traían les dijeron que enjugasen las lágrimas, que si lloraran cuantas cabían en el mar, no serían bastantes á darle la libertad que había perdido. Prevalcían en su llanto los muchachos, diciendo á su padre: señor, no nos deje, porque nos moriremos todos si se va. El nuevo y extraño caso enterneció las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la señora Constanza, y todos se movieron á rogar á los ministros de aquel cargo, fuesen contentos de tomar su dinero, haciendo cuenta que aquel hombre no había sido en el mundo, y que les conmoviese á no dejar viuda á una mujer, ni huérfanos á tantos niños: en fin, tanto supieron decir y tanto quisieron rogar, que el dinero volvió á poder de sus dueños, y la mujer cobró su marido, y los niños, á su padre».

Y aquí hacemos punto, porque ha transcurrido bastante más del tiempo disponible.

Tentador sería hacer de esta conferencia una tercera parte, y ya que la primera y la segunda reflejan la sociedad civil en la penal y ésta en aquélla, no estaría de más el cuadro comparativo del ayer y hoy. Por que, en efecto, *la ley del encaje* todavía existe, y hemos visto proclamarla en el Parlamento por uno de los próceres que más y más tiempo

han influido en nuestra política, al decir «los amigos los quiero para cuando no tengo razón»; y la hemos visto en un estado de pesimismo nacional, reflejador del estado de oligarquía en que se vive, que hace que parafraseemos el antiguo lema «allá van leyes, do quieren reyes», en el «allá van leyes do quieren caciques y mandones». Por que, en efecto, la picardía existe en nuestras costumbres muy apicaradas y muy sahumadas de las antiguas querencias, por lo que uno de esos personajes que aguardan á que esté muerto el favorecedor para hacer justicia, decía del otro prohombre, que influyó también poderosamente en nuestros destinos, «que era una mezcla singular de Olimpo y de Perchel»; y en cuanto á costumbres jurídicas si, por ejemplo, en Inglaterra, país que está bien constituido y es grande, porque tiene justicia, un generalísimo de aquel ejército, individuo de la familia real, que no obedeció la orden de un *policiment*, comparece ante el juez, y al ser preguntado, dice la verdad como caballero, y escucha mansamente la repulsa del representante de la ley, aquí el sainete nos ofrece la escena del respeto que le tienen á la justicia los encargados de su aplicación. Cuando se presenta el alguacil al juez diciéndole lastimadamente: «En esta cara de usía, me han dado una bofetada», el juez le responde: «Ahí me las den todas.» Por que en efecto, el matonismo existe, no el de playa, el de puerto y el de garito, que tuve ocasión de estudiar sobre el terreno en una ciudad andaluza, ni el que se dejó conocer en Barcelona con el asesinato del Aragonés, que fué con los matones catalanes un tipo noble, de la misma familia que el generoso Afanador el bravo, natural de Utrera, sino el matonismo de procedimiento, el que lleva en su escudo político el lema arbitrario «Por que se puede», ó el «Vive Dios que pudo ser» de Segismundo, y que da lugar á que persista entre nosotros el régimen de recomendación de la Edad media.

Y considerando esto, si me propusiera hacer un silencioso homenaje al genial autor del inmortal libro que se conmemora, iría á la vecina plaza de las Córtes, me arrodillaría ante la mezquina estatua que allí está presente, y diría:

«¡Glorioso Miguel Cervantes Saavedra! Soy un lector fervoroso de tu gran obra y de nuestra gran literatura nacional, la literatura picaresca; lo seré mientras viva; lo serán las generaciones que hayan de venir, pero amante de mi país, te ruego que intercedas con el padre Apolo, en el Parnaso donde estás, y le pidas encarecidamente que perduere nuestra mayor gloria literaria, pero que borre de nuestra constitución nacional, el asunto que la motivó.»

HE DICHO.

El "Quijote,, y la lengua castellana.

Por Julio Cejador y Frauca.

Elaborado por el personal de la oficina

Por tanto se declara



EL "QUIJOTE," Y LA LENGUA CASTELLANA

SEÑORAS Y SEÑORES:

El idioma de un pueblo, como producto que es de su cerebro, de su fantasía y de su corazón, encierra archivada toda su historia, lleva en los vocablos, como en monedas conmemorativas, todas sus instituciones, sus hazañas, sus gloriosos y desgraciados sucesos; en las metáforas de sus términos, los vuelos de su imaginación creadora; en las frases y refranes, sus ideas religiosas, morales, sociales y filosóficas; en los giros y construcción, su genio, carácter y sentimientos. La lengua castellana es, pues, el archivo, el cerebro, la fantasía, el corazón del pueblo español. En el *Poema del Cid* se presenta como una habla vigorosa y recia, forjada en cien batallas, y curtida por los aires y soles de la estepa castellana. En las *Partidas* es el manto rozagante, amplio y severo que cuelga de los hombros del Rey Sabio. Chispeante y juguetona en los labios del Arcipreste de Hita, devota en los del poeta riojano, afemínase en los Cancioneros cortesanos de Don Juan el Segundo. En nuestros primeros dramáticos, Lope de Rueda, Lucas Fernández, Juan del Encina, Gil Vicente, y cuanto á la prosa en el *Amadís* á vueltas de sus afectados arcaísmos, y sobre todo en la incomparable *Tragicomedia de Calixto y Melibea*, brota con una savia tan popular y tan sana, lozana con tal natural frescura y vivaz colorido, que auguraba los venturosos y sazoadísimos frutos, en parte cosechados por la generación siguiente en la novela picaresca y en la mística, en parte malogrados en la lírica y en la dramática por el

pedante prurito de la malhadada latinización de nuestro romance, que, cual viento abrasador venido de la muerta antigüedad, agostó en sus primeros gérmenes la lírica popular castellana y llevó al fondo y á la forma de nuestro teatro del siglo xvii el veneno de lo extranjerizo y convencional, que, á pesar de su nacionalidad y grandeza, había de estragarlo y hacerlo desaparecer. La literatura y el idioma cambiaron de rumbo, arrastrados por el gusto italiano y por el renacimiento de la antigüedad clásica.

El habla literaria en el siglo xvi puede decirse que formaba tres distintas corrientes. Una venía de Italia, coloreada por el Renacimiento, cual aparece en Granada, León, Garcilaso, Herrera. Otra, más impregnada de elementos populares, más genuinamente nacional, y sucesora legítima de la *Celestina*, es la de la novela picaresca, del *Lazarillo de Tormes*, de la *Lozana andaluza*, de *Guzmán de Alfarache*. La tercera con un sabor atávico de antigüedad falseada, pero por lo mismo con tendencias castizas, se nos ofreció en los libros de caballerías. Las tres desaguan en Cervantes y particularmente en el profundo y anchuroso piélagos del *Quijote*. Cervantes acabó con la novela italiana, con el género pastoril y con los libros caballerescos. Se ensayó en todos los géneros y empleó todas las maneras de lenguaje. Comenzó por el pastoril en su juventud, y la *Galatea* puso en olvido las obras anteriores de su clase, quitando el ánimo á los que le sucedieron para seguir por un camino por donde ya nada de nuevo podía descubrirse. Fué el primero que en España noveló á la italiana y oscureció á Bocaccio, fundando al propio tiempo la novela moderna. En los últimos años de su vida, después de escribir dramas medianos y entremeses lindísimos, dignos continuadores de los pasos de Rueda, la emprendió con el género caballeresco, y su *Ingenioso Hidalgo* acabó con él, á pesar de ser el mismo *Quijote* la más admirable novela de caballerías, porque á la vez era la novela moderna, que surtía inimitable, cual nuevo Fénix, de sus propias cenizas.

El *Quijote* abarca todos los géneros y todas las maneras de lenguajes, es el modelo sin par de la lengua castellana.

El Curioso impertinente, la más italiana de las novelas de Cervantes, diríase una preciosísima perla, solo ofuscada por los brillantes que la rodean y por el oro en que está engastada. Entre las risas y chistes del *Quijote* aparece todavía más tétrica su trágica lobreguez. Bien se ve que el hecho pasa en la tierra clásica de las tragedias, cual nos la presenta la historia de aquellos tiempos. La trama, maravillosa; la precipitación de los acontecimientos, interesante; el desenlace final, soberbiamente expuesto. El castellano en este episodio se distingue del castellano empleado en el resto del *Quijote*. Parece por su ligereza y elegancia un castellano italianizado, sin dejar por eso de ser castizo. Nada tiene que ver con el habla de Sancho, con la jerga de los galeotes, con el caballerismo trasnochado de Don Quijote. Es un lenguaje cuajado, ó más que cuajado, de términos eruditos traídos del latín, muchos de ellos hacía todo lo más un siglo. Antítesis elegantes, recortes acicalados, razonamientos filosóficos y amorosos, disertaciones al gusto clásico del Renacimiento, períodos formados por cláusulas de idéntica largura y como paralelas, que suavemente se suceden. En suma, es el estilo plateresco del *Quijote*. Corre por los personajes sangre italiana, que borbotea febril, ardiente y mudable. Nada de refranes ni de frases del hogar castellano; mucho diletantismo y preciosismo y versitos amoratorios. Véanse ejemplos: «Pero quando se ofrecia dexaua Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario: y Lotario dexaua los suyos por acudir a los de Anselmo: y desta manera andauan tan a una sus voluntades, que no auia concertado relox que assi lo anduuesse (I, 39, 160). —Pero no, que bien se que eres Anselmo, y tu sabes que yo soy Lotario: el daño está, en que yo pienso que no eres el Anselmo que solias, y tu deues de auer pensado, que tampoco yo soy el Lotario, que deuia ser: porque las cosas que me has dicho, ni son de aquel Anselmo mi amigo, ni las que me pides se han de pedir à aquel Lotario que tu conoces» (id., 163).

El que por esta novela juzgara del estilo novelesco de Cervantes, que parece quiso echarla por delante, insertándola en el *Quijote* para tantear el gusto del público antes

de imprimir sus *Novelas ejemplares*, se engañaría de medio á medio. Tiene todas las trazas de haber sido como la matriz con que pretendió componer las demás: lo dicen en alta voz su unidad, enredo y desenlace irreprochables, la tesis moral, el asunto italiano. Pero el carácter de Cervantes no era tan trágico y lúgubre que soportase por mucho tiempo la tristeza de aquél ambiente; la apacibilidad de su condición le inclinaba á otros asuntos más tranquilos, más optimistas y sonrientes; y, por otra parte, profundo conocedor del habla castellana, cautivado por el realismo del gran Lope de Rueda, amamantado en la *Celestina* y en *Guzmán de Alfarache*, tendía á dar colorido más español á los asuntos y al lenguaje.

La señora Cornelia todavía es un novela italiana, pero dos de sus principales personajes son caballeros de nobilísimos sentimientos, y españoles de pura raza, y el desenlace es venturoso. Las demás novelas son enteramente españolas, aun cuando en la *Española inglesa* parte de los sucesos se verifiquen en la Corte de Inglaterra, que por lo mismo resultan una Inglaterra y una Corte fingidas. *Rinconete y Cortadillo* y el *Coloquio de los perros*, las mejores sin comparación de todas ellas, prueban bien á las claras el terreno donde Cervantes había de ser insuperable, por hallarse en su propia casa. Pero en todas brilla un optimismo sano, un sosiego tranquilizador, una moral elevada, una delicadeza de sentimientos, una manera tan risueña de ver la vida, que contrasta con la moral escabrosa, los sentimientos bastardos, la negra tristeza que rodea al *Curioso impertinente*.

El regocijo de las Musas no podía calzar por más tiempo el coturno trágico. Los personajes odiosos no eran para aquella alma bondadosísima, noble y delicada de Cervantes, que hace simpáticos aun á los que por naturaleza no debieran serlo, y hermosas ó por los menos no desagradables y de buenos sentimientos hasta las figuras más feas y deformes. Ahí están, si no, la asturiana Maritornes, y hasta las mismas dueñas, blanco de todas sus iras, que no me dejarán mentir. Nadie como Cervantes supo crear caracteres bellos, mujeres hermosísimas en el cuerpo, pero mucho más en lo moral del alma. Los personajes que entran en el *Quijote*

son 669, de ellos 607 hombres y 62 mujeres. A pesar de que el asunto y el papel que desempeñan muchos de ellos en este cuadro tan variado pide que algunos estuvieran tiznados por el carbón de puro oscuros, ninguno se nos hace odioso ni antipático, todos se hallan envueltos en un no sé qué de agradable y atractivo, que hubieron de tomar en la fantasía creadora de su autor.

De esta condición apacible y regocijada por idiosincrasia de nuestro Cervantes, y de su acendrado españolismo en el sentir y en el hablar, resultó su estilo novelesco, enteramente español, eminentemente moral y optimista en los caracteres, suelto y elegante en la exposición, y castizo en el lenguaje. Tiene pinceladas realistas á lo Velázquez, rasgos atormentados á lo Ribera, brochazos geniales á lo Goya; pero con ser tan realista como todos ellos, y tan exuberante como Rubens, y tan elegante como Rafael, Cervantes, por su idealismo sublime, maravillosamente casado con el realismo más agudo, sólo puede compararse con el divino Murillo. Es el efecto que me hace su lectura, el mismo que siento, cuando después de recorridos los demás salones del Museo del Prado, llego á descansar en el saloncillo central, donde Murillo, á pesar de no descollar tanto como esos gigantes del arte, con su delicadeza sobrehumana, su naturalidad exquisita, su idealismo soberano, arroba y eleva los sentimientos, ensancha los espíritus, y baña el alma de un sosiego estético, que yo suelo allí sentir y aquí no acierto á expresar.

La prosa narrativa de Cervantes es oro derretido, que fluye ondulando brillante y sonoro, reflejando todas esas cualidades de su corazón, de su fantasía, de su ingenio. Estamos, pues, en plena novela moderna; pero en plena novela española, llena de realidad, de idealismo, de moralidad intachable. Las aventuras de Sierra Morena son ya de este género. Dos hombres y dos mujeres, dos parejas, linajuda la una, más ó menos del pueblo la otra, se cruzan en sus pasiones amorosas, presentándonos los tipos de la ciudad y de la aldea, de las gentes de cuenta y de las gentes labradoras, con un enredo y un desenlace admirablemente dispuestos y felizmente trabados con la acción prin-

cipal de las andanzas quijotestas. Cardenio es realmente el señor tal de Cárdenas, noble cordobés, elegante, cortés y poeta de raza. Su carta misiva es un modelo de atildada y exquisita elegancia, de fino torneado, que recuerda el estilo simétrico y antitético de los sofistas y retóricos atenienses (I, 23, 97):

«Tu falsa promesa y mi cierta desventura, me lleuan à parte, donde antes bolueran a tus oydos las nueuas de mi muerte que las razones de mis queexas. Desechasteme, o ingrata, por quien tiene, mas no por quien vale mas que yo: mas si la virtud fuera riqueza que se estimara, no embidiará yo dichas ajenas, ni llorara desdichas propias. Lo que leuantò tu hermosura han derribado tus obras: por ella entendi, que eras Angel y por ellas conozco que eres muger. Quedate en paz, causadora de mi guerra, y haga el cielo, que los engaños de tu esposo esten siempre encubiertos, porque tu no quedes arrepentida de lo que hiziste, y yo no tome vengança de lo que no desseo.»

El soneto no está menos almidonado, fluye cual corriente cristalina en cláusulas iguales y paralelas de rítmico deajo (íd., 97):

«O le falta al amor conocimiento
O le sobra crueldad, o no es mi pena
Igual à la ocasion que me condena
Al genero mas duro de tormento.
Pero si amor es Dios, es argumento,
Que nada ignora, y es razon muy buena,
Que un Dios no sea cruel: pues quien ordena
El terrible dolor que adoro, y siento?
Si digo que soys vos Fili, no acierto,
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruyna.
Presto aure de morir, que es lo mas cierto,
Que el mal, de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.»

«A fê que deue de ser razonable Poeta, o yo se poco del arte», exclama Don Quijote. La narración de Cardenio está en una prosa rimada tan límpida como la carta y el soneto. Oid el comienzo (I, 24, 102): «Mi nombre es Cardenio, mi patria una ciudad de las mejores desta Andaluzia, mi linaje

noble, mis padres ricos, mi desventura tanta, que la deuen de auer llorado mis padres, y sentido mi linage, sin poderla aliuiar con su riqueza: que para remediar desdichas del cielo, poco suelen valer los bienes de fortuna.»

Cuanto al estilo narrativo de Cervantes, aquí como siempre se echan de ver sus dotes maravillosas. Una plasticidad tan realista y viva, que parece, no imaginar, sino ver las cosas, una colocación de los términos en la frase tan libre y gallarda, que no hay quien se le iguale en la variedad de construcción y en la cadencia rítmica, una suavidad en los caracteres y un sósiego en el deslizarse vocablos y frases, que nos transporta á Atenas y nos recuerda al intachable y olímpico Sófocles. Véase la pintura de un loco en el encuentro de Cardenio (I, 23, 100). Pero ¿cómo olvidar algunas de las frases con que describe el de la hermosa Dorotea? «Ni el estaua à otra cosa atento, que a lauarse los pies, que eran tales, que no parecian sino dos pedaços de blanco cristal, que entre las otras piedras del arroyo se auian nacido... El moço se quitò la montera, y sacudiendo la cabeça à una, y otra parte, se començaron a descoger, y desparzir unos cabellos, que pudieran los del Sol tenerles embidia... Los luengos, y rubios cabellos, no solo le cubrieron las espaldas, mas todo en torno la escondieron debaxo de ellos, que sino eran los pies, ninguna otra cosa de su cuerpo se parecia, tales, y tantos eran. En esto les siruio de peyne unas manos, que si los pies en el agua auian parecido pedaços de cristal, las manos en los cabellos semejan pedaços de apretada nieue» (I, 28, 131). Luego viene la descripción de su casa de labradores ricos (íd., 133), que no puedo detenerme á leer, así como el encuentro con D. Fernando y Luscinda (I, 36, 189): «y todos tres, Luscinda, Cardenio y Dorotea, quedaron mudos, y suspensos, casi sin saber lo que les auia acontecido. Callauan todos, y mirauanse todos, Dorotea a D. Fernando, D. Fernando a Cardenio, Cardenio a Luscinda, y Luscinda a Cardenio» (I, 36, 189).

No faltaron descontentadizos que reprendiesen la inserción de tantos episodios en la primera parte, por lo que Cervantes en la segunda solo inserta dos brevísimos, el de

Claudia Jerónima (II, 60, 231), y el de la morisca Ana Félix, hija de Ricote (I, 63, 246), modelos de narración viva y precipitada.

La novela pastoril á lo Sannazaro, Montemayor y Gil Polo, llega en el *Quijote* á su perfección: es la segunda variedad italiana, que traía enamorado á Cervantes. Su pecho candoroso, amante de todo lo ingenuo y sencillo, le llevaba á este género, para nosotros tan lacio, insulso y convencional, para aquella época nuevo y tan atractivo como el falso naturalismo de Rousseau para los enciclopedistas. Cervantes quiso entreverar las hazañas de Don Quijote y las chistosas salidas de Sancho con escenas de la Arcadia, que refrescasen el cuadro con toques suaves y alpestres. Todos son episodios cortos, bien traídos, con su asunto trazado de mano maestra y su desenlace trabado con la acción principal.

El primero del desesperado Grisóstomo y de la esquiva Marcela empieza á contarle Pedro, uno de los cabreros que acogieron á Don Quijote. Pedro ya no es un pastor ficticio de una égloga convencional; es un pastor que habla como los pastores que huelen á chivo: «Principalmente dezian, que sabia la ciencia de las estrellas, y de lo que passan allá en el cielo, el Sol, y la Luna, porque puntualmente nos dezia el cris del Sol, y de la luna.» Así pinta Pedro al estudiante enamorado, y con esta su manera de expresarse pinta Cervantes á Pedro. Pero todavía aparece mejor en lo que le hace callar. «Eclipse se llama, amigo, que no cris, el escurecerse esos dos luminares mayores, dixo Don Quixote. Mas Pedro no reparando en niñerías prosiguió su cuento, diciendo. Assi mismo adeuinava, quando auia de ser el año abundante, o estil. Esteril quereys dezir amigo, dixo Don Quixote? Esteril, o estil, respondió Pedro, todo se sale allá. Y digo, que con esto que dezia, se hizieron su padre, y sus amigos que le dauan credito, muy ricos, porque hazian lo que el les aconsejaua, dziendoles: Sembrad este año ceuada, no trigo: en este podeys sembrar garuanços, y no ceuada: el que viene será de guilla de azeyte: los tres siguientes no se

cogerá gota. Essa ciencia se llama Astrologia, dixo Don Quixote. No se yo como se llama, replicó Pedro, mas se que todo esto sabia, y aun mas.» Cortemos aquí esta preciosa narración. Señores, los pastores de Virgilio, de Teócrito, de Longo, jamás hablaron así; pero si hablaron más culto, creo que por el mismo caso hablaron peor. Ese desentenderse de las erudiciones y exactitudes del leído caballero, ese introducir hablando en giro directo á Grisóstomo, como lo hace la gente rústica, ese destrozar los términos científicos, ese corte de frases, son del habla realmente pastoril. La pluma anticonvencional, que había tajado Cervantes para describir las escenas realistas precedentes, no se le había roto al llegar al capítulo XII. Nada diré de la entonación elegiaca de la canción desesperada del pastor suicida, sentida, como de enamorado, y culta como de estudiante salmantino. La Marcela es una hembra de pura sangre, con la altivez é ingenio que en cualquiera parte fuera de España parecerían exagerados.

También acaba en pastoril el suceso no menos trágico que cuenta otro cabrero en el capítulo LI. El tipo bravucón de Vicente no lo pintó mejor Plauto: «Este soldado, pues que aqui he pintado, este Vicente de la Roca, este brauo, este galan, este musico, este Poeta...» dice el friamente airado Eugenio. Pero no se pueden pasar por alto las palabras tan sentidas como tiernas, como que brotaban de lo más íntimo de su corazón, que á la cabra dirigió, cuando apareció por entre unas «çarças, y espessas matas» á la comitiva de Don Quijote: «Ha cerrera, cerrera, manchada, manchada, y como andays vos estos dias de pie coxo? que lobos os espantan? Hija no me direys que es esto, hermosa? Mas que puede ser, sino que soys hembra, y no podeys estar sossegada, que mal aya vuestra condición, y la de todas aquellas a quien imitays.» La historia de Camacho y Quiteria (II, ç. 20), con el campestre y rico aparato de las bodas, es otro episodio tan original como interesante en el género bucólico; pero tal vez valga más como pintura de caracteres y de costumbres estudiantiles la contienda sobre la destreza entre el Licenciado y Corchuelo (II, c. 19). Elegante y de color de alegre verde, al gusto de Cervantes, es la des-

cripción de la Arcadia, que por entretenimiento formaron los hidalgos é hidalgas de la aldea aragonesa (II, c. 58), y ridícula, sobre todo en los nombres que se habían de poner, la que trazó Don Quijote para consolarse en su vencimiento, pasando de una locura á otra, como había pasado el gusto literario desde la monstruosa caballería á la égloga infantil.

De propósito he dejado hasta este punto la historia del cautivo, porque en el terreno de la pura novela, prescindiendo del elemento caballeresco, del satírico y del ético, que forman el alma del *Quijote*, nada se ha escrito de más real é ideal á la vez, de más humano y de más divino, ó dígase estético. Si *el Curioso impertinente* puede considerarse como la primera manera del novelar cervantino, que apenas ha salido del regazo maternal italiano, la historia del cautivo es lo sumo de su género novelesco, la flor de todas sus puras novelas, perfumada con la suávidad ideal del género bucólico é idílico. Porque idilio es, no en el sentido de Teócrito, ni en el hoy común de poco estéticos amoríos, sino en el del más virginal y sereno platonismo, este cuadro de candidez bíblica, que sólo admite par de sí en la literatura humana otro que el de la llegada de Ulises á las playas, donde se bañaba Nausicáa, ó el del encuentro de Andrómaca y Héctor. Comparar ese cuadro naturalista con los de Zola es dejar caer una fresca y recién cortada rosa en medio de un muladar. Y es que si el cautivo no era el mismo Cervantes, en él puso Cervantes todos los nobles sentimientos de su corazón, y Zoraida era la mujer en quien sin duda soñara Cervantes, sobre todo durante las largas y tristes horas de su cautiverio. La nobleza varonil y el sentimiento de delicadezas femeniles que encerraba su alma pasaron á aquellos dos personajes, tan realmente humanos como idealmente bellos. Las dos escenas del baño y del jardín de Agimorato son de esos pocos y cortos momentos que, dejando arrasados en lágrimas los ojos, parecen sacar al alma de su asiento y arrebatarla á ideales que sólo son para soñados. Yo no sé que haya trozo en castellano tan deli-

cado, tan ingenuo, tan virginal como la siguiente carta de Zoraida: «Quando yo era niña tenia mi padre una esclava, la qual en mi lengua me mostrò la Zala Christianesca, y me dixo muchas cosas de Lela Marien. La Christiana murio, y yo se que no fue al fuego, sino con Ala, porque despues la vi dos vezes, y me dixo, que me fuesse a tierra de christianos, a ver a Lela Marien, que me queria mucho. No se yo como vaya, muchos christianos he visto por esta ventana, y ninguno me ha parecido cauallero sino tu. Yo soy muy hermosa, y muchacha, y tengo muchos dineros que llevar conmigo. Mira tu si puedes hazer como nos vamos, y serás allá mi marido, si quisieres, y si no quisieres, no se me dará nada, que Lela Marien me dará con quien me case. Yo escriui esto, mira à quien lo das a leer, no te fies de ningun Moro, porque son todos Marfuzes. Desto tengo mucha pena, que quisiera que no te descubrieras a nadie, porque si mi padre lo sabe, me echarà luego en un pozo y me cubrirà de piedras. En la caña pondré un hilo, ata alli la respuesta, y sino tienes quien te escriua Arabigo, dimelo por señas, que Lela Marien hará que te entienda. Ella, y Ala te guarde, y esta cruz que yo beso muchas vezes, que assi me lo mandò la cautiva» (I, 40, 210).

Pero vengamos ya à la creación estupenda, que propiamente constituye el *Quijote*. A cada cual arrastran sus aficiones conforme à las cualidades de su propio corazón. El de Cervantes encerraba un tesoro de bondad ingénita, que se apasionaba por todo lo que fuera noble y generoso. Cervantes estaba enamorado de los ideales, que latian bajo ruda costra en la literatura medioeval. Sentía hondamente con toda su alma española aquellos viejos romances, continuadores de las más antiguas gestas castellanas, y se deleitaba en la caballeridad y nobles sentimientos del ciclo carolingio, tan popular en España. Pero al encontrar en la última y prosáica manifestación de aquella épica, en el ciclo bretón interpretado por las historias de caballeros andantes, no pocos rasgos de su antigua grandeza extrañamente revueltos y confundidos con toda suerte de desatinos éticos

y estéticos, tan ajenos de la moral y del sentir de los españoles, como del arte tradicional, debió sentir una mezcla de cariño y de ira, que despertaron su ingenio creador y aguzaron su pluma, para sacar de aquel caos el elemento épico, para dar vida real á aquel montón de seres falseados, aprovechando el generoso espíritu que aun bullía en aquella literatura bárbara é informe. Los héroes de las antiguas epopeyas francesas, germánicas y castellanicas obraban por móviles razonables, ajustados á las costumbres sociales de la época; los caballeros de la Tabla Redonda y los posteriores del ciclo bretón no obraban por motivo alguno. Todas aquellas energías y aquellos ideales se resolvían en un individualismo egoísta, antisocial y bárbaro.

Son caballeros de esos que á sus aventuras van, que corren tierras, cruzan mares, se combaten sin qué ni para qué en bosques, encrucijadas, puentes y castillos, descabezan gigantes, vestiglos y endriagos, que se ven arrastrados por un amor criminal y fatalista hacia la mujer que convierten en ídolo impío de todas sus adoraciones, que van y vienen, vienen y van, nada más que porque sí, por puro capricho, por el veleidoso placer de la novedad, de la aventura. Son realmente aventureros, y verdaderamente andantes. Pero todavía entre sus estrafalarias fazañas chispean rasgos de caballero. Amadís lo es en toda la extensión de la palabra, y á vueltas de lo absurdo del objeto que persigue, del ambiente que le rodea, de la máquina prestigiosa y supersticiosa que le saca airoso de todas sus empresas, una aureola de idealismo elevado le circunda, es el tipo del perfecto caballero, el protagonista de la fidelidad amorosa, el ideal del honor y de la cortesía. Cervantes puso el alma de Amadís en Don Quijote; pero al querer transformar ese tipo absurdo y quimérico del caballero andante de manera que quedara despojado de todo lo convencional y falso, tuvo que encarnarlo en un loco, que resultó sublime, que causa lástima y veneración todo á un mismo tiempo, porque como dijo el poeta inglés Wordsworth, la razón anida en el rincón y majestuoso albergue de su locura. Don Quijote comenzó por ser una parodia de los absurdos caballeros andantes; pero al chocar en la fantasía creadora de Cer-

vantes el ideal de Amadís, que tan de lleno encajaba en lo noble y generoso de sus propios sentimientos, con el realismo de la vida del siglo xvi, no menos entrañablemente acariciado y experimentado durante todo el curso de su penosa existencia, perdió cuanto tenía de falso y peligroso, se alzó sobre sí mismo y quedó convertido en el verdadero caballero ideal, que por el contraste humorístico con la realidad no puede menos de parecer loco y sublime á la vez. De esta manera, habiendo sido ocasión y motivo, no verdadera causa formal ni eficiente del *Quijote*, la sátira contra la literatura caballeresca, no se detuvo Cervantes en poner de manifiesto, como lo había hecho el Ariosto, el vicio capital de la caballería, la desproporción entre el intento generoso y la vaciedad del éxito; sino que abriendo un venero inagotable de bellezas poéticas, de humorismo sin hiel, de risa perenne, al par que hacía renacer de sus propias cenizas la verdadera novela caballeresca con la savia rica y vigorosa de la épica medioeval y sin su bárbara hojarasca, daba vida á la epopeya cómica más risueña, benévola, culta y trascendental. Para Hegel, «después de los poemas de Homero, no ha habido en ninguna literatura nada más seriamente épico, esto es más real é ideal á la vez que el *Cid*, y nada más cómicamente épico que el *Quijote*».

El lenguaje que convenía á esta epopeya cómica, mezcla del ideal caballeresco y de la realidad concreta de la España del siglo xvi, tenía que ser mezcla también del rimbombante lenguaje de los libros de caballerías y del habla más castiza y vulgar del pueblo castellano. En entrambos precisamente era consumado Cervantes. El estilo antiguo le reteñía en los oídos por la continua lectura, el habla vulgar de todas las clases sociales españolas le cautivaba, era todo su cariño. En el *Persiles y Segismunda*, la inventiva es maravillosa; pero aquellos personajes de un mundo desconocido no podían hablar á lo Sancho ó á lo Ginesillo de Pasamonte. Tal es la razón de su inferioridad respecto del *Quijote*, y tal la importancia del material técnico, que da forma á la obra artística. El realismo del *Quijote* está en la pintura de la sociedad española; ¿pero cómo llevar á cabo esa pintura si no es con el habla genuinamente castellana,

que encierra ya en sí el carácter, la idiosincrasia y el modo de pensar de los españoles? Haced hablar á Sancho, á Sansón Carrasco, á Teresa Panza, á los galeotes, en francés, y resultarán un Sancho francés, un Sansón Carrasco francés, una Teresa Panza francesa, unos galeotes franceses. He aquí por qué el *Quijote* es verdaderamente intraducible. Sólo son traducibles las ideas: una noticia cualquiera la relatan todos los periódicos del mundo al día siguiente de suceder el hecho; el color de un idioma es intraducible. El idioma es el alma de un pueblo, lleva estampado su carácter, sus maneras de sentir y de pensar, y cuando ese idioma lo maneja un artista de la talla de Cervantes, que sabe arrancarlo chorreando vida del hogar, de las galeras, de las ventas, del corral de Monipodio, ese idioma lleva consigo todo el realismo que avalora la obra artística, y al traducirse no puede menos de perderlo enteramente. Yo no comprendo un Sancho ni una Teresa Panza hablando en francés ó en inglés: me resultan en las malas traducciones un Sancho y una Teresa incoloros, de ningún país, de otro mundo desconocido, y en las buenas traducciones un Sancho y una Teresa franceses ó ingleses: y ese Sancho y esa Teresa no son el Sancho y la Teresa que creó Cervantes. Por algo se dice que en la obra artística la forma es elemento integrante y aun el más principal de su belleza, y tanto más, cuanto más artística y bella sea la obra. El realismo del *Quijote* es intraducible, porque es intraducible el habla genuinamente castellana de sus personajes. Al fin y al cabo el habla de un pueblo se llama *idioma* por ser algo propio, incommunicable, no común á los demás pueblos.

¿Queréis verlo con toda evidencia? Oid la retrotraducción de un párrafo de los menos difíciles (1). Dice á la letra un texto francés de 1782: «Bien me ha venido el tener buenas espaldas, mujer, porque he sido bien zurrado; y si tengo un buen gobierno, me cuesta buenos golpes. Debo decirte, amor mío, como he resuelto que vayas en coche, que es de lo que se trata por el pronto; porque andar de otra manera es pedir un desatino.»

(1) Tomado de SBARBI, *El Refranero general español* VI.

¿Os suena esto á Sancho? Oidle pues: «Si buenos azotes me daban, bien caballero me iba; si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta. Has de saber, Teresa, que tengo determinado que andes en coche, que es lo que hace al caso; porque todo otro andar es andar á gatas.» Ved otra traducción francesa de 1810 retrotraducida al castellano: «Quien bien quiere, bien zurra, querida mujer; así es como me ha tratado la fortuna. Trátase ahora, Teresa, de comprarte coche, porque cualquier otro modo de andar no puede convenirte ya, y solo es bueno para los gatos.» Si ese que así habla es Sancho, vengan y lo vean los que han llegado á afirmar que el *Quijote* es más claro en las traducciones que en el texto de Cervantes.

Y el *Quijote* está lleno de idiotismos locales, de refranes, de hipérbolos y andaluzadas, de retruécanos, de equívocos, de frases burlescas, dichos festivos, vocablos picarescos, expresiones intencionadas, que aumentan la dificultad, si ya no fuera poca la que lleva consigo el idioma vulgar con todo su color local y su fuerza plástica.

La lengua castellana, dice Sbarbi (1), resume en sí los tonos más opuestos y nuestra nación es naturalmente inclinada á que el escritor emplee y combine tales tonos en sus producciones. Nunca escritor alguno ha obedecido á esa propensión, ni aprovechádose de semejantes recursos, con el acierto y superioridad que lo hiciera Cervantes. Rústico en el Cabrero, culterano en Marcela, ampuloso en la Dueña Dolorida, épico en el relato del desencanto de Dulcinea, festivo y á veces incorrecto en Sancho, picaresco en los galeotes, noble y majestuoso en Don Quijote, ha sabido recorrer su autor todos los tonos de la escala del idioma castellano, siendo, por último, arcáico también en el protagonista, sobre todo en los momentos en que se veía más fuertemente afectada su cabeza de la dolencia que le aquejaba.

Ved algunos ejemplos de estilo arcáico y caballeresco, mejorado y puesto en caricatura por Cervantes: «La razon de la sin razon que a mi razon se hace, de tal manera mi

(1) *Refranero VI*, 160.

razon enflaqueze, que con razon me queixo de la vuestra fermosura. Los altos cielos que de vuestra diuinidad, diuinamente con las estrellas os fortifican, y os hazen merecedora del merecimiento que merece la vuestra grandeza» (I, 1, 1). —«O Princesa Dulcinea, señora de deste cautiuo coraçon. mucho agrauio me auedes fecho en despedirme, y reprocharme con el riguroso afincamiento, de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura. Plegaos señora de membraros deste vuestro sujeto coraçon, que tantas cuytas por vuestro amor padece» (I, 2, 5).—«Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez ademas la risa, que de leue causa procede; pero non vos lo digo porque os acuytedes, ni mostredes mal talante, que el mio non es de al, que de seruiros» (I, 2, 5).— «Non fuyan las vuestras mercedes, nin teman desagnisado alguno, ca â la orden de caualleria que professo, non toca, ni atañe fazerle a ninguno, quanto mas a tan altas donzellas como vuestras presencias demuestran» (id.). Por supuesto que el contraste no puede ser mayor, hablar de esta guisa á dos mozas del partido, traídas y llevadas como trapo viejo. Por no alargarme solo citaré la carta de Don Quijote á Dulcinea, modelo el más acabado: «El ferido de punta de ausencia, y el llegado de las telas del coraçon, dulcissima Dulcinea del Toboso, te embia la salud que el no tiene. Si tu fermosura me desprecia: Si tu valor no es en mi pro. Si tus dèsdenes son en mi afincamiento, maguer que yo sea âsaz de sufrido, mal podré sostenerme en esta cuyta, que, ademas de ser fuerte, es muy duradera. Mi buen escudero Sancho te darà entera relacion ô bella ingrata, amada enemiga mia del modo que por tu causa quedo: si gustares de acorrerme, tuyo soy, y si no, haz lo que te viniere en gusto, que con acabar mi vida auré satisfecho a tu crueldad, y a mi desseo. Tuyo hasta la muerte El cauallero de la triste Figura» (I, 25, 114).

Semejante estilo encantaba tanto á Don Quijote que real y verdaderamente se dejó encantar con esta profecía, remedo burlesco de las que él tantas veces había leído: «O cauallero de la triste Figura, no te dê afincamiento la prision en que vas, porque assi conuiene para acabar mas presto la auentura en que tu gran esfuerço te puso. La qual se

acabará, quando el furibundo leon Manchado con la blanca paloma Tobosina, yazieren en uno, ya despues de humilladas las altas ceruizes al blando yugo matrimoñesco. De cuyo inaudito consorcio saldrán a la luz del Orbe los brauos cachorros que imitarán las rapantes garras del valeroso padre...» (I, 46, 247).

Cervantes en sus descripciones empuña la trompa épica de la caballería; pero saca de ella tonos tan altisonantes, que á pesar del aire de parodia pudieran competir con los más afamados de Homero. Puramente burlesco es el proemio al gobierno de Sancho en demanda de inspiración á Apolo: «O perpetuo descubridor de los Antipodas, hacha del mundo, ojo del cielo, meneo dulce de las cantimploras, Timbrio aqui, Febo alli, tirador acá, medico acullá, padre de la poesia, inuentor de la musica, tu que siempre sales (y aunque lo parece) nunca te pones. A ti digo, o Sol con cuya ayuda el hombre engendra al hombre: a ti digo, que me fauorezcas, y alumbres la escuridad de mi ingenio, para que pueda discurrir por sus puntos en la narración del Gouierno del gran Sancho Pança, que sin ti, yo me siento tibio, desmaçalado, y confuso» (II, 45, 168). De memoria sabéis cómo se figuraba Don Quijote que había de empezar el cuento de su primera salida el sabio que la hubiere de escribir: «A penas auia el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, y espaciosa tierra las doradas hebras de sus hermosos cabellos, y a penas los pequeños, y pintados paxarillos con sus harpadas lenguas auian saludado con dulce, y meliflua armonia la venida de la rosada Aurora, que dexando la blanda cama del zeloso marido, por las puertas y balcones del Manchego Horizonte a los mortales se mostraua, quando el famoso cauallero Don Quixote de la Mancha, dexando las ociosas plumas, subio sobre su famoso cauallo Rozinante y començô a caminar por el antiguo, y conocido campo de Montiel» (I, 2, 4). Y qué descripeión épica de ejércitos puede compararse en inventiva, velocidad, ritmo y viveza con la del capítulo XVIII: «Y has de saber Sancho, que este que uiene por nuestra frente le conduze, y guia, el grande Emperador Alifanfaron, señor de la grande isla Trapobana: este otro que á mis espaldas

marcha, es el de su enemigo el Rey de los Garamantas, Pentapolin del arremangado brazo...» etc. (I, 18, 66...) Y la del caballero andante que llega á la corte y se enamora de la Infanta (I, 21, 85), donde resume Cervantes las historias caballerescas, cortadas todas por el mismo patron. Y la del otro que se lanza en el lago de pez (I, 50, 632), y se encuentra en unos floridos campos y llega á un castillo, con las demás quimeras que Don Quijote tiene por tan gustosas, y por las que pretende persuadir al Canónigo á la lectura de sus libros.

Los Duques quisieron tratar á nuestro hidalgo como caballero andante, con lo cual tiene ocasión Cervantes de remedar otros muchos pasos caballerescos, pero oscureciéndolos con lo gallardo y magnífico de sus descripciones. Baste citar el encuentro con una bella cazadora (II, 30, 114), el épico desencanto de Dulcinea (II, 34, 132), lo de la Condesa Trifaldi (II, 36, 141, y 37, 144, y 38, 145, y 39, 149), lo de Clavileño (II, 41, 153), etc.

Los discursos de Don Quijote están en un lenguaje noble y hasta majestuoso. El famosísimo de la edad dorada pedía una galanura que equivaliese á poesía diluida en rítmica prosa, y á la verdad no hay trozo castellano que en este punto se le pueda comparar (I, 11, 33). Ese ritmo pende en gran parte de la colocación de las palabras en la frase, y de las frases en la oración, y exige gran soltura en el manejo de la construcción castellana. Cámbiese la construcción ó múdese tan solamente la colocación de las palabras, y á pesar de subsistir las ideas el discurso parece otro, por haber perdido la música que acompañaba al libreto, y que en ocasiones semejantes es tan indispensable ó más que él para la belleza artística de la obra. «Las claras fuentes, y corrientes rios, en magnífica abundancia, sabrosas y transparentes aguas les ofrecian. En las quiebras de las peñas, y en lo hueco de los árboles, formauan su republica las solicitas, y discretas abejas, ofreciendo á qualquiera mano sin interes alguno, la fertil cosecha de su dulcissimo trabajo...»

Es un paisaje de tintas tenues y arreboladas que se esfuman, pasando la vista tan suavemente de un color á otro

por manera tan delicada, que rueda sin obstáculo de objeto á objeto tranquila, sosegadamente.

Es notable entre los discursos de Don Quijote, dejando á un lado los conocidos de las armas y las letras (I, 38, 199), y de los libros de caballerías (I, 47 y 48), el que pronunció respondiendo al grave eclesiástico de casa de los duques. Por la suave insinuación y el reposo lleno de seriedad con que comienza se ve la borrasca que aquella severa é intemperante reprensión había levantado en el honrado pecho del hidalgo. El respeto que á los ministros de Dios profesaba le hace represar la ira, que en otro caso estallara de un golpe. Pero por lo mismo, conforme va adelantando el discurso y van amontonándose las razones, crece el calor y movimiento. Verdad es que la ira era más bien de Cervantes, el cual se había despachado á su gusto en un párrafo lleno de elocuencia vigorosa, al presentarnos ente tan severo, tan mangoneador y tan mandón: «y con ellos un graue Ecclesiastico, destos que gouiernan las casas de los Principes, destos que como no nacen Principes, no aciertan a enseñar como lo han de ser los que lo son: destos que quieren que la grandeza de los grandes se mida con la estrechez de sus animas: destos que queriendo mostrar a los que ellos gouiernan a ser limitados, les hazen ser miserables: destos tales digo que deuia de ser el graue Religioso» (II, 31, 118).

Y ya que de elocuencia se trata, permitidme recordaros el lugar en que Cervantes la llevó al más alto grado. Refiérome al Prólogo de la segunda parte, donde responde al cargo que le había hecho Avellaneda de ser viejo y manco. Sin querer se nos viene á las mientes al leer este trozo, el más elocuente que en ocasión parecida pronunció Demóstenes, cuando en el discurso de la Corona se hace cargo de lo que Esquines le había imputado en razón de haber abrazado una política que llevaba á Atenas á su ruina. Aunque así fuera—responde Demóstenes,—debiera haber seguido mis consejos, que eran salir en defensa de la libertad de la patria y de perecer en la demanda, y á continuación evoca los héroes de Maraton y todas las glorias pasadas de la ciudad.

Los consejos de Don Quijote á Sancho para su gobierno (II, 42 y 43) son tan nobles en el lenguaje como profundos y discretos en el fondo, y no hay para qué citarlos.

Pero en lo que nadie igualó jamás á Cervantes, ni en castellano ni creo que en lengua alguna, es en los diálogos de Don Quijote y Sancho, de Sancho y su mujer Teresa, de entrambos con los duques. Sabido es que el diálogo es la piedra donde tropiezan los que no son grandes literatos, y que es lo más dificultoso del arte literario. Esto supuesto no tengo que añadir más que una sencilla observación. Dos hombres, llena el uno la cabeza de sus quimeras caballerescas, forrado el otro de la prosa de la vida de pies á cabeza, andan por esos campos día tras día sin otro objeto grandioso sobre qué disertar, y el lector lee hojas y más hojas, capítulos y más capítulos, riendo á cada paso, devorando aquellos preciosísimos chistes que brotan del contraste de tan antagónicas maneras de pensar de amo y mozo, hallando siempre cosas nuevas, sin cansarse más que cuando otros acontecimientos vienen á cortar ese diálogo maravilloso, que desearía no se acabara jamás.

He ahí el gran triunfo de Cervantes, la potencia sin igual de su inventiva, la inagotable vena de su ingenio. Y es que Don Quijote es un Amadís, que lleva en su cabeza todo aquel tenderete de encantadores, endriagos, vestiglos, gigantes, enanos, castillos, ejércitos, caballeros, reyes, infantas, hadas y demás baratijas caballerescas, y no encuentra, mal pecado, por esos llanos de la Mancha más que molinos de viento, batanes, manadas de carneros, yangüeses, maritornes, venteros y un prosaico Sancho Panza por añadidura, que sólo piensa en empinar la bota, llenar las alforjas, pedir salarios y esperar ínsulas. Aquél amor ilegítimo y fatal, más poderoso que el honor, que la sangre y que la muerte, que arrastraba, cual ídolo hecho de imán, á los caballeros andantes, ha tomado en la cabeza de nuestro hidalgo la forma todavía más ideal de Dulcinea, y la mala ventura de la realidad sólo le ofrece una aldeana carirredonda y chata. Lleva en la uña de los dedos el código del

honor, del caballerismo, de la cortesía, y tiene que habérselas con toda suerte de gente soez, con galeotes, yangüeses, venteros y cuadrilleros. Jamás se encontraron más cara á cara el idealismo más exagerado y el realismo más brutal. El choque había de ser tan tremendo, como el que en las edades cosmogónicas hubo entre el hidrógeno y el oxígeno, de cuya combinación, con horrísono estampido, resultaron las aguas de los mares. No para dos; para cuatro, para cuarenta partes, tenía tela cortada Cervantes con su inagotable ingenio en asunto tan apropiado á su carácter.

Y en ese incansable y maravilloso dialogado, el todo es la lengua castellana, pincel realista que colora y sombrea el medio real y los personajes reales, á donde dá de bruces el idealismo caballeresco del loco hidalgo. El habla popular castellana de Sancho, de Teresa Panza, de Sanchica, de los galeotes, de los venteros, esas hablas rústicas y poco cultas al decir de retóricos superficiales: ese es el gran pincel con que Cervantes pintó sus cuadros realistas y escribió la primera y la mejor de las novelas modernas. En esas hablas está todo el primor, el jugo, la fuerza de la lengua castellana. Cervantes es único en su manejo. Todas las explicaciones no darán á entender lo que es ese lenguaje, que hay que oírlo. Podéis abrir el *Quijote* por donde se os antoje, y con tal que allí hablen Sancho ó cualquiera de esas otras gentes del pueblo, podéis leer. No hay aquí donde escoger, porque no parece sino que Cervantes suelta la pluma y se retira, dejándolos hablar á ellos mismos: tan ellos mismos son siempre desde el principio hasta el fin de la novela. El artista no ha püesto allí la mano; esos dichos, esas frases han sido trasladados al papel por medio del fonógrafo.

Esto es sencillamente portentoso, estupendo. Una máquina no teje más igual que habla Sancho siempre que abre la boca. Y con todo, Sancho no se repite, las frases son siempre distintas; pero es que Sancho es siempre el mismo, hombre de carne y hueso, no hombre creado por la fantasía. Leed «la sabrosa plática que la Duquesa y sus donzellas passaron con Sancho Pança, digna de que se lea, y de que se note», dice el mismo Cervantes (II, 33), ó «la discreta y graciosa plática que passo entre Sancho Pança,

y su mujer Teresa Pança» (II, 5), ó el diálogo entre Don Quijote y Sancho después de los consejos (II, 43, 162), ó la cena del gobernador (II, 47, 176), ó su ronda (II, 49, 183), ó la memorable noche de los batanes (I, 20), ó la no menos memorable del Toboso (II, 9 y 10). Verdad es que todos los Panzas eran de la misma cepa, y, sin embargo, al hablar, Teresa, Sanchica y Sancho, son tres personas distintas, y las tres de un pueblo, de una familia. Porque no son concreciones de caracteres morales abstractos; sino personas verdaderas, arrancadas al pueblo español. Véase el diálogo de Teresa y su hija con el paje, el cura y el barbero (II, 50, 190), y las cartas cruzadas entre marido y mujer, y entre ésta y la Duquesa (II, 52, 200). Pero si continuamos recordando pasajes, tendremos que leer el índice de toda la obra; sólo añadiré el polidiálogo entablado en la venta con ocasión de la albarda (I, 44, 238 y 45). Paso por alto el noble lenguaje de los Duques, el irónico del cura, el dueñesco de las dueñas, el casero del ama y la sobrina.

Sólo quiero que os fijéis en lo que tiene ese lenguaje de popular, á pesar de ser tan variado como los personajes, en lo que forma la gracia del lenguaje de los Panzas y da á entender el genio característico del castellano: ese decir sentencioso y arrefranado, de cortes bruscos y vigorosos, de transposiciones y elipses, que hacen resaltar el vocablo principal, ese gracejo en las antítesis, hipérboles y equívocos maliciosos, sobre todo esa ironía y segunda intención, ese humorismo en fin, que los ingleses han llamado cervántico porque Cervantes es el escritor que mejor ha sabido interpretarlo y ponerlo en sus novelas, pero que pertenece al habla popular y al carácter español. Ese lenguaje en toda la fuerza de sus idiotismos hay que oírlo cuando hablan los estudiantes, el Licenciado y Corchuelo, el socarrón de Carrasco y los galeotes: ese es el lenguaje de la novela picaresca.

El habla picaresca es la flor y nata del castellano, es la quintaesencia del genio idiomático, porque es la quinta-

esencia del genio y del carácter nacional. Por eso nada tiene de extraño que la novela picaresca haya nacido y sea exclusiva de España: es, al decir de Haan, la mayor gloria literaria española, por lo menos la más duradera é influyente en la literatura universal. Es el género propio que nace del carácter nacional y de la lengua castellana. Cervantes por españolismo, por propensión innata, fué el primer novelista picaresco. Más de la mitad de sus obras son picarescas, descollando sobre las demás aquél cuadro admirable que se llama *Rinconete y Cortadillo*, y aquella galería de cuadros, engastada en una concepción más filosófica que la de *Lucio ó el Asno*, atribuído á Luciano, ó la del *Asno de oro*, de Apuleyo, y que se llama *Coloquio de los perros*. Todo el realismo que avalora el estilo novelesco de Cervantes, quiero decir toda su paleta, se debe al habla picaresca, que en mayor ó menor dosis se halla en todos los personajes populares de sus obras, como se halla de hecho en el habla popular castellana de las diversas clases sociales. Cervantes fué aficionadísimo de la *Celestina*, que pinta la tercería y rufianesca; del *Lazarillo*, cuyo asunto es el hambre nacional y los humos de hidalguía: de *Guzmán de Alfarache*, que trata de las diversas manifestaciones del engaño y de la vida aventurera. Pero sin duda le enseñaron más y mejor su experiencia propia, sus malandanzas, su estancia en Sevilla, junto con la predisposición natural de su carácter y de su ingenio.

La sávia picaresca corre por todo el *Quijote*, y de pura novela caballeresca lo convierte en la comedia transcendental de la vida humana. Quitadle esa sávia y el *Quijote* dejaría de ser lo que es, porque sería quitarle ese realismo español, en el que, contrastando los nobles y sublimes ideales del hidalgo manchego, nos lo presenta como un sublime loco. Pero en particular el capítulo de los galeotes condensa en breve espacio el modelo más acabado del género. El que mejor castellano habla en todo el *Quijote* no es Don Quijote ni Sancho: es Ginés de Pasamonte, de no ser Ginesillo de Parapilla. Lo cual significa, por cuanto acabo de decir, que el redomado de Maese Pedro es sencillamente el que mejor ha hablado el castellano desde que el castellano se habló. «Por

sus pulgares dijo que tenía escrita su vida, que no hay mas que desear. Mal año para *Lazarillo del Tormes*, y para cuantos de aquel género se han escrito, o se escribieren.» A fe que si estaba tan bien escrita como habla en el *Quijote*, que no se engañaban ni él ni Cervantes (I, 22, 91 vuelto, abajo y 94).

Después de oír hablar á Pasamonte lo mejor que se puede hacer es callarse, pensar, y todo lo más hablar por señas, imitando al jumento, que se quedó «cabizbaxo, pensatiuo, sacudiendo de quando en quando las orejas, pensando que aun no auia cessado la borrasca de las piedras que le perseguian los oydos» (ibid.).

Resumamos, pues, diciendo como en fórmula general, que Cervantes es el monarca de la novela, y el *Quijote*, la mejor novela del mundo. En el *Quijote* nos dió la mejor novela caballeresca, la mejor de sus novelas ejemplares, la mejor novela picaresca y la mejor novela realista moderna. El *Quijote* es la tumba de los géneros literarios antiguos llamados á desaparecer y de los géneros de transición; en él fenecen y se transforman el género caballeresco, el género italiano, el género pastoril. El genio flexible de Cervantes se inspiró en todos los modelos que le precedieron; pero su realismo español, al infundir nueva sangre en la novela, la transformó, dejándolos á todos ellos oscurecidos y creando la novela moderna de caracteres y de costumbres.

La lengua de Cervantes es la lengua castellana en el momento de su mayor esplendor, y en el *Quijote* presenta los más acabados modelos (1) en toda su rica variedad de tonalidades y matices, del habla caballeresca y anticuada, del habla erudita, del habla popular, del habla pastoril, del habla picaresca.

(1) La prueba apodítica déjase para mi obra *La Lengua de Cervantes*, donde se verá lo mal que se han corregido muchos textos del *Quijote*, por desconocerse el castellano de aquella época.

Los instrumentos músicos y las danzas en el QUIJOTE

Por Cecilio de Roda.



Los instrumentos músicos y las danzas en el "Quijote,,

SEÑORAS Y SEÑORES:

Líbreme Dios de intentar siquiera una elucubración sobre Cervantes músico, ni sobre ninguna de las tan socorridas como desacreditadas variantes de ese tema. Aunque probablemente Cervantes sabía muy poco de música, ni en el Quijote, ni en sus novelas dice disparates, ni confunde términos y conceptos distintos como ocurre en la inmensa mayoría de nuestras modernas producciones literarias. En torno de Don Quijote y de Sancho, se desenvuelve la vida española de principios del siglo xvii, la vida española pura, exhuberante, riquísima en manifestaciones, y ya que los organizadores de estas conferencias han querido que la música tuviera una intervención en ellas, y me han designado para ese empeño, voy á tratar de hacer un bosquejo de lo que eran los instrumentos y las danzas en esta época, de la manera más llana posible, intentando así, una ilustración al libro del centenario, inferior seguramente á las de Pellicer y Clemencín, pero quizá no desprovista de interés para el que tenga afición á estas cosas, y no guste de revolver libros viejos.

La dirección científica que durante tantos siglos siguió la música; el menoscprecio en que, hasta tiempos muy recientes, fué tenida la música popular, y la poca importancia é intervención que en todas las manifestaciones de este arte tuvieron los instrumentos músicos, hasta el siglo xvi, explican suficientemente por qué para conocer el número y calidad de los instrumentos que se usaban en una época de-

terminada, haya necesidad de acudir á monumentos arquitectónicos ó á producciones literarias con preferencia á tratados técnicos, los cuales, sobre ser reducidísimos, se limitan siempre á reseñar los que estaban en uso entre los maestros, y, cuando más, entre el elemento aristocrático.

De fines del siglo XII tenemos en España una muestra sin rival, en la *puerta de la gloria* de la Basílica de Santiago; del siglo XIII, Juan Lorenzo de Segura, al describir en el *Poema de Alejandro*, la entrada de este Príncipe en Babilonia, nombra los instrumentos sinfonía, arba (arpa), giga, rota, albogues, salterio, cítola (flauta), cedra (cítara) y viola; un siglo más tarde, el Arcipreste de Hita, en el *Libro de los cantares*, recibe á D. Carnal con panderos, zampoña, albogues, caramillo y cítola, y «los clérigos é legos, é fraires é monjas, é dueñas é joglares», van al encuentro de D. Amor con «la guitarra morisca, el corpudo laud, la guitarra latina, rabel, orabín, salterio, bihuela de péndola, media caña, arpa, rabel morisco, galipe, rota, tamborete, vihuela de arco, caño entero, panderete, sonajas de azófar, órgano, adedura, albardana, dulcema, axabega, albogón, sinfonía, baldosa, odrecillo francés, mandurria, trompas, añafiles y atambales».

No hay en el *Quijote* un cuadro tan completo y tan rico en instrumentos, pero una coincidencia curiosa, permite establecer el catálogo de los más en uso, en los principios del siglo XVII. En 1615 se publica la segunda parte del *Ingenioso hidalgo*, la más interesante desde este punto de vista. En 1616, dá á luz Cerone su *Melopeo*, dedicando el libro XXI á tratado instrumental. Cervantes no habla más que de los instrumentos populares, Cerone sólo de los que cultivan los maestros, y he aquí como sumando unos á otros puede obtenerse un catálogo de todos, si no completo, muy nutrido y exacto.

Cervantes divide los suyos en instrumentos pastoriles, militares, populares y aristocráticos.

Entre los pastoriles menciona en primer término el rabel, instrumento de arco (el único de esta especie que se cita en el *Quijote*), análogo á las rebecas, con tres cuerdas afinadas en intervalos de cuarta y quinta, del grave al agu-

do, que servía únicamente para acompañar el canto, uso en el que lo emplean el pastor Antonio al entonar su romance á Olalla, y Anselmo, el desdeñado pretendiente de Leandra.

Este rabel figuraba ya en la relación del Arcipreste de Hita. Los pastores y cabreros continuaron usándolo en su forma rústica, y ennobleciéndose pasó á ser instrumento cortesano en tiempo de los Reyes Católicos.

Con los rabeles, junta Don Quijote, en sus fantasías sobre la vida pastoril, cuando vencido por el Caballero de la Blanca Luna, va de retiro á su aldea, las churumbelas, las gaitas zamoranas, los tamborines, las sonajas y los albogues. Con algunos de estos nombres se designaban instrumentos diversos. Las churumbelas, por ejemplo, figuran en el *Paso honroso de Suero de Quiñones*, como instrumento militar; las gaitas zamoranas se citan como verdaderas gaitas y como sinónimo de la sinfonía y del *organistrum* (la famosa *vielle*, tan popular en la Edad media, que, movida por un manubrio, hacía sonar las cuerdas colocadas en el interior del instrumento); los albogues los señala el diccionario como una especie de dulzaina, ó como platillos, y Góngora, en su *Polifemo*, como un instrumento análogo al silbato de capador.

Las churumbelas, en el sentido que les da Don Quijote, deben referirse á un instrumento, muy en uso por entonces, análogo y más pequeño que las chirimías; los albogues según la explicación que el mismo Don Quijote da á Sancho, son, sin duda, los platillos que hoy se usan en bandas militares y orquestas, aunque de menor tamaño, y hechos de azófar, y el nombre de gaitas zamoranas se aplica aquí al instrumento que actualmente lleva el nombre de gaita, no sólo á juzgar por el desuso en que la sinfonía había caído en España en este tiempo, sino también por lo que se deduce de aquellas palabras de Don Quijote de que el son de los albogues «viene bien con la rusticidad de la gaita y del tamboril».

De los instrumentos guerreros hay gran profusión en la aventura del desencanto de Dulcinea. Allí atruenan el aire con sus bélicos sonos los clarines y atambores, las

trompetas y pifaros, las cornetas, cuernos y bocinas, que aisladamente van nombrándose en la aventura de los carneros; y del rebuzno, en el retablo de las Maravillas, en los combates de Don Quijote con el lacayo Tosilos y con el Caballero de la Blanca Luna, en la ínsula de Sancho y en la visita á las galeras. Todos estos instrumentos, en forma más ó menos perfeccionada, han llegado hasta nosotros; hasta los pifaros los usa todavía el Real Cuerpo de Alabarderos.

En el retablo de Maese Pedro intervienen también las dulzainas y los atabales; las primeras una especie de oboe, empleado en los regocijos y fiestas, parecido á las chirimías, aunque Van Der Straeten lo considera como análogo al fagot; los atabales, que también se dejan oír en la aventura del rebuzno y en la visita á las galeras, son nuestros antiguos tímboles, que se tocaban á caballo, y que todavía se conservan como recuerdo histórico en la ceremonia de la publicación anual de la bula.

En las galeras, en la recepción que hacen á Sancho en la ínsula, cuando entra en la sala para comer, en el carro donde va encantada Dulcinea, suenan las chirimías que tan profusamente aparecen en el teatro de Calderón. Estos instrumentos de origen español, de uso tan extendido, que lo mismo se empleaban en las iglesias para reforzar y entonar las voces, que en las fiestas y regocijos populares, y á bordo de las galeras de S. M., tenían en el siglo XVII un marcado carácter de música de ceremonia, eran los instrumentos que rodeaban y acompañaban á los grandes señores en las solemnidades en que intervenían: análogos á nuestros clarinetes ú oboes, con nueve agujeros, de los cuales sólo seis se tapaban ó abrían con los dedos. Todavía se conservan en algunas regiones de España y de la América latina, en Méjico singularmente.

Las bodas de Camacho traen gran música de flautas, tamborinos, salterios, albogues, panderos, gaitas zamoranas y sonajas. El lugar en que se celebraban, el carácter campestre de sus regocijos explican suficientemente la aparición de algunos instrumentos pastoriles. Sólo las flautas, salterios y panderos se muestran aquí como instrumentos independientes.

Las flautas que en las bodas de Camacho se unen á los instrumentos rústicos, aparecen solas en el túmulo donde yace Altisidora «formando un son sumiso y agradable, que por no ser impedido de alguna humana voz, se mostraba blando y amoroso». De la gran variedad de instrumentos que con este nombre conoce la historia de la música, estas del Quijote deben ser clasificadas entre las flautas rectas, llamadas en España flautas dulces 6 pastoriles, con emboadura en bisel, y seis agujeros desiguales en tamaño, descrita y explicada entre los *Instrumenta pneumatica (fistula pastoritia y fistula dulcis)*, en el tratado de Instrumentos de Marino Mersepo, *Cogitata physico mathematica*, impreso en París en 1644. Diferentes en todo de las flautas traveseras, únicas que han llegado hasta nosotros, son por las descripciones, muy semejantes á esos pitos de madera 6 de hojalata que tanto se venden en las ferias.

Los salterios tuvieron en un tiempo gran boga, como tipo del instrumento completo después del 6rgano. Probablemente á ellos deben su origen las espinetas y virginales, que no hacían sino ejecutar por medios mecánicos, lo que en el salterio estaba encomendado á los dedos. Convertido en instrumento popular, no conozco de 6l más tratado español que el que public6 en Madrid Pablo Minguet, en 1754. Su forma era la de un triángulo, truncado en su parte superior; las cuerdas, en número variable (veintitrés por lo regular), estaban tendidas en direcci6n paralela á la base del triángulo, con puentecillos movibles, sobre los que se apoyaban las cuerdas, para obtener mediante la colocaci6n de ellos, una afinaci6n exacta; se tocaba con ambas manos, y solían llevarlo los que lo taan, colgado del cuello.

De los restantes instrumentos que se citan en el *Quijote* —arpas, vihuelas, laudes y guitarras—pueden darse noticias más completas.

El arpa era, como hoy, el instrumento aristocrático favorito de la mujer. Dorotea se acogía al entretenimiento de leer algún libro devoto 6 á tocar una arpa porque, según ella misma dice contando su historia al cura y al barbero, «la experiencia me mostraba que la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del

espíritu»; Altisidora canta su romance de amor por Don Quijote, acompañándose de una arpa; en el carro donde pasa encantada Dulcinea, las arpas resuenan con los laudes, y en el túmulo donde yace Altisidora, un mancebo vestido de romano, canta, acompañado de este instrumento, las estancias de Garcilaso. Siempre el arpa interviene en el *Quijote* acompañando á la mujer, como el instrumento femenino por excelencia.

No debe, sin embargo, creerse que sea este su verdadero carácter histórico. Lejos de ello, el arpa figura entre los instrumentos favoritos de nuestros compositores del siglo xvi, Venegas de Henestrosa (1555) y Antonio de Cabezón, en las obras de música para tecla, arpa y vihuela, publicadas por su hijo Hernando (1579), y Ruiz de Ribayaz en el xvii, ilustraron la literatura del arpa, minuciosamente descrita en la *Declaración de instrumentos músicos de fray Juan Bermudo*, impresa en 1555.

«No hay número de cuerdas determinado para este instrumento—dice en el capítulo 87 del libro IV.—Algunas veces le ponen veynte y quatro que son toda la mano y más quatro querdas abajo de *gamaut* para hazer las cláusulas los modos naturales có octava» y extractando lo que sigue, continúa: otras tiene 27 cuerdas, y para entenderlas, basta saber el juego blanco del monacordio (las teclas blancas del piano). No tiene, por consiguiente, más que los semitonos diatónicos. Fray Bermudo encuentra dos defectos capitales al arpa: el primero, que no se puede tañer el género semicromático «con sustentados y puntos accidentales», el segundo, que en los tiples las cuerdas estaban tan tirantes «que no auía oydo músico que lo sufriese». Los medios que propone para remediarlos, no hay para que citarlos aquí.

La vihuela es el instrumento español por excelencia en el siglo xvi. Distinta del laud y sus variedades extranjeras, engendradora de nuestra actual guitarra, y más parecida en su forma á ella que á ningún otro instrumento, cortesana y aristocrática, cuenta en España con una literatura y un repertorio tan interesante, como adelantado y nuevo para su época. Desde el famoso libro de Don Luis Milán, publicado en 1536, hasta 1578 en que publica el suyo Her-

nando de Cabezón, una pléyade de compositores, Luis de Narváez, Alonso de Mudarra, Enríquez de Valderrábano, Diego Pisador, Miguel de Fuenllana, Luis Venegas de Henestrosa y Esteban Daza, ilustran este instrumento, componiendo para él pavanas, gallardas y otros bailes, y acompañamientos instrumentales para romances, endechas, sonetos y villancicos. Sus obras, publicadas por el Conde de Morphy, y algunas también por los Sres. Barbieri y Pedrell, dan testimonio elocuente del valer de nuestros músicos de entonces, pocos de los cuales, aparte de Cabezón, lograron sobrepasar las creaciones de Milán.

Fray Juan Bermudo y el ciego Salinas, el sabio profesor de música en la Universidad de Salamanca, acogieron la vihuela en sus libros (1555 y 1577). El primero, sobre todo, da muy interesantes pormenores sobre ella en el libro IV de su tratado.

La vihuela común, constaba de seis órdenes ó clases de cuerdas, afinadas del grave al agudo por las notas sol-do-fa-la-re-sol; cita otras afinaciones que podían dársele, menciona las vihuelas pequeñas, y las de siete cuerdas, y como testimonio de la habilidad que algunos habían llegado á adquirir, recuerda al claro Guzmán, que tañía en una vihuela destemplada.

Este instrumento comenzó á perder el favor público con la rápida popularidad de la guitarra. Su literatura puede decirse que termina con la publicación de los libros de Daza y Cabezón, y desde el año 1586, en que el Doctor en Medicina Juan Carlos Amat, da á luz el primer libro de guitarra, sin música, hasta casi un siglo más tarde, cuando Gregorio Sanz escribe su *Instrucción de música sobre la Guitarra Española*, no aparece publicado en España ningún libro, ni de vihuela ni de guitarra, formándose así una inmensa laguna en nuestro arte musical.

De la guitarra en el tiempo de Cervantes, modelo que con pequeñas variantes ha durado hasta principios del siglo XIX, da una explicación muy detallada el citado libro del doctor Juan Carlos, cuyo título demasiado prolijo como todos los de la época, reza así: «*Guitarra española y vandola en dos maneras de Guitarra Castellana y Catalana de cinco*

Órdenes, la qual enseña de templar y tañer rasgado todos los puntos naturales y *b*, mollados (1) con estilo maravilloso. Gerona. Por Joseph Bró.» Aunque no tiene nombre de autor, por la carta de Fray Leonardo de San Martín y por las composiciones poéticas que preceden al texto, se sabe que su autor fué el ya citado, y que ese librito impreso muchas veces en varias ciudades, lo fué primeramente en 1586.

La guitarra, según allí se explica, tiene nueve cuerdas: una, en la prima; dos, afinadas al unísono, en las segundas; otras dos en las terceras; dos á la octava en las cuartas, y otras dos, también á la octava, en las quintas. Su afinación era la misma que la de la guitarra actual, suprimido el bordón.

La del siglo xvi no había tenido más que cuatro órdenes (ó clases) de cuerdas. En opinión general la quinta cuerda grave se la aumentó Vicente Espinel, y de ello dan testimonio, entre otros, Lope de Vega en la dedicatoria de su comedia *El caballero de Illescas* al famoso autor de las décimas, y en la escena final del primer acto de *La Dorotea*, y Nicolao Doizi de Velasco en su *Nuevo modo de cifra para tañer la Guitarra con variedad y perfección* (1640), el cual en el prólogo dedicado al músico, cantor y cantante, dice así: «En la grande variedad de instrumentos que hay y ha habido, es uno la Guitarra. Su inventor con este nombre no le he hallado. Que son antiquísimos todos los instrumentos con cuerdas de niervos de animales, se colige de muchos autores... La que he podido hallar es ser instrumento muy antiguo en España. Si bien sólo de quatro querdas, y que Espinel (á quien yo conocí en Madrid) le acrecentó la quinta, á la que llamamos prima, y por estas razones la llamamos justamente en Italia, Guitarra Española.»

A pesar de esos testimonios y del de Gregorio Sanz, que en el *Prólogo al deseoso de tañer* dice «que la guitarra antiguamente no tenía más que quatro cuerdas, y en Madrid el maestro Espinel, español, le acrecentó la quinta»; hay una razón poderosa, no invocada hasta ahora, para creer que

(1) Modos mayor y menor.

Espinel fué sólo el vulgarizador de la innovación, no el autor de ella. Vicente Espinel nació en 1544, y en 1555 publicaba Fray Juan Bermudo su *Tratado de Declaración de Instrumentos*, donde, en el capítulo 32 del libro II, asegura haber visto guitarras de cinco órdenes de cuerdas, afinadas con el mismo temple de la de Espinel.

De cualquier modo es lo cierto que éste instrumento así perfeccionado conquistó rápidamente el favor del público, no sólo en España sino en Italia y Francia, donde en el transcurso del siglo xvii se publicaron los tratados de Foscarini (llamado el Académico Caliginoso), Pelegrín, Granada, Brizeño, Lorenço Fardino, Francisco Corbeta y Doizi de Velasco, quedándose reducida la publicación española al importante libro de Gregorio Sanz (Zaragoza, 1674), y al de Lucas Ruiz de Ribayaz (Madrid, 1677). Si nosotros exportamos la guitarra, Italia y Francia nos importaron la novedad de sus recientes instrumentos, dedicándose á cultivarlos el elemento aristocrático, y nutriéndose sus aficiones de la música compuesta por extranjeros. No debió, sin embargo, nuestro instrumento nacional ser completamente abandonado por las clases cultas. Las danzas que en el siglo xvi se ejecutaban al son de las vihuelas, en el siglo xvii lo eran muchas veces al de las guitarras, y el mismo Gregorio Sanz da una prueba inequívoca de la importancia que la guitarra tenía, al ofrecer, si su libro tenía aceptación, componer otros tres. «El primero, proseguirá con muchas más diferencias sobre todos los sonos de Palacio; el segundo, con sonadas italianas, caprichos, fantasías, alemanas, corrientes, gigas, con mucha variedad de aires extranjeros, y últimamente otro más extenso que sólo será para los Músicos que quieran acompañarse sobre la parte, y éste servirá también para Arpistas y Organistas; en particular conducirá mucho para tañer las sonadas cromáticas de Biolines que vienen de Italia, que por no aver quien dé alguna luz á los Instrumentistas de España (aunque son muy diestros), les causa novedad y dificultad grande cuando ven un papel de la Música Italiana con tantos Sustenidos y Bemoles.»

En el *Quijote* interviene la vihuela como instrumento

aristocrático, acompañándose con ella el Caballero de los Espejos su soneto á Casildea de Vandalia, y el Caballero de los Leones, su romance á Altisidora. Del primero, dice Cervantes que templó un laud ó vihuela, bien porque á la vihuela se le aplicase entonces el nombre de laud (el *liuto* italiano ó *luth* francés), bien porque estos instrumentos se hubiesen introducido ya en España como antes indicaba. Más probable es lo primero, al menos en lo que al *Quijote* se refiere, y en este caso vihuelas serían también las que con las arpas venían tocando en el carro donde pasó la encantada Dulcinea.

De la popularidad y favor de la guitarra hay algunos testimonios en el *Quijote*. Vicente de la Roca, el soldado fanfarrón que burló á Leandra, era un poco músico y tocaba la guitarra á lo rasgado de manera que decían algunos que la hacía hablar. El caballero que enamoraba á la princesa Antonomasia de Candaya, en la relación de la Dueña Dolorida, mezcla saladísima de las más extrañas habilidades, era poeta, gran bailarín, «tocaba una guitarra que la hacía hablar y sabía hacer una jaula de pájaros», y, finalmente, al exponer Don Quijote á Sancho sus proyectos de vida pastoril, cuenta con el barbero «porque todos ó los más de ellos son guitarreros y copleros». Esta debilidad del ramo barberil por la guitarra, no es de hoy, como véis. Al testimonio de Cervantes podrían sumarse otros muchos: el de Mateo Alemán, en *El picaro Guzmán de Alfarache*, cuando al hablar de que las damas no pueden pasar sin perros falderos, dice: «así podrán pasar sin ellos, como un médico sin guantes y sortija, un boticario sin ajedrez y un barbero sin guitarra», el de Francisco López de Ubeda, en *La picara Justina*, que la califica como mueble ó trasto propio de barberos, y los numerosos de Quevedo en las *Premáticas del tiempo*, *Visita de los chistes* y *Zahurdas de Plutón*.

La trompeta que se deja oír en la aventura de los disciplinantes, el pífaro y el ronco y destemplado tambor que acompañan á la Condesa Trifaldi, las músicas suaves que Don Quijote cita al describir el lago encantado, basta con mencionarlas aquí.

Del libro de Cerone, no voy á hacer más que una indicación ligerísima. Clasifica los instrumentos que entran en los conciertos en de traste, arquillo, de viento y de dedos. En los de viento incluye los sacabuches, fagotes ó bajones, doblados, flautas, dulzainas, cornetas, cornamusas y cornamudas; entre los de traste, hay unos que se tañen por vía de viento: los regales, órganos y claviórganos; otros que se tañen por vía de pluma ó gatillo: monacordios, clavicembalos, Spinetas y la Cítola ó cítara, aunque ésta se tañe con pluma; los de arquillo son las liras, las vihuelas de arco con trastes, los violones y los rabeles ó rebequines; de tañidos con punta de dedos, sólo cita los laudes, arpas y teorbas. En los conciertos perfectos proscribe el uso de los laudes y arpas (quizá por lo mismo de ser los más extendidos), y para que pueda verse lo que constituía la orquesta de entonces, cita Cerone un concierto en el que oyó voces exquisitas acompañadas de gran variedad de instrumentos: un Clavicembalo grande, una Spineta grande, tres laudes de diferentes formas, una gran cantidad de vihuelas y otra de sacabuches, dos cornetas, una derecha y otra tuerta, dos rabeles, muchas flautas gruesas, derechas y tuertas, un arpa grande doblada y una lira (1).

Las danzas en los siglos XVI y XVII pueden clasificarse en tres categorías: las danzas aristocráticas, danzas de cuenta ó verdaderas danzas; las danzas populares, danzas cascabel ó bailes; y las danzas mixtas. En todas ellas se ocupa el *Quijote*.

(1) Cristóbal Suárez de Figueroa, en la *Plaza universal de todas ciencias y artes* (1615), enumera como instrumentos usados en la Orgánica y Rítmica armónica los siguientes: Órgano, Claviórgano, Clavicémbano, Realejo, Címbalo, Clavicordio, Monacordio, Harpa, Vihuela, Laud, Discante, Guitarra, Cítara, Tiorba, Vihuela de arco, Chirimías, Cornetas, Flautas, Dulzainas, Sacabuches, Orlos, Bajones, Clarines, Trompetas, Cornamutas, Rabel, Zampeña, Pito y otros.

Algunas obras de nuestra literatura, anteriores al siglo XV, traen también nombres de instrumentos, aunque sin ofrecer un catálogo tan completo é interesante como los del *Poema de Alejandro* y el *Libro de los Cantares*.

En la *Danza de la Muerte*, se citan las charambelas; en el *Rimado de Palacio*, el tinfano y el órgano; en el *Poema de Alfonso Onceno*, el laud, vihuela, rabé, salterio, guitarra sserranista, exabeba morisca, gayta, atabales marroquiles, trompas, annafiles, etc., etc.

Comenzando por las últimas, pueden todavía subdividirse en dos grupos: las meramente representativas ó pantomímicas y las habladas. Unas y otras vienen á ser una representación escénica, una comedia en embrión, hecha al aire libre, sin otro escenario que el de la Naturaleza ó el de la plaza y calles de un poblado.

En el *Quijote* hay un ejemplar muy interesante y detallado de las segundas en las bodas de Camacho: El Amor seguido de ninfas representando la Poesía, la Discreción, el Buen linaje y la Valentía, y el Interés guiando á la Liberalidad; la Dádiva, el Tesoro y la Posesión pacífica, intentan la conquista de la doncella encerrada en el Castillo del buen recato, al son de las flautas y tamborinos, alternando las mudanzas á solo, y en conjunto con los versos y representación. La música en estas danzas era uno de los elementos que en ellas intervenían; no el único ni el principal.

A las meramente representativas, muy análogas á las anteriores, quizá perteneciera la danza que en las bodas de Camacho precede á la descrita, la que guiada por un venerable viejo y una anciana matrona y compuesta de doncellas hermosísimas, tan mozas que, al parecer ninguna bajaba de catorce ni llegaba á dieciocho años, vestidas de palmilla verde, los cabellos, parte trenzados y parte sueltos, pero todos tan rubios que con los del sol podían tener competencia, ceñidas con guirnaldas de jazmines, rosas, amaranto y madreselva compuestas, bailaban al son de una gaita zamorana, «llevando en los rostros y en los ojos á la honestidad y en los pies á la ligereza».

Estas danzas, origen seguramente de nuestros bailes escénicos, reflejo popular de los bailes pantomímicos, tan en boga en las Cortes Europeas durante el siglo XVII, eran muy frecuentes en España.

El Sr. Navarro Ledesma os hablaba la otra noche de aquel concurso de danzas que se celebró en Sevilla en 1593, poco antes de la prisión de Cervantes. Barbieri, en los artículos que publicó en la *Ilustración Española*, sobre las danzas y bailes en España en los siglos XVI y XVII (años 1876 y 1877), copia también un documento muy curioso existente en el Archivo de la Catedral de Toledo. Dice así:

«Memoria de lo que se ha de hacer para el día de Nuestra Señora de Agosto deste año mil y quinientos y cinquenta y ocho años, placiendo á Dios Nuestro Señor. La primera danza. será esta. Primeramente dos salvajes, los cuales van haciendo demostración que van huyendo de ocho monteros que los siguen, y con los monteros vienen ocho ninfas, las cuales serán ocho niños, éstos se vestirán los vestidos de la Obra, que parecerán bien, y llevarán en sus cabezas sus cabelleras, y encima sus guirnaldas de verduras, y ceñidas al cuerpo unas cintas hechas de yedra muy bien; llevarán estas ninfas sus flechas y saetas en las manos, todas muy bien aderezadas. Costarán estos ocho niños de cada salida, dos reales, que son treynta y dos reales. Costarán ocho cabelleras que llevarán estos niños, deciseis reales. Costarán dos hombres que han de hacer los salvajes, dos ducados. Costarán los ocho hombres que han de hacer los monteros: las dos guías delanteras, tres ducados y los otros á ocho reales cada uno; de ocho cabelleras que llevarán los monteros, deciseis reales. Daremos al tamborino que tañere esta danza, ducado y medio. Valen las libreas desta danza, diez ducados de alquiler y calzas, y zapatos y saltanbarcas y monteras y caxcabeles. Valen ocho rostros que han de llevar estos ocho monteros con sus barbas, á dos reales cada uno con barba. De hacer los arcos y las guirnaldas y pretinas para todos deciocho que son, y traer la yedra, todo mil maravedís.

»La segunda danza será esta. Entrarán quatro varones y quatro mugeres, los cuales serán la Magnanimidad acompañada del Recogimiento, los cuales entrarán delante de todos con sus insinias en las manos que á cada uno convenga. Tras éstos entrarán el Silencio y la Caridad, también el uno hombre y el otro muger, vestidos diferentes con sus insinias en las manos al propósito de cada cual. Luego entrarán la Templanza y la Fortaleza con sus vestidos diferentes y sus insinias en las manos convenientes á su estado. Tras éstos vienen la Prudencia y la Castidad que irá con éste, irá toda de blanco, con sus insinias al natural de cada uno.

»La tercera y final danza será que entrarán quatro virtudes que serán la Modestia y la Paciencia y la Mansedumbre

y Desprecio de sí, todos con sus rótulos que van denunciando la calidad de cada uno, los cuales llevarán en hombros á la Humildad, subida en un trono ó silla, la cual va cantando coplas en loor de los humildes y de la virtud dellos, á las cuales coplas responden todos los ocho que irán delante, que serán aquestas ocho virtudes arriba dichas, las cuales van acompañando á la Humildad, y respondiendo los sonetos y coplas que la Humildad dijere... A éstos irá tañendo un salterio.»

Las anteriores danzas no fueron una aislada manifestación de las fiestas toledanas. El Cabildo continuó repitiéndolas cada vez con mayor variedad y en 1634 se llevaron danzantes de Torrijos, que á lo que parece eran los mejores de por entonces.

Para dejar reducido el extremo de las danzas y bailes á los de cuenta y de cascabel, falta solo hablar de las danzas de espadas que también figuran en las bodas de Camacho.

Covarrubias en su *Tesoro* es el que suministra más precisos datos sobre ellas. Se usaban en el reino de Toledo, y danzábanlas los labradores en camisas y en gregüescos de lienzo, con unos tocadores en la cabeza, trayendo en las manos espadas blancas, ó de filos (á diferencia de las negras con botón, usadas para hacer esgrima), haciendo con ellas grandes vueltas y revueltas y una mudanza que llamaban la *degollada*, porque cercan el cuello del que los guía con las espadas y cuando parece que se lo van á cortar por todas partes, con un movimiento ligerísimo se escapa de entre las manos.

Estas danzas antiquísimas en España, citadas por Tito Livio, por Silio Itálico y por otros muchos, propias primero de juglares é histriones y más tarde de los hortelanos, las he visto ejecutadas por una comparsa hace uno ó dos años en el Carnaval (1). Los que la formaban vestían próximamente el traje descrito por Covarrubias; en vez de espadas blancas llevaban palos ó espadas de madera, y la precisión y rapidez de sus movimientos era tal y tan perfecta,

(1) Unos días después de leída esta conferencia, fué ejecutada en el Ateneo la *Danza de espadas* por el orfeón de Pontevedra.

chocando todos las fingidas espadas tan á compás, ya con el que tenían á la derecha, ya con el que estaba á la izquierda, en mil maneras diversas que, viéndoles, sobre quedar admirado por el aspecto artístico del conjunto, lo quedé también al ver reproducida en las calles de Madrid, y en el siglo xx, esa danza tan característica de los siglos xvi y xvii.

Y vamos á las danzas.

¿Queréis interrogar conmigo á un maestro de danzar del siglo xvii?

Se llama Juan de Esquivel Navarro, tiene abierta su escuela en Sevilla, acaba de publicar en 1642 sus *Discursos sobre el arte del dançado y sus excelencias y primer origen, reprobando las acciones deshonestas*, y es discípulo de Antonio de Almenda, «Maestro de Dançar de la Magestad del Rey Nuestro Señor Don Felipe IV el Grande».

No creáis que su profesión es baladí, ni que esto de las danzas sea cosa que inventaron los hombres. He consultado con personas doctas, nos dice, «y por estos medios he conseguido y alcançado á saber que en quanto al origen de la Dança es cosa indubitable conforme al sentir de los que della han escrito, que es una imitación de la numerosa armonía que las Esferas celestes, Luzeros y Estrellas fixas y errantes, traen en concertado movimiento entre sí».

Le atajamos en sus divagaciones históricas sobre Teseo, Pirro, Tubal Caín, los libros sagrados, y al hablarnos de las excelencias de su oficio, funda nada menos que en la Filosofía las virtudes y excelencias de la danza. «Antonio de Obregón y Cerceda, Capellán de Felipe II, en el libro dirigido á Felipe III, siendo Príncipe, titulado *Discursos sobre la Filosofía moral de Aristóteles*, dice (discurso V, folio 100) que el Dançado es necesario para los Reyes y Monarcas, y funda en Filosofía que el Arte del Dançado muestra á traer bien el cuerpo, serenidad en el rostro, graciosos movimientos, fuerza en las piernas y ligereza».

Menudamente y al detalle nos explica que los «Movimientos del Dançado son cinco, los mismos que los de las Armas: Accidentales, Extraños, Transversales, Violentos y Naturales. Destos cinco Movimientos nacen las cosas de que se

componen las Mudanças en su riquísima variedad de «Floretas, Saltos al lado y en buelta, Encaxes, Campanela con sus variedades breve, de compás mayor y por de dentro, Bazios, Cabriolas enteras, atravessadas y medias cabriolas, Sacudidos, Quatropeados alante y atrás, Bueltas de Pecho, de Folias y al descuydo, Giradas, Substenidos, Cruzado, Reverencia cortada, Floreo, Carrerillas, Cargados, Retiradas, Boleo, Dobles, Rompidos y Passos».

No creáis que estas Mudanzas y Movimientos son para que los aprenda genticilla de poco más ó menos. Su clientela es lo principal de Sevilla; la de su maestro, el mismo Rey, los grandes señores, los linajudos, los que tienen á su servicio docenas de criados, y escuadrones de dueñas y pages dedican parte de su tiempo á aprender las danzas, no limitadas entonces al exótico vals y á los paseados rigodones, sino fecundas, riquísimas en nombres y caracteres: la Gallarda (el baile de los Reyes), la Española, el Bran de Inglaterra, el Turdión, la Pavana, la Hacha, el Caballero, la Dama, el Piedigibao, la Alta, la Baja, el Rey Don Alonso el Bueno, Madama Orlens, El Saltarelo, la Alemana, El Canario, Las Folias y muchas más.

Con toda clase de detalles nos explica en qué consisten los pasos y mudanzas; las Floretas, «la flor del Dançado», el más suave y curioso de todos, y que siendo el más necesario hay pocos que le den al punto, «han de hacerse bien cortados, y saltando un paso con ellas al empeçarlas, sin pasar el pie que las comienza delante del otro, sino siempre siguiendo con el encaxe del pie, mirando el talón del que va adelante, sin tocar en él»; el Salto, que más consiste en suspender el cuerpo que en saltar demasiado á lo largo; los Bazios, que son unos movimientos violentos y naturales á modo de puntapiés; las Cabriolas que han de ser bien tejidas, levantándolas lo posible, cayendo sobre las puntas sin doblar la rodilla, «porque han de ser derechas, tiesas y bien passadas»; los Quatropeados, que se han de ejecutar con violencia y presteza, levantando los pies en buena perfección, y en sentando el pie que la comienza alzar el otro y con la misma presteza cargar sobre el pie que está en el suelo; las Giradas, el más peligroso de los movimientos que hay en el

danzado, y ejecutando el cual, son pocos los que no miden el suelo; los Encajes, que habían de hacerse en el salto, porque el Encaje que se obra sin saltar es muy frívolo y mal parecido; las Carrerillas, con las que se ha de ir corriendo á modo de galope menudo; el Floreo, que consiste en dar un puntapié y una coz con salto, y todas las demás mudanzas, siempre agitadas, siempre violentas, siempre exigiendo una gran destreza, «que todo el Dançado requiere obrarse saltando ó suspendiendo el cuerpo hazia arriba, cada cosa en su tiempo, para que sea ayroso, porque el Dançado sin suspensión es muy çonço».

Él os dirá que «ha de ir el cuerpo dançando bien derecho, sin artificio, con mucho descuido, del mesmo modo que se lleva por la calle, sin enderezarle más de aquello que su natural le da, ni doblarle por mirarse á los pies, ni por otro accidente. Porque la afectación y presunción es cosa con que se desluce todo cuanto se obra bien»; que tampoco se ha de ir mirando al techo, sino llevar los ojos serenos, mirando al descuido donde le pareciere, dando á entender que lo que está obrando es al descuido, porque verdaderamente el Danzado es un descuido cuidadoso; que al tiempo de comenzar la reverencia se ha de quitar el sombrero, llevándole la copa afuera poniéndole á la faltriquera derecha, volviéndoselo á poner al acabar el saludo, que ha de ser á un tiempo con el fin del tañido; que todas las danzas es costumbre danzarlas con el sombrero puesto después de la reverencia, menos la Gallarda, que por ser baile de reyes, se ha de danzar con el sombrero en la mano; que hanse de llevar los brazos caídos de modo que las manos estén á las faltriqueras de los lados, sin devanar con ellos, sino moverlos muy poco y descuidadamente; que á los que danzan altos de cuerpos se les debe enseñar á danzar recogido, y á los medianos desparcido, lo uno y lo otro sin extremo, «porque ver danzar á un hombre alto cogiendo una sala de un paso, cayendo al suelo con un promontorio de huesos, haciendo temblar una sala provoca á risa y, por el contrario, si un hombre muy mediano va haciendo vainillas en los pies, él y el danzado parecen una abreviatura».

Y si le interrogamos sobre su escuela nos explicará con

detalles prolijos todo el mecanismo de su funcionamiento, entrando en minuciosidades como aquella de «que las Pascuas y Carnestolendas deben los buenos discípulos regalar á sus maestros y pagarles las cuelgas», y como aquella otra de que si entran mujeres en la escuela debe el maestro levantarse con mucha cortesía y acomodarlas en parte que no estén junto á los hombres, ni conversando con ellos, «y lo mejor fuera tener unas tarimas á su lado para sentarlas con mucha decencia, porque de otra suerte tiene mal remedio, porque esto de no consentir que estén las mujeres con los hombres, se debe hacer aunque vengan con sus maridos ó hermanos, porque los circunstantes no lo saben, y si acierta á entrar un juez no lo puede saber y debe quitar la comunicación ó averiguar la verdad, lo cual cesa con hallarse apartados».

Y para despedirnos, no se le quedará seguramente por decir que á los discípulos les enseña primeramente el Alta, cuatro mudanzas de Pavana, seis paseos de Gallarda, cuatro mudanzas de Folias; que éstos y los demás que él enseña son los bailes de las Escuelas, y aunque hay Rastro, Jácara, Zarabanda y Tárraga, estas cuatro piezas «son una misma cosa», y hubiera sido indecente que á ellas asistiesen los maestros, y que entre los grandes danzadores de su tiempo, además de las Majestades de Don Felipe III y Don Felipe IV, se contaban el Duque de Lerma, el Conde Delda, el de Sástago, el de Fuenclara y muchos otros cuyos nombres no tenemos para qué recordar.

Todas estas informaciones podemos comprobarlas. De Felipe III decía Simón Contarini en la *Relación que hizo á la república de Venecia al fin del año 1605 de la Embajada que había hecho en España*: «Danza muy bien, y es la cosa que mejor hace y de que más gusta». El maestro de danzar del Rey disfrutaba en 1570, 30.000 maravedises de gajes, 120 ducados de ayuda de costa, un vestido nuevo y una ración diaria de paja y cebada para su mula. En 1639 se adjudicaba esta plaza á Antonio de Almenda, con obligación de servirla en unión de Manuel Frías, «á los que se comunicaran—decía el decreto—los libros donde están las danzas que se practican en Palacio con uniformidad».

Aquel exagerado remilgo y honestidad de las damas, lo reproduce Lope de Vega en el *Maestro de danzar*, escrito en 1594.

ALDEMARO. Dame tus manos.
FLORELA. ¿Mis manos?
FELICIANA. ¡Ah, Florela!
ALDEMARO. Así has de entrar,
y si la mano le niegas
por vergüenza ó calidad
no pierdes autoridad
si asir de su lienzo llegas,
que asidos de un pañizuelo
no parece mal la danza.
FLORELA. ¿Y al hacer de la mudanza?
ALDEMARO. Si hay vuelta, suéltale.

(Acto III.—Escena VIII.)

De las Cabriolas, Carrerillas y Quatropeados ¡bien escarmentado salió Don Quijote cuando aquéllas damas de gusto pícaro y burlonas, le molieron no solo el cuerpo, sino el alma en casa de D. Antonio Moreno! Imaginando su figura, largo, tendido, flaco, amarillo, estrecho en el vestido, desairado y no nada ligero, viéndole sentarse en mitad de la sala en el suelo, molido y quebrantado de tan bailador ejercicio, casi parecen hechas para él aquellas advertencias de Esquivel Navarro: la risa que provoca el ver caer en el suelo á un promontorio de huesos, haciendo temblar á una sala.

De los bailes de cascabel, no tenemos maestro á quien acudir, para que nos revele sus pormenores. Llamáronse así porque los bailadores ceñíanse con cercos de cascabeles piernas y brazos, unas veces de cascabeles menudos, como en las bodas de Camacho, otras de cascabel gordo como en Estebanillo González (Cap. XII); danzábanse por las calles, acogíanlas los comediantes en las tablas de sus corrales, sus estribillos y coplas eran los disparates mismos, por el estilo de aquel que cita Monreal:

Bullí, bullí, zarabullí
que si me gané, que si me perdí
que si es, si no es, si no soy, si no fui
por acá, por allá, por aquí, por allí,

ni más, ni menos que ciertos coros de nuestras zarzuelas, y que las letras de algunos bambucos colombianos, hixtías, y otros sones muy populares en algunas partes de la América latina.

Si en las danzas se usaba de los pies solos, y poco ó nada de los brazos, si todo su aquel consistía en que la parte superior del cuerpo permaneciera inmóvil, y como ajena al incesante vértigo de los pies; en los bailes, los brazos y el cuerpo se movían con gestos más que libres.

Reina y señora de estos bailes cascabelescos era la lúbrica y descompuesta Zarabanda, que según el padre Mariana en su *Tratado contra los Juegos públicos* (Capítulo XII. Del baile y cantar llamado la Zarabanda), «era baile y cantar tan lascivo en las palabras, tan feo en los meneos, que basta para pegar fuego á las personas muy honestas». De 1580 á 1630, tuvimos un verdadero furor por ella. Donde había zarabanda, acudían todos como moscas; ¡zarabanda, zarabanda! pedían los corros que se formaban en las calles para ver bailar á alguna moza; ¡zarabanda! pedían los asistentes al corral de comedias; la zarabanda se entraba por los resquicios

de las celdas religiosas
á inquietar la honestidad
que en las santas celdas mora,

cantaba Lope Asturiano en *La ilustre fregona*; sus bandas, corritos, corro grande, cruzados, deshechas, y otras características mudanzas, suspendían é inflamaban á los que la veían bailar. Vistiéndose un traje postizo y junta con las chaconas y escarramanes penetró en los templos, sin otro disfraz que el de cambiar sus zaragateros estribillos por letras á lo divino, como siglos antes habían penetrado al amparo de los contrapuntistas las obscenas canciones del «hombre armado» y otras de igual calaña. El Ldo. Jerónimo Huerta, en el prólogo de *Florando de Castilla* (1588), dice que el vulgo se perecía por aprender el romance de la Zarabanda, ramera pública del Guayacan; Quevedo, en el romance *Todo se lo muque el tiempo*, la casó con el Escaraman; un poeta anónimo, la hizo mujer de Antón Pinta-

do, escribiendo una *Relación muy graciosa que trata de la vida y muerte de la Zarabanda*.

De tan iguales maridajes salieron el ¡Ay, ay, ay!, la Chacona, el Rastro viejo, la Pironda ó Piriponda, Juan Redondo, la Vaquería, la Carretería, el Hermano Bartolo, Las Gambetas, el Pollo, el Pésame dello, La Perra-mora, la Japona, La Capona, El No me los ame nadie, El Rastrojo, El Guineo, El Villano, El Polvillo, El Pasacalle, La Gorróna, El Juan Redondo, Las Zapatetas, El Dongolondrón, El Guirigay, el Zambapalo, el Antón Colorado, El Martín Gaitero, y otros tantos truhanes, tan regocijados como favoritos de la gente alegre y maleante, de los mozos de mulas, pajes y lacayos, y de las fregatrices y mozas del partido, cuyo catálogo figura en los *Días geniales* de Rodrigo Caro.

¡Oh qué desmayar de manos,
Oh qué huir y qué juntar,
Oh que nuevos laberintos
Donde hay salir y hay entrar!

decía Cervantes en *El Rufián viudo*. Y á tanto llegó el escándalo, que en el Memorial que dirigió la Villa de Madrid á Felipe II en 1598, defendiendo las comedias, amenazadas de prohibición, decían los honrados vecinos de esta corte: «Lo que más puede notarse y cercenarse en las comedias, es los bailes y músicas deshonestas, así de mujeres como de hombres: que desto esta Villa se confiesa por escandalizada, y suplica á V. M. que haya orden y riguroso freno, para que ni hombre ni muger baile ni dance, sino los bailes y danzas antiguos y permitidos, y que provocan sólo á gallardía y no á lascivia, y lo mismo en lo de las músicas que siendo de canciones virtuosas y morales (y aunque sean de conceptos amorosos, discretos y modestos), son loables y de otra manera perniciosos.» Tanta protesta, tanto grito y tantos clamores, no pudieron menos de producir su efecto. El Consejo Real de Castilla prohibió en 1630 el baile de la zarabanda. Nadie protestó, ni nadie se alzó contra esa prohibición: todos la acogieron con respeto.

Verdad es que la zarabanda había sido destronada por las seguidillas y por la chacona, más alegres, más descompuestas y más lascivas que ella, sobre todo la última, que venida probablemente de Chaco, una región de la Argentina, se había enriquecido con los movimientos de caderas, palillos y castañeteos de la zarabanda.

«Las seguidillas arrinconaron la zarabanda, y otras vendrán que las destruyan y caigan», decía Mateo Alemán en *Guzmán de Alfarache*. «Salió Preciosa, rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas y otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire», escribía Cervantes en *La Jitanilla*;

Las jarcias parecían seguidillas,
de disparates mil y más compuestas
que suelen en el alma hacer cosquillas.

apuntaba el mismo Cervantes en el *Viaje al Parnaso*.

Y estas seguidillas, aparecen en nuestro libro cantadas por el macebito á quien se tropiezan Don Quijote y Sancho después de la cueva de Montesinos,

«A la guerra me lleva
mi necesidad
si tuviera dineros
no fuera en verdad.»

y estas seguidillas también, eran aquél género de verso que, según la *Dueña Dolorida*, se usaba en Candaya. «Allí era el brincar de las almas, el retozar de la risa, el desasosiego de los cuerpos, y, finalmente, el azogue de todos los sentidos.»

De arriba abajo y de abajo arriba, había, por entonces, un transfusión constante de sones y bailes. Las que nacieron entre el vulgo, convertíanse en danzas de cuenta. Las danzas de cuenta más favoritas, al popularizarse y caer en manos de mozos de mulas, traginantes y mozas del partido, adquirirían un sello particular. Por eso no es extraño ver figurar en el catálogo de las danzas y de los bailes, las Folías, el Villano y algunas otras.

La diferencia entre unas y otros siempre estaba en los

movimientos: ligeros, habilísimos, ágiles, pero sólo de los pies, en las danzas; lascivos, provocativos, incitantes, los de los bailes, donde también los pies tenían su participación en los zapateados y otros pedestres repiqueteos.

Así son tan exactas aquellas palabras de Sancho cuando riñe á Don Quijote por haberse metido á danzarín: «hombre hay que se atreverá á matar á un gigante antes que hacer una cabriola; si hubiérades de zapatear, yo supliera vuestra falta, que zapateo como un girifalte; pero en lo del danzar no doy puntada», y aquella con que la dueña doña Rodríguez pondera á Don Quijote las habilidades de su hija: «canta como una calandria, danza como el pensamiento, baila como una perdida».

Para terminar, voy á deciros unas cuantas palabras de la música de estos bailes y danzas.

Hasta principios del siglo XVI, lo rudimentario de los instrumentos, el gran favor que gozaba la música vocal y más que nada, el desdén de los que se llamaban músicos y maestros por todo lo que no fueran polifonías, imitaciones, contrapuntos y música religiosa, hizo que no hubiera verdadera música instrumental. Las danzas se danzaban al son de canciones; primero á 3 ó 4 voces, limitándose los instrumentos á doblarlas y reforzarlas; después á una voz con acompañamiento independiente, el que, tratado siempre en el estilo de polifonía vocal, contenía asimismo toda la melodía ó canto de la voz, encomendada á una parte intermedia. El libro de D. Luis Milán, el primero de nuestros vihuelistas conocidos, y todos los demás tratados de vihuela de que al principio os hablaba, contienen siempre en la cifra del instrumento toda la melodía del canto, escrita, á veces, con números encarnados. Ya estos músicos empiezan á componer fantasías, pavanas y otros bailes, para vihuela sola, pero todavía demasiado sabios, dominados por la influencia italiana, y más aún que por ella, por los tonos eclesiásticos, sobre los que estaba construido el canto llano, sus obras, interesantísimas como composiciones, reveladoras de una cultura y de una inspiración no sobrepujada, ni igualada por los músicos de entonces en ningún otro país, ofrecen un carácter casi religioso. Sus

fórmulas, sus melodías, sus procedimientos, son los de la música universal. En una pavana de D. Luis Milán hay, al final, un trozo que se asemeja á Wagner en *Los Maestros Cantores*, quien como todos sabéis, recogió una gran cantidad de obras antiguas para trasladar su carácter y estilo á esa hermosa producción. De carácter español, de lo que ha constituido y sigue constituyendo nuestra fisonomía típica en la música popular, no hay en los vihuelistas absolutamente nada: la frescura y el perfume de lo creado por el pueblo, les es ajeno del todo, bien porque no existiera, bien, y esto es lo más probable, porque lo menospreciaran.

Las danzas, tomaron sus nombres primitivos de la letra que para ellas se cantaba:

El Rey D. Alonso el Bueno
gloria de la antigüedad,

era el romance á cuyo son se bailaba la danza el Rey Don Alonso;

Esta noche le mataron al caballero

era el del Caballero, y así sucesivamente.

Poco á poco fué convirtiéndose la música en puramente instrumental: el pueblo, las comedias y los bailes de cascabel, fueron los únicos que siguieron aferrados á su tradición y que continuaron cantando sus jácaras y zarabandas.

Los bailes aristocráticos formaban sus orquestas como aquella de Cerone, ó con los más modestos recursos de clavicembalos, laudes, arpas y algún instrumento de viento: en los corrales toda la masa instrumental de acompañamiento estaba reducida á un par de guitarras y un arpa, cuando más; sonajas, castañuelas y otros ruidosos instrumentos. Una de las modas que por entonces hacía furor en los corrales de comedias, consistía en cantar una jácara, haciendo en la letra una relación de cuanto tenían que ejecutar los bailarines, cambiando el son á cada paso, y obligándoles á recorrer todo el repertorio de estos sonos casca-belescos.

El pueblo, más modesto, se contentaba con su guitarra y su cantador.

Como antes os decía, desde 1578, en que publica Hernando de Cabezón las obras de su padre, hasta 1674, en que Gregorio Sanz da á luz en Zaragoza su *Instrucción de música sobre la Guitarra española*, no se publica en España ningún libro con cifra. Los ilustradores de la guitarra en esta época son todos extranjeros. En español no se imprime más que el *Método muy facilísimo para aprender á tañer la guitarra á lo español*, de Luis de Brizeño, en París (1626), y el *Nuevo método de cifra*, de Nicolao Doizi de Velasco, en Nápoles, en 1640.

El libro de Brizeño no lo he podido hallar, á pesar de los esfuerzos que para ello he hecho. Gaspar Sanz no lo cita entre los publicados en su época; el Conde de Morphy, llama á su autor Brecnao; Barbieri, el único que habla de él como si lo hubiera visto, y copia algunas de sus coplas y estribillos, dice que tiene las cifras de las letras. El de Nicolao Doizi de Velasco, contiene solo la indicación cifrada de los acordes y los círculos para transposición.

No conozco, pues, más que el libro de Gregorio Sanz como el más próximo á la fecha en que apareció el *Quijote*. Otro tratado de guitarra, el de Lucas Ruiz de Ribayaz, impreso en Madrid en 1677, es posterior á aquél y se basa completamente en lo que Sanz dice. Además, el sistema de notación de este último, es bastante defectuoso.

La instrucción de música, de Sanz, no ha sido estudiada, que yo sepa, hasta aquí, y casi estoy por asegurar que es el libro de más transcendencia para la música popular española. «Los libros extranjeros—dice en el prólogo—enseñan los principios en sonos de su país, y á los que empiezan, es menester darles los documentos en los mismos sonos que de ordinario oyen.» Cuando empecé á traducir sus cifras, sin mucha ilusión en verdad, creyendo encontrar allí gallardas y danzas, herederas directas de las de Mudarra, Valderrábano y Pisador, quedé sorprendido. La música de Sanz era española, netamente española; sus cadencias, sus giros, sus dibujos, casi los mismos que los de la música andaluza actual. En aquel tiempo, en que el ritmo se desenvolvía con el encogimiento y la timidez de quien da los primeros pasos, Gregorio Sanz empleaba unas desenvolturas y unas nove-

dades seguramente no suyas, sino nacidas, criadas y fortalecidas por el pueblo, que aun hoy llaman la atención, extrañan y encantan á los compositores extranjeros que estudian nuestra música.

Este carácter me ha decidido á ilustrar esta conferencia con música del libro de Gregorio Sanz, con preferencia á la de los vihuelistas del siglo xvi. Cervantes vive en el *Quijote* la vida del pueblo, no la vida aristocrática, y la primera manifestación conocida de la vida del pueblo que hay en nuestra música es la del libro de Sanz. No perdáis de vista, al oirlas, que están escritas para guitarra, para la guitarra de entonces, que, con dos cuerdas en cada nota, debía de tener alguna mayor sonoridad que nuestra guitarra actual, pero guitarra al fin, pobre de extensión, limitada de recursos, forzada á dejar huecos en la armonía y á dejar perdidas, en muchos casos, la marcha de una parte secundaria y las notas más características en un enlace de acordes. En conferencias de esta índole, me hubiera parecido una profanación completar la armonía, rellenar huecos, adaptarlas al sentimiento moderno: lo poco que hubieran ganado para el oído lo perderían en carácter. Por eso he preferido darlas tal como allí están.

Como tipos de danzas, he escogido una gallarda y unas folías; como tipos de bailes, la zarabanda y la chacona.

La gallarda, ya lo indiqué antes, era la danza de los reyes; ella y la pavana tenían el privilegio de los movimientos graves y mesurados. Si quereis saber cómo se bailaba, oid la lección que da D. Enrique á Leonor en *El maestro de danzar*, de Calderón (jornada II, escena XXV):

La reverencia ha de ser,
grave el rostro, airoso el cuerpo,
sin que desde el medio arriba
se conozca el movimiento
de la rodilla; los brazos
descuidados, como ellos
naturalmente cayeren;
y siempre, el oído atento
al compás, señalar todas
las cadencias sin afecto.

¡Bien! En habiendo acabado
la reverencia, el izquierdo
pie delante, pasear
la sala, midiendo el cerco
en su proporción, de cinco
en cinco los pasos.....

.....
En cobrando su lugar
hacer cláusula en el puesto
con un sostenido, como
que está esperando el acento.

Romper ahora.....

Con quebradillo
entrar ahora en el paseo
uno, dos, tres, cuatro, cinco
señalados y á concierto.

Y aquí queda interrumpida la lección.

FOLÍAS.—Era una danza más agitada, con cabriolas, volteretas y mudanzas de toda especie. Bien pudieran ser las folías la danza que hizo bailar Cervantes á Don Quijote en casa de D. Antonio Moreno. Su son, ya lo veréis, es genuinamente español y andaluz de hoy.

ZARABANDA.—No tiene nada que ver nuestra zarabanda con la zarabanda francesa, cuya música figuraba, por lo común, en las *Suites* instrumentales de la primera mitad del siglo XVIII. La nuestra engendró esta última, le dió el nombre, pero no el carácter, ni quizá tampoco el ritmo.

Barbieri copia del libro de Brizeño la siguiente letra de este baile.

Andalo, Zarabanda,
que el amor te lo manda, manda.

La Zarabanda está presa
de amores de un licenciado
y el bellaco enamorado

mil veces la abraza y besa,
mas la muchacha traviesa
le da camisas de Holanda.

Andalo, Zarabanda,
que el amor te lo manda, manda.

La Zarabanda ligera
danza que es gran maravilla
síguela toda la villa,
por de dentro y por de fuera.
De mala rabia ella muera
que pulidito lo anda.

Andalo, Zarabanda,
que el amor te lo manda, manda.

No coincide el ritmo y número de estos versos con la música de la zarabanda en el libro de Sanz, lo cual no es de extrañar si se tiene en cuenta que de este baile debieron existir muchas variedades, y que lo más interesante en él serían los movimientos, contorsiones y zapatetas. Además, la letra copiada no es tan lasciva en las palabras, como para pegar fuego á las personas muy honestas, en una tierra donde se habían cantado villancicos como algunos de los que inserta Barbieri en su *Cancionero de los siglos xv y xvi*, hecho composiciones tan obscenas como el *Pleito del manto*, y publicado novelas como *La tia fingida de Cervantes*.

El principal interés de la zarabanda de Sanz está en el ritmo. Es el ritmo de las guajiras; compases de seis por ocho y de tres por cuatro, alternando, si no con regularidad perfecta, sí con la frecuencia bastante para hacer sentir el choque entre ambos y la combinación que de ellos resulta. Seguramente ese ritmo lo envió España á América en las carabelas que por entonces nos servían de comunicación; nosotros lo olvidamos, y al cabo de dos siglos nos lo trajeron de nuevo los barcos de vapor con otro nombre distinto. ¿No es verdad que resulta curioso ver que las guajiras de hoy son en su esencia y en su tipo rítmico, la zarabanda del siglo xvii?

Como veréis, el interés melódico es muy inferior al interés rítmico. Hasta la terminación sobre el acorde de dominante es característica en este ejemplo.

LA CHACONA era el baile favorito en el tiempo de Cer-

vantes. Lope Asturiano, el fingido aguador, la canta en
La ilustre fregona con el estribillo de

El baile de la chacona,
encierra la vida bona.
Bulle la risa en el pecho
de quien baila y de quien toca,
del que mira y del que escucha
baile y música sonora.

Vierten azogue los pies,
derrítese la persona
y con gusto de sus dueños
las mulillas se descorchan.

El brío y la ligereza
en los viejos se remoza
y en los mancebos se ensalza
y sobre modo se entona.

El baile de la chacona
encierra la vida bona.

.....
Esta indiana amulatada
de quien la fama pregona
que ha hecho más sacrilegios
é insultos que hizo Aroba;
ésta, á quien es tributaria
la turba de las fregonas
la caterva de los pajes
y de lacayos las tropas,
dice, jura, y no revienta
que á pesar de la persona
del soberbio zambapalo
ella es la flor de la Olla
y que sólo la chacona
encierra la vida bona.

Su ritmo en el rasgueado es exactamente el de nuestras actuales granadinas; en el punteado de la guitarra trae á la memoria el prelude de la Sonata en *mi* mayor para violín solo de Bach, y aun alguna de sus chaconas, imitación más ó menos directa del libro de Gregorio Sanz, escrito un año antes de que naciera aquel gran músico.

El dicho libro de Sanz trae, además, música de Jácaras, Las Hachas, La Vuelta, Rujero, Paradetas, Matachín, Españoletas, Canarios, Villanos, Marionas, Maricapalos,

Gran duque, Saltaren, Zarabanda francesa, Pavanoas, gran número de Pasacalles, etc., etc., pero he abusado en demasía de vuestra atención, y debo dejar esto aquí con la esperanza de que os hayan interesado algo estas referencias á libros viejos.

HE DICHO.

Gaspar Sanz.

Indicaciones.

(= arrastre ~ = sin herir.

♯ = trémolo (vibrado)



Instrucción de Música sobre
la Guitarra española. 1674.

GALLARDA.

♩ = 104.

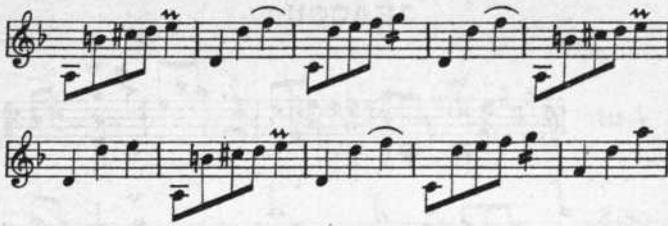
The musical score for 'GALLARDA' consists of eight staves of music. The first staff begins with a tempo marking of ♩ = 104. The music is written in a single system with a key signature of one flat (B-flat) and a 3/4 time signature. The notation includes a variety of rhythmic values such as eighth and sixteenth notes, as well as rests. There are several instances of accidentals (sharps and flats) and dynamic markings (p, f). The score concludes with a double bar line and repeat dots.

Musical score for the first piece, consisting of four staves of music in G major and 3/4 time. The first staff begins with a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a common time signature. The music features a mix of quarter, eighth, and sixteenth notes, with some rests and dynamic markings like 'p' and 'f'.

FOLIAS.

Alleg.

Musical score for the second piece, "FOLIAS", consisting of six staves of music in G major and 3/4 time. The first staff begins with a treble clef, a key signature of one sharp (F#), and a common time signature. The music is characterized by a steady eighth-note accompaniment in the lower voice and a more melodic line in the upper voice. The piece concludes with a double bar line and repeat signs.



Esta glosada toda se corre.



ZARABANDA.



CHACONA.

$\text{♩} = 116.$

The musical score for "Chacona" is written in G major (two sharps) and 3/4 time. It begins with a tempo marking of quarter note = 116. The score consists of ten staves. The first staff is in treble clef, and the second staff is in bass clef. The remaining staves alternate between treble and bass clefs. The music features a main melody and a rhythmic accompaniment. The piece concludes with a double bar line and repeat dots.

P. GONZALEZ.

LA IMITACIÓN DE NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

Por Antonio Palomero.



LA IMITACIÓN

DE

NUESTRO SEÑOR DON QUIJOTE

En el viejo solar castellano, entristecido y silencioso por el derrumbamiento de sus grandezas, resonaron no ha mucho tiempo las voces destempladas, áridas é infecundas de los apóstoles de la previsión y de la cordura. Pobres comentaristas de la desgracia, ellos buscaban afanosos las causas de todos nuestros males y ofrecían el oportuno catálogo de sus remedios. Y en nombre y representación de los grandes y de los pequeños, de los altos y de los bajos, de las clases directoras y de las clases dirigidas, trataron de limpiarse recíprocamente de toda culpa señalando los vicios ajenos, por si ello justificaba la falta de las virtudes propias... ¡Labor estéril y enseñanza triste!... Con el estrépito de aquellas disputas, tal vez trataran de apagar la voz sincera que interiormente les acusaba... Por fin convinieron en que la falta era colectiva, y acordaron, en su consecuencia, cegar los escondidos manantiales cuyas aguas puras y cristalinas ellos mismos enturbiaron y removieron. Se echó entonces la llave al sepulcro del Cid y se decretó la muerte de Don Quijote.

No ignoraban que el héroe legendario podía ganar batallas después de muerto; pero confiaban en la seguridad de las llaves modernas, y mayormente en la falta de ese soplo, más divino que humano, necesario para ciertas resurrecciones. No se vislumbraba, camino de aquella tumba,

la claridad precursora de un redentor... Y así, su acción ingrata parecería modelo de prudencia previsorá...

No ignoraban tampoco que la muerte de Don Quijote, sobre ser llorada amargamente y con sincero dolor sentida, sería tal vez castigada con severidad. Y entonces, para evitar sospechas y para eludir castigos, vitorearon á Don Alonso de Quijano, el *Bueno*. Ahora mismo ha vuelto á resonar este viva, que sigue siendo una sentencia condenatoria contra el admirable caballero... Por fortuna, los espíritus fuertes y animosos, los creyentes en el porvenir, los que son incapaces de cortar á la vida sus blancas y ligeras alas que la sostienen en inefables excursiones, están dispuestos siempre á defender al hidalgo sin par, cuyos hechos llenaron las edades y los pueblos. Y por único Señor le proclaman, digno de admiración y reverencia, y por guía le escogen, y sus pasos siguen y aspiran á imitar sus hazañas... ¡Viva, viva Don Quijote de la Mancha!...

Mas, ¿quién es ese Don Alonso de Quijano, el *Bueno*, que ha merecido tan inoportunos como injustos homenajes?...

Don Alonso de Quijano es aquel hidalgo de compleción recia, seco de carnes, enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza, que vivió en un lugar de la Mancha cerca de cincuenta años una vida ociosa y regalada. Con suficiente hacienda para no temer las asechanzas de la miseria, sin cuidados ni preocupaciones que le inquietaran el ánimo, bien atendido por su ama de gobierno y por su sobrina y estimado por todos sus convecinos, Don Alonso de Quijano fué uno más en la inmensa legión de los innominados que forma parte de la Humanidad, porque participa de los caracteres de la especie... Seres vulgares, seres faltos de la chispa que produce los incendios, granos de arena incapaces de ser montaña sino todos juntos, van pisando las huellas impresas en el polvo por los anteriores caminantes, y más que andar, dijérase que se deslizan por la pendiente de los años... Con un amor ardiente ó con una conmiseración suprema, regístrase su existencia colectiva, y se les perdona el grave delito de no haber sido, porque por él hicieron propicia la formación de las superiores personalida-

des. ¡Que sólo sirve el llano para acusar el nivel de las cumbres!...

La crónica del admirable Caballero, extensa y prolija para todas sus hazañas, sólo dedica unas cuantas líneas á Don Alonso de Quijano. No merece más, ni tampoco las necesita. Pero he aquí que el hidalgo manchego empieza á empapar sus ocios con lecturas encantadoras: se entera entonces de que hay algo en el mundo capaz de elevar los corazones, armar los brazos y sacudir los espíritus; se entera también de que hay otras empresas más nobles y levantadas que el humilde cumplimiento de los menesteres de la vida... Ha buscado su personalidad y la encuentra; ha buceado en su interior, hasta dar con el tesoro que todos tienen y que pocos hallan. Puede, por fin, repetir la frase del filósofo. Va á lanzar su *quos ego*. Entonces nace verdaderamente á la verdadera vida. Y él mismo comprende que ha de cambiar hasta de nombre. Ya no es Don Alonso de Quijano, sino Don Quijote de la Mancha... ¿Con qué derecho se puede enaltecer á ese hombre antiguo, á quien el hombre nuevo olvidá y abandona?

Ciertos espíritus desencantados, tal vez rendidos del viaje de vuelta de las ideas, y algunos creyentes en la inutilidad del esfuerzo que arribaron á las playas del misticismo, escogen para justificar su entusiasmo por Don Alonso de Quijano, aquel momento en que resucita la razón de Don Quijote, tendido en el lecho, después de su derrota y vencimiento. He aquí una amarga ironía que no tiene disculpa posible. Si no fuera sincera la admiración por ese terrible instante en que el Ingenioso Hidalgo declara ante los suyos que ya no es Don Quijote de la Mancha, sino Don Alonso de Quijano, el *Bueno*, parecería una crueldad excesiva. Esa declaración está hecha á las puertas de la muerte; y sólo pudiera abdicar de su personalidad el esforzado caballero cuando las fuerzas le huyen y el ánimo le falta y siente la honda y definitiva tristeza del acabamiento de sus altos destinos. «En los nidos de antaño no hay pájaros hogaño», dice con intensa melancolía; y al perder la sana alegría que ha iluminado su vida aventurera, vuelve á la obscuridad de su razón para emprender el viaje á la obscu-

ridad eterna. La tristeza le mata. Entonces quieren retenerle los mismos que le derrotaron; y se oye el más alto consejo de Sancho Panza: «la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida, es dejarse morir sin más ni más»... Ya es tarde, porque la herida es mortal, y la muerte se presenta queda, silenciosamente, con el respeto que su víctima merece... Esta es la primera aventura de Don Alonso de Quijano, y también la última salida de Don Quijote de la Mancha. ¿Proseguirá sus hazañas en esa región de que nos hablan otros dulces, piadosos, inspirados libros de caballerías?...

Una inmensa piedad, una compasión infinita produce ese inesperado despertar del hombre antiguo, cuando el hombre nuevo da por acabada su misión. Piedad para su derrota, compasión para sus amargos recuerdos... ¡Y se dan vivas á esas ruinas, más lamentables cuanto más gloriosas!... El mismo historiador ha comprendido que si es difícil soportar la pobreza después de la fortuna, es imposible conllevar la razón fría después de poseer la cálida locura. Por eso su ex héroe sólo puede resistir unas cuantas horas en su nuevo estado. Cuando se ha sido Don Quijote de la Mancha, ya no se puede vivir ni aun como Don Alonso de Quijano, *el Optimo*.

Olvidemos, pues, á Don Alonso de Quijano, y defendamos, admiremos, ensalcemos é imitemos á nuestro señor Don Quijote.

Modelo el más alto, el más noble, el más puro del grande y generoso idealismo que hace brotar todas las flores de la tierra, su paso por el mundo ha dejado una estela luminosa que guía á los espíritus ardientes y exaltados. Como su hermano Fausto, persiguió lo imposible en inquieta y desasosegada persecución, símbolo de la ambiciosa inteligencia humana; mas no tuvo, como Fausto, que hacer pacto con las ocultas fuerzas, porque en las suyas propias halló potencia suficiente, ni tuvo tampoco que detener el tiempo, pues supo caminar de frente al porvenir sin interrumpir el curso de la historia... ¿Y se le llama loco? Bien; pero su locura sublime, abnegada, constelada por todas las virtudes, es ciertamente más estimable que la cordura estúpida

y rampante de que hacen profesión y sacerdocio las almas condenadas á la eterna mediocridad del limbo. Y no fué la suya una locura contemplativa, de esas que encierran en marfileñas torres la suave claridad de sus destellos; no fué sino dinámica, activa, toda ella acción, movimiento, esfuerzo... Los mismos profesionales de la ciencia que la clasifican con su natural rigorismo metódico, llámanla hiperbúlica, de exceso de voluntad, y convienen en que jamás otro sér pasó con facilidad tan extraordinaria de la idea á la acción, del pensamiento á la obra. Es cierto; dijérase que á veces tuvo la adecuación perfecta de la potencia con el acto, condición exclusiva de lo divino, según Santo Tomás.

¿Y no nos será permitido dudar un poco de la locura de Don Quijote? Todas las altas unidades humanas se vieron condenadas con ese extraño mote, en nombre de cierto sentido burgués que ha buscado luego hasta el amparo de la ciencia; pero será preciso convenir en que todas ellas fueron después clasificadas como sabios, como conquistadores, como apóstoles, como poetas, como artistas, cuando, desaparecido el tiempo que intranquilizaron con su acción fecunda, triunfaron sus doctrinas y sus obras... Aquella persecución es la venganza de las pobres gentes que no pudieron entrar en el reino de los sueños; reino ideal, extraviado y perdido en la geografía de Caliban, y reservado para los que han sentido en el alma el roce viscoso de todas las reales impurezas. Confiemos en el triunfo de Don Quijote y esperemos que le levanten el veto los mismos que hoy propalan su locura de inadaptable, sin comprender que jamás se adaptan los espíritus superiores, y que esa adaptación al medio sólo es una fuerza para la lucha por la existencia.

Don Quijote no la necesitaba. Para luchar por algo más que por la prosáica conquista de los días y de las horas, escogió libremente su profesión de caballero andante, «que es tan buena como la de la poesía y aun dos deditos más»; mantenedor de la verdad, «aunque cueste la vida el defenderla», tuvo la suya en constante peligro, en perpetua incomodidad, en permanente desasosiego. Nadie le ha superado ni aun igualado, en firmeza, en constancia, en voluntad.

Eterno y confiado optimista, fué fuerte porque tuvo el sentimiento de su propia superioridad, y, por lo tanto, esa ciega confianza en sí mismo, que es raíz y asiento de los grandes caracteres y el arma más poderosa é invencible. Hizo su obra, y esto bastó para fortificarle. Vivió su propia vida, y eso basta para su grandeza. Creyó que lo que era verdadero para él, era verdadero para todos... ¿No es esto el genio, según Emerson? Esta es la fe, la verdadera fe para todos los hombres de buena voluntad.

¡Oh, grande, inmenso poeta!... Por las desoladas llanuras de la Mancha, en la abrupta sierra, en la cueva oscura y en el alegre prado, en la incómoda venta y en el amplio palacio ducal, en todas partes, en fin, engrandeció las personas y las cosas, echando sobre ellas el impalpable y misterioso velo de la reina Mab. Para olvidar el pequeño y miserable mundo que le rodeaba, evocó el mundo superior que llevaba dentro, y comparando siempre lo vivido con lo soñado, quiso demostrar, sin duda, que á veces la realidad es una metáfora del ensueño...

¿Quién será el audaz que le contradiga? ¿Quién podrá olvidar que nada es como es, sino como nosotros queremos que sea?... El mundo está preñado de misterios; bajo la dura corteza que sostiene nuestras plantas, sobre nuestras cabezas triunfadoras que se yerguen desafiando á los espacios, late rítmica y sosegada el alma universal que se complace, de vez en vez, en comunicarnos sus secretos. Todo lo positivo ha sido maravilloso, sin que deje de ser una maravilla. Las fuerzas conquistadas y hoy en nuestro poder y á nuestro servicio, fueron ayer enigmas espantables y temidos; y los arcanos de hoy serán las inconcusas verdades de mañana. La Esfinge mueve sus labios hace tiempo para todos los que saben escucharla, y las inmensas interrogaciones se transforman en admiraciones insensiblemente... ¿Cómo hacer cargos á Don Quijote porque interpretara los hechos sin separarse un punto de su alta y provechosa concepción? Tal vez su cronista quiso comentar sus valerosas hazañas con la suave ironía, hija predilecta del amable excepticismo; mas nosotros, los espectadores desapasionados que ni siquiera discutimos los milagros de los libros santos, debemos poner-

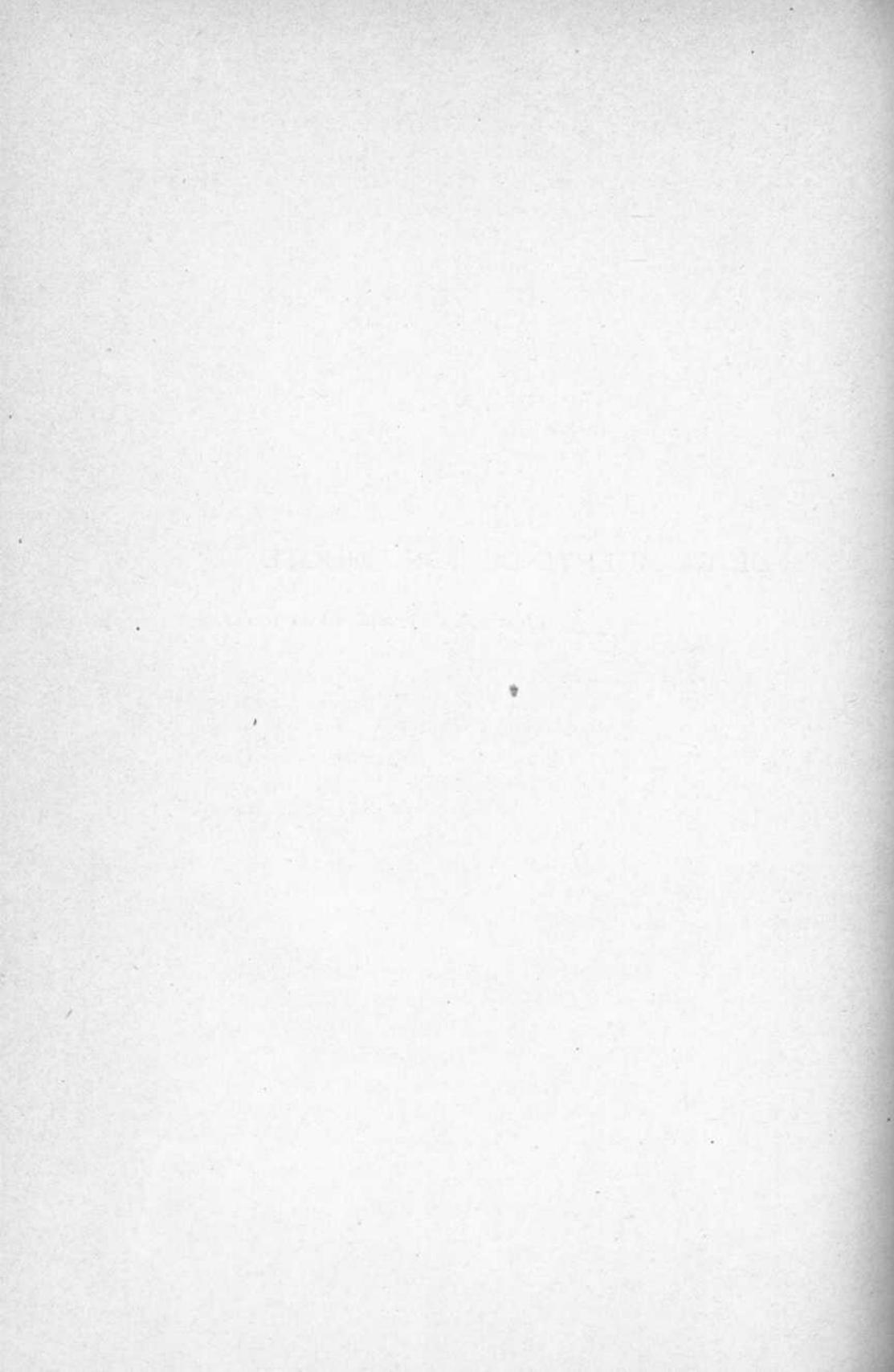
nos al lado de Don Quijote y creer que fueran verdad todas sus estupendas aventuras. Decir que no lo fueron, sería dar fuerza á la opinión ajena que ha forjado las grandes mentiras de la Historia; sería también condenar el heroísmo del Caballero inmortal, del puro defensor de la Justicia, que preconizaba de obra y de palabra la necesidad de la caballería andante, para que no triunfaran, «por pecados de las gentes, la pereza, la ociosidad, la gula y el regalo».

Alabemos al hombre sin par que, á más de esforzado, héroe, entusiasta, generoso, poeta y enamorado, fué también Ingenioso Hidalgo. El ingenio es flor de la mente, y gala del corazón, la hidalguía.

Alabémosle, defendámosle, admirémosle. Y, sobre todo, hermanos míos, imitémosle. Sí; ¡imitemos á nuestro Señor Don Quijote!

DE LA MUERTE DE DON QUIJOTE

Por Andrés Ovejero.





DE LA MUERTE DE DON QUIJOTE

SEÑORAS Y SEÑORES:

Si al corresponder á la invitación que el ilustre Presidente de la Sección de Literatura de este Ateneo me dirigió para que tomase parte en estas veladas cervantinas fuese á satisfacer tan sólo mi propio gusto, aun tratando del tema que se me ha encomendado, reduciría mi trabajo exclusivamente á leeros por segunda vez (ya lo escuchásteis magistralmente escrito y admirablemente leído) el capítulo del libro de mi hermano mayor en letras, Navarro y Ledesma, en que habla de la muerte de Don Quijote.

Pero no es posible hacer esto. Es preciso que por mi cuenta y riesgo diga algunas palabras acerca de este tema; unas cuantas palabras que únicamente aspiro á que sean sencillas, humildes, ingenuas. Únicamente en esta forma puede ser comentado el último capítulo del primero de los libros de la literatura española.

Lejos de mí, y lejos también de la intención vuestra, de seguro, todo propósito de escoliasta, toda intención de exégeta, todo lo que sea poner apostillas pedantescas en las márgenes del libro de Cervantes, que debe quedar exento de toda clase de comentarios, porque libro tan suficientemente claro no necesita explicación de ningún género para ser por todos entendido. No ya los triviales reparos de los comentaristas gramáticos, casi siempre reñidos con el espíritu filológico moderno, ni aquellos otros comentarios doctrinales que pretenden ahondar en el estudio del *Quijote*, son lícitos tratándose de esta obra; todo está dicho en ella

de tal suerte, que puede ser entendido por el niño que deletrea, aprendiendo á leer en sus páginas, y por el anciano que, con intermitentes lecturas, deja caer la cabeza, prostrada por el cansancio de la edad, sobre las hojas del libro. Todo está dicho en él y todo está dicho por él, y comentarla es en cierto modo profanar esta obra, y es tarea de la cual ya dije, á buen entender y á mejor decir, su autor, que era propia de escritores fingidos y tordesillescos, anatematizando así á quienes pusiesen mano en ella «con pluma de avestruz, grosera y mal adeliñada». Por este motivo no he querido trasladar á las cuartillas mi pensamiento; creo que mi única obligación esta noche consiste en hojear el libro predilecto por sus últimas páginas, obligación, á mi parecer, tan grata como ineludible que todos tenemos, y ojalá todos la cumplamos, de leer cotidianamente esta obra, porque fuera del Evangelio no conozco otra alguna que merezca ser más continuamente leída ni más frecuentemente meditada.

Satisfactorio es que para renovar este estudio haya servido la oportunidad del centenario, en que por entre la abundosa bibliografía cervantina, Navarro Ledesma, digno heredero de la preciada pluma de D. Juan Valera, ha dado á luz, ¡luz de gloria!, su *Vida del Ingenioso Hidalgo Miguel de Cervantes Saavedra*.

Tuvo hasta hoy el *Quijote* sus mejores comentaristas en el extranjero, y mientras tanto que nuestros eruditos desalmados divertían su actividad en arañar la letra de las viejas ediciones, era menester buscar su espíritu en libros extraños, porque en otros idiomas estaban escritas las mejores biografías del autor y en otras lenguas estaban escritas las mejores críticas de la obra, y era preciso que fuésemos á buscar en unas páginas de Tourgueneff la interpretación de este último capítulo del *Quijote*; era preciso antes que se advirtiese, como vosotros habéis advertido la otra noche oyendo á Navarro Ledesma, el dón de lágrimas concedido á Cervantes, que buscásemos en las páginas de Tourgueneff aquella interpretación que el escritor ruso encuentra, de toda la obra del *Quijote*, de su más profundo y simbólico sentido, en la muerte del caballero andante, reve-

lación inefable de la grandeza de alma del Ingenioso Hidalgo.

Pero sin que yo quiera molestar vuestra atención, sino brevísimamente, deseo en cierto modo referirme á este capítulo, porque él entraña para mí lo mejor de lo mejor de la obra; porque él es la clave, si así puede decirse, de toda ella, porque si omitiésemos su lectura, la obra entera permanecería desconocida para nosotros; y porque si tan sólo á este capítulo nos refiriésemos, tendríamos en él el más digno competidor de aquél diálogo platónico, en el cual se refiere la muerte de otra persona, de Sócrates, del grande hombre de las ideas, mientras que Don Quijote es el grande hombre de los hechos. Porque para mí, fuera de aquél diálogo en que se describe la muerte del filósofo griego, no hay obra en que se describa la muerte de un modo tan profundo, educador y ético, como en el último capítulo de la novela de Cervantes.

¿Por qué razón (y esta es la idea que quiero apuntar tan sólo), por qué razón Cervantes termina su obra con la muerte del protagonista? Precisamente la mayor diferencia entre el Quijote de Cervantes y el falso Quijote del falso Avellaneda, culpable del falseamiento en la interpretación del carácter del protagonista, estriba en que Avellaneda, como todos sabéis, no mata á Don Quijote; todos sabéis que le encierra en El Nuncio de Toledo para que recobre la razón, para que sea curado como loco; y que se cura y á la razón vuelve y la torna á perder y vuelve á las andadas, y en nuevas aventuras anunciadas, pero no proseguidas, espacia indefinidamente sus delirios.

¿Por qué razón entonces, Cervantes, con un criterio completamente opuesto, termina la vida del Ingenioso Hidalgo, con su propia muerte? ¿Podemos pensar que fué tan sólo para poner coto á los desmanes de los escritores atrevidos, que ganosos del lucro editorial pudieran adelantarse al autor para seguir la obra? No, en modo alguno. Bastaría que Don Quijote, vuelto á la razón, recuperado el juicio y puesto en cordura, se encerrase allá en la propia aldea, en aquel lugar de la Mancha que todavía nos es desconocido, porque Cervantes quiso que nos fuera desconocido, para

que ningún escritor se hubiese atrevido á descolgar de aquella espetera y de aquel hilo de alambre, la péñola tajada únicamente para Cervantes.

Es para mí una interpretación de mucho mayor interés, mucho más honda, la que cabe dar á esta conclusión de la obra maestra del ingenio humano; es una interpretación que he encontrado tan sólo, cuando en una monografía interesantísima de uno de los más ilustres maestros de nuestra Facultad de Medicina, hallé la *historia clínica* de Cervantes, tal como las conjeturas científicas de hoy la pueden reconstituir.

Dícenos Gómez Ocaña (que es el maestro de medicina á que aludo), que Cervantes indudablemente murió atacado por una enfermedad cardíaca. La arterio esclerosis, técnicamente así llamada, es la enfermedad, que según el señor Gómez Ocaña, concluyó los días de Cervantes, y esta enfermedad, que permite conservar ileso el cerebro hasta los últimos instantes de la vida, que hiere el corazón, que destroza el aparato circulatorio, que produce la vejez de la sangre, pero no la senectud del entendimiento, es precisamente lo que está comprobado por los datos biográficos más fidedignos de Cervantes, y esta enfermedad de la cual la hidropesía no es más que un síntoma, es la que ocasionó la muerte del genio. Esta enfermedad, dice Gómez Ocaña, coincidiendo con el parecer de todos los médicos, es una enfermedad que produce como efecto moral en el ánimo del enfermo, el abatimiento y la obsesión continua de la idea de la muerte.

¿Hasta qué punto podemos nosotros aventurar la tesis, de que Cervantes en los últimos años de su existencia estuviese obsesionado por la idea de la muerte y ésta le hiciera terminar de un modo genial, supremo, definitivo, su maravilloso libro?

Esto es lo que quiero demostraros con hechos más que con palabras, con datos entresacados de la misma obra, más que con suposiciones y conjeturas, pues si yo echase á volar mi fantasía por las regiones de la hipótesis, entonces vosotros tendríais motivo para suponer que cuando comenzaba antes hablando de las cavilosasidades de los exégetas al uso,

que atribuyen á Cervantes ideas é intenciones que nunca tuvo, estaba yo contaminado de tales influencias, mientras tanto, que si escucháis estas indicaciones que quiero hacer respecto á la obra de Cervantes, y que podéis comprobar por vosotros mismos en esta obra, y seguramente al mismo tiempo que yo lo vaya exponiendo, lo podréis ir comprobando, por que todos tenéis en la memoria la obra entera, y todos conocéis el desarrollo de esta novela inmortal, podréis seguramente convenir conmigo en cómo esta impresión de la muerte, se había apoderado del alma de Cervantes en los últimos años de su existencia, y esto le indujo á terminar de esta manera el *Quijote*, que no podía ser terminado de otro modo, puesto que del último capítulo brota tal intensidad de sentido, que nos hace ver en su muerte ejemplar una suprema perfección de su vida y nos hace pensar en una consustancial relación de lo acabado y lo perfecto.

En la primera parte hay dos capítulos sobre los cuales quiero llamar vuestra atención: uno de ellos es el capítulo XIV; otro el capítulo XIX. Uno de ellos, el XIV, es el que se refiere á la muerte de Grisóstomo, el otro, el XIX, es el de la aventura que Don Quijote tuvo con un cuerpo muerto. No puede darse nada más sugestivo que el contraste entre el capítulo XIV y el XIX de la primera parte; entre la muerte del pastor Grisóstomo y su entierro y aquél otro entierro, visto de noche por Don Quijote y Sancho, que es «una de las aventuras más famosas».

Recordad la muerte del pastor Grisóstomo. No es solamente un pastor, es un pastor estudiante, es un intelectual que hoy diríamos, que llevado de un cierto romanticismo que el renacimiento, á su modo produjo, trasladando la vida intelectual de la ciudad, al campo, en pos de la melindrosa Marcela se vá á hacer la vida pastoril, vístese el pellico y comparte con otros amigos suyos todas aquellas risueñas perspectivas de la vida bucólica.

Recordad también cómo se refiere en el *Quijote* este romántico episodio de la muerte del pastor Grisóstomo; cómo él deja ordenado que se le entierre en el campo á uso de moros; de tal suerte que los abades de los pueblos—dice

el escritor—entendieron que no se debiera cumplir aquel mandato, porque parecía cosa de gentiles. Se alborotaron los pueblos—añade Cervantes,—y prevaleció aquel romántico sentimiento del pastor, y Grisóstomo fué enterrado como lo había ordenado él mismo, y allá á la luz de ese sol candente y ardoroso de la Mancha que se entra á priesa por los campos y por los cerebros, á la luz de ese sol, en pleno día, se celebró el entierro del pastor Grisóstomo.

Todos recordáis la escena: van acudiendo al lugar donde el pastor había de ser enterrado, que era el sitio designado por él mismo, en el despoblado donde por primera vez vió á Marcela la pastora de quien enamorose; van acudiendo los pastores del contorno, todos ellos vestidos con pellicos negros y coronadas las cabezas con guirnaldas de ciprés y de amarga adelfa, llevando sobre unas andas el cadáver del pastor, que más que muerto parecía dormido, y sobre las andas mucha diversidad de ramas y de flores, y al llegar al lugar, al sitio donde el pastor había de ser enterrado, al pie de la montaña donde por primera vez vió la hermosura de Marcela, se empezó á cavar la fosa que había de guardar los restos del pastor, y entonces, en aquel entierro pagano donde no suenan las preces eclesiásticas, donde nada habla de lo que conturba el espíritu por la idea de la muerte, como únicas exequias, como funerales únicos, se recitan los versos póstumos del pastor, se lee su última canción, confundiendo el golpear de los agudos picos que cavan el sepulcro y la consonancia de los endecasílabos numerosos de aquella canción hermosísima, donde acaso están los mejores versos de Cervantes, y de la cual quiero leer algunas estancias para que os quede la impresión de lo grato de los versos de Cervantes, borrando el atropellado discurrir y la torpeza de mis medios de expresión:

«Salgan con la doliente ánima fuera
Mezclados en un son de tal manera
Que se confundan los sentidos todos,
Pues la pena cruel que en mí se halla
Para cantalla pide nuevos modos.

De tanta confusión, no las arenas
del padre Tajo oirán los tristes ecos,

ni del famoso Bétis las olivas:
Que allí se esparcirán mis duras penas
en altos riscos y en profundos huecos
con muerta lengua y con palabras vivas.»

Decidme de paso si los que niegan la condición de poeta á Cervantes no están desmentidos por los propios versos de este autor.

Pero recordad los últimos versos, singularmente el último verso de esta canción desesperada del pastor Grisóstomo:

«Canción desesperada, no te quejes
Cuando mi triste compañía dejes;
Antes, pues, que la causa do naciste
Con mi desdicha aumenta su ventura,
Aun en la sepultura no estés triste.»

¿Queréis algo más pagano que esto? ¿No notáis aquí un sentido gentilico, aquel sentido gentilico que vituperaban los abades de los pueblos? ¿No os parece asistir á los entierros paganos de la antigüedad clásica, en los cuales artísticamente se representaba la muerte de un modo plástico, mediante aquella figura de Zánatos, asimilada á Hypnos como el sueño de la vida al sueño de la muerte, figura en quien se junta la impasibilidad á la belleza y que reaparece en la maravillosa visión que impensadamente se ofrece á los ojos, cuando por cima de la peña donde se cavaba la sepultura se presenta la pastora Marcela resplandeciente de hermosura é impasible ante el infortunio? ¿No os parece que hay como un sentido de serenidad helénica que destruye todo el aparato lúgubre de la muerte, que después invade el espíritu cristiano cuando los sentimientos se apoderan del alma en la hora de la agonía de los hombres? Comparadlo con el capítulo XIX de la primera parte, comparadlo con la aventura del cuerpo muerto. Todos lo recordáis: es de noche, había cerrado la noche con alguna oscuridad, dice Cervantes, tan presto siempre en estos toques de vigoroso pincel; había cerrado la noche con oscuridad, y en medio del camino, de improviso, en lo más oscuro, Don Quijote y Sancho (Cervantes lo dice), «yendo el escudero hambriento y el amo con ganas de comer», tropiezan con el entierro de un cuerpo muerto.

Notad esta circunstancia: «el escudero hambriento y el amo con ganas de comer»; recordad el diálogo entre Babieca y Rocinante: «Metafísico estáis.—Es que no como.» Con las hambres metafísicas que producen siempre todo linaje de desvaríos; con las hambres metafísicas que, en forma de ayuno y de abstinencia, habían producido tantas torturadoras fantasías y tantas quiméricas visiones, surgiendo de la oscuridad, de la asombradiza oscuridad y á lo lejos del camino, en la alucinadora lejanía, ven Don Quijote y Sancho «gran multitud de lumbres, que no parecían sino estrellas que se movían». Sancho comenzó á temblar como un azogado y al intrépido caballero se le erizaron los cabellos de la cabeza. Es para producir espanto ver estrellas que se mueven, que oscilan, que se acercan y que, conforme van acercándose, van aumentando su resplandor.

Llega el momento en que topa Don Quijote con la fúnebre litera que conduce el cuerpo muerto. Arremete contra aquellos encamisados que con sus hachas de viento iban recitando el oficio de difuntos, y entonces acontece aquella escena, únicamente comparable á alguno de los *Caprichos* de Goya, en que derribado por la lanza de Don Quijote uno de aquellos enlutados, corren los demás por aquel campo con las hachas encendidas semejando, más bien que acompañantes de un cadáver, tropel de alegres máscaras en noche de carnestolendas.

Después de aquel encuentro verdaderamente tétrico con la muerte, en el cual Don Quijote le sale al paso, todavía hay como una sombra más que se acumula sobre la negrura del cuadro, la sombra de la Inquisición. Allí se habla del entredicho, de la excomunión, de las penas inquisitoriales; por allí pasa una crispación de terror. Esto es toda la Edad Media, el espíritu milenario muerto acaso en todos los demás países de Europa y superviviente en el nuestro, por atavismo medioeval. (*Grandes aplausos.*)

Recordad otro dato interesantísimo de este capítulo; aquél en que por primera vez en la novela adquiere Don Quijote el nombre que mejor que otro alguno nos le designa á nosotros; el de *Caballero de la Triste figura*. En cambio si Don Quijote está definido en aquella situación por este

mote, Sancho está retratado, mejor que por pincel alguno, por las palabras de su amo en otro capítulo interesantísimo también de la novela, al cual quiero rápidamente referirme.

¿Qué podemos decir nosotros de Sancho, fuera de aquello de *Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho sin pero* que Don Quijote le dice cuando la aventura del *Carro de las cortes de la muerte*? Parece que para designarles con sus propios nombres, para hallar adjetivos que califiquen mejor que otro alguno, la personalidad de Don Quijote y de su escudero, para hacer la psicología de aquellos caracteres en una sola palabra, es necesario que se encuentren con la muerte ó con el simulacro de la muerte. Únicamente ella es la que tiene este alto y poderoso sentido de educarnos en las más profundas y graves ideas.

Este contraste es de lo más sugestivo que nos ofrece Cervantes. ¿Es que nosotros podemos separar esta obra de la época en que se produce? ¿Es que el *Quijote* deja de ser para nosotros una obra terminada en los primeros años del siglo XVII, en los comienzos de la decadencia nacional? ¿Es que acaso esta obra no recoge como los últimos resplandores de la vida espiritual del Renacimiento, pareciendo que viene á poner sobre ellos las primeras sombras de nuestra decadencia? Permitidme una digresión de brevísimos instantes; permitidme que os haga fijar la atención en el momento histórico en que esta obra se produce.

He dicho antes que era un momento tétrico, que era un momento triste. Yo veo en esta aventura del cuerpo muerto algo más de lo que por sí la novela nos cuenta. Yo veo pasar en aquella fúnebre litera generaciones enteras de téticos espíritus que habían ennegrecido la Historia de España y que nos condujeron á la decadencia. Fijad vuestra atención en las más altas personalidades históricas con que en aquella época nos encontramos: en los Reyes de la casa de Austria. Vedlos pasar en siniestro desfile ante nuestros ojos. Es Carlos V, aquel que en vida presencia sus propios funerales. ¿Queréis una idea de la muerte más profundamente arraigada en un espíritu, que la que induce á un hombre á la contemplación de sus propias exequias? Acordaos de Felipe II. Este monarca está más obsesionado aún que Car-

los I, por la idea de la muerte. Carlos I presencia sus funerales, es el simulacro de su muerte; Felipe II presencia su propia muerte, la propia descomposición de su cuerpo, con los gusanos que le corroen sus carnes en aquel tétrico aposento de ese regio mausoleo que se llama El Escorial. Felipe III—más por diversión que por ascetismo—se tiende en un ataúd para ver qué postura había de adoptar en el momento de su muerte. Felipe IV lleva esta tétrica obsesión de la muerte á inconcebibles extremos. Sus mayores placeres los busca, con cierto sentido sádico, allá en las celdas de las monjas, donde las calaveras hablan de lo perenne de las tristezas y de lo efímero de las alegrías. Todavía hasta hace poco tiempo el reloj del convento de San Plácido nos recordaba, con el plañidero son de su campana, esta obsesión fúnebre de Felipe IV. Y ¿qué he de decir de Carlos II? Este, más que monarca, es un cadáver que anda, un muerto que reina, el alma en pena de la Monarquía. La idea de la muerte, el soplo glacial de ultratumba pasa por toda la casa de Austria. Y cuando tal sentimiento se asienta en las más altas genealogías del Estado, ¿cómo queréis que una obra como esta no se encuentre contrastada con el sentimiento de la serenidad clásica, de la idea de la muerte, ennoblecida por el espíritu estoico de Cervantes; cómo no queréis que se encuentre contrastada con esta otra aventura del cuerpo muerto de que nos hablan los fatídicos siglos de la Edad media, que han pasado y que ¡ojalá! hayan pasado para no volver?

En la segunda parte son aún más interesantes las referencias de la muerte que podemos estudiar en Don Quijote. Hay un capítulo, el XI, al que antes incidentalmente me referí: el de la aventura con el carro ó carreta de las cortes de la muerte. ¡Curioso encuentro el de Don Quijote con los recitantes de la compañía de Angulo el Malo, que van de pueblo en pueblo representando, con el agetreo de su vida de comediante, y que por la necesidad de la farándula, no se desprenden de sus arreos, y ofrecen á los ojos de Don Quijote la imagen de la muerte, representada por un histrión! Y ¿qué es esto? ¿Acabaré incurriendo en los mismos defectos que comenzaba por censurar? ¿Acaso es que hay costumbres contagiosas?

Así como en la aventura del pastor Grisóstomo encuentro como una reminiscencia del gentilismo clásico; así como en la aventura del cuerpo muerto hallo las huellas de un atavismo medioeval, en esta aventura veo aquella burlesca alegría con que el renacimiento vistió los huesos descarnados que amedrentaban el espíritu de la Edad Media. animándolos para la comedia, el enredo y la farsa.

Y esto no lo digo yo; está dicho en uno de los más interesantes libros—pese á su desaliñado estilo—que en castellano se han escrito: en el libro de Pompeyo Gener, sobre *La muerte y el diablo*. En este libro está descrito este movimiento de transición de los agüeros espantables de la Edad Media á las bufonescas farsas del Renacimiento, en términos que yo no quiero repetir ahora, porque me basta referirme á esta obra, en uno de cuyos capítulos se halla vigorosamente trazado este momento de transición.

Era en los tiempos antiguos el sentido de la naturaleza, algo como un sentido panteísta. Devolviendo á la tierra lo que de la tierra había salido, impedía que la idea de la muerte llevase la tristeza al ánimo. En cambio, en la Edad Media todo: artes, letras, filosofía y costumbres, todo nos habla de la idea de la muerte, como la constante preocupación presentada á los espíritus. El arte nos lo demuestra con las estatuas yacentes en las capillas, que convierte á las catedrales en necrópolis y asocian á la intimidad del culto religioso el sentimiento de la mortificación. Es en el arte y en las letras donde la danza macabra es el tema constante de la Edad Media, inexhausta inspiración para literatos y artistas.

En Pisa—dice un escritor moderno,—no en los siglos medios, no en el siglo xvii, ahora mismo, en nuestros días, todos los entierros, cediendo á la sugestión histórica que la muerte ejerce sobre el alma de aquel país, todos los entierros, hasta los de las gentes más humildes, tienen este lúgubre aspecto. No hay entierro que no vaya precedido por encaperuzados y disciplinantes, por enmascarados que en forma tragi-cómica nos muestran este aspecto plañidero del dolor exacerbado por la idea de la muerte.

Leed el pasaje en que este escritor, dotado de un gran

sentido descriptivo, el novelista Blasco Ibañez, nos cuenta en el libro de su viaje á Italia, *En el pais del arte*, el encuentro que tuvo con uno de estos entierros, una noche, en la ciudad de Pisa y, veréis, que al describirlo, nos dice cómo fué intimidado por aquel espectáculo inconcebible en el siglo XIX, aunque no inconcebible en aquellos tiempos en que Don Quijote tropezaba con un cuerpo muerto seguido por agonizantes, que trueca en fantasmas la perturbada imaginación del Ingenioso Hidalgo.

En otros capítulos de la segunda parte continúa la misma idea de la muerte, como con una innegable preocupación, en el alma del gran escritor, hasta el capítulo LX, hasta aquel en el que nos cuenta la aventura que le aconteció á Don Quijote yendo á Barcelona. Recordadla: era de noche; habíales anochecido al Ingenioso hidalgo y á su escudero en un encinar, bajo la espesa sombra de los árboles, y allí, de pronto, Sancho siente que sobre su cabeza se tambalean los pies y las piernas calzados y vestidos de una persona. Acude á Don Quijote, como en todos los momentos en que su medrosidad lo hace necesario, y Don Quijote le reprocha sus miedos, algo infantiles, diciéndole que no debe asustarse por aquello, que tiene una explicación vulgar. «Son—le dice—cuerpos de bandidos, á quienes la Justicia ha ahorcado, como suele, cogiéndoles y colgándoles en este bosque de veinte en veinte ó de treinta en treinta.» ¿Es decir, que esta preocupación de la idea la muerte no era compartida por los contemporáneos de Cervantes? Era la muerte entonces un espectáculo, con el cual se habían familiarizado las gentes. Era la muerte, y recordad lo que la otra noche nos decía desde este sitio un maestro de Criminología, el Dr. Salillas, una penalidad frecuentemente ejercida, en todas las ocasiones; aquella penalidad de muerte que hoy parece que cada día debe escasear, cuando no pensemos, como yo pienso y como pensaréis muchos de vosotros, es decir, que debe extinguirse. Era entonces, como digo, aplicada con desusado rigor y frecuencia, y Don Quijote, al ver el espectáculo de la muerte, al ver aquellos *racimos de horca*, no experimenta emoción alguna; está ya conaturalizado con tal idea. ¿No véis en esto algo de una

representación inequívoca de este sentimiento de ingénita crueldad que informa toda la vida española? ¿Queréis ver comprobado este sentido de crueldad famosa con su espectáculo de la muerte y el espíritu de aquel tiempo y acaso el espíritu de hoy? ¿Queréis verlo comprobado de un modo plástico admirable? Pues no encontraréis grandes dificultades para ello: baste con que un día os acerquéis á nuestro Museo del Prado, busquéis lo más antiguo de la pintura española, y entre las tablas del siglo xv podréis ver alguna de las atribuidas á Pedro Berruguete, que representa un auto de fe presidido por Santo Domingo de Guzmán. Ved aquella hermosa tabla, uno de los más antiguos trofeos de la pintura nacional, donde no disimula el colorido de la escuela veneciana lo típico del asunto español. Allí está Santo Domingo, bajo dosel y acompañado de inquisidores, presidiendo la fiesta, que fiesta es el espectáculo que allí se presencia. Allí están, entregados á las llamas, los relapsos. Allí están los otros reos, sambenitados, esperando el trance supremo, el fatal momento de su muerte, y abajo, al pie del tablado, está la gente plebeya, está la multitud, están muchas caras de hombres, en las cuales no véis asombro, ni terror, ni espanto, ni ningún sentimiento: lo que se ve es la impasibilidad más absoluta. El pincel de Pedro Berruguete acertó á mostrarnos allí esta incommovilidad del alma española, este instinto de crueldad, verdaderamente histórico en España.

Diréis que esta tabla de Berruguete, del siglo xv, es lo más antiguo en pintura. Pues bien: yo os emplazo para otro sitio donde podéis ver lo más moderno. Salid del Museo del Prado y dirigíos al de Arte moderno. Buscad allí las obras de los pintores españoles que mejor puedan representar la renovación de nuestro arte; algunas de las obras de esos pintores jóvenes que parecen iniciar un renacimiento en la pintura española, y allí veréis la obra de un pintor catalán de genial espíritu y de temperamento modernista, como es el de Casas. Ved el cuadro de este pintor que se titula *Garrote vil*; ved su tonalidad. Todo está envuelto en grisáceas tintas que tan bien acusan la indiferencia del espíritu, de lo que otro artista catalán, Rusiñol, llama *el*

pueblo gris. Allí asiste la muchedumbre impasible á la contemplación de otro espectáculo: de una pena de muerte. ¿Qué importa que sea el auto de fe ó que sea la horca alzada por la Justicia? ¿Qué importa que sea una ú otra institución, la que haya connaturalizado nuestra alma española con esta idea de la muerte? Lo que nos importa á nosotros es recoger este sentido de ingénita crueldad del alma española que ha convertido el bárbaro espectáculo, donde se juega la vida de un hombre, en un espectáculo nacional.

Hay otro capítulo en la obra de Cervantes, en el que la idea de la muerte todavía sigue esa lenta evolución digna de más analítico estudio del que me es permitido hacer en este sitio. Recordad aquel capítulo LXIX en que se nos habla de la supuesta muerte y de la fingida resurrección de Altisidora. Todos recordaréis, igualmente, como Don Quijote y Sancho son metidos en peso y arrebatadamente en el patio donde se levanta un túmulo como á dos varas del suelo, y en donde yace aquella doncella de singular hermosura, coronada la cabeza con una guirnalda, las manos cruzadas sobre el pecho, y entre ellas un ramo de amarilla y vencedora palma. Todos sabéis el tétrico efecto de aquel catafalco, con el que se pretendía intimidar al pusilánime escudero de Don Quijote á quien visten la ropa de bocací negro pintada con llamas y cubren con la coraza pintada de diablos. Todos recordáis que en los corredores que al patio conducen, hay más de quinientas luminarias que prestan un resplandor como si fuera de día en medio de la oscuridad de la noche; que hay cien blandones que están alumbrando aquel catafalco, y que todavía en la gradería sobre la cual el túmulo se asienta, hay otras cien velas blancas sobre candelabros de plata. ¿No es verdad que esta última aparición de la idea de la muerte, que este último artificio funerario, en la novela de Cervantes, titulado «el más raro y más nuevo suceso», nos hace pensar á nosotros en algo que es lo que más distante parece de la obra del siglo XVII, de la novela de Cervantes? ¿No es verdad que esto nos recuerda á nosotros, y á algunos de vosotros particularmente (sobre todo á los que hayáis podido verlo os lo recordará con mayor precisión), todas esas fúnebres ceremonias, todos estos maca-

bro artificial, todos estos artilugios tóricos, con los cuales divierten su degeneración algunas capitales de Europa? ¿No recordáis espectáculos como el del *Cabaret de la muerte*, en Montmartre; como el de aquel establecimiento en el cual las mesas son ataúdes; los vasos en que os sirven la bebida, calaveras, y los servidores están vestidos con la negra hopalanda, y donde se presencia, como en un teatro, el espectáculo siniestro de la descomposición del cuerpo humano, y cómo se convierte en cadáver una persona viva? ¿No es verdad que este sentido de necrofilia nos habla de degeneración? Pues notad cómo y cuándo este sentido de degeneración, esta necrofilia, esta tórica obsesión de la muerte, aparece en la novela de Cervantes. No encuentra estas burlas Don Quijote en las ventas por donde pasa; en aquellos albergues de gente de ínfima condición social, se burlan con harta frecuencia del Ingenioso hidalgo. Aquellas burlas son plebeyas, son bajas, son soeces, pero son humanas. En aquella otra casa del *caballero del Verde Gabán*, resquicio por donde entrevemos la clase media de entonces, ninguna burla es lícita. Por allí pasa el Ingenioso hidalgo como la encarnación de la poesía con que aquel adolescente romántico sueña en la ociosidad inspiradora de sus versos. ¿Dónde, pues, ocurren estas burlas siniestras? ¿Dónde encontramos estas escenas macabras en la vida del Ingenioso hidalgo? En el palacio ducal; es decir, en aquellos sitios á los cuales había alcanzado por inexorable ley, antes que á otra parte, la degeneración, la decadencia de la vitalidad de España. (*Aplausos.*)

Estoy cansando vuestra atención sin advertir que el proceso de ideas, por el que quisiera llevaros á la consideración del último capítulo de Don Quijote, puede parecer excesivo, si bien lo considero necesario, porque de todo cuanto hemos visto hasta ahora no hay nada comparable á aquel último capítulo de la novela de Cervantes, donde la muerte de Don Quijote llega á enternecer nuestro espíritu sin ningún género de formas artificiosas, con la honda realidad, con la verdad humana. Es una muerte ejemplar, única, superior á la de Sócrates; superior á todas aquellas otras muertes, á todos aquellos otros acabamientos de la existencia humana

que en la época del estoicismo mostraban el vigor de la voluntad para resistir el desastre de la existencia.

Hay algo de fatalidad arábica; hay algo del espíritu senquista, hay algo de voluntad resistente contra el mal, vencedora de la misma muerte, en este capítulo de la novela de Cervantes que cierra su obra, que concluye con la vida del héroe.

Alguien, por qué no decirlo, puesto que en elogio suyo deben redundar mis palabras, el maestro Unamuno, en un admirable libro lleno de sentido filosófico y de abrumadora originalidad acerca de la vida de Don Quijote, encuentra comparable la muerte de este personaje, por alguna de las ideas que Cervantes expone al referirla, con otra escena de una de las más famosas obras de nuestra literatura dramática, con *La vida es sueño*.

No he de establecer yo la comparación entre *Don Quijote* y *Segismundo*. No he de establecer tampoco la comparación entre *Don Quijote* y otra personalidad teatral, digna de ser con la de *Don Quijote* comparada, con *Hamlet*. No he de hablar de Don Quijote en relación con *Hamlet*; quiero mostraros una relación que hasta ahora no he visto notada por nadie, y que tiene para mí más singular sentido que ninguna otra. Me refiero á la relación que puede advertirse entre la muerte de Don Quijote, señaladamente en uno de esos momentos, el más admirable de todos, y la muerte de *Brand*, en el momento supremo también del personaje creado por uno de los más grandes dramaturgos de nuestros días, el mayor de todos ellos, al menos en mi humilde opinión. ¿Recordáis de qué forma al morir *Don Quijote* renace *Alonso Quijano el Bueno*? Todos recordáis como se le arraigan unas calenturas por voluntad del cielo ó por las melancolías del vencimiento suyo, que le postran durante seis días en el lecho. Al cabo de ellos, un día le coge el sueño, un sueño largo de seis horas, de tal suerte, que todos creían que de aquel sueño no había de despertar—tan parecido era á la muerte misma;—pero al despertar del prolongado sopor en uno de los últimos días de su vida, Don Quijote (dice Cervantes) dando una gran voz exclamó: «*Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus miseri-*

cordias no tienen límite, ni las abrevian ni impiden los pecados de los hombres.»

¿No advertís cómo hay un profundo sentido moral en esta gran voz con que el casi exánime espíritu de Don Quijote prorrumpe en el instante en que recupera la razón?

Recordad la obra dramática á que me he referido; recordad la personificación del espíritu religioso de nuestros días, que halla estrechos para sus creencias los templos de todas las religiones positivas. Brand quiere convertir las montañas en aras del culto supremo, sustituir la creencia en el Dios de los fuertes y de los impecables á la creencia, en el Dios de los débiles y de los pecadores; quiere entronizar el Espíritu sobre todos los Verbos y la Fe sobre todos los dogmas; convertir la bóveda celeste en cúpula del universal templo de la naturaleza; dirigir la rectilínea conducta del hombre justo al rígido cumplimiento del categórico deber, y á esta concepción absoluta, inmensa, épica, *superhumana*, que sale de los artificios del escenario, que constituye una de las más grandes creaciones del pensamiento de nuestra época, sacrifica Brand, el protagonista del drama de Ibsen, todas las dichas de su vida, su amor de hijo, su amor de esposo, su amor de padre, y con ello todo, ambiciones y vanidades, beneficios y honores, todo queda sacrificado á aquel ideal de justicia absoluta, de rectitud inexorable... Todos recordáis cómo concluye esta obra. El protagonista de ella perece; la muerte le halla en el instante en que en lo alto de una montaña quiere erigir en tablas de una nueva ley el firmamento mismo, y entonces, en el instante de la muerte, cuando Brand, levantando su espíritu á las alturas, interroga al cielo acerca de si es cierto que la rectitud suprema y la justicia absoluta deben regir la vida de los hombres, se oye una voz de lo alto—desenlace misteriosísimo de este simbólico drama—que no dice más que estas palabras: «Dios es caridad.»

¿No os parece que entre esta voz de lo alto, que proclama que Dios es la caridad suprema y que por encima de la justicia humana está la bondad divina, y aquella voz con que Don Quijote proclama la misericordia de Dios sobre las flaquezas de los hombres, hay una inefable concordancia espiritual?

Decía muy bien la otra noche el Sr. Navarro Ledesma que la segunda parte, y, especialmente el último capítulo, exceden de toda clasificación de literatura. En esta región de las ideas, donde todos los genios son iguales, como decía Víctor Hugo, ¿no os parece que hay como una transmisión, á distancia, del pensamiento de Cervantes al alma de Ibsen, como si respondiese, cual un eco al través de los siglos, al andante caballero de las llanuras de la Mancha, el apóstol novísimo de los *fjords* de Noruega?

¿Verdad que no anda descaminado el maestro Unamuno cuando define, sin audacia de expresión paradójal, legítimamente, el carácter de Don Quijote, llamándole un Cristo castellano? ¿Pero es que á esta altura puede llegar el personaje de una ficción novelesca, es que puede remontarse á esta altura la inspiración de lo puramente literario, es que si la muerte de Don Quijote no fuera más que la muerte del protagonista de una novela, de un ser ficticio, llegaría á conmovernos de ésta manera? Para mí el interés supremo de la muerte de Don Quijote, reside en que puede tomarse como una prefiguración de la muerte de Cervantes.

Muere Don Quijote conservando ileso el entendimiento. Recordad aquel testamento lleno de cordura, aquellos consejos á cuantos le rodean; muere herido por los desastres de su existencia, por el vencimiento de su ideal, por melancolías y desabrimientos.

Recordad cómo muere Cervantes; recordadlo pobre, tullido, viejo, no sólo exento de honores, sino deshonorado, destrozada su existencia por todas cuantas llágas de dolor pueden ulcerar alma de hombre. Recordad los últimos años de su vida: aquel año de 1609, en que muere su hermana D.^a Andrea; aquel año de 1611, en que muere su hermana D.^a Magdalena; aquel año de 1610, intermedio entre ellos, del cual hay un documento que nos habla de las tristezas que en aquella casa habían entrado: el testamento de Catalina de Salazar, mujer de Cervantes. Recordad cómo concluye el *Quijote*, un año antes de su muerte, el día 31 de Octubre de 1615, recordad cómo el 18 de Abril de 1616, recibe la Extremaunción y cómo al día siguiente escribe la dedicatoria del *Persiles*, conmovedora página de la mayor

sublimidad, y cómo hasta última hora conserva cabal su inteligencia poderosa, y cómo aquel corazón, postrado, rendido, deshecho por las vicisitudes de su vida, va acompañado de un cerebro que despide sus últimos resplandores con la más hermosa puesta de sol del ingenio humano que ha sido dable contemplar á la Historia.

Comparad la muerte de Don Quijote con la de Cervantes. Muere Don Quijote confesado, recibiendo todos los sacramentos, como muere Cervantes también, vistiendo en los últimos días de su vida el hábito franciscano, de la Venerable Orden Tercera. Muerén uno y otro en igual situación: es la muerte de Don Quijote la de Cervantes mismo; era esta idea de la muerte, que iba surcando su pensamiento, era esta obsesión que los fisiólogos pueden explicar por los desfallecimientos de sus fuerzas naturales, pero que los psicólogos deben explicar por una preocupación de su propio espíritu, por el más allá, por las ideas que hacen de este último capítulo del *Quijote* algo más sublime que el *Fedon* platónico.

Se ha dicho que en la individualidad de Don Quijote puede verse simbolizada esta ó la otra persona. No lo creo; ¿cómo ha de ser Don Quijote aquel Don Rodrigo Pacheco, natural de Argamasilla, ni aquel Don Alonso Quijada, natural de Esquivias, ni aquel Conde de Puñonrostro, asistente en Sevilla cuando Cervantes vivía allí, ni cómo ha de ser Don Quijote el Duque de Lerma ni Carlos V? ¿Cómo ha de ser siquiera, como dice Unamuno, San Ignacio de Loyola? Don Quijote era Cervantes; si acaso quisiérais vosotros formaros idea de esta figura, yo os aconsejaría que procedíais de esta suerte; así como hay retratos galtonianos, fotografías superpuestas de figuras, que al sobreponerse pierden los rasgos diferenciales y con los rasgos comunes se quedan, yo creo que podemos seguir viendo los unos en Don Quijote á Don Rodrigo Pacheco; los otros, al Duque de Lerma; los otros, á Ignacio de Loyola, pero todos debemos sumar estas figuras, reconstituir con las personalidades salientes de entonces, la personalidad colectiva, y verlas sintetizadas en una persona y proyectadas en un solo rostro, en el rostro de Don Quijote; pero si en la vida pudo

Don Quijote parecerse á un personaje de su época, en su muerte, Don Quijote no es sino Cervantes mismo, que, así como los reyes de la casa de Austria presenciaban sus funerales en vida, rindiendo humildemente los atributos de su majestad perecedera ante la soberanía inacabable de Dios, Cervantes también presencia sus funerales con un valor más grande, más estóico y más cristiano que el de aquellos reyes que al espectáculo conturbador de la muerte, ofrecían la penitencia de sus últimas horas, y asiste con la clarividencia de su genio semidivino, no solo á su muerte, sino á su inmortalidad, poniendo al descubierto su alma en el último capítulo del *Don Quijote*, tan al descubierto, como había de ir su noble rostro, cuando llevado su cadáver en hombros de los terciarios, halló el eterno descanso de la sepultura en el convento de las Trinitarias, el día 23 de Abril de 1616.

En suma, quería hablaros del último capítulo del *Quijote*. He comenzado á hablar de él y observo que el reloj, conciencia de los malos oradores, me advierte que he incurrido en la peor de las faltas, en la de no expresar íntegramente las ideas aún siendo excesivo el número de las palabras. ¡Qué le hemos de hacer! Después de todo eso salís ganando: todo comentario es una profanación; el capítulo, intacto queda en el libro. Volvedlo á leer, porque yo creo (permitidme esta opinión individual) que el mejor homenaje que pudiéramos consagrar á la obra de Cervantes no consistiría en hablar y escribir acerca de ella, consistiría en volverlo á leer, en la seguridad de que habríamos de hallar en sus páginas tales y tan hondos motivos de consideración, que allá en el recogimiento silencioso de esta lectura, educarían más nuestro espíritu que todo género de conferencias y toda clase de veladas.

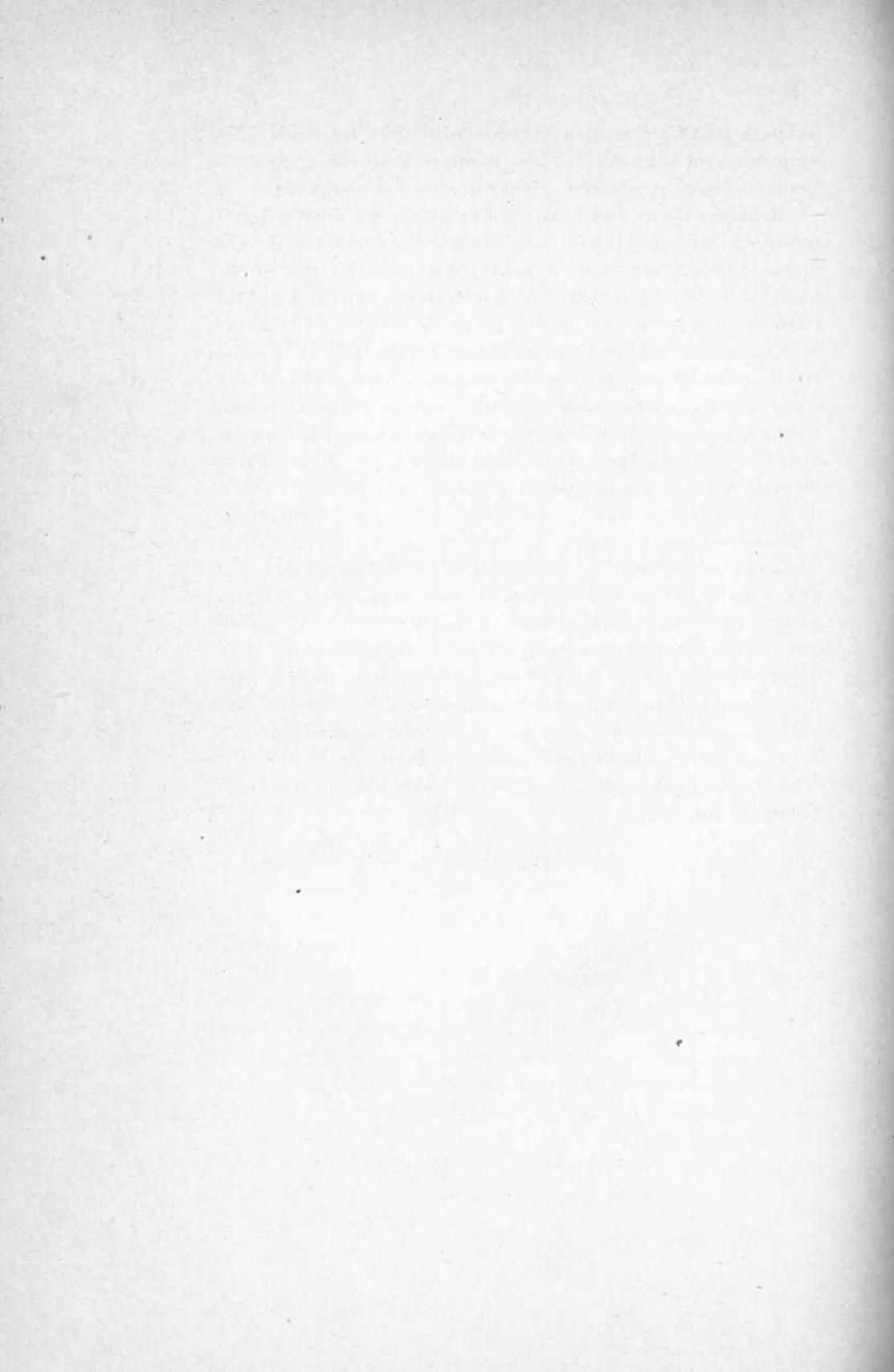
Sin embargo, de este mismo capítulo quiero recordaros finalmente dos palabras, aquellas en que el sentimiento de la muerte de Don Quijote se refleja en el alma de los circunstancias y les lleva á considerar toda la pesadumbre que con la muerte de Alonso Quijano el Bueno debía abatir su espíritu. ¿Recordáis esto? Dice Cervantes: «Andaba la casa alborotada; pero con todo, comía la sobrina, brindaba el ama y se regocijaba Sancho Panza», porque Don Quijote

había dejado á todos ellos por herederos de su hacienda. ¿No os parece que algo de esto nos acontece á nosotros? Así son todos nuestros pesimismo, desilusiones y desengaños.

Nosotros ahora con plañidera retórica, con mayor ó menor elocuencia, hablamos del Centenario del Quijote; dentro de once años volveremos á hablar entristecidos del tercer Centenario de la muerte de Cervantes; pero al fin y al cabo nosotros, herederos de esa gloria de nuestra literatura, aunque hemos visto sucumbir á Don Quijote, *primero en la novela y después en la Historia*, comemos como la sobrina, brindamos como el ama y nos regocijamos como Sancho, y seguramente que en los días próximos, excepto el trabajo de esta casa, intelectual siempre por gloriosa tradición, veréis como las demás fiestas del Centenario habrán de reducirse á comidas, brindis y regocijos de Sanchos. (*Aplausos.*)

Nada más, porque todos recordáis aquel pasaje en el cual dice Don Quijote á Sancho, cuando éste habla de la muerte: «Tente en buenas y no te dejes caer, que en verdad que lo que has dicho de la muerte por tus rústicos términos es lo que pudiera decir un buen predicador.» ¡Ojalá que me fueran aplicables tales conceptos, porque siquiera fuese un sermón láico, quisiera que más que una conferencia os sonaran á sermón estas palabras, no para que las tengáis por edificantes, sino para que no las tengáis por profanas. (*Grandes aplausos.*)

HE DICHO.



El retrato de Don Quijote.

Por Enrique de Mesa.



EL RETRATO DE DON QUIJOTE

SEÑORAS Y SEÑORES:

Hasta la fecha, ningún artista acertara con la expresión del Ingenioso hidalgo. Maestros del pincel y del lápiz estrelláronse ante la figura de Don Quijote. Ateniéndose á las palabras de Cervantes, todos le representaron como hombre de complexión recia, seco de carnes y enjuto de rostro; pero nadie supo infundirle el espíritu caballeresco y noble, que en generoso desvarío sembrara el bien y distribuyera la justicia por las llanuras manchegas.

— Pintáronle unos en el alborear de su gentil locura. En el silencio de la casa aldeana, el buen Quijano dáse á leer los libros de caballerías. Palmerines y Belianises, con sus quiméricas aventuras, tejen la red de ensueño que ha de aprisionar el juicio del hidalgo razonador y prudente. Por la ventana de cuarterones penetra, en raudales de luz deslumbradora, el sol de la Mancha. Con moho de olvido y herrumbre de abandono, en un rincón yacen las viejas armas —el espaldar y el peto, el lanzón, la espada.—Aún Sancho cultiva su pegujal y el rocín manso se emplea en los humildes menesteres de la vida labriega.

Dibujáronle otros en los más peligrosos empeños de sus andanzas locas.

Ante los cabreros, que atónitos le escuchan, Don Quijote rememora aquellos dorados siglos en que no había tuyo ni mío, mientras que Panza embaula tasajo y da tientos al zaque. Un ventero, maleante y pícaro, le administra la pescozada y el espaldarazo; una moza del partido le calza la

espuela, otra le ciñe la espada. Las aspas de un molino—desaforado gigante—le derriban maltrecho. Y al vencedor de caballeros, mozos de mula le dejan sobre el campo molido como cibera.

Don Quijote convierte en teatro de su locura la desolada y triste meseta castellana.

Abre la jaula de los leones, espera á pie firme, y los leones no salen, admirados tal vez de la inconcebible braveza de aquel hidalgo de figura tristísima, de mal semblante y de peores armas; ejerce la justicia y libra del peso de la cadena á los galeotes. Es á ratos legislador admirable; á veces, filósofo profundo; poeta, siempre.

Casto en sus amores, una sola mujer ilumina su espíritu, como estrella que le marca el rumbo en el peligroso mar de sus aventuras; en la pelea duro, no debilita la molicie su cuerpo, ni con el miedo blanda su alma. Loco sublime, que en amparar y proteger á quien creía falto de fuerzas, menesteroso y desvalido, emplea el incansable empuje de su brazo.

Y por respeto á su valor, por miedo de su lanza, acaso por compasión de su triste estado de locura, nadie se atreve á cruzarse en su camino ni á estorbar sus empresas.

Un descalabro, padecido por debilidad de su caballo, que no por flaqueza de su aliento, le recluye en la aldea manchega, en el nativo solar. Sintiendo la nostalgia de las armas brota la tristeza; medita, acaso para alivio de ella, hacerse pastor; con el desfallecimiento la pesadumbre crece y recobra la razón para morir.

Y entonces, cercana la hora de la muerte, cuando el socarrón bachiller intenta en vano reanimar el abatido espíritu del hidalgo cuerdo, trayéndole á la memoria memoranzas de las aventuras del hidalgo loco, el buen Quijano, el vencido Don Quijote, pronuncia sus palabras de más intensa, de más punzante y honda melancolía.

«En los nidos de antaño, no hay pájaros ogaño.» Asqueadas de la razón, que induce á respetar injusticias y engaños, las águilas generosas de su locura remontan el vuelo. Quedan los nidos fríos, silentes, sin tibiezas de plumas, sin rumores de alas. ¿Y, por ventura, donde anidaron locas,

altaneras águilas, pueden anidar el ocio vano, la pereza, la rapacidad, la hipocresía, el egoísmo, humildes pájaros del juicio sosegado y del razonar sereno?

Tales sentimientos—aves que vuelan á ras del terruño—hallarían natural acomodo en cerebros de hidalgos hambrientos, de monarcas devotos, de soldados crueles, de inquisidores y de frailes; nunca en el cerebro de un caballero que, como Cervantes, digo, como Don Quijote, saliera á los campos de la vida para combatir con armas arrumbadas y herrumbrosas, los vicios de su época.

Al llegar á este punto me ocurre que quizá os preguntéis, extrañados, la relación que guardan con el retrato del inmortal manchego estas sus hazañas y aventuras.

Pues oid lo que á este propósito, en un ensayo iconológico del *Caballero de la Triste Figura*, dice el original talento de Unamuno:

«La fuerza de la verdad de Don Quijote está en su alma, en su alma castellana y humana, y la verdad de su figura en que refleje esta tal alma.» Pero ¿hemos de sacar de su alma su semblante ó de su semblante su alma?, preguntará alguien, añadiendo que de los rasgos de su fisonomía y caracteres físicos podremos, mediante su temperamento, vislumbrar algo más de la verdad de su alma. A lo cual contesta el mismo Don Quijote, al describir (en el capítulo primero de la segunda parte) las facciones de Amadís, Rinaldos y Roldán, que «por las hazañas que hicieron y condiciones que tuvieron, se pueden sacar en buena filosofía sus facciones, sus colores y estaturas».

El pintor que quiera, pues, pintar á Don Quijote en buena filosofía quijotesca, ha de sacar de sus hazañas y condición sus facciones, su color y su estatura, sirviéndose de los datos empíricos que Cide Hamete nos proporciona como de comprobante á lo sumo. Para conseguirlo ha de descubrir el pintor su alma, siendo el medio el que, inspirado por aquellas estupendas hazañas y sublime condición, desentierre de su propia alma el alma quijotesca, y si por acaso no la llevara dentro, renuncie desde luego á la empresa guardada para otro, teniendo en cuenta aquello que dijo el mismo Don Quijote:

«Retrátame el que quisiere, pero no me maltrate; que muchas veces suele caerse la paciencia, cuando la cargan de injurias.»

Retratar á Don Quijote sin maltratarle es vestir su alma con cuerpo individual y transparente, es hacer simbolismo pictórico en el grado de mayor concentración y fuerza en su hombre símbolo. Y para hacer esto, hase de buscar el alma del hidalgo manchego en las eternas páginas de Cide Hamete, pero también fuera de ellas. Don Quijote vivió y vive fuera de ellas, y el pintor español digno de retratarlo puede sorprenderle vivo en las profundas honduras de su propio espíritu, si busca en él con amor y lo ahonda y escarba con contemplación persistente.

Cide Hamete no hizo otra cosa que trazar la biografía de un ser vivo y real; y como hay no pocos que viven en el error de que jamás hubo tal Don Quijote, hay que tomar el trabajo que se tomaba él en persuadir á las gentes de que hubo caballeros andantes en el mundo.

Hay mucho de cierto en lo que Unamuno dice. Don Quijote no es una idea abstracta; es un hombre que vive y siente; pero se adentra en nuestros espíritus por prestigios del suyo, y ha de ser el cuerpo á modo de transparente cárcel y diáfana envoltura. En toda empresa, desgraciada ó próspera, en todo lance, de llanto ó de risa, asoma al rostro un gesto del alma, que imprime sello ó deja huella.

Seguir á Don Quijote, paso á paso y con detalles, en los bizarros empeños de su vida loca, sería ocioso y hasta inútil. Y, sin embargo, no puedo sustraerme al deseo de citar un pasaje de soberana belleza.

Es el momento único en que el rostro del hidalgo, aquel rostro de media legua de andadura, seco y amarillo, refleja el desencanto.

Al caer la tarde, Don Quijote y Sancho columbran el lugar donde habita la Dulcinea del nombre músico y peregrino. Bajo el verdor austero de unas encinas, que con sus rotundas copas rompen la monótona aridez del llano, amo y mozo esperan la muerte del día. La noche llega, entrecleara, solemne. El pueblo está en sosegado silencio, los vecinos duermen y reposan, los perros ladran. De cuando en

cuando rebuzna un jumento, gruñen cerdos, mayan gatos. Y durante la noche, caballero y escudero van, vienen, tornan y buscan en vano, entre las viviendas humildes de las Aldonzas que ahechan trigo, el ensoñado alcazar de la Dulcinea que ensarta perlas. Al punto de romper el día topan con un labrador que va á la labranza. Conduce la yunta de sus mulas, que arrastran el arado, y canta un romance añejo.

¡Qué plasticidad; qué fuerza evocadora del amanecer aldeano en las palabras sobrias de Cervantes!

Sorprendidos del sol, tornánse Don Quijote y Sancho á emboscar en la floresta. Industriado por los encantamientos y fantasías de su señor, el buen Panza finge un engaño. Y he aquí que la princesa su ama y dos de sus doncellas, vienen gentiles sobre tres hacaneas, blancas como el ampo de la nieve. Sancho las ha visto. Todas son un ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento.—¿Véislas, señor?—pregunta el villano. Y el caballero, que en toda ocasión tomara por castillos las ventas, por yelmos las bacías y por cendales finísimos toscas arpilleras, contesta:

—Yo no veo, Sancho, sino á tres labradoras sobre tres borricos.

¡Suprema ironía! Don Quijote, aporreado, maltrecho, vencido, por proclamar la sin par hermosura de Dulcinea, la vez primera y única que ante sus ojos pasa, la ve, no gallarda, atildada y pulida doncella, sino rústica moza, cariredonda y chata; no con fragancia suavísima de ámbar y flores, sino con cierto olorcillo villanesco de ajos crudos. Y la ilusión, reducida al mal talle de una labriega zafia por los encantadores, sus enemigos envidiosos, cruza y se pierde al galopar de la borrica en la tolvana del camino. Pero ni en el amanecer de su desvarío, ni al culminar en el meridiano su locura, ni en los linderos de la muerte, acertaron nuestros artistas con la representación de Don Quijote. No pudieron los trazos del pincel ni los rasgos de la pluma encerrar en la cárcel del cuerpo el alma del manchego loco. Acaso porque vive en todas las imaginaciones, no

puede brotar de una sola. Y es que nunca vimos asomar á humanos ojos espíritu tan alto y generoso, y jamás tales sentimientos y anhelos de bien y de justicia vivieran hermanados haciendo latir un corazón de hombre.

¿En qué líneas pueden encerrarse, qué pinceladas darán la expresión al rostro la gallardía al continente?

Yo juzgo estéril y vano cuanto se haga en este sentido. Cervantes llevó á su libro un hidalgo de carne y hueso; pero su figura, como todas las humanas figuras ensalzadas y encumbradas por la consagración de la posteridad, amadas en su vivir centenario por el renovado amor de las generaciones que se suceden, se sutaliza, pierde concreción y contorno, y se esfuma y funde en una atmósfera de idealismo, adonde no alcanzan ni el pincel ni el lápiz.

Sírvennos las escenas pintadas del *Quijote* para conocer otras figuras y otros tipos, producto de la observación de Cervantes en su existencia pobre y azarosa. El ventero, socarrón y ventrudo, la sucia maritornes, el barbero y el cura, los galeotes y los yangüeses, viven en los lienzos, aunque no con la intensidad y justeza que en las palabras de Cervantes. Son almas vulgarísimas, espíritus petrificados ó movidos de groseros estímulos, de ruindad y de baja-za. Y ¿quién no recuerda de unos ojos que trasluzcan villanos egoísmos, de un rostro que encubra deslealtades, de unos brazos que arrojen piedras contra aquel que su libertad les proporcione?

En el curso de la vida tropezaremos con sentimientos é ideas de venteros y maritornes, de galeotes y yangüeses; pero nunca, ni á ojos de cuerdo ni á mirar de loco, veremos asomar el espíritu que, con pago de burlas, de pedradas y de coces, defienda á los menesterosos y ampare á los desvalidos.

Al hablar de las pinturas del *Quijote* surge el nombre de un pintor, acaso el único que habría podido acertar con la representación intensa y precisa de los personajes del libro.

Hubo por aquella época un alma artista, gemela del alma de Cervantes y un pincel hermano de su pluma: el pincel y el alma de D. Diego Velázquez.

Si los azares de la suerte—en la ironía perdurable—que hicieron de Cervantes un alcabalero y un soldado, un caminante de todos los caminos, pasajero en ventas y habitador de cárceles, no hubieran recluído á Velázquez entre los muros de un palacio, á buen seguro que los tipos que en las páginas del manco glorioso viven con acción y verbo, vivirían en los lienzos con color y línea.

Mirad el hombre que vende agua y la vieja que frie huevos, los cuadros pintados en su vida libre y pobre de Sevilla, en contacto con hidalgos y rufianes, en roce con gente maleante y pícara; ved, en *Los Borrachos* mismos, ese grupo de hampones beodos de rostros pardos, de capas pardas, con el color que en las tierras, en las casas y en los hombres imprime este sol bendito de Castilla, y decidme si el pincel que tales figuras trazara no habría podido trasladar al lienzo el patio entero de Monipodio.

Pero la protección de un Monarca, de espíritu tan generoso y amplio que le incluyera en la nómina de sus barberos, sometió el genio vigoroso y la visión realista del pintor sevillano á servidumbre palatina. Su pincel empleóse en copiar inexpresivos rostros de príncipes decadentes, degeneraciones y deformidades de bufones y enanos.

Velázquez vió á los hombres como Cervantes, definidos, concretos, en la atmósfera que á todos nos rodea, sobre la tierra que pisamos y bajo el sol que nos curte.

Rodando por la vida, hubiera encontrado iguales modelos, dignos de los cálidos colores de su paleta.

Este ventero que le sirve es el mismo sócarrón ventero, no menos ladrón que caco, que lleva la boca abierta por hurtar el aire, como el D. Gregorio de Guadaña de la novela picaresca, y que á Don Quijote le iniciara en la alta orden de caballerías; estas distraídas mozas, que con arrieros conciertan sus gustos, son de la condición misma que la Molinera y la Tolosa, piadosas mujeres que al manchego sirvieron como jamás fuera servido caballero andante; aquella farándula que á la sombra de una encina del largo viandar descansa, durante el calor de la siesta, es la misma farándula de Angulo el Malo, que en la octava del Corpus representaba el auto de *Las Cortes de la Muerte* y recorría

los lugares recitando loas y pasos de Lope de Rueda ó de Torres Naharro. Los hombres que entre hierros, ensartados como cuentas, arrastran por el polvo de los caminos sus lacerías y lacras, son galeotes prontos á pagar beneficios con pedradas; el villano simple, de decir refránero, que va sobre su rucio como un patriarca, con sus alforjas y su bota, es un Sancho dispuesto á enfrenar idealismos. Y acaso en el fondo de algún caserón vetusto, en Esquivias, en Argamasilla, en La Solana, sosteniendo la vanidad ociosa con yantar de duelos y quebrantos, ó por los rastrojales de la Mancha siguiendo un vuelo de perdices, topara el artista con algún hidalgo cincuentón, seco de carnes y enjuto de rostro, gran madrugador y amigo de la caza.

Velázquez pudo retratar al buen Quijano; el espíritu de Don Quijote quizás sólo algo lo evocan esos cetrinos caballeros del Greco, cuyos ojos traslucen el alma atormentada de la época.

La figura del ingenioso hidalgo es incopiable desde que su sinrazón le hace salir por vez primera al llano de Montiel.

Antes del día, por la puerta falsa del corral, Don Quijote sale al campo. Abandona el vagar y el reposo de su vida de hidalguelo pobre por la dureza de su profesión de andante caballero. Su mirada, lejana y recta, de hijo de llanura, se pierde como un surco de la tierra en los horizontes azules. Allá, en la planicie de la Mancha, hay gente que llora desventuras, viudas y huérfanos que reclaman el vigoroso empuje de su brazo. Don Quijote se afirma en los estribos, empuña la lanza, y el rocín manso trota como corcel de guerra.

En aquel instante ¡cómo brillarían los ojos del hidalgo!

Jamás artista alguno acertará á dar al rostro seco y al cuerpo flaco la expresión de aquella su gentil locura.

HE DICHO.

DON QUIJOTE Y LA LOCURA

Por el Pfr. Dr. Ricardo Royo Villanova.



DON QUIJOTE Y LA LOCURA

SEÑORAS, SEÑORES:

He vivido demasiado tiempo en esta casa, he pasado muchos días en su biblioteca, he aprendido muchas cosas de los ilustres tertulios de la cacharrería, y, sobre todo, he tenido demasiadas noches la fortuna de oír embelesado las admirables lecciones que desde este mismo sitio pronunciaron nuestros grandes hombres, para que no me sobrecoja la idea de levantar la voz en esta cátedra, donde hasta la respiración acallaba para no turbar ni con el ritmo de la vida el silencio que demandaba mi atención; donde jamás abrí la boca sino como expresión admirativa hacia los maestros de la ciencia, de la literatura y del arte, ó como medio de escuchar mejor sus discursos, ó como significación de querer comulgar en sus ideas. Pero es, por lo mismo, demasiado honor para mí, este que se me hace poniendo mi nombre en la lista de oro de nuestros conspicuos, para que yo me limite solamente á agradecerlo. Estoy obligado á demostraros la magnitud de vuestra distinción, exhibiendo la insignificancia de mis méritos, y sólo así, mostrando mi pequeñez, comprenderéis el isocronismo con que aparecen en mi conciencia dos estados efectivos tan contrarios como el miedo de hablar y el deseo de hablar, producto, seguramente, de la mediocridad de mi cultura, la cual, no siendo tanta que me preste la firmeza de la ilustración, no es tampoco tan nula que me infunda el atrevimiento de la ignorancia.

El tema que los organizadores de este curso de conferencias han designado para la mía, y cuyo enunciado es «Don

Quijote y la locura», divídolo yo en tres partes: una, la locura de Don Quijote; otra, la locura en Don Quijote; otra, la locura por Don Quijote.

La locura de Don Quijote.

Es incuestionable. El mismo Cervantes lo afirma y, sin embargo, muchos cervantistas que con apariencias de cervantófilos resultan cervantófobos, la niegan lisa y llanamente. Yo mismo, á raíz de la publicación de un modesto folletito, al cual tendré que referirme más de una vez en la primera parte de esta conferencia, y que compuse con la historia clínica de D. Alonso Quijano, recibí hasta cuatro cartas, poniéndome de oro y azul, por haber osado llamar loco al protagonista del libro inmortal y, sin embargo, loco era y loco tenía que ser para los fines críticos y didácticos con que su autor lo compuso; loco resulta, no sólo de las afirmaciones de Cervantes, de los juicios de todos cuantos le vieron y escucharon, y de la opinión del médico que le asistió en su enfermedad, sino del estudio de sus hechos y de sus dichos, tan conformes con sus pensamientos, que ni una sola vez se arrepintió de los primeros ni se rectificó de los segundos, á pesar de haberle proporcionado, unos y otros, más que sendos disgustos y descabros ya que, si á contar vamos, siempre resultaron, por lo menos, el doble de sus palabras, sus sinsabores, y el triple de sus acciones, sus deterioros.

Loco fué Don Quijote. Estudiad conmigo sus percepciones y sus ideas, su lenguaje y sus actos y os conveceréis. La Percepción es la sensación interpretada, como la sensación es la conciencia de la impresión. Todo lo referente á la sensibilidad, se hacía bien en el organismo de Don Quijote menos este último acto, el más complejo de la psicología sensitiva, que consiste en la interpretación de las sensaciones y que se conoce con el nombre de percepción.

Don Quijote no vió en el vacío ni oyó en el silencio; no percibió algo donde no había nada, en cambio interpretaba mal lo que veía y lo que oía y lo que tocaba. Es decir, que

entendiendo por *ilusión* toda percepción falsa de un objeto real, y por *alucinación* toda percepción sin objeto tangible que la provoque, las percepciones de Alonso Quijano estuvieron perturbadas en el sentido de la ilusión, pero no de la alucinación. Don Quijote tuvo muchas ilusiones, ¡quién no las tiene en la vida!, pero ninguna alucinación, porque aun cuando Pí y Molist en su precioso libro *Primores del Don Quijote*, afirma que el Ingenioso hidalgo tuvo algunas alucinaciones tales como las de las batallas con los gigantes, que refiere la sobrina, y la del torneo en que le hallaron los escrutadores de su librería, yo pienso que ni siquiera estas fueron alucinaciones, sino verdaderas ilusiones como las demás de su vida, porque aparte de que es liviana razón la que se desprende de las narraciones de una mujer que como la sobrina de Don Quijote pudo exagerar al describir las batallas con que en ocasiones ponía punto á las lecturas su desventurado tío, bien podían los estantes de la biblioteca, los muebles del cuarto, las estampas y cuadros de las paredes y aun las cortinas de las puertas, impresionarle la imaginación como si fueran gigantes, de la misma manera que tomaba por *sangre* de las heridas que había recibido en la batalla, el *sudor* que sudaba del cansancio y de igual suerte que el *agua fresca* que le refrigeraba en la refriega la reputaba preciosísimo *bálsamo* del sabio Esquife.

Lo mismo puede decirse del torneo de voces, desatinos, cuchilladas y reveses que por lo demás, tuvo de pesadilla, doble que de delirio, según la hora, ocasión, apostura é indumentaria que se aprecian en el hecho.

Don Quijote no hizo en estas, como en las demás ocasiones, más que interpretar con arreglo á sus ideas delirantes las cosas y objetos, sucesos y personas que con realidad tangible se presentaban ante sus sentidos.

Así tomó las ventas por castillos; y le parecieron doncellas las mozas del partido; enano fabuloso, el vulgar porquero; alcaide, el posador; marqués de Mantua, el labrador Sancho; gigantes, los molinos de viento; gente endiablada y descomunal, los frailes; piedras orientales, las cuentas de vidrio; los cabellos que en alguna manera tiraban á crines, hebras de lucidísimo oro de Arabia; suave y aromático, el

olor de ensalada, fiambre y trasnochada; finísimo cendal, la tela de arpillera; moro, el arriero; ejércitos, las manadas de ovejas; anclas, la litera; demonios, los batanes; yelmo de Mambrino, la bacía de barbero; señora principal, una vulgar hembra del Toboso; gigantes, las cubas de vino tinto; princesa Micomicona, el cura; follones y malandrines, los disciplinantes, y mil cosas más que si á mentarlas fuéramos habríamos de repetir por puntos, todas y cada una de las famosas aventuras.

Estas ilusiones fueron principalmente de la vista, es decir, que veía una cosa y se le figuraba otra, pero las tuvo de toda clase: así entre las ilusiones de oído podemos citar los ruidos del batán y el cuerno del porquero; entre las del olfato, el perfumado aliento de Maritornes; entre las del gusto, el bálsamo del sabio Esquife; entre las del tacto, la camisa de cendal finísimo y las hebras de oro de Arabia; entre las cenestésicas, la de figurarse que él no era Alonso, sino Don Quijote y las del encantamiento; entre las motrices, las del caballo Clavileño, y como modelo de asociación alucinatoria, todos los acontecimientos de la cueva de Montesinos.

LAS IDEAS de Alonso Quijano, en orden á las relaciones de su personalidad con el mundo exterior, estaban perturbadas al extremo de creer que infinitas gentes necesitaban de sus auxilios y que él se lo prestaría por completo, á pesar de todos los pesares. De esta idea principal surgió un verdadero sistema de cerebración consciente y voluntario, que constituye el delirio de *Don Quijote de la Mancha*.

Estas ideas delirantes no eran paroxísticas ni iban acompañadas de ansiedad ni precedidas en su ejecución de lucha alguna por parte de su voluntad, ni eran ignoradas del yo consciente; al contrario, la idea de Don Quijote, perfectamente conocida por nuestro loco, no era considerada por él, como extraña, forastera ó intrusa, que á pesar suyo salteaba su conciencia y allanaba su morada ideal, sino la más propia para su discernimiento, la más idónea á su modo de pensar y la expresión más pura de su propia naturaleza intelectual y moral; por eso en vez de luchar para rechazarla

arrojándola de sus entendederas como huesped molesto y dañino, la recibió en su cerebro con toda clase de atenciones, cuidados y cortesías, y así le dió calor y vida y luchó por ella, defendiéndola y no atacándola, tratándola, en fin, como hija de su inteligencia y enamorada de su corazón, y al contender con follones y malandrines, defendiendo virtudes postizas y verdades falsas, obligando á todo el mundo á confesar lo que él quería que se confesase en punto á hermosura, honor, bondad, estirpe y nobleza, era su idea lo que defendía, era por su idea por lo que luchaba, y aunque parecía que Dulcinea era su delirio, su delirio era su Dulcinea.

Las ideas delirantes de Don Quijote no eran, pues, de persistencia indefinida, inmutables y *fijas*, *inconscientes* como la de los histéricos, no eran tampoco *obcecantes* como la de ciertos melancólicos, sino ideas de las que Wernizke llamó *prevalentes*.

El delirio de Don Quijote no era un delirio por simbolismo verbal ni de percepción inmediata, era un delirio común, corriente, de los llamados de inferencia ó de interpretación, que partiendo de las falsas premisas de la existencia real de los caballeros andantes y de la posibilidad y necesidad de su aparición actual, pasó por todas las fases del proceso lógico del pensamiento y con absoluta conciencia y natural evolución psicológica del razonamiento, dió origen á las ideas delirantes y á los juicios incorrectos de donde se desprendieron las conclusiones, erróneas é ilógicas hasta el extremo, si se las considera desligadas de las premisas, pero lógicas, hasta el colmo, si se las toma como término de una serie de procesos psicológicos cuyo origen radica en un cerebro batido durante muchos meses por la lectura de los libros famosos.

Las ideas de este delirio eran de grandeza principalmente, pero en perfecta trabazón con ideas de persecución (encantadores), de defensa, de erotismo casto. (Esquirol cita á Don Quijote como modelo, cuando habla de la erotomanía.)

EL LENGUAJE de nuestro héroe, íntimamente ligado

á sus ideas, como éstas á sus percepciones, estaba trastornado en su *mímica*, en su *palabra* y en su *escritura*.

En Don Quijote, lo mismo los gestos expresivos de su sentir que las actitudes delatorias de su pensar, ó lo que es igual, la *mímica* de la emoción á la par que la de la inteligencia, fueron enérgicas, rápidas, duraderas, y en su conjunto indicaban satisfacción, confianza, optimismo, pero todo ello expansivo; es decir, que Don Quijote fué un *hipermímico* y un *hipersémico*.

Por eso se dirigió á las *dos mozas del partido*, alzándose la visera de papelón y descubriendo su seco y polvoroso rostro con gentil telante y voz reposada; por eso embrazando su adarga asió su lanza y con gentil continente se comenzó á pasear delante de la pila velando sus armas.

El alzar los ojos al cielo mientras descargaba tremendo golpe en la cabeza del arriero; el contento, la gallardía y el alborozo que le reventaban por las cinchas del caballo cuando salió de la venta armado caballero; el ademán arrogante con que dijo á los mercaderes, *todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa*, etc.; el gentil brío y continente con que en la aventura del muerto exclamó: *deteneos caballeros quien quiera que seáis*; hasta el modo como fué al socorro de las narices apretándolas entre los dos dedos cuando Sancho vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él, tenían algo de elegante y mayestático, y como colmo y fin de esta *mímica* expresiva y exagerada, bastará citar las zapatetas en el aire y las tumbas que diera en Sierra Morena con la cabeza abajo y los pies en alto, descubriendo cosas que obligaron á Sancho á volver á Rocinante por no verlas otra vez.

En la palabra de Don Quijote, no había el menor trastorno en cuanto se refiere á su exteriorización ó articulación de las voces; su pronunciación era clara, limpia, correcta. Todo pudo ser Don Quijote menos *dislólico*.

Lo mismo debe decirse de la adecuación de las palabras á las ideas, de aquel escogitar rápido, preciso, como automático de los nombres, vocablos y frases ajustadas al pensamiento que se quiere expresar; ninguna de las múltiples *disfasias* que se estudian por los autores, puede aplicarse á

Don Quijote. Pero en cambio, los trastornos del lenguaje, derivados de la anormalidad del funcionamiento de la inteligencia, eran evidentes.

Don Quijote tenía una *dislogia* incuestionable, patentizada en la dicción expresiva, en la forma gramatical, en el estilo del discurso, en la formación de las ideas y en el contenido de los pensamientos.

Por lo que se refiere á la dicción expresiva, el tono, la intensidad y el timbre con que Don Quijote expresaba sus ideas, variaban según las circunstancias, y todo lo campanudo, reposado, altisonante y vibrador de su discurso antes de entrar en aventuras, se convertía en apocado, suave, lacrimoso y tenue después del descalabro subsiguiente, expresándose con *debilitado aliento*.

Fuera de aventuras, lo mismo en sus primorosas disertaciones sobre la Edad de oro y sobre las Letras y las Armas, que en los diálogos y conversaciones, el lenguaje de Don Quijote es enfático, declamatorio y teatral, hablando siempre en orador y llegando á la rima y al monólogo.

Ejemplo de rimas encontramos cuando repite versos de romances caballerescos y componiendo él mismo diferentes metros.

De lo primero bastará recordar lo que dijo á Sancho Panza cuando se lo encontró después de su primera aventura con los mercaderes:

¡Oh noble marqués de Mantua,
Mi tío y señor carnal.

De lo segundo, no hay sino colegir cuántos serían los que saldrían de su boca en Sierra Morena antes de escribir la famosa letrilla de estribillo dulzón:

Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea.

Modelo de monólogos es el que endilgó caminando por el antiguo y conocido campo de Montiel: «Apenas había el rubicundo Apolo tendido por la faz de la ancha, etc.»

Por lo que atañe á la forma gramatical, la sintaxis de Don Quijote era irreprochable; como que hablaba con la

de Cervantes, pero en muchas ocasiones, recordando la manera especial de componer las frases del famoso Feliciano de Silva, con aquello de la *razón de la sin razón que á mi razón se hace*, etc., exclamaba, refiriéndose á Dulcinea: «Mucho agrabio me habedes fecho en despedirme y reprocharme con el riguroso afinamiento de mandarme no parecer ante la vuestra fermosura...» y otras cosas por el estilo.

Tocante á éste y por las mismas razones que hemos indicado en la sintaxis, fué en alguna ocasión pretencioso, pintoresco y, aunque, casi siempre, elegantísimo, elegido y rico por todo extremo, á ratos y por contagio de Sancho Panza, aparecía repleto de sentencias, proverbios y hasta refranes con vocablos de doble sentido. Díganlo si no los consejos á Sancho cuando va á posesionarse del Gobierno de la Insula Barataria, y el célebre *peor es meneallo*.

En lo concerniente á la formación de las ideas, ¿qué otra cosa decir, sino que por el hilo de aquella elocuencia exaltada puede sacarse el ovillo de una inteligencia, aunque perturbada, vigorosa, y de un ingenio, que más bien se sublimó que se desmereció con el delirio, con lo cual no fué simplemente Don Quijote, sino el Ingenioso hidalgo Don Quijote?

Y en cuanto al contenido de los pensamientos, claro se ve que era un conglomerado de las ideas corrientes, bien en los libros de caballería, cuya lectura nefasta determinó su delirio, bien en la literatura y aun en la realidad de su siglo (el xvi).

Cuando lo primero, ideas de grandeza en poder, influencia, valentía, moralidad y amor (caballería andante).

Cuando lo segundo y sólo por breve rato, pensamientos de sensiblería, amartelamiento, poesía y amor también, aunque menos puro y más empalagoso (idilios pastoriles).

Por lo que respecta al lenguaje escrito, nadie ha podido ver el original de ninguna de las cartas y poesías que escribió Don Quijote y por consiguiente no puede decirse nada respecto de la forma de su letra, de la inclinación de sus renglones, de la colocación de los signos ortográficos y de otra porción de detalles *grafológicos* que sin duda alguna

tienen importancia de primer orden para el conocimiento del psiquismo de una determinada persona.

El lenguaje escrito, puede afirmarse que se hacía, como el lenguaje hablado, normalmente, y por consiguiente, que no había ninguna clase de *disgrafía*.

Pero lo mismo que con la palabra hablada, con la palabra escrita, si no pueden notarse defectos en la articulación ni en los trazos, ni perturbaciones en la representación verbal óptica ó auditiva, en cambio, en lo concerniente á la ideación del lenguaje percibiremos en el escrito los mismos trastornos que en el hablado.

Desde luego hay que notar un hecho que por ser raro en la clase de locos de que formaba parte Don Quijote, dice mucho en honor de nuestro enfermo, y es que el caballero de la triste figura escribió muy poco y en cambio leyó muchísimo. Suele ser lo contrario lo que ocurre. Muchos escriben de todo sin haber leído de nada. Bastantes tienen una temporada de leer y otra á seguida de escribir. Algunos solo leen aquello que han escrito. Pero Don Quijote, que leía mucho, escribió muy poco. Solamente dos cartas y algunas poesías, de las cuales únicamente se encontró escrita la famosa letrilla mencionada en otro lugar.

Versos y epístolas, precisamente lo más común en los escritos de los locos.

En las dos cartas y en la letrilla se notan las mismas particularidades que en los discursos y romances, entonados por Don Quijote, en cuanto al contenido del pensamiento y á la formación de la idea revelándose principalmente la tenacidad de aquélla y la perseverancia del concepto delirante.

En la primera de las dos cartas, que es la que dirigió á la soberana y alta señora Dulcinea del Toboso, le expresa la siguiente frase, enrevesada y caballeresca, *si tu valor no es en mi pro, si tus desdenes son en mi afincamiento, magüer que yo sea sufrido, cual podré sostenerme en este cuita*, etc., y cierra la carta con esta frase hermosa entonces y que ahora se ha hecho cursi por su repetición: *Tuyo hasta la muerte*.

En la segunda, que es la que dirigió á Sancho Panza desde casa de los duques, cuando aquel era gobernador de

la célebre ínsula, se ratifica en sus consejos con todo el donaire, cordura y buen sentido que mostró al dar aquellos, pero á vueltas de tantas discretas razones al hablarle del gateamiento, le asegura que *no fué nada; que si hay encantadores que me maltraten también los hay que me defiendan.*

La letrilla es de lo más ripioso y malo que se ha escrito, pues, por el pie forzado de las quintillas, busca para consonantes con Don Quijote las palabras más extrañas y menos poéticas que pueden concebirse y los conceptos más equivocados.

Realmente sorprende el contraste de su prosa admirable con aquel su versificar endiablado en donde el aditamento del *Toboso* que pone despues de:

Aquí lloró Don Quijote
Ausencias de Dulcinea

no causó poca risa en los que hallaron los versos, porque imaginaron que debió imaginar el poeta que si en nombrando á Dulcinea, no decía también el Toboso, no podría entenderse la copla, como así fué la verdad, según confesó despues el propio Don Quijote.

Estudiemos, por último, sus ACTOS MORBOSOS.

En la conducta de Don Quijote se notan los dos rasgos principales de la de los alienados estudiados por Morselli, á saber: la falta de adaptación del individuo á las condiciones del medio en que vive y la disconformidad entre su conducta actual y su conducta anterior.

Don Quijote de la Mancha dejó de vivir como Alonso Quijano, para adoptar el género de vida de los tiempos fabulosos de Palmerín de Inglaterra; descuidó su hacienda por cuidar de la de los demás; de madrugador se tornó en trasnochador; de amigo de la caza se cambió en desfacedor de entuertos, y así como antes su casa y su familia constituían su felicidad, luego vendió los campos para comprar libros, se fué de su hogar y hasta de su pueblo, y abandonó la sobrina, que era su familia toda.

Don Quijote pasaba de la idea á la acción con facilidad extraordinaria y demasiada rapidez. Esta hiper-actividad,

psico-motriz, no fué tan acentuada que llegase á lo que se llama *locura de acción*, ni se nota en Don Quijote aquel deseo, verdadero prurito, necesidad imperiosa de movimiento, como el de la actividad infatigable de ciertos maniacos, ni mucho menos le arrastraba á la incoherencia y al desorden propio de los inconscientes. Por el contrario, Don Quijote no perdió jamás la conciencia de sus actos, y precisamente por comprenderlos intensamente en su delirio, los ejecutaba siempre con deliberado propósito y á toda voluntad. El sentimiento de su superioridad intelectual, moral y física, le daba una confianza sin límites en sus propias fuerzas y bañaba su espíritu en un ambiente de optimismo penetrante.

Don Quijote hacía lo que hacía, porque así le venía en deseo, porque le daba la gana, porque quería en suma; era un hiperbólico como los que estudia Eminghaus, y en muchas ocasiones demostró que querer es poder.

Los actos de Don Quijote, como manifestaciones exteriores de su carácter dulce, generoso y resignado, sin dejar por esto de ser optimista y expansivo, tenían el sello de su procedencia, y de tal arraigo eran aquellas cualidades y de tan añeja solera, que á pesar de los pesares de la locura, no consiguió éste hacerle en su conducta ni egoista, ni indiferente, ni perverso, ni violento, ni vanidoso recalcitrante, como son la mayoría de los orates.

Por esta integridad de su carácter tan fuerte y tan entero, que dió sello á su vesania, en vez de ser él modificado por la locura, fué la locura modificada por él. Don Quijote no realizó jamás un *acto impulsivo*.

Ni las emociones más intensas, como en la aventura de los leones, ni el despertar vigoroso de la vida instintiva, ya en lo que se refiere al individuo (todas las aventuras sin excepción, pues en casi todas peligró su vida), ya en lo que se refiere á la especie (castidad del amor hacia Dulcinea y honestidad á prueba de mozas del partido, pastora Marcela, hermosa Dorotea, desvergonzada Maritornes y mal ferida Altisidora); ni las cuantiosas ilusiones ó alucinaciones sensoriales de que está repleta la historia de sus famosas aventuras; ni el vigor y lozanía de sus ideas delirantes, fijas y obcecadoras hasta el extremo, fueron parte con su oleaje

impetuoso á desgastar en mucho ni en poco la roca firme de su carácter, antes bien, con el contacto se impregnaron aquellas ideas de sus cualidades.

Los actos de Don Quijote estaban íntimamente ligados á la percepción trastornada y á la ideación morbosa.

La *falsa interpretación* que de las cosas, personas y sucesos hacía Don Quijote y el delirio de grandezas en su derivación de la caballería andante; alguna vez la *memoria* trayéndole al pensamiento los personajes y aventuras de sus malhadados libros y otras el *sentimiento* exaltando su dignidad personal como en los acaecimientos de las manadas de carneros y ovejas, que él tomara por los ejércitos de Alifanfaron y Trapobana, en el caso del cuadrillero, influyeron juntamente con la percepción y la ideación, de el modo de hacer del ingenioso hidalgo, pero jamás la sensibilidad ni la voluntad fueron parte en la determinación de los famosísimos actos de Don Quijote.

En comprobación de estos asertos están todas las aventuras de nuestro héroe, desde la primera á la última; lo mismo cuando hizo desatar al mísero Andrés, que cuando fué vencido por el caballero de la Blanca Luna y desde el punto y hora de aquel caluroso Julio en que armado de todas sus armas subió sobre su rocinante, hasta pocas horas antes de dictar su testamento.

La locura en Don Quijote.

Es tratada la locura en el libro inmortal con tal maestría, que bien puede asegurarse de su autor que, no sólo conocía al dedillo el estado de la psiquiatría en aquella época, sino que rectificó muchos errores que entonces se tenían como verdades inconcusas por los alienistas del siglo XVI y principios del XVII, y hasta se adelantó, como verdadero vidente científico, á nuestros progresos actuales.

Pudo Cervantes tomar datos y aun copiar escenas para la composición de su libro en las sátiras de Horacio, en el libro del conde de Guimerain, citado por Adolfo de Castro y escrito por aquél con el título de *Cartapacio*, precisamente

en mi pueblo de Zaragoza el año 1613, en el libro de las ilustres mujeres de Juan Bocaccio y en el *entremés* de los romances, si es que este mismo entremés no es debido á la pluma del propio Cervantes. En efecto, en aquel diálogo de Horacio con los estoicos Damasipo y Estertinio en que, después de discurrir acerca de lo que sea loquear, se llama orate á todo el mundo, pudo Cervantes encontrar un antecedente clásico del refrán conocido *los niños y los locos dicen las verdades*, y puesto en la necesidad de decirlas, tomó para ello un loco, que puede exponer muchas, mejor que un niño, que puede expresar muy pocas, sobre que el niño sólo hace decirlas y el loco, aunque parezca paradógica la frase, sabe, á más de decirlas, razonarlas; tal vez en el pasaje de aquella misma sátira, tercera del libro II, en que Ajax degolló un rebaño de carneros tomándolos por Agamenón, Ulises y Menelao, pudo inspirarse Cervantes para la descripción de la aventura de los ejércitos de Alifanfaron y Trapobana, los cuales no eran otra cosa que manadas de ovejas y carneros; quizás en la epístola de Horacio á Julio Floro, en donde se ocupa del noble de Argos, que se imaginaba ver representar comedias maravillosas en un teatro, esté el germen de la aventura del retablo de Maese Pedro; puede ser que el *Cartapacio* del conde de Guimerain, donde se cuenta el sucedido del estudiante de Salamanca, el cual, á mitad de una lectura en un libro de caballerías, tomó un montante y empezó á esgrimirlo para defender al malhadado caballero, sea el origen de la celebrada aventura de los pellejos de vino; sin duda alguna se inspiró en Bocaccio para la descripción maravillosa de la Edad de oro; muy parecidos á Don Quijote y á Sancho Panza son el Bartolo y el Bandurrio del entremés de los romances; pero ¿quién asegurará que fueran todos estos pasajes elementos literarios para la composición de la más grande de nuestras novelas?

De todas suertes, el solo hecho de buscar orientaciones para la concepción de aquella vesania en la literatura mejor que en la medicina de su época, hace honor á Cervantes, pues lo mismo en lo clásico de Hipócrates, Galeno, Areteo de Capadocia, Sorano, Pablo de Egina ó Jacobo Silvio que en lo publicado en España sobre cosas mentales en todo el

siglo xvi por Bernardino Montaña de Montserrat (*Sueño del Marqués de Mondéjar*), Llovera de Avila (*Colección de cartas muy preciosas en respuestas á diversas preguntas*), Oliva del Sabuco (*Nueva filosofía de la naturaleza del hombre*), Gómez Pereira (*Novæ veræ que medicinæ experimentis, etc.*), y Veldes de la Plata (*Crónica historia general del hombre*), hay tales enormidades y sandeces, que á seguir á los médicos en vez de á los poetas, no hubiera sido posible sacar otro loco que un melancólico corto de genio, parco de palabras y quieto de actos, todo lo contrario de Don Quijote, cuyo genio largo, palabra abundante y acción múltiple, contrasta con lo que por aquel entonces se sabía de achaques del cerebro.

Yo creo, sin embargo, que Cervantes no se sirvió para describir su loco, ni de la psiquiatría embrionaria de la ciencia, ni de los delirios imaginativos de los poetas, sino que, precursor de lo que luego se ha llamado realismo y naturalismo en la literatura, acudió al estudio del documento vivo, y siguiendo entonces los procedimientos de Balzac ó de Zola, ó de Galdós ahora, acudió, no á los libros, no á una casa de locos que por entonces más parecían presidios, y donde la observación no podía hacerse en la espontaneidad de la conducta del orate, sino á su propio pueblo, frente á su misma casa, y viendo hacer y oyendo hablar á un loco suelto, soltó al suyo de su caletre, de donde salió Don Quijote á imagen y semejanza de D. Rodrigo Pacheco, hidalgo de Argamasilla de Alva, de quien habla Hartzembusch.

Ahora bien; ni sería sólo Cervantes el que contemplase al loco Pacheco, ni sería D. Rodrigo el único loco de aquella catadura que hubiese en el mundo. Y, siendo esto así, ¿cómo se comprende que ni el médico de Argamasilla ni los demás doctores del mundo describieran parecidamente, como lo hizo Cervantes, aquel caso de locura?

Una de dos, ó fué todo obra de aquella imaginación privilegiada, cosa que me parece imposible dada la realidad actual de locos de aquella clase y la falta de razón para que ahora los haya y entonces no los hubiera, ó Cervantes tenía condiciones de observador muy superiores á todos los médi-

cos de su época, y aun á todos los de muchas épocas posteriores, porque la locura que describe en Don Quijote, con justeza por nadie igualada, es una *paranoia crónica de tipo expansivo, forma megalómana y variedad filantrópica*, como demuestro en mi folleto citado (1).

Todos sabéis que como dice Arnaud (2) las paranoias son «Estados psicopáticos funcionales caracterizados por ideas delirantes permanentes, fijas, metódicamente ligadas entre sí, que se desarrollan en un sentido determinado, y siguiendo una evolución lógica». Así sucedía en Don Quijote, el cual discurría admirablemente en toda otra cosa que no fuese el motivo de su delirio, y dentro de éste también discurría con la lógica morbosa que se funda en los prejuicios. Hablarle á Don Quijote de literatura, de ejército, de política y de administración, de historia ó de geografía, y os admiraréis de su cordura. Pero tocarle el punto flaco de la caballería andante y como si dieseis jaboncillo á su discurso, resbala con suavidad y rapidez incontrastables por el plano inclinado de sus nefastos libros.»

«Estos estados—continúa el tratadista citado,—independientes de toda lesión orgánica apreciable hasta el presente, parecen igualmente independientes de todo origen emocional.» Así también en Alonso Quijano, nada revelaba en su sintomatología que hubiese esclerosis, hemorragias, embolias, degeneraciones, neoplasias ó reblandecimientos en aquel cerebro privilegiado, en la cordura como en la insania. Claro es que falta una autopsia en aquel cadáver para dirimir con verdadero conocimiento de causa la contienda que algunos comentadores con pujos de mentalistas han establecido con sus opiniones en pro ó en contra de posibles lesiones, pero convengamos en que á la ciencia de hace cuatro siglos le hubiese sido imposible descubrir las lesiones, las cuales en todo caso habrían de ser de tal índole, que sólo la técnica histológica podría descubrirlas, y confesemos que á la luz de la ciencia actual la simple narración de los hechos

(1) La locura de Don Quijote. Discurso inaugural del curso de la Academia Médico-quirúrgica aragonesa y dedicado á la Exema. Sra. Duquesa de Villahermosa. Zaragoza, 1904.

(2) Traite de Pathologie mentale, de Gilbert Ballet, pág. 488.—París, 1903.

basta y aun sobra para descartar todas las cerebropatías de lesión conocida, estando la locura de Don Quijote más lejos de la parálisis general progresiva que el cielo de la tierra y, todavía más, que nuestro pobre y deslabazado estilo de la admirable prosa de Cervantes.

Del mismo modo, ninguna clase de emoción, ni orden alguno de sentimientos, ni nada de lo que pueda referirse á la vida efectiva, influyó, poco ni mucho, en el mentalismo de nuestro héroe.

«Están las paranoias—dice el autor citado,—en relación evidente con trastornos profundos y todavía muy oscuros de la cenestesia, pero se manifiestan primitivamente por una desviación de las funciones intelectuales, la cual, sin embargo, no lleva aparejada una debilitación de la inteligencia.» Precisamente es esto lo que acontece en el Ingenioso hidalgo. Tan profundo es el trastorno del conocimiento íntimo de su personalidad, que no sólo aparece fuera de su lugar, vestido de otro modo y ocupado en otros menesteres, sino que hasta de nombre cambia, y si alguno le llamase, después de aquel memorable día de Julio en que salió por Montiel, D. Alonso Quijano el Bueno, de seguro no habría de responderle, y de hacerlo, sería para protestar de la equivocación del osado malandrín y follón que en esta forma quería rebajar los grandes méritos del más grande de los caballeros andantes, pues eso y no otra cosa era él y por tal le reconocía todo el mundo, ya que á los cuatro vientos habían pregonado sus hazañas el nombre de Don Quijote de la Mancha.

Ideas delirantes es lo único que se encuentra en la psicopatía de Alonso Quijano, y bien claramente se percibe que esta desviación de las funciones intelectuales, no es ciertamente de aminoración ni mucho menos. Al contrario, más que debilidad en el discurrir, se nota mayor pujanza y brío, como lo atestiguan Sancho Panza, el cura y el barbero una porción de veces en el decurso de la historia y como lo certifica en todo momento la primorosa manera de decir y el ingenioso modo de idear de Don Quijote.

«El delirio se presenta como un sistema limitado á una serie de ideas particulares—prosigue el mismo autor,—por

esto el *delirio parcial* se opone al *delirio generalizado*.»

Esto, ni más ni menos, ocurre en Don Quijote. Nada de manía; la excitación intelectual no reza más que con las ideas de la caballería andante.

«Pero este carácter de trastorno parcial no es más que relativo, y debe entenderse que se refiere á la extensión del delirio, pero en modo alguno á la extensión de la perturbación intelectual, y aunque el delirio no se manifiesta más que á propósito de cierta serie de ideas, el espíritu está falseado en su conjunto, ya que se encuentra incapaz para apreciar exactamente y rectificar los elementos falsos que lo invaden.»

En efecto, Alonso Quijano no puede apreciar la falsedad de las ideas de su delirio, y combinando las ideas delirantes con las sanas, las falsas concepciones con las verdaderas, las percepciones reales con las ficticias, da el mismo valor á unas y á otras y con la misma razón habla como loco que como cuerdo, es decir, con una razón averiada.

«A las ideas delirantes—continúa Arnaud,—se añaden, en la mayor parte de los casos, alucinaciones.» Uno de estos casos es el de Don Quijote, en el cual también y por último la *primera manifestación de la desviación intelectual* fué *este delirio sistematizado*, por cuyo motivo su *paranoia* fué *primitiva*.

¿Quién puede poner en duda el carácter expansivo de esta paranoia caracterizada por aquella exuberancia en la ideación y en el lenguaje, que ha sido, es y será siempre el asombro de las gentes; por aquel impetuoso coraje con que trataba de imponer su delirio sobre la razón de los demás y por aquel enorgullecerse de su influencia sobre cosas y personas?

¿Quién se atrevería á negar la forma megalomana ó ambiciosa de este delirio que le lleva á creerse todos y cada uno de los doce pares, y aun de los más de doce impares caballeros que, desde el Cid hasta D. Galaor, fueron en el mundo y que les aseguraba las mayores honras, hasta el punto de estimar feliz el siglo que se hable de sus aventuras, y los más grandes provechos, hasta el extremo de ganar provincias y aun reinos enteros?

Por último, ¿cómo desconocer la filantropía de su locura cuando por los demás expuso su vida, su salud y su tranquilidad, y no para él, sino para Dulcinea y para Sancho Panza, quería las utilidades de todo aquel negocio de *bata-llas, encantamientos, sucesos, desatinos, desafíos é insulas* que le devanaban los sesos?

Como fin y remate de este diagnóstico que tan sobre toda ponderación coloca al príncipe de nuestros ingenios, debemos considerar el hecho clínico de observación diaria, del acompañamiento frecuentísimo de las ideas de persecución á las ideas de grandezas, en el delirio ambicioso sistematizado.

Don Quijote tuvo en su contra sabios, encantadores y hasta demonios, que diablo y no otra cosa le pareció el gato que con sus uñas y dientes hizo presa en aquel, su pico de oro, una de las noches que pasó en el palacio de los Duques.

Pero así como en el delirio de persecución esta clase de ideas son las primeras en desarrollarse, viniendo luego las de grandezas, en el delirio megalómano las ideas de grandeza preceden á las de persecución, las cuales son tardías, ni más ni menos que ocurre en el caso de Don Quijote.

Ahora bien, señores, si allá por los años de 1885 causaba asombro la singular maestría con que Cervantes adivinó la existencia para cuatro siglos después, en los libros de medicina mental, de una especie morbosa que se llamó monomanía y en la cual encuadraba perfectamente la locura de Don Quijote, hasta el extremo de citar los alienistas, la descripción de aquella vesania como modelo de monomanías, ¿qué hemos de decir nosotros ahora, en las proximidades de su centenario ó sea veinte años después de la fecha citada, al notar que mucho, muchísimo más parecido que con la monomanía (forma de locura de vida fugaz en las nosotaxias de psiquiatría de la que ya nadie habla, escribe ni se ocupa porque no tiene existencia real) existe entre la locura de Don Quijote y la paranoia, especie morbosa de indiscutible realidad cuyas descripciones modernísimas parecen calcadas en la descripción inmortal y cuya concepción filosófica brotó naturalmente en el cerebro de Cervantes con

más claridad y mejor sentido que en los de todos los alienistas anteriores al siglo XX?

En efecto, no ya hasta Esquirol, sino desde Esquirol hasta la fecha, no se puede encontrar en los libros una descripción tan acabada del delirio sistematizado, crónico parcial, expansivo magalómano y filantrópico como en *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Pero no es solo en el modo de comprender esta interesantísima y muy frecuente vesania, donde Cervantes se adelanta tres siglos á su época, es también en la interpretación de las causas y en la aplicación de los remedios, donde aparece su portentosa intuición y su admirable juicio.

En efecto, no achaca á los astros ni á los humores la perturbación de aquella mentalidad de Alonso Quijano, según era corriente en su época, sino que busca en lo intelectual los motivos de las enfermedades de la inteligencia, indaga en la esfera psíquica el por qué de los achaques de la psiquis y encuentra en el insomnio y en la lectura los agentes determinadores de aquella vesania: *Del poco dormir y del mucho leer se le secó el cerebro*.

Lo que indiscutiblemente dió lugar á la explosión de su delirio, fué la lectura, la lectura por ser mucha, por ser morbosa y por ser sugestiva. Por ser mucha le produjo verdadera fatiga intelectual, pues se pasaba leyendo las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio; por ser morbosa determinó en él ideas de grandeza extravagantes, y por ser sugestiva arrastró á Alonso Quijano hacia los delirios de los personajes de aquellos libros. Sabido es que, refiriéndose más á los locos que á los claudicantes, se ha dicho que quien anda con cojos, cojea.

Y si es verdad que un loco hace ciento, cuánto no más cierto y más fácil será que cien locos hagan uno.

Así, pues, ¿qué de extraño tiene que á vueltas día y noche con aquellos manicomios sueltos que andaban por entre las hojas de los libros de caballería, el Ingenioso Hidalgo se contagiase?

¿Qué cosa más natural que entre toda aquella multitud de Palmerines, Amadises, Galaores, Cides, Bernardos, Rolandanes, Morgantes, Reinaldos, Olivantes, Florismartes,

Pares, Boyardos, Orlandos, Tirantes y Belianises, hiciesen un Don Quijote?

La misma portentosa intuición debemos notar en cuanto al tratamiento: nada de drogas, potingues ni menjurjes, nada de amuletos ni prácticas estrafalarias, como las que se usaban con los demás locos compañeros de Alonso Quijano. Reclusión en el lecho, aislamiento y sugestión, esto hizo Cervantes con Don Quijote y con esto lo alivió durante larga temporada. ¿Se hace más ahora? Y si se hace, ¿valen la morfina ó el veronal, los bromuros ó los fosfatos lo que el reposo absoluto en la cama? ¿Sirven los baños ó las duchas lo que la separación del loco, del medio en donde se hizo la locura? ¿Pueden la luz ó la electroterapia, la opoterapia ó el amasamiento, lo que un tratamiento moral bien dirigido como el de las sugestiones del encantador Muñaton, de la Infanta Micomicona y del caballero de la Blanca Luna?

Las enfermedades morales deben tener causas morales y remedios morales, esto que apenas balbucean los sabios profesores alienistas contemporáneos, lo sabía de coro y lo decía de corrido, hace trescientos años, un hombre que apenas fué bachiller en filosofía.

La locura por Don Quijote.

El la padeció por todos y para todos y nadie enloqueció por él. Hizo el sacrificio de su razón poderosa, á impulsos de su amor inmenso, y nadie le pagó con la misma moneda de cariño que tan á manos llenas derramó por el mundo.

Pero eso fué cuando Alonso Quijano vivía. Después de muerto y enterrado, luego que su historia se publicó, las generaciones siguientes, pagaron aquel tributo que la ingratitud y la pereza de los contemporáneos del hidalgo manchego encomendaron á sus hijos y á sus nietos; de este modo, á la manera como el Amadís de Gaula enloqueció á Alonso Quijano, el Bueno, Don Quijote ha enloquecido y viene enloqueciendo todavía á muchos buenos y á muchos

malos, que no son descendientes directos ni indirectos de Don Quijote sino del cura y del barbero, de Sancho y de los duques, del bachiller y de D. Antonio Moreno, de todos, en fin, los que tanto ultrajaron y escarnecieron al triste y sin ventura caballero.

Porque Don Quijote, como Cristo, no ha dejado sucesión á cambio de lo prolíficos que fueron los escribas y los fariseos de hace veinte siglos, los Pilatos y los Judas de hace tres centurias.

El libro inmortal ha influido en el mentalismo de nuestras sociedades, perturbándolo de tres maneras distintas y dando lugar á sendas locuras, las cuales podemos designarlas con los nombres de *Megalomania Cervántica*, *Quijotilatría* y *Quijotifobia*.

Llamo *megalomania cervántica* al delirio de grandezas con que muchos comentadores é interpretadores del *Quijote*, hablan, escriben y opinan sobre los propósitos de su autor al concebirlo, sobre el simbolismo de sus personajes al componerlo y sobre la intención de su lenguaje al publicarlo.

Los que somos tan torpes que no vemos en el *Quijote* más que lo que hay, sin meternos en profundidades filosóficas, políticas ó sociales, llamadas de otro modo camisas de once varas, libros de caballería ó simplemente honduras, no podemos menos de admirar la facultad adivinatoria, el espíritu zahorí, la doble y aun triple vista de todos estos sapientísimos señores, los cuales intentan demostrarnos con sus escarceos y elucubraciones, que lo mejor del *Quijote* no es lo que escribió Cervantes sino lo que no escribió, ya por no creerlo prudente, según mi opinión pobre, ya por encomendarlo á *plumas mejores cortadas que la suya*, á pesar de lo cual, del *Quijote* se hacen muchas ediciones y de los comentarios de sus interpretadores se venden muy pocos ejemplares, porque al paladar ordinario y vulgarote que es el que consume, le sucede con el libro de Cervantes lo que con las cerezas, que gusta más de ellas al natural y recién cogidas del árbol, que puestas en conserva ó dígase comentadas, pues el espíritu crítico que comienza interpretándoles el hueso, corrigiéndole el periolo, adicionándoles azú-

car, anotándoles con agua, retorciendo el argumentó (entiéndase estrujándolos en un pote), y privándolas de la luz y del aire con el soldamiento, tales cosas les quita y tales les pone, que el propio cerezal no las conocería, á pesar de ser hijas de sus entrañas.

Pero donde la megalomanía cervántica llega á su colmo, donde los comentadores se muestran más papistas que el Papa ó sea más cervantistas que el propio Cervantes, es en el afán de corregir conceptos y aun de cambiar frases enteras, mostrando que *donde dijo Cervantes dijo, no dijo dijo, sino que dijo Diego*.

Así por ejemplo, cantado y rezado expresa Cervantes, no una, sino muchas, muchas veces, por su propia cuenta, y por la de todos los personajes de la novela, que Don Quijote era un loco, y sin embargo, los cervantistas á que me he referido en otro lugar de este trabajo, aseguran que no hubo tal locura en Alonso Quijano, y que es una tontería de nosotros, los médicos, creer en la vesania del protagonista manchego. Bien claramente dice también el príncipe de nuestros ingenios, que Don Quijote se bromeó de sus oyente, contando las fantasías de la cueva de Montesinos. Pues no, señores, al decir de un flamante interpretador, Cervantes no interpretó bien las palabras de Don Quijote, las cuales, para su autor y para mí (porque él lo dijo), tenían el mismo fundamento que las de Sancho, cuando describía lo que percibió en su expedición sobre Clavileño, porque aun cuando Cervantes diga otra cosa, Don Quijote, para el comentador á quien aludo, vió y oyó lo que dijo haber visto y oído, pues Don Quijote no podía mentir nunca.

Llamo *Quijotilatría* á lo que el siempre más ilustre Menéndez Pelayo, nombró en su *Historia de las ideas estéticas en España, fetiquismo cervantista*, es decir, aquel amor exagerado al *Quijote*, que lleva á sus devotos á la enormidad de convertir esta novela, *de libro tan terso y tan llano como es, en la más enojosa de las enciclopedias*. Para estos fetiquistas, las aventuras del ingenioso hidalgo no son una novela, sino una *summa* como la de Santo Tomás.

No he de insistir en esta forma de perturbación mental,

ocasionada por el *Quijote*, y brillantemente satirizada, á más de por aquel ilustre crítico, por Augusto de Cueto, Adolfo de Castro, Don Juan Calderón, Don Juan Valera y otros muchos, de tan sana intención, aunque de menor ingenio y sabiduría; pero déjeseme sincerar de mi opinión sobre el estupendo valer de Cervantes en punto á psiquiatría, la cual opinión, ha de hacerme pasar por fetiquista. La medicina mental fué tan desconocida por Cervantes, como por todos los demás médicos y no médicos de su tiempo, pero fué, sin embargo, mejor sentida por él que por nadie, gracias á sus condiciones de observador perspicaz, que el novelista, más que el médico, debe poseer; pues téngase en cuenta que no haciendo la imaginación invenciones, sino combinaciones, no creando nada nuevo, sino ordenando hechos conocidos, según una regla distinta, acoplando vejeces, en orientación novísima, haciendo, en suma, lo que se hizo en heráldica y en mitología, con los leones, serpientes, caballos, murciélagos y otros animales verdaderos, á quienes se le separó con la fantasía, la cabeza á los unos, las colas de los otros, las alas de éstos y las patas de aquéllos, para formar un animal novísimo, que no existirá nunca, y que por su origen casi delirante se le llamó *quimera*, Cervantes tomó del natural el tipo de un loco, y adicionándole cosas de cuerdo y suprimiéndole cosas de orate, creó una combinación, que fué quimérica, que quizás lo sea ahora también, pero con todo y eso y quizás por ello mismo, debe considerarse modelo de locuras, como fué Don Quijote, espejo de caballeros, pues ya es sabido que los modelos, dechados y prototipos, de tan completos como son, resultan falsos y así de muchas verdades pequeñas juntas, se forma una mentira mayor.

La Quijotifobia es una vesania que, aunque más antigua que el propio Quijote, no ha sido conocida sino modernamente.

Puede decirse que hizo su aparición á raíz de nuestros desastres coloniales.

Entonces convinimos en que nuestro *quijotismo* nos había metido en aventuras; en que nuestra *quijotería* nos llevó

á la guerra; que nuestro patriotismo era una *quijotada*; que el espíritu de nuestra nación era un *quijote*; *quijotescos* nuestros hombres, y *quijotear* nuestra labor eterna; y puesto que Don Quijote tenía la culpa de nuestras desdichas, había que ignorarlo ó conocerlo para huirlo. Lo primero que debía hacerse era cerrar con triple llave el sepulcro del Cid; luego borrar de las historias el *veni, vidi, vici* de Julio César, en seguida arrancar de nuestra memoria la réplica de Roger de Lluria al conde de Foix, aquello de *los peces con el escudo de las armas de Aragón*, acotolar el recuerdo de Guzmán el Bueno, olvidar para siempre la hazaña de Hernán Pérez del Pulgar, que, con su puñal, clavó el *Ave María en la puerta de la mezquita*, ocupada por los moros, y por último, prender fuego á las carabelas de Cristóbal Colón.

Todos ellos eran unos quijotes, y á ellos debíamos nuestras desventuras.

Al firmar nuestra última paz nos trajimos los restos mortales del genovés y enterramos en su lugar el espíritu inmortal del manchego.

Colón descubrió, con las Américas, la tumba de Don Quijote. Esto es verdad. Pero el enterramiento de este espíritu, que la quijotifobia glorifica, no se hizo de una vez, poniéndole, como epitafio, en la pesada losa de nuestra ignorancia, todos los artículos del tratado pacificador, no; el enterramiento lo hemos hecho lentamente, poco á poco, hoy un trozo del caballero andante, mañana otro, otro al siguiente día, y así durante muchos años, hemos ido haciendo la inhumación de Quijano.

Colón descubrió la tumba para aquel cadáver muchos años antes de que Cervantes encendiera su luz para darle vida, y como la fosa estaba abierta de tanto tiempo atrás, nacer el manchego y comenzar á enterrarle fué todo uno; pero como Don Quijote era muy grande, muy grande, ha costado meterlo bajo aquella tierra americana nada menos que tres siglos, y con nuestros vicios, con nuestras codicias, con nuestras venalidades y con nuestra ignorancia hemos ido enterrándolo á pedazos; primero la caballerosidad, después la hidalguía, luego la bondad, en seguida el

ingenio, más tarde la honradez, por último el ánimo esforzado; todas, en fin, las cualidades de su espíritu y las partes de su cuerpo.

¡Ya está muerto y enterrado totalmente! ¡Ya somos felices! A pocos se les ocurre que hubiera sido mejor enterrar á Sancho Panza, ó á Sansón Carrasco, ó á D. Antonio Moreno ó á la misma sobrina, Antonia Quijano.

Ahora, con motivo del centenario, se quieren remover los restos espirituales, si la frase pasa, de Don Alonso el Bueno.

Un desenterrador ilustre de sus huesos, un mágico evocador de su espíritu, dice en flamante libro, al que me referí más atrás, que el alma de Don Quijote encarnará en el cuerpo de Sancho Panza, cuya vida ha guardado ya Dios muchos años, y cuando esto se realice, celebraranse los esponsales con Dulcinea, la cual todavía está de buen ver, y entonces sí que seremos dichosos y equilibrados, prácticos é idealistas á un mismo tiempo en la sucesión de este matrimonio de tres.

Pero es ya tarde, ilustre maestro, es ya tarde. El espíritu de Don Quijote está bien donde está, no quiere repatriarse; desde que se hizo su primera traducción á la lengua sajona se le ha tratado con cuidados exquisitos, se le han prodigado toda clase de agasajos y conforme, en España hemos ido enterrando sus restos, en América han ido desenterrándolos y haciendo su ídolo con ellos.

Por eso, cuando llegó el momento decisivo en la tremenda última lucha, á la manera de Santiago, en la memorable batalla, al modo del Cid en sus proezas de ultratumba, surgió en nuestra contienda Don Quijote, pero del lado de allá, del lado de los que le resucitan y siguen, no del lado de aquí, del lado de los que lo matamos y huímos, y Don Quijote sigue desde el otro mundo y para *el otro mundo* desfaciendo entuertos, libertando galeotes y derribando nuestros caballeros de los Espejos. Porque ¿quién fué el que por ideales de amor y de sosiego se metió en aventuras y expresó la cacareada frase: el medio más seguro para obtener la paz, es hallarse preparado para la guerra?

¿Quién viene demostrando mayor prudencia en la gober-

nación de su pueblo según los consejos de aquel esforzado caballero, sino el que rige los destinos de Méjico?

¿Quién con mayores arrestos ni más profunda convicción arremete contra la ignorancia universal, contra el egoísmo, contra la venalidad, contra los cómplices de los legisladores corrompidos y contra la indiferencia política, que son los opresores, los encantadores y los magos de la sociedad actual? ¿Quién con mayor tesón ha combatido contra el *dollar Cumting* sino el autor de *El ideal americano*? Él oye en sus oídos la clásica frase: *hay que ser virtuoso ó renunciar á ser grande*, pero recordando el esforzado brazo de D. Alonso, la honradez de Quijano y el juicio serenísimo de el Bueno, hechos patentes en las obras, en las intenciones y en los discursos de Don Quijote, modifica el pensamiento de Diderot y escribe en el prefacio de su libro: *Una sola cualidad ó una sola virtud no son suficientes; el vigor, la providad, el sentido común, son igualmente necesarios*. Y este hombre que, como Don Quijote en Argamasilla, cultivó sus granjas en el norte de América; este hombre que, como Don Quijote en Campiel, empuñó sus armas al frente de los Rough-Riders; este hombre que, como Don Quijote en ventas y palacios, pronunció discursos en asambleas y exposiciones, escribe un día lo que le inspiró aquel espíritu enterrado por nosotros y evocado por ellos: *El hombre de acción es superior al crítico; el que lucha está muy por encima del que se mantiene en descanso, sea por pesimismo, sea por debilidad*.

Por otra parte, ¿no es bien elocuente el hecho de que el museo de Boston se llene con nuestras joyas artísticas?

Como Don Quijote vendió sus tierras para comprar literatura, así ellos cambian sus dollars por nuestro arte y, salvo honrosas excepciones (1), más positivistas nosotros que el cura y el barbero, no quemamos los cuadros, como aquellos quemaron los libros, sino que los vendemos. El Muñaton de ahora no es mago, sino judío, como el humo de la hoguera es hoy el cheque de la compra.

(1) La Exema. Sra. Duquesa de Villahermosa ha rechazado millón y medio de francos que se le ofrecieron por un Velázquez, y deja en testamento al Museo del Prado el maravilloso retrato de D. Diego del Corral.

Allá, allá está Don Quijote, no le esperemos, ni corregido, como quieren los *megalómanos cercantistas*, ni aumentado, como lo quisiéramos sus idólatras.

La quijotifobia ha vencido. Comienza á tener remordimientos, pero es ya tarde.

Don Quijote resucitó hace mucho tiempo en América, donde fué enterrado, y no puede por ahora encarnarse otra vez en la que fué su patria.

Con su espíritu se llevó nuestras grandezas, y grandes son los que su espíritu tienen.

Nosotros antes. Ellos ahora.

Lloremos como mujeres lo que no hemos sabido conservar como hombres.

HE DICHO.

DON QUIJOTE Y EL HONOR

Por Alfredo Vicenti.



DON QUIJOTE Y EL HONOR

SEÑORAS Y SEÑORES:

Grato imperio ejerce sobre mí la amistad con que de antiguo me favorece el presidente de la Sección de Literatura. Así y todo, cuando leí el tema que Navarro Ledesma quería hacerme explicar en uno de los ejercicios de este glorioso novenario, confieso que mi primera intención fué negativa.

Don Quijote y el Honor.

Ahí era nada habérselas con un ente de razón que, á la hora de montar á caballo Don Quijote, llevaba muchos años de pudrir en la huesa.

Pero caí pronto en la cuenta de que el Honor, más que muerto, encantado y en espera de resurrección, yacía inco-rrupto en el libro de Cervantes, y aceptando gustoso el hilo que me tendían, resolví emboscarme por el laberinto adentro. No en vano profeso en una orden sufridora de trabajos y desfacedora de tuertos, que tiene por principal estatuto defender la verdad, aunque ello cueste la vida.

A la obra me puse, y aquí la traigo.

Válgale al periodista forastero y andante el espíritu generoso de esta casa, más propicia, más liberal y más infanzona que la casa de los Duques.

Sí que pudría en la huesa, á la hora de montar á caballo Don Quijote, el extinto honor castellano.

Había coincidido su ocaso con el amanecer de la Reforma.

Nuestros hidalgos, teólogos todos, vista la imposibilidad de acabar con Lutero, cortaron por lo sano, y negaron redondamente á los herejes lo que durante varias centurias habían prodigado á los gentiles.

Para el luterano desaparecieron de una vez las cortesías, las tolerancias y los miramientos que se otorgaban al moro. A bien que el honor, según lo entendían nuestros abuelos del siglo xv y según lo definimos y hasta lo codificamos los nominalistas de hoy, había sido siempre mucho más moro que cristiano.

Lo trajeron los cruzados, envuelto en gasas de arte, de amor y de poesía. Amortajado en ellas, se lo llevaron consigo los árabes españoles.

Al salir á campaña el hidalgo manchego no quedaba del muerto más que un hijo bastardo, el *Pundonor*, de cuya crianza se encargó una espléndida nodriza. No fué ésta la musa de la novela, siempre amiga del pueblo y de la verdad; fué la musa del teatro, cortesana de todo poder, hinchadora de toda ficción y prendada de toda mentira, desde que la dejó de sus manos el honrado Lope de Rueda.

Trocóse el honor á secas en *punto ó puntillo de honra*.

Aún más veloces que antes saltaron de la vaina los aceros; pero no ya para lavar afrentosas manchas, sino para dirimir cuestiones de etiqueta, para resolver competencias de casa de trato ó para ultimar problemas de tafurería.

En dos órdenes de relaciones se manifestaba y se ejercía esencialmente el honor á la antigua usanza. En lo tocante á la mujer y en lo tocante al dinero.

Pues á principios del siglo xvii no privaban del rey abajo más que la tercería, el consentimiento, el peculado y el robo.

De la mujer, de la hermana ó de la hija vivían muchos grandes señores, y de la hermosura familiar se aprovechaban todos para lograr pensiones y títulos y encomiendas.

Por el virreinato de Nápoles, el conde de Lemos, yerno del duque de Lerma, dejó en Madrid á su esposa. Y harto le constaba que el duque pretendía consolidar su valimiento con el rey mediante los buenos ojos de doña Catalina.

Las atrocidades en verso disparadas por el calvatrueno

de Villamediana contra la marquesa del Valle, descendiente de Hernán Cortés, dan testimonio de cómo se respetaba á las damas ilustres.

Cuanto á las mujeres de clase menos elevada, hable por mí Quevedo:

Dicenme, D. Jerónimo, que dices...

Hablen por mí—yo callo para no sonrojar al auditorio— todos los ingenios, eclesiásticos y seculares, que satirizaban, más que indignados, risueños, y que escribían, no en contra, sino á propósito de las ordinarias costumbres.

Peor, si cabe, andaba el negocio en achaques de fraude, de cohecho, de sonsaca y de latrocinio.

Sin vergüenza mendigaba todo el mundo, y sin vergüenza se utilizaba el producto de la mendicidad para granjear honores ó empleos.

¿Qué mucho si el primer mendicante de la nación era el monarca?

Para Felipe III, en el año cuarto de su reinado se hizo una cuestación de puerta en puerta, y fué el mismo Rey quien tasó en 50 reales el *minimum* de las limosnas.

Allá se andaba la Justicia.

Así como en estos tiempos hay sermones, conferencias y pláticas para señoras solas, así en aquellos había para ramerías solas ejercicios cuaresmales. Tenía esta especial misión el dominicano fray Alonso de Cabrera, varón tan insigne por su elocuencia como por sus virtudes.

Véase el párrafo dedicado á la Justicia en uno de sus sermones:

«Dice el Juez: Yo no quiero llevar cohechos, ni en mi vida los llevé; pero ahí están mi mujer y mis hijas, que son damas, y como tales pueden recibir.»

Ante el ruido del oro, no se mantenía firme ni aun el probado catolicismo de Felipe III.

Los judíos conversos de Portugal le ofrecieron un millón y seiscientos mil ducados por un Breve pontificio que los habilitase para los cargos públicos, y aceptado el trato, púsose inmediatamente el rey al habla con Roma. Trabajo le costó, pero al fin obtuvo el Breve. Solo que entonces se

le aumentó la codicia, y en vez del millón y seiscientos mil exigió un millón y ochocientos mil ducados.

Con esto quebró el negocio á causa de que los judíos solicitaron un plazo de cinco años para reunir la enorme suma. Y Felipe desistió porque le necesitaba y quería de presente.

Meses después de salir á la luz la primera parte del *Quijote*, logró Madrid recobrar la capitalidad del reino, que por dineros había sido trasladada á Valladolid el año 1601.

¿De qué modo ganaron los madrileños el litigio? Regalando 250.000 ducados al monarca y unas casas que valían 100.000 al duque de Lerma.

Al mismo son danzaban los magnates.

En la Junta de prelados y consejeros que precedió á la expulsión de los moriscos, habló como un santo el duque de Sessa, amigo y compadre de Lope.

Aludiendo á la sima de su villa de Cabra, dijo á Felipe III, con devota edificación del concurso:

—Yo tengo en mi estado un aposento, donde podremos, si V. M. quiere, alojarlos á todos.

Grandemente festejaron la idea los prelados y los próceres andaluces. Mas he aquí que á los pocos años, D. Rodrigo Calderón, en vísperas de subir al cadalso, denunciaba á algunos de ellos por haber salvado de la prodición, mediante pago de ducados, á millares de moriscos.

Y los asistentes de Sevilla se quejaban del grandísimo número de moros y moras que, por pecunia, se habían quedado en la tierra.

Por algo el implacable Villamediana, al ver cómo rodaba en la Plaza Mayor la cabeza del marqués de Siete Iglesias, afirmó, arrepentido de sus pasados dictérios, que con aquel ladrón se iba al otro mundo el hombre más de bien de la corte de España.

Como en la corte, en la aldea.

En la fachada de la Casa Consistorial de Añover de Tajo, lugar no distante de Esquivias, hubo, cuando Cervantes discurría por aquellas riberas, este letrado famoso:

Hidalgos, galgos y bueyes,
no los consienten mis leyes.

¡El honor! ¿Qué era? ¿En qué consistía? ¿Por dónde andaba cuando montó á caballo su representante póstumo?

Con su deshilachado ropaje, habían disfrazado al *pundonor* ciertos insignes autores de comedias, y por las tablas de los corrales se pavoneaba triunfante la ridícula contrafigura.

Sospecho yo que la inmensa mentira dramática, para la cual hay todavía creyentes, no convenció ni emocionó jamás á los contemporáneos, y que lo que sentía el público del Siglo de Oro, más que nada era profunda y gustosa sorpresa al comparar lo pintado con lo vivo.

Cosa nueva, en verdad, para quienes conocían por sus nombres á los traficantes en mercancía casera, el hallarlos en el teatro lavando á puros golpes de daga las manchas de la honra.

Por añadidura, no era ya el antiguo honor, ni siquiera la eterna y rigurosa pasión de los celos, la fuerza que movía, con arreglo á la voluntad de los pintores, aquellas inauditas contrafiguras. Era una sutil metafísica, una teología secularizada, una especie de religión nueva que, sin tener una docena de fieles, tenía un centenar y más de sacerdotes.

¿Qué casos ciertos, qué hechos reales sirvieron de fundamento ó de asidero á una tan prodigiosa inventiva?

Solo dos menciona la crónica, acaecidos ambos en Sevilla, y no entre gente noble, sino entre sujetos del estado llano. Importa aquí recordarlos, aunque de seguro los conocerá este ilustradísimo auditorio.

El primero fué la única materia prima de que los gloriosos forjadores de tragedias domésticas se sirvieron á fines del siglo XVI y principios del XVII, para convertir una fortuita excepción en cuadro sintético de costumbres sociales.

Los admirables cultivadores del drama sanguinolento y metafísico, tuvieron su solo modelo del natural en el tabernero sevillano llamado Silvestre de Angulo.

Aunque plebeyo el hombre, no miraba lo atañadero á la dignidad conyugal con ojos tan benévolos como los Padillas, los Guzmanes, los Ebolis, los Sandovalés y otros ilus-

tres caballeros, para quienes los antojos y enamoramientos del rey eran cosa de derecho divino.

Y menos aún se parecía, según demostró luego, á aquel bravo Juan Lorenzo da Cunha, que, privado de su mujer, Leonor Téllez, por el monarca portugués, anduvo el resto de su vida luciendo en el sombrero dos lindos cuernos de plata.

El tabernero de Sevilla, engañado por la suya, denunció el adulterio, probó la acusación, y obtuvo, con arreglo á la ley vieja, una sentencia que entregaba los adúlteros á su vengador arbitrio.

Conducidos los reos al cadalso, subió tras ellos el marido, ganoso de presenciar la ejecución, y dispuesto á rechazar con clara y terminante negativa cualquier demanda de indulto.

—¡Perdónalos!—gritó angustiada la gente

—¡Perdónalos!—repitieron los frailes agonizantes.

—¡Perdónalos!—suplicaron hasta los alguaciles.

El tabernero, furioso, asió de una daga, y por detrás del verdugo, hirió, rajó, mató y remató á la desventurada pareja.

Enmudeció, aterrado, el concurso que macizaba la plaza de San Francisco.

Silvestre de Angulo avanzó hasta el borde del tablado, miró de hito en hito á la muchedumbre, se descubrió de un manotón, y tiró el sombrero á la plaza, clamando con voz atronadora:

—¡Cuernos fuera!

Pasaba esto casi por los mismos días en que la princesa de Eboli conquistaba para su noble esposo la privanza de Felipe II.

En 1629, y también en Sevilla, un sastre catalán quiso repetir por mano propia el escarmiento, pero mal de su grado hubo de perdonar á sus ofensores.

Tales son los únicos documentos humanos en que fundaron su teatro los dramaturgos de la primera mitad del siglo XVII. Después, se desbordó la sangre é invadió el *pundonor* los cielos y los abismos, gracias á un capitán general de Filipinas, que, imitando á los plebeyos, hizo con

igual coraje lo que, más cuerdos ó menos vengativos, no solían hacer los nobles.

A tal punto y hora, cabalgó en un rocín y salió por la puerta de un corral manchego el último heredero del honor castellano.

Tiempo há que vemos todos, no una personificación, sino una persona en el amador de Dulcinea. En esto se ha adelantado á los pensadores el divino vulgo. Mientras los sabios analizaban y desentrañaban el símbolo, el pueblo reconocía y festejaba al hombre.

Se supone con evidente exageración que millares y aun millones de españoles no han visto ni por el forro el libro de Cervantes. Muchos habrá, en efecto, que no sepan el nombre del creador; poquísimos que ignoren la vida y andanzas de la criatura.

Ocurre el fenómeno, jamás observado en la propia y las ajenas literaturas, de que los mismos que no han leído ni leerán la obra estén completamente familiarizados con el carácter, los hechos, las sentencias y la figura del protagonista.

El honor, el desinterés, la caridad, la independencia, el culto á la justicia, la *ética*, que decimos ahora, viven y sobreviven en *Don Quijote de la Mancha*.

Es vasallo leal y es cristiano sincero; pero en sus relaciones y tropiezos con las dos potestades sólo por su conciencia se guía.

A servir en los barcos del rey van los galeotes, y él los suelta, porque le parece duro caso hacer esclavos á los que Dios hizo libres, y porque sospecha que bien pueden la falta de dineros, la ausencia de favor ó los yerros del juez haber torcido el fallo.

Del rey son los leones, y él manda abrir la jaula, estimando que ni la marca ni la procedencia constituyen bastante garantía.

Cuanto á la Iglesia, ni le convence el ascetismo de los frailes cartujos, ni le atosiga mayormente el verse descomulgado. «También al Cid Rui Díaz le descomulgó una

vez el Papa y anduvo aquel día como muy honrado caballero.»

De las mujeres—y cuidado que las encuentra sospechosas, andariegas, egoístas y ruines—ninguna le parece mala. Desde la moza de trato hasta la encopetada duquesa, todas alcanzan el homenaje de su respetuosa cortesía.

Como no tiene hiel en la sangre, ni conoce de burlas ni entiende de segundas intenciones. Su cólera infantil se disipa en la primera tronada. Sólo persiste algunos minutos frente al eclesiástico, que públicamente le humilla. Una vez, no más que una, asoma á su boca el sarcasmo, cuando sabe que por el delito de alcahuetería, tan común y provechoso en la corte, mandan un pobre diablo á galeras.

En la probidad es único.

Halla Sancho unos escudos en la maleta de Cardenio, y Don Quijote le autoriza para guardarlos. Pero salta allí cerca el *roto*, que es, al parecer su dueño, y Sancho pretende alejarse para no tener que restituirlos.

—Así—dice,—podré poseer los escudos con buena fe, y si por otra vía menos curiosa pareciera el verdadero señor, quizá fuera á tiempo en que yo hubiese gastado ya los escudos, y entonces el rey me hacía franco.

—Engañaste—contesta su amo,—ya en sospecha de quién es el dueño, estamos obligados á buscarle y volvérselos, y aunque no le buscáramos, la vehemente sospecha nos pondría ya en culpa.

Marco Aurelio reconocería por suya esta definición encantadora de la mentira de hecho:—«Las leyes de caballería y el honor mandan que no digamos mentira alguna; pena de relasos y el hacer una cosa por otra, lo mismo es que mentir.»

No en los fabulosos códigos de Amadis y Esplandianes, en los estatutos de la orden de Malta y de todas las órdenes militares fundadas para la hospitalización y el socorro de los desvalidos, está la ley á que el buen caballero espontáneamente se ajusta.

¿Prometéis—preguntaban los comendadores de Malta á los novicios—de favorecer y tener en particular cuidado á las viudas, á los huérfanos, á los pupilos y á todas las per-

sonas afligidas, angustiadas y dolientes?—Sí, prometo; con la ayuda de Dios.

Para un hombre de la condición moral y espiritual de Don Quijote, no estaba la virtud en la jerarquía del ventero ó del comendador que hacía la pregunta, sino en la voluntad de corazón y de alma del que emitía la respuesta.

«—Desde que soy caballero soy valiente, comedido, liberal, bien criado, generoso, cortés, atrevido, blando, paciente, sufridor de trabajos, de encantos y de prisiones... El caballero ha de ser casto en los pensamientos, honesto en las palabras, caritativo con los menesterosos, y, sobre todo, mantenedor de la verdad, aunque el defenderla le cueste la vida.»

¡Qué mezquinos á su lado los cuerdos egoístas que le tienen lástima y los capellanes parásitos que le insultan!

Al cabo de trescientos años sigue vibrando en todas las conciencias puras, la réplica dada á los unos y los otros:

«—Mis intenciones las enderezo siempre á buenos fines, que son hacer bien á todos y mal á ninguno.

Unos van por el ancho campo de la ambición soberbia, otros por el de la adulación servil y baja, otros por el de la hipocresía engañosa, y algunos por el de la verdadera religión.

Yo, inclinado de mi estrella, voy por la angosta senda de la caballería. Y en este ejercicio desprecio la hacienda, pero no la honra.»

Bien conocía al patriciado de su tiempo y justamente despreciaba á los corifeos del *pundonor*, el hombre, el arquetipo ó el epónimo, que discurría, diferenciaba y profetizaba en estos términos, de grave donosura:

«—No todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos, caballeros. Los cortesanos, sin salir de sus aposentos ni de los umbrales de la corte, se pasean por todo el mundo, mirando un mapa, sin costarlés blanca, ni padecer calor ni frío, hambre ni sed; nosotros, al sol, al aire, á las inclemencias del cielo, de noche y de día, á pie y á caballo medimos toda la tierra con nuestros mismos pies, y no solamente conocemos al enemigo pintado, sino en su mismo ser, y le acometemos sin mirar en niferías, ni en las

leyes de los desafíos, si lleva ó no lleva más corta la espada, si trae sobre sí reliquias ó algún engaño encubierto, si se ha de partir y hacer tajadas el sol con otras ceremonias de este jaez que se usan en los desafíos particulares.»

¡Medir toda la tierra con nuestros mismos pies! Programa de ejercitantes y no de ideólogos, divisa de voluntades firmes y no de imaginaciones enfermas. De eso hablaban con terror los patriarcas de la Biblia, para quienes el diablo siempre que se presentaba ante Dios volvía de rodear el mundo.

Cierto que está personificado en Don Quijote el honor verdadero. El que se define por actos, el que no busca la graduación de la ofensa en los Códigos, el que no ha menester de que le partan el sol, pues lo mismo acude al cumplimiento del deber por la noche que por el día; el que, si no quedara en el globo más hombre que su dueño, seguiría gobernándole la conciencia y dirigiéndole la conducta.

Hay que ver al caballero ideal, al príncipe perfecto en el castillo de Pedrola. Hay que admirarle en aquella casa de sandios, mil veces inferiores á él, prestándose sin vacilación al mayor y más amargo entre todos los sacrificios.

El día que allí entró fué el primero en que tuvo noción perfecta de su calidad de andante y en que se alejó de su espíritu una vaga, una pertinaz, una torcedora é inconfesada sospecha.

A la mano de Dios caminaba, seguro de sí mismo y de la eficacia de su ministerio, pero en lo más hondo del alma le rebullía una duda, y harto barruntaba él que no era sino bacía de estaño el mirífico yelmo de oro. Iba como quien sueña y sabe que sueña, procurando no despertar ó despertar lo más tarde posible.

Ya en el palacio de los duques, con los mantos de escarlata, con los rocíos de aguas olorosas, con los requiebros de doncellas enamoradizas, con los honores recibidos en la mesa y el estrado, con las imperiales cacerías y con la promoción de Sancho á gobernador de territorios, se le acabaron de todo en todo los recelos.

Por primera vez creyó de lleno en sí propio; por primera vez fué dichoso, él que no había sido feliz ni infeliz du-

rante cincuenta años; por la puerta grande entró en el cielo, después de haber pasado la adolescencia, la juventud y la edad madura en el limbo.

Pero una noche, la triste realidad, disfrazada de alto deber, llamó con sus nudillos de antipática dueña á las puertas de la alcoba.

Abrió el santo caballero, y prestó corteses oídos á la Bruja. ¿Qué mal aquejaba á doña Rodríguez, y para qué le pedía remedio?

—Tengo una hija muchacha, á quien el hijo de un labrador riquísimo y vasallo del duque, ha seducido bajo palabra de matrimonio. El duque lo sabe, pues me he quejado á él muchas veces y le he pedido que obligue al mozo á cumplir su palabra; pero no me atiende ni apenas me escucha.

—¿Y por qué, señora?

—Porque el padre del burlador es rico, y como le presta dineros y le sale por fiador de sus trampas, no le quiere descontentar ni dar pesadumbre. Amparadme vos, y obligad al mozo, sea por ruegos ó sea por armas, ya que para enderezar tuertos habéis nacido.

Don Quijote guarda un minuto, sólo un minuto, de silencio. Sabe que va á indisponerse con el duque, y adivina en la hija desenvuelta y en la madre acomodaticia dos despreciables busconas.

Deja, sin embargo, el cielo en que tan á gusto se hallaba y regresa voluntariamente al limbo.

—Dueña, templad vuestras lágrimas, que yo buscaré á ese galán, y le desafiare, y le mataré, cada y cuando que me viniere con excusas. Mejor le hubiera estado á vuestra moza no proceder tan de ligero, pero el principal asunto de mi profesión es castigar á los soberbios y acorrer á los humildes...

¡Oh, valiente y magnánimo caballero, tú sí que eres el duque!

¡Qué ha de serlo el menguado prócer que inventa de seguida un grotesco torneo, no tanto para divertirse como para evitar una probable desazón al rústico que le alivia las trampas!

El cuento de Sancho, que para mofarse de las distinciones con que fingían honrarte los dueños del castillo de Pedrola recordó aquello del «sentáos, majagranzas, que donde esté yo allí estará vuestra cabecera», no rezó entonces ni rezará nunca contigo.

Tú ocuparás por los siglos de los siglos el lugar de preferencia.

Se ha hecho justicia á la dignidad, á la rectitud y al honor, en tí personificados, y desde el solio han descendido al taburete todos aquellos que te tomaron por blanco de sus ociosas burlas.

Alégrese, pues indudablemente has existido y existes, estos misterios de gozo y de resurrección con que aquí te desagraviamos.

Y reanímete esta confesión nuestra, esta confesión general de que, sin un poco de santa locura, no pueden vivir ni los hombres ni los pueblos.

Don Quijote y las armas.

Por Ibañez Marin.



DON QUIJOTE Y LAS ARMAS

SEÑORAS Y SEÑORES:

Don Antonio de Isunza y D. Juan de Gamboa, caballeros principales, muy discretos y estudiantes en Salamanca, determinaron dejar sus estudios por irse á Flandes, «llevados del hervor de la sangre moza y del deseo, como decirse suele, de ver mundo, y por parecerles que *el ejercicio de las armas, aunque arma y dice bien á todos, principalmente asienta y dice mejor en los bien nacidos y de ilustre sangre...*»

Por tan alto concepto de la profesión militar, que cual Miguel de Cervantes Saavedra, sintieron los espíritus sazonados del siglo xvi, singularmente en su segunda mitad, fué la Milicia de aquel tiempo constituída por los elementos más esenciales de nuestra raza, asilo del honor y foco de energías heroicas, pala y capa de toda viril empresa, refugio de cuanto brotaba recio, virtuoso y genial, lo característico en fin de la tierra, vivificado por la sangre roja y pletórica de nuestros abuelos.

Entonces, como en los períodos todos de auge y de gloria de los pueblos, no había, como no habrá que dudar jamás, «que este arte y ejercicio de las armas, excede á todas aquellas y aquellos que los hombres inventaron, y tanto más se ha de tener en estima, cuanto á más peligros está sujeta».

Ahí está el toque de todas las maravillas históricas que cautivaron nuestro ánimo y que sumen en la pena el hoy alestargado, mejor que abatido, espíritu de nuestro pueblo; él entraña la filosofía de las grandezas en la antigüedad y en los tiempos modernos, desde Aníbal á Oyama. Cuando, arriba, en los Estados Mayores de las naciones, existen con-

vicciones semejantes para lo que atañe á la formación de Instituciones generadoras de fuerzas espirituales, de núcleos de hombres apercebidos, capaces, de aliento generoso y fiero, se dan empresas tan homéricas como las que guardan en sus anales remotos, los dos pueblos maestros de la antigüedad clásica; cual las realizadas por los españoles desde la pampa americana á las ciénagas frías de la Frisia, y desde los arenales africanos á las islas del Pacífico, en nuestro gran ciclo militar; como las que han ejecutado, finalmente, casi en nuestros días ya, los prusianos y alemanes del Rey filósofo y de Guillermo el Grande, y ahora mismo, en las clásicas tierras manchuanas practican ante el asombro del Universo, hombres condenados hace un cuarto de siglo, á vivir la vida triste y baja de los pueblos acéfalos ó con dirección social estúpida, ignorante y cobarde.

Sintiendo con la virilidad vibrante y altanera de su tiempo, aquel soldado de la Infantería española quería que se le quitasen de delante «los que dijeron que las letras hacen ventaja á las armas», porque á los tales les diría, sean quienes se fueran: «que no saben lo que dicen, porque la razón que los tales suelen decir, y á lo que ellos más se atienen, es, que los trabajos del espíritu exceden á los del cuerpo, y que las armas sólo con el cuerpo se ejercitan como si fuese su ejercicio oficio de ganapanes, para el cual no es menester más de buenas fuerzas, ó como si en estas que llamamos armas, los que las profesamos, no se encerrasen los actos de la fortaleza, los cuales piden para ejecutarlos mucho entendimiento, ó como si no trabajasen el ánimo del guerrero que tiene á su cargo un ejército ó la defensa de una ciudad sitiada, así con el espíritu como con el cuerpo».

Sentencia tan honda, tan humanamente científica es la que hoy, en términos más técnicos y precisos, tienen en sus portadas las Escuelas todas donde se preparan los viveros del alto mando militar y marítimo, en aquellos pueblos felices donde el presente serio, laborioso y altruista, es prenda de porvenir próspero y honroso. La ciencia y el carácter, el arte corajudo del guerrero y su energía ética en consorcio viril, dieron de sí las proezas que burla burlando nos suele recordar, con lucidez de cronista excelso,

nuestro pobre arcabucero de Lepanto; ese maridaje fecundo, produjo, allende y aquende los tiempos, los ejemplos que ornamentan la historia de todas las razas. ¿Cómo, si no, podríamos venerar hoy, unos, á los Alvarez de Castro, los Palafox, los Menacho y los Santocildes, y respetar, todos, los nombres de los Djerzar y de Osman Pachá, de Massena y de Philippon, del mejicano Ortega, de Kornilof, de Tottleben y de Stoessel?

En la puja luminosa establecida por el hidalgo, entre las letras y las armas, quería Cervantes justificar el mayor trabajo espiritual del guerrero, cosa, que en todo linaje de actividades se viene á conocer «por el fin y paradero á que cada uno se encamina, porque aquella intención se ha de estimar en más, que tiene por objeto más noble fin». Y aun reconociendo para las letras un fin generoso, alto y digno de gran alabanza, entendía que «no era de tanta como merece aquel á que las armas atienden, las cuales tienen por objeto y fin la paz, que es el mayor bien que los hombres pueden desear en esta vida».

Pensamiento que descansa sobre basa tan fuerte, cual ese de la alta previsión del Estado, no hay que extrañar lo recojan desde el romano de Augusto, al mercader ó industrial del Támesis, del Elba y del Delaware, cristalizándolo en Instituciones de recia moral, espléndida y abundantemente cuidadas y cuya divisa, antes, como ahora y como siempre, en tanto la humanidad se componga de hombres con alma, sangre y nervios, será, la de aquel peón de la galera *Márquesa* «en la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros», abatido por la enfermedad y devorado por la murria de sus quebrantos: empujar hacia adelante por el orgullo personal y de casta; dar la sangre y la vida presta y gustosamente, pues «el soldado más bien parece muerto en la batalla que libre en la fuga».

Ningún ejército del mundo ha tenido, y puede asegurarse, habida cuenta de cómo hoy es la guerra, tendrá tampoco en lo porvenir soldados de individualidad más acen-

tuada que los que formaban los Tercios Viejos de la Infantería española, por los años en que pasó muestra en sus filas Miguel de Cervantes.

Recorred con la memoria nuestra rica literatura de la época: pocas son las novelas picarescas ó lastimosas, las relaciones, entremeses y comedias, donde no figure un soldado, quien á las veces, constituye el personaje primero de la trama, que se desgarrá de su casa por inclinación hacia el oficio, ó por huir de los enojos del marido, del hermano ó del padre ultrajados en la persona de sus mujeres, hermanas ó hijas; en ocasiones, llevado de los pujos de hidalguía y de las ansias de gloria, de tan extensa raigambre en la raza hispana; otras, por trocar Salamanca por Bruselas, aparecían terciando la pica ó llevando gentilmente el mosquete, en Italia, Alemania ó Flandes..

Hidalguillo de aldea, tercerón avinagrado y aventurero, villano de nobles pensamientos por su mayor parte, aparece este soldado singular en los tiempos de Carlos I, de Felipe II, y aun en los desaliñados y ruines de Felipe III y Felipe IV, «reemplazando con su personal valor cuanto faltaba á sus Reyes de buena política; á su tierra, de recursos; á su Patria, en conclusión, de cualidades nativas para ser lo que quiso y con efecto fué, contra los decretos de la naturaleza» (1).

Cuidaron, Reyes, Generales, Maestros de campo y tratadistas, de consuno, en los buenos tiempos de esta Infantería inmortal, de que en las feroces familias militares llamadas Tercios, Coronelías ó Banderas, fuesen, así la disciplina como la instrucción y el proceder en la batalla, cual de hombres en cuyos pechos jamás podían echar raíces las pasiones de bajamaneros, bellacones y gentualla de la hampa, siquiera tuvieran que codearse con tal cual rufián de laya picaresca y ratera, como solían serlo cuantos, al igual que hoy, figuraban en la aventajada y sonante clase de atambores, de pífanos y de clarines.

Toda la legislación del período ascendente de nuestra

(1) Cánovas del Castillo: *Estudios del reinado de Felipe IV*. Tomo II, páginas 87 y 88.

gloria militar se encamina á purgar, escardar, refundir, mejorar, retemplar y enaltecer los viejos Tercios primeros de Lombardía, Nápoles, Sicilia y Málaga, así como sus escuelas y ensanches después, á medida que el brazo de nuestras conquistas se dilataba á través del mundo todo, llevando por él el habla castellana, tan sonora, rica y brillante ya, cual los aceros forjados y pulimentados también por la virtud de las aguas, que braman y espumean al chocar sobre la «peñascosa pesadumbre» donde levanta sus torres y cortinas almenadas el Alcázar toledano.

Ya la cesárea previsión del único soberano guerrero de la España moderna cuidó, en la Ordenanza dictada en Génova á 5 de Diciembre de 1536, de la calidad de los capitanes de Infantería española, y de que en sus filas «no haya ningún soldado de otra nación, excepto pífanos y atambores».

Lo propio ordenaba y mandaba desde Toledo, en Diciembre de 1560, su hijo Felipe II.

Pero más y mejor que en la documentación oficial del período, hablan, reflejan ó delinean á los veteranos coetáneos de Cervantes, los Maestres de campo, Capitanes y soldados que sobre su organización, vida y hechos escribieron. Por la pluma de todos ellos resulta exaltado con fortaleza varonil y castiza el individual sentimiento del honor y el empuje colectivo de nuestra raza, cuando por su ventura, las más de las veces lacerada, ha merecido tener á su frente cabezas y corazones como aquellos que sustentaron los discípulos de Gonzalo de Córdoba, primero; los de Alba y de Farnesio, después.

Branthôme, con su envidiable espíritu de observación, nos ha dejado detalles preciosos que esmaltan la silueta, siempre grave y avellanada, de aquellos soldados, tal como brota de nuestros clásicos y cual se ve en la pintura de la época, y más acentuadamente aún en los grabados que, archivados, esperan Mecenas que los saquen á luz de los estantes de nuestra Biblioteca Nacional, y en tal cual agua fuerte ó estampa Hooge, de Hogenberg y de Dolendo.

La marcialidad y pujanza externa de los Tercios, producto de la apostura y del garbo de sus coseletes, arcabu-

ceros y mosqueteros, enamoraron á aquel atractivo historiador, como enamoraron igualmente al duque de Humene, su compatriota, singularmente al ver las bizarrías de forma y de fondo del Tercio de D. Agustín Messia, de tan noble estirpe, con su Sargento Mayor Hernán Tello de Portocarrero, el gentil sorprendedor de Amiens, á su cabeza, hidalgo calificado que, según Coloma, aunque era hombre de muy pequeña estatura, boquirrubio, seco y enjuto, «fué harto virtuoso para soldado».

Aquel gran aristócrata francés se admiró justamente de tamaños guerreros, al verlos concentrarse durante una marcha, escuadronar certeros y ágiles y dar cara, á pesar de no ser en junto sino 1.500 plazas (1), á 4.000 caballos franceses mandados por el propio Enrique IV. Y tanto fué su entusiasmo, que según cuenta algún escritor, tomó una pica, exclamando: *Que prefería ser infante de D. Agustín á mandar Ejércitos*. Arranque marcial que coincide con el de Branthôme cuando describe cómo él vió pasar por la Lorena aquellos Tercios de soldados arrogantes, de bella gracia, vestidos con galas vistosas, que á la menor escaramuza ó encuentro gritaban para que hiciesen una manga ó guerrilla, por el frente ó por el fianco, y para las cuales resultaban impotentes los piqueros. *¡Salgan, salgan los mosqueteros; afuera, afuera, adelante los mosqueteros!...*

Don Sancho de Londoño expresa viril y ásperamente, como él y su escuela eran á la postre, toda la grandeza moral de aquella Infantería renacida gallardamente por el genio de Gonzalo de Córdoba, como nervio del Ejército cuando nuestro Gran Capitán puso cátedra de estrategia y de táctica en las orillas del Garellano, aumentada y mejorada después por manos tan inteligentes y tan firmes como las de los Maestros del Emperador y de Felipe II, los Valdés, los Romero, los Bobadilla, los Verdugo, los Dávila, los Mondragón, los Zúñiga, los Bracamonte, los Zapata y los Martínez de Leyva, entre los cuales merece puesto de honor

(1) Este número da Clonard, que facilita bastantes datos de este Tercio. *Historia orgánica de las armas de Infantería y Caballería*. Tomo III. Cánovas, en el apéndice del tomo antes citado, los eleva á 1.800 infantes.

Londoño, por su férrea carrera y por un libro sobremanera severo y exacto en lo tocante á la vida militar (1).

«Porque entre la Infantería española—escribe—anda siempre mucha gente noble y principal, no se les debe impedir, á lo menos, que por cada cien soldados haya doce caballos en que puedan caminar los tales, ayudar á los cansados é ir expeditamente á cosas que requieran más presteza de lo que puede hacer un hombre á pie.»

Cuando los Maestres de Campo, Capitanes ó Alférces se veían maltratados por la fortuna, iban á depurar su honor y á recobrar su fama, reparando al par la carrera, en las filas de un Tercio de Infantería, terciando la pica ó embrazando el arcabuz; en las hileras de cabeza de ellos, marchaban á las veces señores de hábito, ó sean, cruzados de las linajudas órdenes militares; en otras, hidalgos de cortos menesteres y de sangre hirviente, huídos por amoríos, desengaños de la corte ó rencores locales, cual aquellos ya citados: Isunza y Gamboa, Rodolfo y Vidriera; ó vivos y efectivos, por atracción de aquella escuela de honor y de brío, como un duque de Pastrana en Flandes, «debajo de la mano del duque de Parma, el hijo del de Parma, *también con su pica* en la Infantería española; en Portugal el del Infantado *con plaza de cuatro escudos*; al marqués del Vasto y de Pescara *yo les vi entrar la primera guardia de soldado en Barcelona* (2)» y pocos años después un D. Bernardino de Ayala, conde de Villalva, insigne representante de la nobleza de entonces, aventurera, camorrista, peleadora y torera, que luego de justar reses bravías en el coso, de requebrar, hendir, rajar y moler corazones y haciendas, sabía morir por su Patria y por su Rey echando balas en su arcabuz y disparándole valentísimamente, metida en fila con villanos y menestrales, ennoblecidos ya por el humo de la pólvora, en servicio también de su Patria y de su Rey.

(1) *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar á mejor y antiguo estado*, por D. Sancho de Londoño, Maestre de Campo. Dirigido al ilustrísimo y excelentísimo príncipe y señor D. Fernando Alvarez de Toledo, duque de Alba, etc., Lugarteniente General de Su Majestad y su Gobernador en los Estados de Flandes. Bruselas, 1587.

(2) D. Francisco Ventura de la Sala y Abarca. *Después de Dios la primera obligación y gloria de las órdenes militares*. Nápoles, 1861.

Guzmanes les llamaban primates y vulgo, noveladores y autores de comedias. Tal mote soldadesco, resultaba emblema de la condición altiva y pujante de tan memorable tropa. Porque la honra individual del peón castellano establecida en las leyes, viva en las costumbres, ensalzada en los tratados profesionales y poetizada en la escena, resultaba como el nervio de su existencia. Para echar de un Tercio á cualquier coselete ó arcabucero, en los buenos tiempos, era menester que fuese reñidor, rufianesco, tornillero ó Santelmo, que vendiese sus armas y sus arreos, tatur fullero y desollador de pagas y escarcelas; para pasarle por las picas bastaba con que en la batalla, acorralados seis, diez, una escuadra de peones españoles, alguno volviese la espalda abandonando á sus camaradas en el duro trance y rasgando «como bujarrón mujeril» los paños de la bandera del Tercio.

Cualesquiera que sean los tiempos de auge, de bizarrear, de murria y de decadencia, tratadistas, poetas y escritores coinciden exaltando el sentimiento del honor personal de ese soldado sin semejante en el orbe. «En todo debe respetar á su oficial, *salvo en tiempo que le quitare su honra con su mujer, ó sobre interés de juego que le diere puñada ó mentira, ú otra cualquier afrenta, que en tal caso, no le ha de conocer obediencia como á oficial, porque no le trata sino como enemigo suyo que le quita la honra y como tal pierde el respeto y le descalabra si puede*, PORQUE SIN HONRA NO PUEDE SERVIR Á SU REY NI PARECER ENTRE GENTES» (1).

Y Londoño á su vez, justificando el derecho con que cada uno de aquellos españoles se consideraba, luego de acudir al redoble de atambor, á la charla del Alférez ó á las chocarrerías del sargento, que levantaban las compañías en los villorrios de las entrañas de Castilla, dice que los Capitanes «no los han de despedir sin causa legítima, no herirlos ni maltratarlos sino cuando no pudieran ser presos, y el caso pida que sean castigados en la fragancia del deli-

(1) Martín de Eguiluz. *Milicia, discurso y regla del Capitán Martín de Eguiluz Bizcaíno*, dividida en dos libros... Dirigido al Rey D. Felipe nuestro señor. Madrid, Luis Sánchez, 1598.

to, y entonces ha de ser con espada, de manera que no maten ni manquen». Concepto de castigo corporal-militar, que casi dos siglos después retoña nada menos que en el cuerpo de *junkers* prusianos del Rey Sargento y de Federico el Incomparable, cuando la guerra comienza á mostrar sus albores de lucha de pueblos, rápida, sangrienta y resolutiva, que había de recibir formas gigantescas, ya típicas de toda la era moderna, preparada per la Revolución y bajo la mano titánica de Napoleón el Grande.

Ambos guerreros, de acuerdo, estampan como base y acicate del servicio, el ansia honrada de ser, de mandar y de lucir en gloria y provecho de Dios y del Rey. El soldado, declara el *Vizcaino*, «debe tratar con gente principal y de buen vivir y fama, y será honrado como ellos y si algún vicio ó mala inclinación tiene, se le quitará, viendo como se gobiernan los otros. Métasele en la cabeza que ha de ser capitán, aunque no todos lo pueden ser, ni son para ello, pero acertará mejor á gobernarse. Y considerará que nuestros antepasados que han sido Capitanes y Maestros de Campo, no nacieron con los cargos, sino con su buen ánimo y diligencia y bien servir, honradamente los alcanzaron;» todo lo cual lo sintetiza el Maestre de Campo del Tercio de Lombardía, escribiendo: «Que sean los soldados aventajados, muy aptos al manejo de las armas. Deben también vivir con esperanza de pasar adelante, según los méritos de cada uno...»

La hermosa doctrina, eterna como evangélica verdad, patrimonio hoy de los buenos Ejércitos, que sustentaron aquellos doctos soldados y que estaba en la sangre de las huestes dominadoras del mundo, lleva la sanción de los ingenios más canos y peregrinos de la época, cual Coloma, Don Bernardino de Mendoza y el gran Don Diego Hurtado de Mendoza, caudillos calificados, que por haber puesto mano en los fragores de la campaña rasa, en los mandos de Tercio ó de Ejército, en el gobierno de Virreinos y en cometidos políticos y diplomáticos bien intrincados, representan alta y suprema autoridad, lo mismo para castrenses que para civiles.

Eran ya los días en que se iniciaban con trazo visible,

todas las lacerías de la política dinástica y metropolitana en los Países Bajos. El Tercio de Nápoles mandado por

...el famoso
gran Don Sancho de Leiva, cuya espada
y pluma harán á Delio venturoso
.....
.....

siguiendo la frase empleada en el *Viaje del Parnaso*, yacía arrinconado, hambriento, y como afirma Estrada, «siendo ludibrio y casi despojo» allá, en las soledades de Bomel, de las turbas flamencas que le odiaban porque se reconocían impotentes para vencerle, y del enemigo armado que acechaba rabioso el momento de verle aniquilado por la miseria. Antes que sucumbir ahogados por la vergüenza del insulto, ó gastados por la acción mortífera del hambre, los soldados del Tercio hicieron motín contra el Gobernador, Conde de Mansfeld. Hubo, como consecuencia, que disolver aquella tropa heroica, indómita, indomable y ardiente ante la injusticia, la pusilanimidad y las balas, sin que fueran parte á impedirlo los ruegos del Príncipe de Ascoli y del Duque de Pastrana, que se honraban llevando la pica en clase de coseletes del Tercio. El Maestre de Campo Don Sancho, formó en batalla su tropa y haciendo salir al frente al abanderado Sarmiento, gritó, con voz saturada de emoción y de lágrimas:

«—Ea, batid la bandera y plegadla, pues ya de agora, nunca irá delante del Tercio Viejo.»

Lloraban también aquellos veteranos, á quienes por sus proezas y virtudes guerreras, llamaron, el Gran Don Hernando de Toledo, como el Sr. Don Juan de Austria, «magníficos señores hijos, los soldados y Capitanes de la Infantería Española».

¿Qué mucho que con tal consorcio de bríos, con esfuerzos y arrestos tamaños, de magnates y de plebeyos, de señores y villanos, constituyendo la que bien pudiera decirse *democracia del honor* en el campamento y en la guerra, qué mucho digo, que Cervantes, con alma gallarda y jugosa, sintiera la vida de la soldadesca, por modo tan íntimo y tan gozosamente, pregonando á fuer de leal amator de la

bandera, «que no hay cosa en la tierra más honrada ni de más provecho, que servir á Dios primeramente y luego á su Rey y Señor natural, especialmente en el ejercicio de las Armas»?

Lo que causa, en verdad, desesperante y fiera rabia, es, que aquella madura consideración que Carriazo y Avendaño exponían desde la fuente de Argales al buen Pedro Alonso, de considerar «cuan más propias son de los Caballeros las Armas que las Letras», disponiéndose picarescamente para caminar á Flandes, siendo así que pensaban en los regodeos de las almadrabas zahareñas, «*finibusterre*» de la jacarandina, fuera á los pocos años mera palabrería, ya que no burla, para gran parte de nuestra nobleza rancia, ganosa en los tristes días de Felipe IV, de la equivalencia á la pesca de los atunes de los dos gentiles mozos burgaleses, es á saber: de los virreinos de Ultramar á los que iban con talante risueño los herederos de nombres guerreros, en tanto que el peso de las armas le llevaban aquí en la península, en Flandes, en Portugal y en Italia, los pobres villanos de Castilla, regidos, ¡vergüenza y pena produce el recordarlo!, por Generales y Capitanes extranjeros, aventureros, *condottieri*, como Melo, Torrecusa, Isembourg, Cantelmo y Don Felipe de Silva. ¡Tan bajo había caído el mando de nuestros Ejércitos!

Por algo tuvieron que poner mano así el Consejo de Castilla como el Conde Duque, para mover hacia la guerra á la solariega nobleza española. Lo que, en conclusión, faltó al precipitarse en sus ruinas la supremacía militar del siglo XVI, fueron Estados mayores, cabezas que atajaran y adornaran «honestamente», por lo menos, la caída. Porque sin preparación y sin mando, todavía dieciseis años después de la rota de Rocroy, el peón de Cervantes hizo pagar caro á Turena su victoria en las Dunas de Dunquerque, en donde de los españoles del tercio de Bonifaz se salvaron pocos, «porque se condujeron como un hombre de honor», según consta en las Memorias del destronado rey de Inglaterra.

Sí; aun entre las cenizas del viejo Tercio, con bisoños, peor pagados y alimentados que los camaradas de Marcos de Isaba, cuando había ocasión de cruzar las picas con el

enemigo ó de *correr la pólvora* de España, como decían nuestros infantes, el villano se transformaba en caballero, y picando en héroe, mostraba su altiva filiación de heredero legítimo del *señor soldado* de Alemania y de Flandes, cuya semblanza moral y guerrera tan primorosamente diseñó Cervantes.

¿Recordáis la sabrosa cuanto fiel pintura que hace Cervantes, valiéndose del perro Berganza, de la marcha de una compañía de soldados desde Mairena á Cartagena? Ella, como por la mano, nos va á llevar al centro mismo de la soldadesca inmortal, con sus hábitos, sus marrullerías y sus vicios.

Un capitán mozo, de buen parecer y buen talle, discreto caballero y gran cristiano, D. Diego de Valdivia, por ejemplo, alcanza del Señor Rey D. Felipe una *conducta*, por la que hace saber «á los concejos, justicias, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y omes buenos de todas las cibdades, villas y lugares de sus reinos, que para algunas cosas cumplideras al servicio de Dios nuestro Señor y maestro, y bien de estos nuestros reinos y estados, habemos acordado de mandar hacer en ellos cierta gente de Infantería y para recibir á nuestro sueldo hasta trescientos soldados, habemos dado comisión, como por la presente la damos á D. Diego de Valdivia, nuestro Capitán; por ende nos vos mandamos que cada uno de vos deis y hagais dar al dicho Capitán todo el favor y ayuda que hobiere menester para hacer la dicha gente, á la qual por la presente prometemos y aseguramos que siendo recibida por él á nuestro sueldo por ante escribano, les mandaremos pagar y les será pagado el sueldo que hobieren de haber del tiempo que residieran en nuestro servicio segun y como lo asentare el dicho Capitán, al qual y á la dicha gente que así ficiere hareis aposentar cada uno de vos en vuestros lugares y jurisdicciones, sin les llevar por el dicho aposento dineros ni otra cosa alguna, y no os revolvais ni consintais revolver ruidos ni quistiones algunas con ellos, antes les hagais todo buen tratamiento como gente que va y ha de residir en nuestro servicio, haciéndoles dar por sus dineros los bastimentos y bes-

tías de guía y otras cosas que hobieren menester á precios justos y razonables, sin que los encarecer más de como entre vosotros valieren, é non fagades endial. Dado en Valladolid..., *Yo, el Rey.*»

Con un alférez, veterano ó recién salido de la corte y del tinelo, un sargento mohatrero y sagaz, aunque grande arriero de compañías, un atambor aforrado de rufián y con sus puntas de caco, casi siempre gorgojo del pan y esponja del vino; el capitán, montado en redondo cuartago, aderezado vistosa y bizarramente de camino y con la bolsa repleta de escudos, entra por tierra adentro de Andalucía ó de Castilla.

A su requerimiento, el alcalde acude á su posada; al ruido de la caja, el pueblo se congrega so los portales de la plaza del lugar donde el atambor muestra sus mañas y su destreza y el sargento pregona la liberalidad y gentileza del capitán, los encantos de la vida suelta del soldado, los gozos y los deleites que guarda el servicio de Su Majestad y el honor que recibe quien toma sus banderas, porque «vale más tener por amo y por Señor al Rey y servirle en la guerra, que no á un pelón en la corte». Cuanto más á un hidalgo ó pegujalero de aldea.

Los primeros en acudir, acaso, son los rufianes churrulleros del lugar y aventureros de tránsito, que al mismo tiempo de hacer compás al trabajo de reclutador y enganche del sargento, cortejan y rinden á las mozas, que se dejan llamar por el redoble del parche, y mejor, por el tufillo á hombruno que despiden aquellos vistosos, sonoros y decidores señorones. Ellas van dispuestas á todo, pues á la postre como garrapateaba Teresa á Sancho, á todo rigor y evento después, «no faltará quien las tome por mujeres, con sus tachas buenas ó malas».

Allí el bonísimo ingenio, el bizarrear discreto, el derroche de bernardinas y de argucias de atambor, rufianes y sargento. Y como las lenguas se pegan á los paladares de tanta charla, y los maravedís no escasean, se trasiega en la taberna de enfrente, sin hacer aspavientos, al Ciudad Real recio y espeso, ni al Guadalcanal espumoso y ligero, al Coca ni al Madrigal, claretos y refrescantes...

Si por ventura se topa con algún graduado por Sigüenza ó por Osuna, ó con hidalgo de pobres menesteres y de fantasmagóricas querellas, allí también de la palabrería del alferez ó de la grave y discreta arenga del capitán «para alabar la vida de la soldadesca, pintando muy al vivo la belleza de la ciudad de Nápoles, las holguras de Palermo, la abundancia de Milán, los festines de Lombardía, las espléndidas comidas de las hosterías; dibujando dulce y puntualmente el *aconcha patrón; pasa acá manigolgo; venga la macarela, li palastri é li macarroni*; poniendo las alabanzas en el cielo de la vida libre del soldado y de la libertad de Italia; pero no diciendo nada del frío de las centinelas, del peligro de los asaltos, del espanto de las batallas, de la hambre de los cercos, de la ruína de las minas, con otras cosas de este jaez que algunos las toman y tienen por añadiduras del peso de la soldadesca y con la carga principal de ella». En resolución, que aun tratándose de sujeto tan apersonado y discreto como Tomás Rodaja, la escasa afición se encendía y la voluntad comenzaba á rendirse hacia aquella vida «que tan cerca tiene la muerte».

Si en el camino se topa con algún rehacio socarrón, bachiller ó licenciado, la plática se eleva de puntos y el alferez declara *urbi et orbe* que el capitán de infantería por Su Majestad, presente allí, con tizona rabitiesa y de brava historia, se honra con ser compañero de sus soldados, que toda la nobleza española que sirve á su Rey, acude á la Infantería, cuyas compañías están llenas de caballeros é hijosdalgo. Que ya el peón y arcabucero lleva para su comodidad horquillas con posador é hinca-romero de fierro; declara y realza las proezas del Maestre de Campo, la bondad de los arcabuces de Milán y de los nuevos del vizeaíno, Juan Ibáñez de Churruca, «ligeros» de 21 libras y 4 onzas de Castilla, con doble mecha y un par de frascos como para subir á coste de 46 reales y 5 maravedís (1); pondera que las pagas no escasean gracias á la previsión del Serenísimo Príncipe de Parma y que, la liberalidad del capitán llega á extremo tan generoso, que tal puede correr el dado, si su

(1) Barado.—*Museo Militar*.—Tomo II.

proceder lo abona y requiere, que podría en temporadas figurar como plaza supuesta ó soldado *de clavo*, granjeándose los escudos de ventaja para refocilarse en las suculentas «tratorías» del Milanésado ó ya en las oscuras cuevas y bodegones de la opulenta Amberes, cita y refugio de holandesas rubias y nacaradas.

Rueda la primera escuadra y aumenta la compañía su tropa, vestida galanamente ya con medias calzas de estambre arpillerado, calzas acuchilladas y jubón ó colete de angeo, gorra ó morrión reluciente; colores, aposturas y donaires que llevan tras sí los apetitos de las D.^{na} Tolosas y D.^{na} Molineras, andariegas y embaidoras, para las cuales los tres escudos de anticipo de la paga mensual, más lo garbeado con industria en mesones, alojamientos, mandrachos, burdeles, leoneras y aun ermitas de Dios y de Baco, son cebo rico y gustoso que rinde sus blandas voluntades.

La compañía está presta en Cartagena para embarcar en cuatro galeras napolitanas que habían de zarpar luego; más, en la lista de presente, hecha por el sargento, pese á su sagacidad y mohatrería, faltan algunos bellacones y rufianes, los más amartelados amigachos del atambor. Y lo peor es, que se desgarraron con la ropilla, las plumas y las galas, con las cuales desirviendo á Dios y al Rey, irán por pueblos y casas de estado, rodando y garbeando para hacer par, en calidad de papagayos, á los titereros, peregrinos, lisiados falsos y cicateruelos de la morralla plazuelera.

Las «relaciones» de los soldados escritores ó escriborreadores, que hicieron la travesía del Mediterráneo, cuando aún nuestras flotas le señoreaban y no había surgido el triste y difícilísimo problema encerrado en la frase «poner una pica en Flandes», están llenas de noticias referentes á las incidencias, más molestas que gustosas, de la navegación. Nuestro Rodaja, convencido por las artes y la pres-tancia del capitán gentilhombre, toma puesto en «una de aquellas marítimas casas, adonde lo más del tiempo maltratan los chinches, roban los forzados, enfadan los marineros, destruyen los ratones y fatigan las maretas». A los de ánimo flaco, ponían «temor las grandes borrascas y tor-

mentas del golfo de León», que solían echar las naos sobre Córcega ó ya sobre Tolón y la mar morisca.

Más á la postre, con bascas, morriña y sudores «trasnochados, mojados y con ojeras, llegaron á la hermosa y bellísima ciudad de Génova, y desembarcándose en su recojido mandrache, después de haber visitado una iglesia, dió el capitán con todos sus camaradas en una hostería, donde pusieron en olvido todas las borrascas pasadas, con el presente *gaudeamus*».

«Allí conocieron la suavidad del Treviano, el grande valor del monte Frascón, la Ninerca del Asperino, la generosidad de los dos griegos de Candía y Soma, la grandeza del de las cinco viñas, la dulzura y apacibilidad de la señora Garnacha, la gran rusticidad de la chéntola, sin que entre todos estos señores osase parecer la bajeza del romanesco. Y habiendo hecho el huésped la reseña de tantos y tan diferentes vinos, se ofreció de hacer parecer allí sin usar de tropelía, ni como pintados en mapa, sino real y verdaderamente á Madrigal, Coca, Alaejos y á la imperial más que real ciudad, recámara del Dios de la risa; ofreció á Esquivias, á Alanís, á Cazalla, Guadalcanal y la Membriella, sin que se olvidase de Rivadavia y de Descargamaría. Finalmente, más vinos nombró el huésped y más les dió, que puede tener en sus bodegas el mismo Baco.»

Tenía nuestra soldadesca famosa las escuelas tácticas, donde escuadronaba y lucía su arte en el manejo del mosque y de la pica, en las tierras tibias y excitantes de Sicilia y de Nápoles, desde las que, por la Romanía y la Toscana, iban las banderas ó las compañías instruidas, á llenar ó reparar los Tercios viejos del Milanesado, de Alemania y de Flandes, atravesando para ello comarcas hostiles á nuestra dominación, ó las provincias imperiales católicas, según los periodos y los casos. Allá se daban incipientes, hasta crecer é inundar todo el país, las pullas, los insultos y el odio de los naturales contra el dominador, quien por su parte, tampoco escatimaba vejámenes, groserías y abusos de todo linaje, de que están llenos los *Diálogos* y *Discursos*, las *Vidas* y las *Relaciones* autobiográficas del sesudo y sentencioso Diego Núñez Alba, del galán fanfarrón y